

CARLOS ZANÓN

Yo fui Johnny Thunders



Lectulandia

Francis, Mr. Frankie, decide regresar al lugar donde vivió las primeras cosas, su barrio. Se marchó de allí persiguiendo su particular sueño de rock'n'roll, que le llevó a acariciar con la punta de sus dedos una fama tóxica y efímera. Ahora Francis vuelve para dejar atrás la miseria y la drogadicción. Pero su viejo barrio son ruinas por donde aún deambulan su padre, su medio hermana, su primera novia y algún que otro amigo. Francis quiere empezar de nuevo y hacer las cosas bien. El problema son los atajos, las canciones de tres minutos, la imposibilidad de olvidar quién fue. Para Francis la línea recta es la distancia más retorcida entre dos puntos. De momento, sus facturas y sus noches no suele pagarlas él, pero esa situación no puede alargarse mucho más. Va a necesitar algo más que promesas para salir adelante. Eso sí, en una ocasión fue Johnny Thunders.

Esta vibrante novela, traspasada por la poesía de los perdedores, retrata una Barcelona poblada de personajes que buscan desesperadamente una oportunidad que les permita ser alguien.

Lectulandia

Carlos Zanón

Yo fui Johnny Thunders

ePub r1.0

dacordase 05.07.14

Carlos Zanón, 2014

Editor digital: dacordase
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Where is it now, the glory and the dream?

WILLIAM WORDSWORTH

0

START!

Hay un principio.

Un día te despiertas al lado de alguien que te importa una mierda, te llevas los dedos a la nariz, te los tintas de rojo y blanco, te vienen a la cabeza, a la vez, el nombre de tu madre, el de tu hijo y el título de una canción y te dices: ya está, se acabó.

También hay un final y en medio una historia.

Siempre sucede así.

THE GREAT PRETENDER

Lord I've been trying to be what I should
Lord I've been trying to do what I could
But each time it gets a little harder
I feel the pain
But I'll try again

«Try again»
Big Star (Bell/Chilton)

—¿Cuándo empezáis?

—Ya.

—¿Cuándo es ya?

Buena pregunta.

Tabuwe es alto y guapo. Mitad hombre, mitad pantera. Ambas mitades negras y son ambas quienes vienen chutando una pelota contra los edificios que flanquean calles y avenidas. Lleva más de una hora haciéndolo. El balón rebota en los muros y regresa al centro de la calzada. En ocasiones, son los peatones quienes, divertidos, le devuelven la pelota. A medida que la luz del día ha ido menguando, los coches que se lo iban encontrando por la calzada le fueron metiendo claxon. A Tabuwe no parecía importarle. Nadie sabía de qué iba todo aquello. Ni el negro ni su túnica púrpura ni sus vaqueros verdes ni sus pies descalzos ni por supuesto aquella mueca de animal hijo de puta que asomaba dibujada en su cara. Pero Tabuwe sí sabe adónde va, qué quiere hacer y, algo más confusamente, cómo hacerlo.

Abre en dos el paseo de Pujades. Deja a un lado el Palacio de Justicia y los juzgados con sus coches de la Urbana. Tiene suerte: hay partido televisado y los vehículos de los urbanos no se moverán. Al otro lado, el parque de la Ciudadela, con su zoo, sus barcas, sus senderos de tierra. Enfila paseo Picasso. La bola es ahora rechazada por viejos edificios, arcos y ventanas ciegas que, en su tiempo, quisieron asemejar barcos y claraboyas.

En el Màgic, el concierto todavía no ha empezado. Cuarenta y cinco minutos de retraso. Mr. Frankie/Francis —bien parecido, delgado, ojos vivos remarcados por lápiz azul, dos aros de oro en una de las orejas, zapatos de piel, pantalón negro y camisa roja— se saca la minga. Sin manos: como los campeones. La meada le duele al principio. Francis recuerda esos lavabos. Aquí empezó en los primeros ochenta, colándose en festivales de rockabilly y escuchando *doowop* en el lavabo donde, decían, se escondía el mejor eco de la ciudad. Por entonces, la vida era obvia y divertida. Tan honesta en sus mentiras, en su teatrillo, con sus ridículas levitas eduardianas, sus *brothel creepers* y sus polvos apresurados en cualquier sitio. Tatuajes cutres, tupés grasientos y caseros y dedos aprisionados entre las bandejas de

vinilos de segunda mano en Edison's. Nen, Liz, Álex y Juanjo, Paula, Miquel y Lola. Todos aquellos amigos suyos, niños, novias, supervillanos desequilibrados, pendejos sin frenos que llegaron tarde al punk, al dinero y a la heroína pero que se subieron igual al tren de la bruja.

Mr. Frankie ha de gestionar bien su nostalgia. Le pone blando e inseguro. Además, joder, esa no es una noche cualquiera. Él es hoy el guitarra amigo de Aquiles, de Corleone, del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¿Cuántas veces soñó con tocar con los New York Dolls? ¿Eh? ¿Cuántas? Es cierto que esa noche solo lo hará con un drogadicto que se aúpa a cualquier escenario que le pueda pagar la próxima dosis. Pero ese tío es Thunders, hostia. Leyenda. Es él, por el amor de Dios. Por eso y solo por eso, bromea Francis consigo mismo, después de mear hoy se lavará las manos en señal de respeto.

Juanito Truenos.

Menudo desastre.

Caos, lío, rock'n'roll.

Divertida verborrea la de esta coca.

Francis sale del lavabo en dirección al camerino con sonrisa de pase privado. Se abre camino entre la concurrencia. Un tipo con un tupé en forma de antena de telecomunicaciones y camiseta de los Meteors le coge del hombro haciéndole girar como la llave de una caja de música.

—¿Cuándo empezáis?

—Ya.

—¿Cuándo es ya?

El camerino queda frente al escenario insonorizado con el cartón de cajas de botellas de Jack Daniel's, Jim Beam y otros mejunges. En la sala anexa, un inmenso cartel con los Stones del *Beggars Banquet* señalan que el local un día estuvo de moda lo justo como para resistir las siguientes décadas. Mr. Frankie abre la puerta del camerino bruscamente. Unos minutos más tarde Coco, el bajista, cruzará en dirección contraria esa misma puerta para encaramarse al escenario y agarrar el micro:

—Hola, chicos. Esto está a punto. Johnny tiene ganas de ofreceros un concierto inolvidable pero necesitamos algo para poder empezar. ¿Hay alguna ATS en la sala?

El público estalla en carcajadas e insultos hacia Thunders, la figura de serie Z a la que Mr. Frankie y su banda —tocados por una serie increíble de envites afortunados—, Las Putas de Aviñón, acompaña en los bolos en Barcelona y Valencia. Una chica levanta la mano. Es enfermera del Clínico. El bajista le pide que le acompañe. En el fondo del camerino, la luminaria está derribada sobre una silla, farfullando algo que quizás podría ser inglés. La chica tiene la sensación de que el aire ha sido sustituido en aquel terrario por un compuesto de cigarrillos, alcohol y malas vibraciones.

—¿Qué le pasa...?

Mr. Frankie abre la camisa de Johnny. Le baja los pantalones. Todo él es una costra, un mapa en relieve del país Thunders. El terrario, al parecer, cuenta con su propio cocodrilo. Y allí está: piel endurecida, puro cuero de yonqui. Y ni él ni la gente a su alrededor han encontrado un trozo de vena en el que inyectarle el *speedball* que ahora necesita para levantarse, menear la cola y arrastrar la barriga hasta el escenario. La enfermera les mira asustada. Ella creía que... bueno, se esperaba otra cosa.

—¿Nos vas a ayudar o no?

Fuera, los seguratas —uno alto, con cara de pan y el otro bajo, delgado y rapado— no permiten el acceso a Tabuwe. Lo cierto es que nadie tiene muy claro el motivo por el cual no le dejan pasar. El negro les dice que su hermana —en realidad, su prima— Ashanti está dentro. «¿Y qué?». Que pagará la entrada. «No es eso, tío, y lo sabes». Que... «Es igual: *the answer* es no». Quizás no le dejen entrar por esa excentricidad de la pelota. O porque es negro y ya se sabe que todos los negros huelen mal. O simplemente no lo quieren dejar entrar porque va descalzo. Esa podía ser una buena razón. Si se la explicaran, él podría entenderla. Pero no le dicen nada. Y las malas palabras pasan a ser malas maneras y éstas pasan de malas a peores, en el callejón, cerca del teatro Malic. Patadas, puñetazos, empujones, sangre roja sobre lienzo negro y un ojo que ya palpita.

Como vulgares matones de colegio los agresores se llevan, botando, la pelota del apaleado.

A Tabuwe la boca le sabe a metal.

El negro podía haber sacado la navaja pero ha sabido controlar la rabia: miró en todo momento la pelota y eso le hizo no perder la calma. Durante la paliza el balón se quedó en el suelo, a unos metros de ellos, triste por estar allí inmóvil, viendo qué le estaban haciendo a su amo. Tabuwe lo observaba, casi suplicando que echara a rodar y se escapara.

El negro se levanta apoyándose contra la pared. En cuanto puede, se aleja del lugar donde le han pegado. Pero no conseguirán hacerle cambiar de idea. Si no puede entrar esperará todo el tiempo que sea necesario a que Mr. Frankie aparezca, confiado y ajeno a su destino. La mala fortuna habrá querido que Ashanti esté con él al clavarle un cuchillo en las tripas. Cuando Tabuwe partió hacia Europa, su madre, entre otras cosas, le pidió que cuidara de Ashanti. Y ahora, ella está perdida. Dejó los estudios. No trabaja en nada. Se droga. Se tira a tíos blancos a cambio de un chute. Tíos que le harán hijos y la dejarán tirada. Que le pasarán el sida. Y todo por culpa de gente como Mr. Frankie. El negro fija todo aquel odio en él como si fuera el centro absoluto de su Armagedón. Por eso necesita distraerse con algo. Por eso necesita la pelota. Para que la ira no se apodere totalmente de él. Un chico y una chica han salido a fumarse un canuto bajo los porches. El negro va hacia ellos. La pareja le escucha y

en cuanto apura las mechas vuelve a la sala. En tres minutos reaparece el chico con la pelota en las manos. Se la pasa a Tabuwe. Le llaman Mutante, Niño Mutante y el negro no puede saber que es él quien suministra la droga a Mr. Frankie y a Ashanti.

—Cuando acaban los grupos suelen dispersarse los seguratas. Eso sí, tienes que ir calzado. Pero si ya has tenido problemas con ellos, dentro duras medio minuto.

El negro agradece las gestiones. Le duele un costado y el ojo se le está hinchando. Hasta el final del concierto le queda una hora y media larga. Irá hasta el Maremàgnum, esa isla de restaurantes y tiendas que acaban de abrir sobre las aguas del puerto y en donde no hay horario comercial. Un colega suyo vende por allá sandalias de *estranquis*. Tiene la idea absurda que si va calzado, le dejarán entrar y ya dentro quizás pueda matarlo mejor, amparado en la confusión de la gente y la oscuridad del local.

Echa a andar hacia el Maremàgnum.

Mr. Frankie sube al escenario y enchufa su Gibson color crema. La boca le sabe amarga por gentileza de un par de buenas clenchas. Alguien en la sala ha hecho sonar a ¿Dean Martin? Coco espera con los brazos cruzados y la púa entre los dientes, como un pirata de cómic. Juan Antonio, el batería, se coloca como mejor puede detrás de bombos y platillos. Jorge, el uruguayo, se asegura la cinta de su también Gibson pero esta color caramelo. Johnny sigue sin aparecer. El elixir aún ha de hacer efecto. Un minuto. Dos. Largos como un mal polvo. Mr. Frankie mira a sus compañeros. Nota la electricidad en la punta de los dedos al acercarlos a las cuerdas. La caja de su guitarra le golpea la polla aún dolorida por los dientes casi de leche de Ashanti.

Duele y gusta, y Thunders sin salir y la droga golpeando contra su cabeza.

No todos los minutos se componen de sesenta segundos.

Estos al menos, no.

Oye, fin, se acabó.

—Empezamos sin él. Venga, vamos: *One, two, three...!*

El medio riff envenenado de «All by myself» es disparado contra aquel público de muertos vivientes. Mr. Frankie abre y cierra las piernas. Enarbola la Gibson como una ametralladora que dispara contra todo lo que se mueve mientras sus dedos trastean y la púa pellizca electricidad. Una gran intro tramposa a lo rock'n'roll animal que alargan una y otra y otra vez hasta que la puerta del camerino se abre y aparece aquel Jesucristo, guitarra en ristre acercándose al escenario. La banda sigue tocando. Mr. Frankie, como si llevase sobre los hombros los mismísimos Heartbreakers, decide ir más allá y canturrea las primeras estrofas en un idioma inventado, mitad inglés, mitad farlopa. Thunders viste una camisa negra a rayas blancas, abotonada hasta arriba, con apliques metálicos en las puntas del cuello, pantalones pitillo, zapatos italianos que fueron caros, que estuvieron limpios, que tuvieron una suela que

no estaba agujereada. Felino viejo, a años luz, eso sí, de la piltrafa que estaba hace nada en el camerino, se encarama al escenario. Pone una mano sobre el hombro de Mr. Frankie y pide un cigarro a la primera fila. En nada tiene un Winston de cajetilla blanda, limpio pero algo achaparrado. Alguien de la sala le enchufa la guitarra. Sigue el riff, aún, eterno, casi paródico. Francis espera que, al menos, consiga entrar en la segunda rueda porque lo que es en la primera no. Thunders apenas acierta a colocar el cigarro entre las cuerdas de la guitarra, por encima de los trastes. Saca algo de su magia de la guitarra, aquel motor de avión metido en una lavadora. Llega el estribillo. Johnny se acerca al micro. Se equivoca. Está cantando «Born to lose». Se da cuenta, exhibe sonrisa al público y tratará de engarzar en la próxima rueda con «All by myself». Pero antes busca los ojos a Mr. Frankie. Ese cocodrilo de ojos tristes y amarillos que se ha comido a Johnny Thunders atrapa a Francis con la mirada. Es un niño encerrado en la casa de las golosinas, un animal atrapado tras barrotes hechos de canciones de tres minutos.

Tabuwe ha llegado al final de las Ramblas. Cruza el puente y busca a su colega. No le cuesta encontrarlo. Fuera de los locales, en el suelo, sobre una sábana tiene lo que busca, así como gafas de sol, pulseras, collares y un mono que, si le das cuerda, va y toca el tambor. Ya ha conseguido unas sandalias, pero es pronto para volver. El concierto, como poco, irá por su media hora. Decide ir a un local de salsa. Se beberá un ron. Él no acostumbra a beber. Pero el dolor fuera y dentro de su cuerpo le pide algo que lo amortigüe. Hoy le hacen más daño que nunca esas miradas que le dicen no, fuera, miedo. En la entrada, unas turistas inglesas se ríen de él. Una de ellas le quita la pelota y trata de dar unos toques en medio de la pista. La chica, sonrosada y rubia como una flor horrenda, se desprende de los zapatos, incómodos, llenos de brillante bisutería. Otra le pregunta su nombre. Tabuwe da la versión más accesible del mismo. Es de Ghana. «¿Es bonito Ghana?». «Claro que sí. ¿Por qué no iba a serlo?». «Vamos al Mojito, ¿te vienes?». «Tengo prisa». «Un rato al menos». «Ok». Ellas entran. Él no puede. Quizás no le dejan entrar por la pelota. O porque es negro y ya se sabe que todos los negros huelen mal. O simplemente porque va calzado. O porque el ojo ya se le ha hinchado. ¿Quién sabe? Tantas humillaciones se siguen combinando mal en Tabuwe. Pero estos seguratas —sudamericanos, percherones y con pocas ganas de mambo— al menos se lo toman a risa y tienen suficiente con lanzar la pelota al agua.

Tabuwe no sabe nadar.

Sin pelota todo resultará más difícil.

El concierto ha sido un desastre, corto y ruidoso. Thunders ha querido quedarse solo en el escenario para el bis acústico. «Hurt me». «As time goes by». Todo tuyo, cabrón, piensa Mr. Frankie. En el camerino busca a Ashanti. La chica parece triste. Ella dice que no, ¿por qué iba a estarlo? Pues, entonces, dejémoslo en no triste. En el

vestuario, cerca de las duchas, Mr. Frankie se lleva a la chica para tirársela. El tejano ajustado de ella se baja. Ella no quiere o no quiere mucho o vete tú a saber qué. Él la toma de la barbilla:

—¿Qué te pasa, cariño?

—No lo sé.

—Uno rápido ¿vale?

Es rock'n'roll, nena. Y todo lo demás, nada. Mientras Mr. Frankie se la está metiendo dura y breve, mientras se corre entre sus piernas, Ashanti cierra los ojos y busca algo que le recuerde a su placer.

Tabuwe debe de haber acertado con la puerta por la que saldrán los músicos. Coco y Juan Antonio van primeros. Más rezagados, Jorge y Koska, la cantante de otra banda de la ciudad, Los Tropezones, llevan en volandas a Thunders. Anoche la chica quiso tirarse a Johnny. Hoy ni tan siquiera lo intentará. Detrás de ellos, Ashanti y Mr. Frankie. Es el momento decide la pantera mientras saca la navaja. Francis no la ve llegar pero Ashanti distingue un demonio enloquecido en el aire. Enseguida ve la cara de su primo viniendo hacia ellos, su máscara furiosa, el gesto como salido de dentro de un espejo. La chica, instintivamente, se coloca delante de Francis. Tabuwe, para no herirla, hace verter brazo y navaja como una jarra de agua. La chica le increpa en su dialecto familiar. Mr. Frankie se envalentona y da un paso adelante. Los del grupo de delante se giran. El uruguayo y Coco acuden. Koska sujeta a Thunders contra la pared, quien sonrío ante todo aquello. Luego, Johnny cierra los ojos, apoya la cabeza contra el muro y se desliza por su tobogán, lejos y suave.

Tabuwe se derrumba en el suelo. Ashanti recuerda a su primo fuerte y hermoso. Y ahora lo tiene allí, roto, sentado en la acera, llorando.

—¿Estás bien, bicho? —le pregunta cariñoso Francis.

No, no lo está pero qué más da.

¿Qué hace esta ciudad con la gente? piensa Ashanti.

Las noches en esta parte del mundo son torrentes desbocados de agua sucia y ella, se sincera, preferirá dejarse llevar y meterse heroína dentro de un rato con Mr. Frankie que quedarse en esa acera para hacer lo correcto: consolar a su primo, llorar con él, pensar cómo pueden regresar los dos a casa y olvidar que existe algo como Barcelona en el mundo.

Paco, el padre de Francis, tiene casi setenta años, una pensión que no llega a los quinientos euros y un agujero enorme a la altura del corazón. Aún mantiene una buena cabellera, los pantalones de toda la vida le siguen sirviendo y su estatura es la que es normal cuando te crías comiendo pan negro y cines de sesión doble. Vive en la calle Varsovia, cerca de la plaza Guinardó, en un piso con ascensor ruidoso, techos blancos y ventanas que se abren mal y se cierran peor. El viejo sale poco de su casa, un tercero. En el primero está doña Imma, una buena mujer, algo gallinácea y obstinada, que le sube de tanto en tanto guisos y le propone, sin mucha fortuna que vote a CiU y que asista a algunas de las actividades del casal al que ella va dos o tres veces por semana.

Cuando llega el calor, Paco abre los ventanucos del balcón que dan a la calle y los del otro lado de la casa, en el patio de luces en el que se convocan fisgones, ropas tendidas y trastos viejos. Cuando llega el fresco los vuelve a cerrar. A veces esa rutina le tranquiliza y otras siente como si la vida le hubiera pasado por encima como las ruedas dentadas de un tanque.

Pobre. Solo. Viejo.

Si se despista un poco con el dinero, los últimos días de mes la dieta ha de ser arroz y legumbres, café con leche con pan mojado. Podía haber ahorrado más. Podía haber ganado también más. Podía haber cotizado más o haber gastado menos. Podía haber tenido también seguros de vida, pisos en alquiler, familiares ricos muriéndose en América. Podía haber hecho él viuda a Juana y no al revés, y que acabara ella contando días del mes, dinero de la cartilla y canales del televisor.

La madre de Francis mutó al conocer a Paco de Joana a Juana. La mujer lleva muerta hace años. Si se esforzara como hace la gente de edad —tirando paralelas hasta los cruces de caminos—, recordaría cuántos. Pero no lo hace. Sí que puede, sin embargo, recitar de memoria cuándo llegó la pequeña Marisol a casa. Cuándo se iba, cuándo volvía y cuándo dejó de ir y de volver. Sabe casi todo de Marisol. Que trabaja en rambla Guipúscoa, en un bingo, para escarnio del destino y compartiendo piso con un par de chicas dominicanas. Al poco de marcharse tuvo novio. Luego, otro, un moro. Ahora sale con su jefe, un tipo oscuro pero que no es pobre ni está solo, aunque sea, eso sí, casi tan viejo como él.

Hace dos días recibió llamada de Francis. ¿Cuántos años desde la última? Quién sabe. Con su hijo, lo mejor es pensar lo peor. Seguro que regresa creyendo que está

para morirse y así no perder sus derechos sobre la vivienda. O en busca de un dinero que ya no existe. Por eso llamó, claro. Por eso dijo de volver. Por una temporada solo, se excusó, después de tantos años. Después de tanto hacer sufrir a su madre, ¿a qué viene ahora eso de volver? En cuanto entre por la puerta se lo dirá. Tratará de que sea algo inteligente, que le hiera, que le marque el terreno nada más ponga un pie en el felpudo. Pero sabe que luego se pondrá nervioso y la gente joven tiene tantas palabras, tantos argumentos, tanto dar la vuelta a todo que nada nunca es lo que es. Antes, cuando era niño, o incluso ya hombre, solo había una manera de decir lo importante. Y en ocasiones ni tenías que acabar de decirlo. Todos, apenas empezabas a enunciarlo, ya sabían qué era. Ahora no. Ahora todo puede ser. Ahora todo es quién lo diga y cómo se diga. Ahora todo parece que. Ahora todo el mundo tiene sus razones y todas son iguales y valen lo mismo: nada.

Añoranza del viejo de no tener veinte, treinta años menos.

Pero sobre todo, añoranza, urgencia de aquella niña, Marisol.

Marisol era hija de una prostituta que trabajaba en un puticlub de la calle Lluís Sagnier, el Rombo, y fue vecina en el mismo edificio que ellos. La puta era tonta, se llamaba Carmen y tenía blando el corazón. Carmen murió de un mal feo. Durante su agonía rogó a Juana y a Paco que se hicieran cargo de la niña de apenas ocho años. Hasta, cree recordar, que lo dejó en testamento. La madre de un Francis adolescente y problemático, la cuidó como suya los primeros años pero luego perdió interés a medida que se le agrió cáncer y carácter. La niña, Marisol, se hizo adolescente y le gustaban los chicos demasiado. ¿Quién sabía cuánto, hasta dónde, de qué manera? Paco fue severo con ella pero la niña sabía cómo hacerlo para que esa actitud mutara en permisividad, en dinero, en una confianza absoluta en ella. El padre de Francis subió la apuesta. Y Marisol le aguantó las bridas tensas y ceñidas. Se dejó mirar, se dejó besar, se dejó manosear para salir viernes, sábado y domingo con dinero en los bolsillos. Marisol era guapa como una mala cosa y tenía buenas tetas. Desde cría supo que si esa no era la combinación ganadora, se acercaba mucho. Nadie la había tratado con mucho cariño hasta entonces y el padre de Francis era mimoso, pedía poco y disparaba rápido. Entendió que no era tan caro el precio.

Para Marisol, Francis era Dios. Ejerció de hermana pequeña, de fan enamorada y, cuando supo que no eran hermanos, de hembra encelada e invisible para el chico rock'n'roll. Pero Francis un buen día se largó. Y aquella casa fue la del gato y el ratón. Y el ratón cerraba las tijeras y el gatito dejaba allí la patita. La única manera de tener días tranquilos era, de tanto en tanto, dejarse quitar el queso.

Juana fue una mujer enjuta a la que ya no le gustaba acostarse con su marido. Francis y sus líos le rompieron el poco muelle que le quedaba. Decidió dar por perdida la vida el día que descifró algo —nadie supo nunca qué— que indicó, sin ningún género de dudas, que la campana ya había sonado y ella estaba golpeando

sombras, gestando ridículas heroicidades para un cielo sin Dios. En el derrumbe miró a otro lado con lo de Marisol. Cuando su marido se ponía caliente en la sobremesa de verano y sabía que Marisol estaba en su cuarto, seguro que en bragas y camiseta, escuchando bachatas o canciones de Alejandro Sanz en su discman plateado, el padre de Francis echaba mano a la cartera y enviaba a su mujer al bingo cercano a la plaza Eivissa, a que estuviera fresquita. Y ella no se hacía rogar. Estaba enganchada a esos cartones y a esa suerte, casi siempre, esquiva. Ella se negaba a reconocer que sabía qué pasaba en su casa cuando estaba en el bingo. Si Paco se aliviaba con la niña, puta como la madre, a ella la dejaría en paz. En el fondo, cantara o no bingo, Juana siempre salía ganando.

Paco nunca violó a Marisol. O al menos nunca tuvo en mente la visión que una violación conlleva. Nunca hubo nada que él entendiera como no consentido. Había veces que la chica se dejaba hacer. Pero a la mínima resistencia él cambiaba el sentido de su acoso. La mayor parte de las veces le pedía verla desnuda. O tocarse. O le rogaba que le masturbara. En esos casos, Marisol obedecía sin decir nada. A lo sumo, a veces emitía sonidos como de un animal que ronronea o se queja de una herida que escuece más que duele. Aunque también podía ser placer. ¿Quién sabía con las mujeres? ¿No era eso lo que le dijeron siempre? ¿Que no es sí y sí, más?

Marisol se iba de tanto en tanto pero siempre volvía. Nadie la iba a buscar. Simplemente desaparecía al principio del verano y volvía en septiembre, nunca más allá de octubre a excepción de una vez, casi en Navidades. Cuando Marisol no estaba en casa, Paco vivía su ausencia como una complicada mezcla de penitencia, pena y alivio. Pero hasta que no la perdió para siempre no supo cuánto se necesita el aire para poderse ahogar.

Un día de marzo Marisol dijo que se iba. Que había encontrado un alquiler barato. Que quería estar sola. Paco enloqueció y quiso ejercer derechos que nunca tuvo. De padre. De marido. Pero ella era mayor de edad. Nada le hizo cambiar de idea. El viejo estalló cuando cumplió su promesa. Se recuerda, furioso, en el comedor, como un león enjaulado con una enferma de cáncer al fondo, sabedora, cómplice y desahuciada. No paró hasta saber dónde estaba la cría. De qué vivía. Y, especialmente, a quién se estaba trajinando. La seguía a la puerta del trabajo, que en ese momento era una panadería. La esperaba a la salida. Se hacía el contradizo. Hablaba mal de ella a sus vecinos, al administrador de fincas con el deseo de que la echaran del piso. Y la abordaba a todas horas.

—Viejo, si no me dejas vivir en paz, te denunciaré.

—¿De qué me vas a denunciar tú?

Paco entendía como un agravio que ni tan siquiera quisiera hablar con él que la había acogido en su casa, que le había dado todo como si fuera una hija, que se había desvivido por ella. Al repetirse las verdades se acaba por dudar de ellas pero con las

mentiras uno termina por creérselas. El viejo insistió, insistió e insistió. Enamorado, se engañaba diciéndose que se conformaba con verla, con felicitarle el cumpleaños, con tomar un café. Marisol tenía en aquel tiempo por novio a un infeliz aplicado, miedoso y, al parecer, de sentir sincero. Y ante el acoso y temiendo perder aquella inusual estabilidad, Marisol denunció a Paco. Y casi nadie la creyó a excepción de los magistrados de la Sección Segunda de la Audiencia. Que lo hicieron a medias. Abusos deshonestos. Pero el novio no pudo aguantar aquello hasta el final y desapareció. Resultó que no estaba soltero y que tampoco era delincente.

Aquella sentencia fue la derrota moral de Paco a todos los niveles. El cáncer que se llevó a Juana seis meses después fue el saco en el que la soledad le permitió esconderse del vecindario. Marisol se cambió de número de teléfono. Llegó otro tío, siempre a medio camino entre amante y protector. La chica se endureció. Tanto que uno no podría decir si seguía teniendo buenas entrañas. El nuevo se llamó Amoah. Un árabe malcarado y cabrón. Trapicheaba. Golfeaba. Y la mano se le soltaba rápido y fácil. Tenía mujer e hijos en Marruecos. Pero no podía volver con ellos por motivos de los que nunca encontraba el momento de hablar. Hace dos meses, al golpearla, la mano se cerró y Marisol dejó a Amoah. Aún se obsesiona viendo a norteafricanos las noches que regresa sola a casa. No está tranquila con la aparente retirada de Amoah. No puede olvidar sus últimas amenazas, que en ningún momento le parecieron en vano:

—Sé cómo hacerlo.

—¿El qué?

—Ya lo sabes.

El tipo que ahora se acuesta con Marisol, don Damián, es el dueño del bingo Verneda donde trabaja. Divorciado. Celoso. Sesentón turbio, falsamente apacible, acicalado con cadenas de oro y feas camisas. Animal nocturno de negocios pringosos en el pasado y, en la actualidad, igual de pringosos pero casi legales. Está en la gloria al meterse enviagrado entre las piernas de un animal hermoso con sus veintimuchos—que, en realidad, son treinta y algo escondidos por la propia Marisol—, de mostrarla y exhibirla aquí y allá. Sabe que ella aún no le quiere. Sabe que, como a un pez, no consigue atraparla del todo. Pero también sabe que es cuestión de tiempo. Se trata de llevar a la chica mucho más alto de lo que nunca estuvo y enseñarle allí que está sola y sin alas. El miedo de ella y el dinero de él harán el resto.

Paco mira el reloj. Su hijo dijo antes de las seis. Son ya las ocho. Le está bien empleado. Por darle cancha. Por hacer la cama de su habitación. Por comprar algo de leche, huevos, mortadela. Por esperar que en esta ocasión trajera buenas noticias y no problemas, citas y demás.

De repente, suena el timbre. Paco se levanta del sofá y acude al pequeño balcón que da a la calle y ve a un hombre gordo con una bolsa de deporte a sus pies. Es él.

Vuelve a pulsar el timbre. Paco acelera para llegar hasta el interfono. Abre. También deja entornada la puerta del piso. Escucha la de la calle caer como peso muerto sobre un lecho metálico de tuercas, vías y tornillos. Reconoce el chasquido del ascensor al abrir y cerrar sus puertas. El ruido de poleas y émbolos. El brusco parón en su piso. Y los pasos de un hombre maduro por el pasillo hacia el comedor donde Paco ha ido, como en una travesura, a fingir indiferencia, a simular que es un hombre rudo y enfadado, un tipo al que nada le afecta, que conoce todos los cuentos con sus respectivas moralejas. Simular que no es un abuelo, un padre viejo, emocionado, asombrado de que algo suyo aún ande por este mundo arrastrando una bolsa de viaje y con una cara que siempre dijeron que recordaba en algo a la suya.

—Hola.

—Dijiste a las seis.

Francis, metro setenta y siete que fue metro ochenta, cara cansada, pelo ralo y mirada acuosa, suspira. Paco se sorprende por su aspecto. Es como si más que engordar se hubiera ensanchado, como si fuera, de hecho, otra persona. Solo el brillo de sus ojos, pequeños pero vivaces, tan de Juana, le hacen tener la certeza de que Francis es Francis. Este reconoce esa mirada de sorpresa. Lleva meses de mucho alcohol y nada de drogas. Comiendo y fumándose lo que sea para no meterse cualquier cosa.

—Lo siento.

Mr. Frankie sabe el precio. Se ha conjurado para aguantar reproches, recuerdos envenenados y todas las culpas desde la muerte de Cristo en la cruz. Pero, a pesar de saberlo, su paciencia no es su mejor prestación. Y, con el viejo, siempre lleva las pelotas a medio reventar. Las circunstancias no ayudan: hace rato que quiere fumar, solo le quedan dos cigarros y esos son para antes de dormirse. Y tiene hambre. Y su padre nunca ataca de frente. Y Mr. Frankie anda con un principio de pedal que no quiere perder. Pedal barato, claro. De quintos. Pedal que trata, eso sí, de disimular.

—He traído fruta. Me la han dado colegas del comedor. Te sorprendería la de gente a la que no le gusta la fruta.

Francis va hacia donde la memoria le indica que queda la cocina. Los recuerdos se le echan encima a cada paso que da, se le suben a los hombros, le clavan garfios en la garganta, en cada giro de su cuerpo que es el mismo cuerpo pero más grande y torpe, o quizás es que la casa ha encogido todos esos años. Hace tanto que se fue... Volvió tres o cuatro veces, noches sueltas. Pero ahora la sensación es otra. Como si tanto el domicilio como él mismo fueran conscientes de que iban a convivir juntos, a tener que soportarse, odiarse esta vez por bastante más tiempo.

—¿Sabes algo de Marisol?

El viejo ha de recordar que, por fortuna, su hijo no tiene constancia del juicio, de la condena, de nada de todo aquello, pero no le apetece contestar a su pregunta. A

Francis no parece importarle:

—¿Has cenado?

—Yo nunca ceno. No cenaba antes y no ceno ahora.

Francis abre la nevera y se compadece de lo exangüe del contenido de la misma. Va metiendo piezas de fruta en su interior. «Una comida al día, como los perros», masculla al refrigerador como si este fuera su único cómplice en aquella casa que un día fue su gulag, su caja de gusanos de seda, su paraíso perdido, su jodido Triángulo de las Bermudas donde en vez de aviones y barcos desaparecían sueños, semanas y salchichas de frankfurt.

—¿Y los hijos qué tal? ¿Cómo están?

—Bien. Los niños están bien. Con su puta madre.

En cierto modo, eso tranquiliza al viejo. Francis sigue hablando tan mal como hablaba Francis.

Don Damián resopla el principio de un estertor que Marisol ha tenido la deferencia de acompañar con unos gemidos gatunos, ecos de otros que un día fueron espontáneos. La locomotora se detiene en la estación, descarrila hacia un lado y farfulla algo que pudiera ser agradecimiento, exaltación o una oración al demonio que creó a Marisol.

No importa, en serio, no importa.

Los gatos o los cerdos tienen espinas en la polla, piensa la mujer.

A las gatas y las cerdas les dolerá aquello como una mala cosa.

En algo hemos ganado nosotras, ¿no?

No importa, en serio, no importa.

Un poco de paz a orillas de jornadas tranquilas.

Disfrútalos, idiota.

Tampoco ha sido un mal día porque cuando hay siesta, como hoy, no suele haber noche.

Tú sabes gestionar eso. Sabes hacerlo, Angelina Jolie.

No, para nada un mal día. No como esas otras veces en que este viejo te recuerda al otro. Entonces sí, se te cruza todo, te pones borde, cierras las piernas y, si no lo entiende, que se lo explique algún otro, que tú no lo vas a hacer. Pero hoy no ha sido una mala función. Probablemente ni una función del todo. ¿Pero qué más da ya, *petita*? En el fondo es mucho peor follar por desamor, por apatía o por miedo que hacerlo porque afuera llueve. Porque refresca luego. Porque vuelve a llover.

Está bien.

Eso sí, hoy nada de menú extra ni migas que recoger del mantel, don Damián, que hay algo de prisa. Debería levantarme ya, piensa Marisol, si quiero intentar lo de Lady Claire, la cubana echadora de cartas. Pero sigue con los ojos cerrados, sudada, perezosa sin moverse. Un mechón de pelo le cae sobre la cara. Se lo aparta con un resoplido. Pero de repente, como tantas otras veces, la descarga eléctrica, el miedo.

Amoah.

Ojos abiertos: estás viva, levántate, escapa.

Amoah.

Odia que aún le siga pasando. Sin aviso. En cualquier momento y situación. Después del terror. Del no querer salir de casa, de ir deprisa a los sitios, acompañada, girándose por cualquier razón. Después de todo lo que ha pasado aún le sigue sucediendo esto. Le humilla tener el miedo saltando como un muñeco de resorte

dentro suyo, detonando en su cabeza como un pistoletazo mientras duerme.

Amoah: hijo de perra, vete, déjame en paz.

Ella se lo explicó todo al viejo en los primeros polvos y, acurrucada, entre sus brazos y su barrigota, le lloró el pánico que sentía. Su jefe se puso la capa de héroe y puso la seguridad del bingo a su disposición.

Ella pagaría el precio.

No importaba, en serio, no le importaba pagar.

Al menos, no importó hasta hace poco.

Porque siempre aparece el Problema que te remueve las entrañas y te recuerda que no naciste para conformarte sino para meterte en Problemas como ese Problema. En su defensa, hay que decir que don Damián ya llevaba el Problema dentro. Las cartas, pues, llegaron desde el primer momento complicadas, malditas, hechizadas.

El Problema se llama Xavi y es la mano derecha de don Damián.

Una historia más vieja que el mundo.

Una historia que —como se dice y se repite Marisol— siempre acaba mal. Pero estas historias son como lo de morir. Todo el mundo sabe que le tocará morir pero, en el fondo, cree que con él Dios hará una excepción.

Pero no importa, en serio, no importa.

Todo se acabará antes de empezar.

Seguro.

Ella abortará el Problema.

Sabe cómo hacerlo.

Ha de hacerlo.

Solo un poquito más y lo mata.

Al Problema.

Al moverse se percata de que el condón se le quedó dentro. Marisol lo saca como si solemnemente pescara un pez ya muerto pero aún reluciente. El semen de don Damián es como el de todos y yo me voy al lavabo, se dice la mujer. Cierra la puerta tras de sí. Levanta la tapa del inodoro. Se sienta. Pregunta:

—¿Tiene tabaco, don Damián?

—Encima de la mesa. Y no me llames don Damián.

—Es la costumbre.

—Pues desacostúmbrate, por favor.

—Vale...

Llega el chorro fuerte, con brío. Ha de llamar a la cubana. Le gustaría tener tiempo para dejarse caer por allí y que le echara las cartas. Igual puede antes de entrar en el turno de las siete de la tarde. Desde ayer tiene una nube en la cabeza que necesita disipar. Tiene tiempo si se saca de encima a don Damián. Lleva cuatro meses trabajando en ese bingo. Solo en el primero no fue amante del jefe. Allí hace un poco

de todo. Canta los números, reparte, recoge cartones, sirve copas y hasta ha estado en la entrada repartiendo monederos y paraguas de regalo. Le gusta estar de cara al público. Sabe coquetear lo justo con los hombres y ganarse la complicidad de sus mujeres. No siempre tuvo tanta seguridad en sí misma. Procura no olvidarlo.

Tira de la cadena. Se mira en el espejo pero evita hacerlo a los ojos. Sin embargo se perdona. Debe hacerlo. Es una superviviente. Es lista. Está muchísimo mejor que hace apenas unos meses. Con dinero. Con más poder que nunca sobre su entorno.

¿Por qué se empeña en fastidiarlo todo?

Niña tonta.

Marisol ha querido a algunos hombres, ha deseado a bastantes y ha follado, probablemente, a demasiados, aunque eso es opinable según el día y el humor.

También se enamoró una primera vez.

Hace uno o dos siglos.

¿Por qué piensa ahora en él...? ¿Por qué piensa en él al mismo tiempo que está pensando en Xavi? Uno le recuerda al otro, es obvio. Esa suerte de potros que ni llevan ni descansan. Desnuda frente al espejo, mirándose las tetas operadas, el coño rasurado, los brazos, las rodillas que nunca le gustarán. ¿Cuántos años tenías cuando amabas sin esperanza a aquella especie de hermano? ¿Diez?, ¿doce?

—¿A qué hora entras?

Don Damián lo sabe de sobra. Lo pregunta por decir algo mientras se abrocha una de sus emblemáticas camisas color whisky con caballos blancos. Quizás también lo pregunte por recordar quién pone los horarios y quién decide.

—A las siete.

—¿Vamos a tomar algo a la Leo y luego llegamos juntos?

—No, ve tú. Yo tengo que hacer una cosa antes.

—¿Qué cosa?

—Una cosa.

—Te llevo a hacer esa cosa.

—Quiero ir sola.

—¿Adónde?

Marisol no contesta. Si le dice que se pasará por Lady Claire o bien, como siempre, se burlará de ella o insistirá en acompañarla para saber qué quiere preguntar, qué desea conocer de su futuro. Y es tonto, lo sabe, pero esa cosa negra en la cabeza y el recuerdo de Francis hace que necesite tranquilizarse, tener alguna pista, algunas palabras que desbrocen el futuro. Y escuchar cosas que, a buen seguro, no agradarán a don Damián, un tipo que pasa de la bonhomía al arrebató en cuanto husmea hombre, mentira, confusión.

—No te voy a contestar. Es algo mío. Privado.

—No es bueno que andes sola.

—No me va a pasar nada. Si ese cabrón no ha dado ya señales de vida, no lo hará ahora. La sangre te hierve cuando te hierve.

—¿Por qué no me lo quieres decir?

—¡Joder, porque no me da la gana!

—Pues sola no vas a ningún sitio.

—Mire, se lo..., te lo voy a decir, pero será la última vez que te digo algo cuando no te lo quiero decir. ¿De acuerdo? ¿Quieres saberlo? Voy al médico. Al ginecólogo. Y a eso quiero ir sola.

La mentira tumba con violencia a don Damián, que muda el semblante, se le caen los brazos peludos y algo cortos antes de lanzarlos hacia Marisol, que se deja abrazar, desnuda y astuta. Perdón, perdón, perdón. Perdonado, perdonado, perdonado. Ella se va vistiendo —bragas y sujetador, blusa y falda—. Él la mira, relamiéndose los bigotes pero sin fuelle para intentarlo una segunda vez.

—Me dejarás que te acompañe a coger un taxi, ¿no?

—Vale, pero espérame en la calle, que me pone nerviosa tenerte por aquí.

Él obedece. Sale del piso. Espera el ascensor mientras ella se maquilla. Se calza. Ya tiene tantas cosas aquí como en su piso. Don Damián insiste en que lo deje y se traslade aquí, pero Marisol se resiste. Quiere tener su espacio. Su lugar al que volver cuando se putea con su jefe. Esas cuatro paredes alquiladas con su esfuerzo, y el de dos chicas más, en las que podrá encerrarse cuando lo de Damián se le haga insoportable.

Marisol marca el número de Lady Claire.

La cubana puede recibirla en media hora.

A veces, el mundo rema a tu favor.

La gata de don Damián aparece por una de las puertas. La mucama ha olvidado ponerle comida. Marisol va hasta la cocina, busca el pienso y lo vierte en el bol hasta los bordes. Maullidos de agradecimiento.

¿Amigas, minina? Amigas.

Suena el timbre.

Damián El Impaciente.

Irradia la mujer una sexualidad que te dirige hacia ella como un imán. Con la mirada baja, los labios de su gran boca, en un gesto de pericia, para nada de coquetería. Sus manos andan colocando una pinza en el pelo, negro, media melena, salvaje. Lleva una camiseta beige; quizás sea una combinación la que marca sus pezones de una forma también natural, nada erótica. Y en la axila del brazo que queda más cerca de quien la mira, una mata de pelo rojizo. Es un disparo libertario, feminista. Es Patti Smith en *Easter*. La primera mujer que trepanó hasta el centro de la sexualidad de Mr. Frankie cuando, siendo un niño, acudió con su madre al Carrefour de El Prat a buscar avituallamiento a gran escala. Ese, el de las compras al por mayor era el día grande del mes. También estaría su padre pero en el recuerdo no aparece. La imagen fue tan poderosa que Francis no pudo evitar aproximarse hasta donde estaba expuesto y coger el disco. Pedir a su madre que se lo comprara. Tanto insistió que al final accedió. Un casete CBS en el que la foto era diminuta y estaba sobre un fondo blanco, pero es que aún no tenía ni el Cosmos. Sin embargo, lo que tiene ahora Mr. Frankie en las manos es un vinilo. No recuerda cuándo lo compró. Ni dónde. Estas cosas no deberían olvidarse, pero se olvidan. Como se olvidan los cumpleaños y las caras de tus hijos cuando no puedes pagar sus pensiones.

Pelo en los sobacos. Se sonrío ante eso que de niño le parecía tan erótico. En aquella época su madre y las amigas de su madre no se depilaban. De sus sacos sin mangas sobresalían esos pelos. Se les marcaban bragas y sostenes. Sus primeras pajas eran las últimas que decía que se haría. Se las hacía pensando en actrices de televisión, en Red Sonja, la novia de Conan, en todas y cada una de las madres de sus amigos, porque a todas les dio por aparecer un verano con tetas y una sexualidad maternal que le parecía irresistible. Pero el primer portazo en la cara fue Patti, su pinza y su vello en las axilas. Siempre le han gustado las mujeres que no se depilan o, cuando menos, que se abandonan un poco. Es obvio —bromea— que desde el principio fue un tipo distinto que tenía las de perder.

Nunca conoció a Patti Smith. Cuando soñó en ser una estrella de rock'n'roll todo fluía tan deprisa y certero que seguro que pensó: ¿por qué no llegar hasta ella? Cree recordar que llegó a tocar con gente que decía conocerla. En un festival del sur de Francia. ¿Quién sabe cuál ni cuándo ni si el recuerdo es verdad? ¿Cómo es que su padre no tiró a la basura esos discos que se quedaron dentro del mueble con mesa abatible donde el niño Francis haría tan bien sus deberes? Quizás ni supiera que

estaban ahí. Tampoco las cintas de casete en un estuche de plástico con el cierre roto y una pegatina de SANDINISTA en la cama abatible, desplegable y embozada con trazas de armario empotrado. Dentro aparece el primero de los Pretenders. Chrissie Hynde era más que una paja. Era la chica de la guitarra. La novia/amiga perfecta. Duda que se la imaginara alguna vez trajinándose, pero con quince años todo es posible. La Hynde y sus primeras fotos en blanco y negro. Con su novio bajista y su hermano de sangre, a la guitarra. Con su exnovio bajista fuera del grupo y su hermano de sangre, guitarra yonqui. Con su exnovio bajista heroinómano fuera del grupo y su hermano de sangre, guitarra yonqui que se muere por sobredosis de cocaína. Con su exnovio bajista heroinómano fuera del grupo que se muere en su ducha solo meses después tras un delicioso pico de caballo. Era evidente que Chrissie necesitaba más un amigo que un polvo. A Ray Davies más que a Jim Kerr. El disco tiene la carátula pero está vacío por dentro. Otro misterio más.

Llaves en la puerta. El viejo vuelve. Trae pan recién hecho. Debería salir de la habitación, ducharse, desayunar con él. Francis apaga un atisbo de carraspera que siempre va a más, escondiéndola en su almohada. En un rincón al lado del armario, bajo años de polvo, está la vieja acústica con su funda marrón y a buen seguro —sin necesidad de comprobarlo— en el bolsillo de cremallera, el libro de *Acordes Fácil* y letras de canciones como «In the city» o «All or nothing». Encuentra cintas grabadas por amigos con letras que reconocería en cualquier lado. Un batiburrillo ecléctico, sus vicios privados y sus virtudes fanfarronas. Juanjo y su fascinación por el *do wop*. Flamingos, Jets, siempre Dion. La caja de Spector que le grabó Juan Antonio. Gene Vincent y New Order. Los Damned, los Only Ones, Buzzcocks y los Undertones. Singles de Derribos Arias, el «Cadillac solitario», los Parálisis, Decibelios, techno ochentero, Yazoo y los Human League, los Stones del *Some girls*. Ramones, Bowie, MC5, los Pistols, Golpes Bajos y Roy Orbison. Stray Cats, Iggy con o sin Stooges, Cramps, *Quadrophenia* y *Going Underground*. Lou y el Berlin, Lou y la Velvet, Lou y Lou. Eddie Cochran, los Dolls y Thunders solo, con sus fotos de ángel caído, de yonqui sensible, hijo de puta. Y es que están todos, piensa Francis. Todos los payasos. No falta ni uno. Todos ellos con todas sus payasadas. También los Pixies. ¿Qué hacen aquí los Pixies? Esos eran de finales de los ochenta, ¿no? Entonces él ya era mayorcito. Igual se lo dejó en una de sus pernoctas esporádicas en aquel domicilio. Kim Deal también tenía la falda mojada para muchos adolescentes pero no para un Francis ya veinteañero. De todos modos sonrío al pensar que parece que toda su adolescencia se la pasó masturbándose y escuchando música, pero esa puede que sea una idea bastante cercana a la realidad.

Su primera novia formal, Liz, era una loca con el pelo rojo de electroshock. La chica le regaló un *single* de los Pogues, el de «Fairytale», cree recordar. Sería maravilloso que el vinilo estuviera por aquí. Estaba dedicado por ella pero no

recuerda qué se leía en aquella letra apresurada y con una deliciosa manía de hacer globos llenos de aire en vez de puntos sobre las íes. No hay suerte con el disco de Liz. Tampoco la tuvo ella con él.

¿Qué habrá sido de la colorada, como la llamaba aquel camarero argentino?

Pelirrojas, con pelo en las axilas y exnovios bajistas muertos. Que se saboreaban como vino caliente, chicas locas, divertidas, con una orquesta en el corazón tocando furibundamente, *carpe diem*, más novias que amantes.

Un mapa dibujado sin brújula todo aquello, los discos y las chicas.

Francis tuvo algunas mujeres. Mr. Frankie muchas más. Las convoca y acuden en bloque, a razón de fotograma por invocación. Una frase, un arañazo, un cuerpo desnudo —una nalga, un lunar, unos pezones, unos labios mordidos—, y que pase la siguiente. Francis, Mr. Frankie, trata de retener a alguna pero es como mar entre los dedos. Del recuerdo de ellas no le queda nada que le permita imbricar una mitología propia, un camino a algún sitio, ni tan siquiera el descenso rápido para masturbarse alguna vez y ya está.

¡Qué maravilloso cuando todo aquello te sorprendía sin aviso, rompiéndote las defensas! Primero fue así. Luego llegó la convulsión, la gula, las traiciones. Los abandonos, la rutina, el agua estancada, el dinero, las drogas. O pegarte. O los travelos. O inyectarte en la polla. O peinártela con coca. Hasta que una madrugada te reconoces solo y roto, añorando amor sin sexo, una caricia sin gimnasia, la judía en la fuente, todo cántaro y ojos grandes.

Sale Francis de la habitación. Va descalzo. Se llega hasta la cocina. Su padre está mirando si ha subido el café. Se intercambian un «buenos días» por un «he ido a comprar pan por si quieres mojar algo». La cocina, su padre, huelen a viejo, a papel cuarteado, a desayuno de toda la vida.

—Solo hay desnatada.

—Está bien. ¿Puedo ducharme?

—Cuando acabes de desayunar te pongo el calentador.

—¿Hace fresco fuera?

—Sí, pero en nada subirá. El verano no se quiere ir del todo por aquí, ya sabes.

Avisa el café. Paco le sirve un chorro humeante en una taza. Abre en dos el pan. Introduce un cuchillo en un extremo del mismo y lo acerca al fuego. Eso se ha entendido toda la vida por tostadas en casa de Paco y Juana. El viejo se ha percatado de lo de los dientes. Del hueco que, de repente, ha aparecido en la boca de Francis. Los otros días no lo tenía. Está convencido de ello. Por eso le cuesta tanto entenderle esa mañana.

—¿Tú has desayunado?

—A las siete.

—Yo hace rato que ando despierto, pero me he puesto a mirar cosas en mi cuarto.

—Siéntate para desayunar. Te va a sentar mal la leche ahí, de pie.

Francis obedece aquella vieja ley posiblemente absurda y ahora casi entrañable. El viejo comunista se aferra a las pocas certezas que le quedan piensa Francis mientras moja la tostada. Certezas como esa o como que no se debe beber agua helada mientras estás sudado o que la causa de conservar el cabello es que se lo untaba con petróleo cuando era joven.

—Papá, ¿aún guardas mis trajes?

—No. Los dimos. ¿Para qué los quieres?

—Esta semana tengo una entrevista de trabajo —miente Mr. Frankie.

—¿De qué?

—De comercial.

—¿Comercial?

—Vendedor.

—Ah.

Francis sabe lo que está pensando. Lo de los estudios. Lo de aprender un oficio. La Puta Leyenda del Tornero Fresador. Pero para su sorpresa, Paco decide no ir por ahí.

—De todas maneras no te vendrían.

Su hijo no contesta. Hambriento, pega un bocado al pan. Paco le escudriña para descubrir la mentira sobre la entrevista de trabajo. No ha olvidado tan fácilmente los engaños, las fugas, las visitas a la comisaría, la desaparición de dinero y joyas aún sin resolver para la policía, pero no para su padre.

—Con la lata que nos diste con la guitarra, con ser músico y ahora vendedor de enciclopedias.

—...

—Ahora me dirás que has cambiado.

—No, no te lo diré.

—Mejor. Siempre pensé que tu madre se murió...

—De cáncer. Eso no me lo cargo yo, ¿lo entiendes? Bastante mierda arrastro, pero esa no.

El viejo calla. Francis se levanta y deja la taza en el fregadero. Abre el grifo. Lo llena con agua. No quiere empezar así. Apenas llevan una semana juntos. Le ha ayudado a limpiar en casa. A ir a comprar. Le ha sintonizado bien el televisor. ¿Qué más quiere?

—¿Me pones el calentador? Es que yo lo intento y no hay manera.

—Pues mira que es fácil. Te lo pongo, pero cinco minutos. Esto no es el hotel Ritz. Y otra cosa: no quiero porros ni porquerías de esas por aquí.

—No te preocupes. Ya no me drogo. Te voy a dar una pista. Como me has dicho ya cien veces desde que estoy aquí, he engordado todo lo que ves. Por si no lo sabes,

ese es un buen síntoma.

Silencio.

—¿Por qué has vuelto?

—Ya te lo expliqué.

—No, la verdad.

—¿La verdad? —Francis deja pasar unos instantes antes de volver a hablar—. Lo que te dije es la verdad. No tenía dónde ir y no quería volver a la calle. Se me había pegado la mala suerte ¿sabes? Y pensé que, al menos podía arreglar algo, no sé qué, algo y desde este sitio me pareció que podía empezar de nuevo.

—Mucha literatura, Francis, como siempre. En fin, tú sabrás...

Paco se levanta y sale al pasillo. Francis vuelve al dormitorio. Abre la bolsa buscando muda limpia. Instintivamente busca droga sabiendo que no la hay. Viejas costumbres. Ha hecho casi todo lo que hay que hacer para alejarse de ellas. Todo menos borrar el número de su *dealer* del móvil. Coge calcetines, calzoncillos, una camiseta. Entra en el lavabo. Se empieza a desnudar. Su padre abre la puerta. Trae toallas limpias con sus iniciales y las de su mujer bordadas. La situación les resulta embarazosa. Francis le da las gracias. Paco baja la mirada. En el fondo, uno y otro saben que ahora más que padre e hijo en una escena cotidiana son dos viejos con casi los mismos números de las últimas rifas.

—Oye, ¿qué le ha pasado a tus dientes? Ayer...

El viejo formula, por fin, la pregunta.

—Perdí algunos. Muelas sobre todo. Parece más de lo que es. El problema son las encías. No me aguantan los dientes.

—Ya.

—Tengo un postizo. Provisional. Lo llevo siempre, pero anoche sangré. Nada grave. Me pasa a veces. Pondremos una señal en cada dentadura postiza, no sea que nos vayamos a intercambiar la sonrisa —trata de bromear Francis, pero es consciente de que le ha salido un chiste malo y, lo que es peor, extremadamente triste.

Paco se da la vuelta y sale. Mr. Frankie acaba de desnudarse y contempla su cuerpo flácido, lleno de pliegues, amarillento en el espejo, con tatuajes —especialmente el gato de Liz, como el del disco *Le Chat Bleu* de Willy y Toots, en el hombro— que ahora parecen burlas. Recuerda la de caricias, golpes y pinchazos que han tenido lugar en este, su cuerpo. Ese paisaje de labios, pellizcos y roces, pelos y metal, un envase ahora vacío que un día escondió algo, un yo, un no sé qué que en las canciones él llamaba alma o rabia. Podría abrir la boca y ver cómo andan las encías, pero no lo hace. Si come bien los próximos días mejorarán. Eso es todo lo que puede hacer.

Cuando tenga dinero volverá al dentista.

Pagará las pensiones atrasadas de sus hijos.

Dejará de gorrear tabaco.

Todas esas cosas.

El suelo de la ducha está helado. Los bordes de la bañera y alrededor del desagüe se han ido desconchando. Champú. Gel. Marcas blancas todas ellas. Ve colgados tras la puerta un albornoz azul a jirones y otro de flores, de su madre, a buen seguro, apelmazado por los años. Francis abre el grifo de agua caliente. Sale fría. Los segundos transcurren a la espera de que llegue el calor. Nada. Cierra. Abre. La misma historia. Finalmente parece que el agua se entibia o quizás es solo que la mano de Francis se ha acostumbrado al helor. Se coloca bajo la regadera. Champú. Cabello que se le queda en las manos. El agua parece volver a enfriarse. Joder.

Duchado, Francis se dirige a la calle. Su vida de chaval y de joven hasta que puso tierra de por medio se desarrolló en los barrios de Horta-Guinardó. Dos barrios unidos por un guion de decisión municipal pero que poco tenían que ver entre ellos. Horta tenía una inquebrantable alma de pueblo mientras que el Guinardó la tenía de ciudad dormitorio: peluquerías, talleres y puticlubs. En Horta estuvieron sus abuelos, sus tías maternas y sus primeros juegos por las calles del Vent, Martí i Alsina y Tajo. En el Guinardó, su casa, sus primeras novias, sus camaradas de la adolescencia. Allí conoció a Juanjo, un rocker catalán agitanado, alto y fondón. Su padre trabajaba en Jorba Preciados y en su comedor tenían un alta fidelidad. Con Juanjo montó su primera banda de rockabilly. Liz ya salía con Francis. Desde los catorce estaban juntos. Se cambió de cole para coincidir con ella. Era pelirroja, regordeta, de padres gallegos. Iban a cursos distintos. Por las tardes se besaban debajo del Puente del Dragón. Nunca se iban a separar. Por supuesto que no. Como Romeo y Julieta. Como Sid y Nancy.

¿Qué hacer?

¿Por dónde empezar?

Un traje. Un trabajo. Un todo lo demás.

Se acerca Francis al Quimet, tocando a plaza Eivissa. Mira a un lado y a otro. No reconoce a nadie y él es un completo desconocido para todos. ¿Qué esperabas, Don Importante? Quizás haya suerte con el que está en la barra, aunque parezca tener diez años menos de lo que debería. Mr. Frankie se sienta en la terracita, llega otro camarero a quien le pide un café. Sin bollería. Ha de perder peso. Le coge la tos. Entre sus proyectos, está el de dejar de fumar un minuto antes de que se le agujereen los pulmones. El café llega sin sobres de azúcar. Se levanta y va hasta la barra. Recoge los sobrecitos de azúcar.

—¿Sabes dónde podría encontrar un traje a buen precio?

—En Llobregós, detrás del mercado, había un par de tiendas que estaban bien. Una de ellas antes del verano estaba en liquidación. Como casi todo por aquí.

Mr. Frankie no tiene dinero para un traje por muy barato que sea, pero es una manera de entrarle.

—Hace un siglo venía mucho por aquí. Tienes una retirada a Toni. ¿Eres su hermano?

—Sí.

—Yo soy Francis, Mr. Frankie.

—Lo siento, no te recuerdo.

—Hace mucho. Serías muy chinorri. ¿Toni viene por aquí?

—No. Se casó. Vive en Esplugues. Tiene dos niños.

—¿Y de aquella peña qué sabes? Los del fútbol, el Nen, la Lluïsa...

—No sé. Todos esos eran mayores que yo. La mayoría se fue del barrio. Del Nen sí que me acuerdo. Se mató con la moto. Hace años, por eso.

—¿El Nen?

—Sí.

—No lo sabía, joder.

—¿Quieres algo más?

—No, no. Cóbrame ya y dale recuerdos a tu hermano.

Mr. Frankie paga y regresa a la terraza. El Nen muerto. El chaval no le recuerda. Y los que podían recordar han desaparecido bajo los efectos de la bomba H. En el fondo, mejor no encontrarse con nadie que aún siga en pie, con ganas de limpiarle los mocos. El café conserva algo de calor. ¿Qué te creías, *big man*? El Nen, joder. Pero si era inmortal como el puto John Milner. Roto el espinazo y quemándose al sol en la carretera. Nos han ido aniquilando a todos, piensa. Como si en vez de haber nacido en este barrio de curritos hubiéramos encontrado la tumba de Tutankamón. Joder. Joder. Joder. Los recuerdos le asaltan, se le meten apelotonados en el camarote de los Marx. Si hubiera podido parar y ver y pensar, pero fue todo tan rápido. No había ni un momento para hacerlo y disfrutar. Sufrir la pérdida o, al menos, alegrarte de las victorias. O pensar qué hacer a continuación. Dinero que entraba y salía rápido. Piernas de mujeres enlazadas a tu cuello. La cohorte del Rey Loco. Noches líquidas, madrugadas blancas. Resacas, ceniceros, botellas, huidas, colores y prisa, mucha prisa. Y todo tan poco y tan lejos desde que había empezado. El típico grupo de amigos encerrados en una sala de ensayo forrada con hueveras de cartón. Viéndose a todas horas todos los días. Dibujando guitarras en libros y cuadernos. Los nombres de tus bandas favoritas en pupitres y lavabos. Robando acordes de la tele, vomitando la frustración de estar fuera de todo: de ser inglés, de ser guapo, de ser rico, de tener coche, de no ser otro. Todo cenas recalentadas, dormitorios compartidos con hermanos pequeños, padres embrutecidos por el trabajo, el fútbol por la radio y la resignación, madres frustradas, divertidas, presas y carceleras de todo y para todos. Chicas que te rompían el corazón. Chicas a las que rompías el corazón. Y el rock'n'roll como una emisora que te conectaba con todos los distintos del mundo. Que te hacía, en cierta manera, trascendente, mítico, otra cosa. El rock'n'roll que te venía a salvar. Que te mostraba cuál era tu Misión. Que con el latido en el fondo de aquellas voces arrogantes y un pelín desesperadas te decían «Eres de los nuestros. No estás solo. No nos decepciones». No querías trabajar como tus padres. No querías

vivir como tus padres. No querías amar u odiar como ellos. No querías sus sábados, sus programas de televisión, sus vacaciones en el camping. No querías nada de ellos. Había una conspiración en el barrio. En la ciudad. Nacida en habitaciones diminutas como la tuya, con tocadiscos baratos y paredes atestadas de pósteres de tipos pálidos con consignas de Muerte o Gloria. ¿Y qué? ¿Ahora qué? No pasó nada, no sucedió absolutamente nada y ni los camareros recuerdan que hubiera revolución alguna.

—Se te saluda, Mr. Frankie.

Francis reconoce enseguida aquella voz. Es Álex, Álex Dalmau. Se levanta para abrazarle. Francis piensa que su aspecto es el mismo pero castigado por veinte años que pudieran ser cuarenta. Recuerda a su padre, el tipo que se largó a vivir su historia adúltera al otro lado de la ciudad, según comentaba, escandalizada y envidiosa, Juana en casa. La mirada de Álex es ahora huidiza, nerviosa, como mal enfocada.

—Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—Me siento pero no quiero nada. Acabo de desayunar.

—¿Me has visto o...?

—El hermano de Toni me ha preguntado si te conocía. He estado a punto de decirle que no. Has cambiado mucho, tío.

—Viejo y gordo.

—¿Qué haces por aquí?

—He vuelto. Como Elvis. El barrio contra mí.

—Todo el mundo se va y tú vuelves.

—Mi padre está enfermo. He venido para cuidarle unos meses. Luego, me volveré a ir.

Francis vierte el azúcar en un café ahora ya sí, imbebible.

—¿Y tú qué tal? ¿Tu madre? ¿Tu hermano?

—Mi madre murió y Epi está dentro. En Quatre Camins. Se metió en un buen lío, el muy imbécil.

—¿Y le queda mucho...?

—No sé. Mejor que se quede un tiempo más dentro porque para lo que hay fuera... ¿Y tú qué haces? ¿Ya no tocas? Un día te vi en la tele —dice Dalmau, con el poso de viejo rencor, más recordado que sentido.

—Hace mucho de eso.

—Sí, sí... Pensé: «En la tele, joder...».

—Todo el mundo acaba saliendo en la tele, Álex.

—Yo no, tío. Pero a ti te molaba eso.

Francis lo mira y le tienta admitirle, sin más, ese comentario. Pero no lo hace. Renuncia al café apartándolo de sí.

—El Nen murió.

—Me acabo de enterar.

—El Juanjo también.

—Hostia, Álex, ¿de qué?

—Cáncer de páncreas. En tres meses, muerto. Él, que era tan lento en todo.

—¿Cuándo?

—Un año, dos quizás.

Juanjo, también Juanjo: puto Tutankamón.

—¿Sabes? —La cabeza de Dalmau ya andaba en otra cosa—. Quiero decirte una cosa ahora que te tengo. Me jodió cuando me botaste del grupo. Sé que no era muy bueno, pero estaba ahí desde el principio. Todo aquello del barco pirata, en cuanto Coco y tú visteis pasta, se fue a la mierda.

Después de tantos años, ¿aún con eso? Mr. Frankie puede argumentar muchas cosas sobre la nula pericia musical de Dalmau. También puede callárselas, dejarlas pasar, pero ¿para qué, después de todo?

—Tío, tú y tu guitarra solo sonabais bien si os tiraban a la vez de un tercer piso.

—Hijo puta.

—Pero si es verdad y lo sabes. Anda, invítame a fumar, Jimmy Page.

—El viejo Francis, gorrero y faltón.

—El mismo.

Saca uno para cada uno y un Zippo. Flash.

—Necesito un traje. ¿Tienes uno?

—No será de tu talla.

—Puedo intentar no respirar.

—¿Para qué lo quieres?

Francis suspira mientras sopesa si seguir con la misma mentira que le ha dicho a su padre, buscar otra o decir la verdad. Opta por esto último.

—Álex, tengo dos hijos. Su madre no me deja verlos. Le debo una pasta y me ha denunciado. A la larga el objetivo es quitármelos definitivamente. Esta semana tengo que ir a juicio. Quiero ir un poco maqueado. Dar buena impresión, vamos.

—¿Cuánto tienes?

—El traje ha de ser de nada. Si es gratis, mejor. Una chaqueta al menos.

—Mañana una gente y yo vamos al Heron City. Vente. El Zippo es de allí. Si todo va bien, te saldrá gratis. Si va mal, te dejaré ropa limpia y planchada de mi hermano. Igual te va bien. Él también está ahora hipopótamo y el mes pasado le dejaron salir para casarse con la Tiffany. ¿Conociste tú a la Tiffany?

HERON CITY

El Heron City es una isleta de comercios, ocio y multicines que queda en el lateral de una de las vías de salida de Barcelona, la Meridiana. Un parking gratuito soporta tres plantas en las que hay un cine multisalas, un McDonald's, un gimnasio, pizzerías y, fuera de recinto, un Corte Inglés poco frecuentado. Es un centro más familiar que otra cosa que se llena los fines de semana con vecinos de Horta, la Guineueta y la Sagrera. Pero un martes a las cuatro de la mañana manda el silencio, solo roto por los coches que, lejanos, entran y salen por los carriles de la Meridiana. Los locales están cerrados. Algunos desprenden una luz cenital verdosa, con móviles encapsulados, alarmas nerviosas, zapatillas de deporte, miel para las moscas.

—Siempre se retrasan —contesta Álex.

Francis cree ver a un portero de seguridad en el otro extremo de la plaza del centro comercial.

—No pasa nada. En verdad, hay dos. Uno hace la vista gorda y el otro, depende de a quien le toque turno, puede meter las narices o no. Pero ¿qué pasa? ¿Hacemos algo malo? Estamos aquí, fumándonos un cigarrito, ¿no? ¿Es eso malo?

Francis calla. Dalmau nunca pudo.

—¿La has visto?

Dalmau señala el cartel de una de las películas que se proyectan en el multicines. Francis hace tiempo que no va al cine. La última fue *El rey león*. No recuerda si fue con uno o con sus dos hijos. A Óscar, el pequeño, hace mucho que no lo ve. De hecho no sabe, con certeza, cuántos años debe de tener ya. Renunció a Óscar casi desde el principio. Como si no fuera suyo y no le importara nada. Solo tuvo fuerzas para tratar de convencer a uno. Y el elegido fue Víctor, el mayor, de quince años, a quien ha seguido un poco la pista. Sea como fuere, vieron *El rey león* tres o cuatro veces. Quizás hasta más.

—A ti te gustaba mucho el cine, ¿verdad? Podríamos ir a ver esta, ¿no?

Francis le mira extrañado y se obliga a no olvidar que Álex es un esquizo al que se le han freído los sesos a base de drogas y medicaciones para dejar de drogarse. Que a veces las conexiones den algún tipo de chispa no implica que el circuito funcione bien. Así que ahora quiere jugar a los amiguetes que van al cine los sábados por la tarde. Hay que joderse, Álex.

—Aquí están.

Son tres. El primero es un chaval delgado y encorvado que podría tener tanto

dieciocho años como treinta. Lleva una sudadera gris. Nervioso. Extranjero. Luego sabrá que es colombiano. Los otros dos son los típicos asilvestrados del barrio: tipos que se creen más listos de lo que son, que huelen a sudor revenido, rayas sucias y violencia de poca enjundia. Uno es bajo y gordezuelo. Chándal del Espanyol, rapado, tatuajes idiotas. El otro es un perroflauta guapo y pálido, con rastas, dilataciones y un porro por fumar. Francis sabe que ninguno de esos es quien manda. Aún cree conservar el instinto de reconocer quien da las hostias.

—¿Y el Xavi?

—¿Quién es este? —le contesta el bajito a modo de respuesta a Dalmau.

—Mi hermano.

—Coño. ¿El de la cárcel?

—Sí.

—¿Qué tal, *man*? ¿Te han dado mucho por atrás, eh?

¿Eh?

¿Eh?

El bajito y el gordo se ríen. Qué bien. A Francis, lo de *El rey león* y ver llegar a esos dos le ha hecho recordar los personajes de Timón y Pumba. Es una lástima no poder compartir con nadie aquella broma. El perroflauta, ajeno, se recoloca el pañuelo palestino al cuello y consulta su Samsung Galaxy.

—Me alegro de que os lo paséis tan bien. Hacéis buena pareja.

—¿De qué vas, gordo?

El colombiano va encocado. Lo suyo no eran nervios, sino farlopa. El tipo se abalanza sobre Francis, pero Dalmau interpone el cuerpo entre ellos e intercede.

—Es mi hermano. Solo quiere un traje. Pensé que no importaría que vigilara conmigo. Podía quedarse él...

—Nosotros lo robamos y él que vaya a las Casas Baratas dentro de una hora. Esto no es una timba abierta. Ha de pagar.

—No tenemos dinero.

—Tú cállate, mongolo.

Francis sabe que debería dejarlo pasar; sin embargo, Mr. Frankie quiere decir algo que le haga ganarse un margen de respeto ante el viejo colega, en recuerdo de los buenos tiempos, pero sabe que necesita el traje, que lleva todo el día con el mantra del dichoso traje y ahora se va a estropear todo. Sin embargo, seis VollDamms después, traje y juicio parecen lejanos, totalmente prescindibles y Mr. Frankie quiere abrir la bocota.

—A ver, Timón y Pumba.

Lamentablemente, ellos también han visto *El rey león* y un mandoble surca por el aire y se incrusta en la boca de Francis que cae hacia atrás y nota un sabor metálico en las encías ya de por sí adictas al *Ecce Homo*. Dalmau trata de meterse en medio y

es apartado a un lado. Pero no hay más hostias. Mufasa ha llegado. Unos metros más atrás Francis atina a ver un par de chicas, pintadas, embutidas en látex, todo piercing y carne prieta medio saldada ya. Xavi no hace ruido. Es rápido. Detiene al gordo. Manda al banquillo al bajito con una mirada. Uno de los dos trata de explicar qué pasa.

—El puto tarado ese nos ha traído a su hermano para que le hagamos el regalo de cumpleaños y encima nos vacila.

A Xavi no le hace falta mirar mucho para saber que Francis no puede ser Epi Dalmau y se encara con Álex.

—¿Me lo explicas?

—Mi hermano tiene un juicio mañana y necesita un traje. Ha salido de la cárcel, no tiene pasta y...

—Para el carro, loco. Este no es tu hermano. Conozco al imbécil de tu hermano y este no es tu hermano.

—Deja que te explique.

Francis se endereza en el suelo. La boca le empieza a doler. Mira de reojo a Xavi. Es un tipo de veintitantos, moreno de pelo y blanco de tez, atlético y ágil, producto del país. No es muy alto ni muy musculado, pero sí feroz y definitivo con su físico y el tiempo de reacción. Uno de esos tipos, sigue pensando Francis, a los que las frases largas le parecen, en un buen día, hasta sospechosas. Una sirena rasga el silencio. Bomberos hacia Santa Coloma o Sant Adrià. El lugar donde siempre queman los mismos coches.

—Largo. Tú y él. Fuera.

—No, espera... —ruega Álex—. No es mi hermano, pero no quería dar explicaciones a esos. En privado te diré quién es.

Dalmau se acerca a Xavi, que concede un par de pasos más allá de los otros. El perroflauta ha prendido el porro. Al parecer, necesita tranquilidad entre tantas bestias saturadas de testosterona, como si su guerra fuera otra, más justa e higiénica.

Pumba:

—Vete. Ya te lo han dicho, ¿o prefieres que te demos más?

Francis está tentado de marcharse, pero le puede la vergüenza a los ojos de Álex. Por otro lado, no tiene ni idea de qué le estará explicando al cabecilla. Imagina que otra mentira fruto de su mente diletante y fantasiosa. Decide quedarse a esperar. En nada Xavi y Álex vuelven con el grupo.

—Dalmau vigila. Las niñas se encargan del otro, ¿vale? —Ellas, envueltas en humo y chicle, que se habían acercado al oler la primera sangre, asienten—. El hermano viene con nosotros, da la cara, pilla su puto traje y se larga.

—¿Qué hermano? Si acabas de decir que no era su hermano.

—¿Te lo repito, indio? Su hermano. Los acabo de casar yo mismo, así que no me

hinches las pelotas.

Xavi se acerca a las chicas y del cigarro de una de ellas Xavi inhala casi hasta el filtro. Ella toma nota. El perroflauta las acompañará al otro lado del recinto. Dalmau hace un aparte con Francis.

—¿Qué le has dicho?

—Que eres Mr. Frankie —trata de tomarle el pelo Dalmau.

—No jodas, Álex.

—Que eres el hermanastro de Marisol. Tu hermanita es la novia del tipo que organiza todo esto. También lleva locales. Todo eso. Xavi es su lugarteniente.

Este pasa delante de ellos. Zancadas como tijeras abiertas. Timón y Pumba detrás. Nadie dice nada, pero es obvio que si Francis quiere el traje ha de seguirles. Salen del recinto. Se encaminan a la rampa del aparcamiento. Tres, cuatro niveles. Las deportivas de los que le preceden gimen contra las rayas blancas medio borradas en el suelo. Pasan el primer nivel donde aparcan los vehículos y, en el segundo, Francis ha de pasar al trote para alcanzar al último de los tres, el gordo, introduciéndose tras una puerta de emergencia que, como Dalmau le había indicado, se halla bloqueada ese día del mes por una de las dependientas del almacén. Francis llega a tiempo. Es el recinto de entrada de mercancías. Por una de las puertas podrán entrar a un par de tiendas *outlet* y a una franquicia de ropa italiana. El Corte Inglés tiene su entrada de mercancías en otro lugar, pero allí la seguridad es más estricta. Dalmau no sabe mucho más. Una vez al mes suceden pequeños robos en centros comerciales, en aquellas franquicias. Robos sin desmadre ni saña, civilizados, controlados. Al día siguiente, además, vendrán los Robin Hoods con el pañuelo palestino y la crisis para llevarse cosas y en todo ese lío la sustracción es confusa, casi imposible de determinar qué falta y qué no. Una hora después de la medianoche, todo aquello que se haya robado será vendido en el mercadillo improvisado de las Casas Baratas. Si sobra algo, irá a Sant Cosme. Dinero fácil para los chicos que don Damián les deja ganarse.

—Empezamos por la italiana para que este se saque el traje y nos lo haga fácil —indica Xavi—. Entrarás tú primero, enseñas la jeta y te hacen a ti la foto. La alarma está desactivada. ¿Estás fichado?

—No.

—Mejor para ti. A ver, nada más entrar hay una cámara en el techo: tápala. En el otro extremo de la tienda, hay otra. Lo mismo. Luego, nos vienes a buscar. Vamos.

Aquello es más peligroso de lo que le había dicho su antiguo camarada. Le van a ver. Le van a fichar. Le van a meter en la cárcel. Y todo por un puto traje para un puto juicio en el que no tiene ni la más puta posibilidad de ganar una puta mierda. Un traje nuevo. Dar buena impresión. Menuda gilipollez.

Podría irse. Decir que se abre o mejor, largarse sin decir nada. Pero sabe que no lo

hará. Ese estúpido e inquebrantable código de barrio de no echarse atrás. De aguantar más que el otro. Chutarse con lo que sea. Beber lo que se dice que no es posible beberse. Que nadie, en la calle, pueda decir que tú, precisamente tú, te rajaste.

Otra puerta más y los tres esperan a que Francis llegue a su altura. La puerta de seguridad tiene el mismo truco que la de mercancías del aparcamiento. Mr. Frankie se abre paso entre el gordo y el bajo que apenas hacen el más mínimo esfuerzo de apartarse. Xavi interviene. Le coge del brazo:

—Hazlo bien. Primero lo de las cámaras y luego, nos abres la puerta. Si la cagas, te mato. Y lo del traje porque eres hermano de quien eres. Porque supongo que eso sí que es verdad, ¿no?

—Sí, sí, hermanastro...

—Porque si no, me debes cien papeles. O tú o el tarao de tu amigo.

Le suelta.

Mr. Frankie entra.

Massimo Dutti: no está mal.

Francis pulsa el timbre del piso de doña Imma. La vecina se ganó la vida como modista en un taller al lado del desaparecido cine Atlántico en las Ramblas. E hizo el mismo itinerario de fuga hacia las afueras que la mayoría de las familias de finales de los sesenta. Es viuda desde hace tanto tiempo que ha de forzarse a recordar que sí, que estuvo casada, que compartió casa y cama con un hombre bueno y trabajador que desde hace lustros duerme el sueño de los justos en Cerdanyola.

—*Passa, fill, passa...*

Francis la sigue por un pasillo que reconoce idéntico al de casa de sus padres. Cambia el papel pintado, las fotos familiares, la Moreneta, bailarinas enamoradas de soldaditos cojos, pero poco más. La casa tiene aroma a guiso de pelota. Paco le avisó de que la mujer no pararía hasta que accediera a llevarse un tupper de lo que hubiera estado cocinando.

Llegan al comedor. Un armario atestado de todo lo posible contiene una televisión encendida sin sonido. El sofá de cinco plazas forrado con tela beige acoge un costurero y un amasijo de telas que asemejan un vestido embastado. La vieja le indica a Francis que entre en la habitación que era de su hija a ponerse chaqueta y pantalón. Así lo hace. Cree que la chaqueta no necesitará ningún arreglo. No así el pantalón. Ciñe bien a la cintura, pero le queda largo. No bastaría con doblarlo.

—*Puja a la cadira.*

Ha dispuesto una silla delante del sofá. No están sus piernas para arrodillarse. Hablan en catalán. Eso a Francis le recuerda a su madre. Es agradable, en cierto modo. Francis le agradece el favor del arreglo. Ella se lo quita de encima con un manotazo probablemente de falsa modestia. La modista va disponiendo las agujas alrededor de uno de los bajos. Va preguntando cosas a las que Francis contesta con monosílabos, incómodo, sin saber muy bien por qué.

—*Què tal el teu pare?*

Francis no la escucha. Parece como si optara por no contestar y la vieja pasa a hablar en castellano como si así fuera a obtener antes las respuestas.

—Tienes que intentar convencerle de que haga más cosas. Siempre anda solo. Pasa días y días *sense sortir de casa*.

—Es muy cabezota. Nunca ha sido de salir. Mi madre se quejaba de eso. De tenerla enterrada en vida.

—*Ja ho sé, ja ho sé. Per quan el necessites?*

—*Si pogués ser per demà...*

La vieja refunfuña para dar más lustre al favor que va a hacer a Francis como correa de transmisión hacia su padre. Suena el timbre. Mr. Frankie aprovecha que la mujer acude a abrir para cambiarse. De vuelta al comedor, doña Imma lleva un talonario de recibos y dos billetes de veinte euros. «*La gent sempre ve a pagar en els moments més inoportuns*». La señora Imma anda con el turno de tesorera de la escalera y guarda los billetes en una caja metálica de galletas Birba donde hay más talonarios, más dinero y un sello con su estuche de tinta roja. La vieja al girarse se encuentra con la mirada de Mr. Frankie y sabe que, quizás, no ha hecho lo correcto. El dinero es siempre goloso y ha escuchado lo de las drogas con el hijo de Paco, su vida turbia, un montón de cotilleos... Francis lee todo eso en su expresión. Ni puede ni quiere ocultar que le duele.

—*Cap allà a les set, dos quarts de vuit crec que podrà estar.*

—*Gràcies. Em fa un gran favor. Enorme.*

—*Em va dir el teu pare que demà tens una entrevista per una feina. A veure si tens sort.*

—*Sí.*

—*T'ensenyaré unes fotos* —es evidente que, después de la desconfianza de hace un instante, doña Imma trata de congraciarse con él— y así verás que no siempre fui una vieja pelleja. *Tens un momentet?*

—*No puc, senyora Imma. He quedat amb un dels meus fills i no vull arribar tard.*

—*D'acord, d'acord. Va, vés, no vull que arribis tard!*

Francis consulta la hora en su móvil. Espera acertar con el tiempo en los transbordos. Lo cierto es que tiene una cita, pero nadie le espera a ella. Mañana es el juicio. No tiene el dinero. Va a perder ese juicio a menos que —cree él de un modo a todas luces ingenuo— consiga convencerles de que no ha habido voluntariedad en no pagar aquellas pensiones. Y convencerles también de que, en cuanto pueda, abonará hasta el último euro de lo adeudado. En realidad su cita consiste en acudir a la puerta del instituto de Víctor, el mayor de sus hijos, antes de que este tome el autobús. Y tratar de hablarle, explicarle, ser escuchado.

Consigue llegar a plaza Castellana cinco minutos antes de las cinco y se coloca a una distancia discreta para poder tratar de distinguir en la salida de chavales del Instituto Joan Brossa a su hijo. Enseguida se da cuenta de que no es una buena idea: demasiados chavales en manadas irregulares. Cruza la plaza, atraviesa una gasolinera y se detiene en la parada de autobuses a la que Francis espera que acuda Víctor. Al menos así lo hacía hace unos meses, bastantes ya, cuando más de dos y de tres veces Francis acudía allí solo para verle, para granjear un poco de paz, comprobar que, de toda una madeja, quedaba al menos un hilo que le unía a algo.

El primer día que le abordó, el chaval fingió no saber quién era. El segundo no

quiso detenerse. El siguiente le escuchó. Solo eso. No hubo más días porque llegó el verano. Espera Francis que el chaval siga yendo a ese instituto. Encontrarse y que al menos, hoy, quiera hablar con él.

Pasan los minutos. Francis disimula ojeando los titulares de periódicos y revistas en el quiosco que queda a apenas diez metros de la parada. Ahora cree vislumbrar a Víctor en un grupo de cinco jóvenes, tres chicas y un par de chicos. Está alto. Guapo. Bronceado. Ríe. Golpea la espalda del que va delante de él. Cruzan el mismo semáforo que ha cruzado Francis y se dirigen a la parada. Francis duda ahora qué hacer. Es consciente de su aspecto. Lleva encima lo mejor que tiene pero no es suficiente. La miseria es algo que se te adhiere al brillo mate de la piel enferma, a tu manera de andar y moverte, a la tonelada de tics adquiridos en la calle. El dolor de los postizos reclama su atención. Debería hacer algo con eso. Se le vuelven a llagar las encías.

Pero hoy sabe que va limpio, que sus ropas son discretas y están aseadas y planchadas, pero quizás no sea eso. Enfrentarse a su hijo es también enfrentarse a la imagen que de él haya ido cincelando su madre. Lo sórdido y miserable que habrá explicado ella sobre él.

¿Por qué haces esto, Francis?

¿Crees que avergonzándole delante de sus amigos o de su novia te lo ganarás?

¿Es que no lo ves?

Llega un bus. Teme que sea el de Víctor. Le aliviaría que lo fuera.

El autobús se detiene y a él solo se suben las chicas. Francis decide acercarse. En la parada de bus solo quedan los dos amigos y una señora sudamericana con una niña que sube y baja de los asientos. Francis llama por el nombre a su hijo. Este se gira. Se sorprende. Se enoja. Balbucea unas palabras a su amigo que Francis no escucha. En eso, llega el autobús que esperan.

—No pasa nada. Cógelo. Yo iré en el siguiente.

El compañero obedece.

—Gracias.

—¿Qué quieres?

—Nada. Verte. Hablar un rato.

Víctor ni le mira. Otea las calles, suspira, cualquier cosa antes que mirarle.

—Tu madre no tiene por qué enterarse.

—No voy a mentirle y menos por ti. No sé por qué me he quedado. El siguiente lo cojo.

Francis entiende el odio que percibe en aquella cara señalada por el acné. Lleva una camiseta lila que proclama en inglés que los héroes son difíciles de encontrar. Más difícil es ser tu padre, piensa Mr. Frankie. Los ojos y la nariz son de su madre pero las cejas y la boca son suyos, no cabe ninguna duda. Ha salido fibroso como lo

fue él y, probablemente, el odio y el rencor sea muy parecido al que sintió Francis hacia sus padres, aunque las motivaciones fueran radicalmente opuestas. Víctor le odia por no estar, por no ser lo que él esperaba de un padre, la rotura de un idílico y televisivo entorno familiar. Francis odió a los suyos por estar siempre ahí, por ser coherentes y seguir el catecismo rojo y también el azul, por todo lo que hicieron y que era, precisamente, lo que se esperaba de un padre y una madre.

—Podríamos charlar un rato.

—¿De qué?

—Joder, Víctor, relájate un poco. Sé que la he cagado muchas veces pero dame un respiro, ¿no?

El chaval continúa en silencio, anhelante ante el próximo bus en lo que le parece una espera eterna. Francis tenía más o menos un discurso preparado, una serie de cosas que no quería dejar de decir pero que ahora no solo no consigue ordenarlas, sino ni siquiera recordarlas. Víctor saca su móvil y juguetea con él. Esto es lo que me importas... papá.

—Mientras pude, estuve, créeme que...

—Mira: no estuviste. Nunca. No recuerdo que estuvieras. Y no te agobies, porque fue mejor. Mi madre lo hizo por ti y por ella.

—Seguro que te han contado...

—No, no me han contado nada. Estate tranquilo. Mi hermano y yo no sabemos nada de ti. Ni nos importa.

Francis se bloquea. ¿Cómo seguir? Hacer como que no le ha escuchado y decirle lo del juicio de mañana, lo del dinero, lo de poder verse con más regularidad...

—Víctor, estoy poniendo en orden las cosas. En nada tengo una entrevista de trabajo. Si me cogen y gano dinero, me iré poniendo al día con las pensiones. Puedes decírselo a tu madre. Esta vez va de veras. Pero, al margen de eso, me gustaría veros cada cierto tiempo. Saber de vosotros, no sé. Al menos de ti.

Llega el autobús. El chaval saca el bono, guarda el móvil.

—Coño, Víctor...

—¿Sabes, papá? Sí que hay cosas de las que me acuerdo...

El autobús está ya a una veintena de metros de la parada.

—Una de ellas es la de prepararte unas cuantas rayas en el mármol de la cocina con tu furcia de turno y metértelas sin importarte si yo andaba por ahí o no. La otra es que cuando llamaba la mama a tu móvil y yo le echaba el ojo en el visor tenías ZORRA parpadeando. Pero, tranqui, no me pasa nada. No ando de traumas. Eso sí, a la próxima que te vea se lo digo.

El bus abre sus puertas y se traga a Víctor.

El autobús regurgita, se aleja.

Francis no imagina infierno peor que este, aquí y ahora.

Por un lado, desearía subirse al autobús y abofetearle; por otro, lanzarse bajo las ruedas del próximo coche y acabar con todo.

Dar la partida por perdida.

¿Qué puede cambiar las cosas? Conseguir tanto dinero que lo blanco se torne negro y el padre cabrón mute en padre especial y ausente. Eso va más o menos así. Lo ha visto otras veces por mucho rollo que le meta ese gilipollas.

¿Qué hubiera preferido, ese niño?

¿Crecer con un zombi baboso como padre?

¿Con un tipo sin casa, un mierda abandonado por todos?

Qué distinto cuando Francis era Mr. Frankie.

Imbécil, tú no tienes por padre a un tipo cualquiera.

Conocí a gente, hice cosas, viví rápido, me consumí, fui osado mientras todos los demás se conformaron con la misma sopa recalentada, con oler en sus mujercitas las mismas bragas apestando a col de sus mamás.

Me aplaudieron. Me adularon. Me encaramé allá arriba, engreído, grande, invulnerable. Y allí los aplausos, el deseo es como una bomba que nadie ve cuándo estalla. Tardas meses o años en descubrir que la explosión ocurrió dentro de ti. Sin ruido. Y por eso mismo más devastadora.

Tu madre me eligió por ser diferente, por no ser como los otros, ¿lo entiendes...?

No un estudiante, no un *botiguer*, no un Mariano de taberna, no su padre.

¿Qué cambió? ¿Qué pasó?

Que no todos ganamos. De hecho solo ganan los que siempre ganan, pero eso tú aún no lo sabes.

Pasó que todo se fue a la mierda.

Que el placer se consume y subes la apuesta mientras un médico loco te va anestesiando con necrosis órgano a órgano todo el cuerpo. Se te queman las alas, el sexo, el amor propio, los vínculos con la gente que te importa, ciega tus ojos, te arroja al fondo del pasillo, donde esperan todas las pilas de miseria que puedas imaginar.

O quizás la respuesta es más sencilla.

Lo que pasó es que se acabó el dinero, Víctor.

Ya está: no le des más vueltas.

Es solo eso por lo que no me quieres, hijo.

Mis mismos errores, mi abandono, mi ausencia, el monstruo que te petrificó en ámbar, te atraería como un imán si hubiera triunfado, si tuviera dinero, si pudieras reivindicarme, exhibirme a la brillante luz del sol.

No te quedas a charlar conmigo porque no tengo pasta.

En el fondo eso es todo y déjate de tonterías, imbécil, cariño mío.

Ona ya habrá salido de casa. Estará viniendo hacia aquí. No hay, pues, nada que hacer. Cuando ella le llamó con un poco más de urgencia que la usual, Mr. Frankie decidió que ya se habían arriesgado demasiado dejándose ver en bares del centro y la citó allí, en el Caribou, un chiringo en la playa de El Prat de Llobregat, a media hora escasa de Barcelona. Pero ahora se arrepiente. Tenía que haber aprovechado esa llamada y decirle: «No, ya lo hablamos. *Au revoir*».

El mar está espectacular con la luna allá arriba como foco perfecto que lo absorbe todo: música, olas, el viento que llega desde el otro lado, conformando un escenario pintado en un sueño bueno, de los que Mr. Frankie ya no tiene. Como una hermosa película sin argumento, en plano fijo y proyección privada. Noche irreal y maravillosa. Para nada el lugar ni el momento para romper ni abandonar a nadie, pero Francis sabe que lo de Ona debe ser hoy, de golpe seco, sin explicaciones.

Suena música suave interpretada por tipos con clase, míticos, con trajes planchados, saxos relucientes, brazos arrasados por agujas y demonios. Quien sea que está con los vinilos anda fino aquella noche.

Ya hace tiempo que Francis quiere acabar con aquella historia. Pero la jodienda con ella es tan buena que siempre les queda el último epílogo. Pero hoy, sí, *the end*. Él seguirá con Laia, y Ona, con su marido, al que Francis se empeñó en no decir nunca su nombre y acabó consiguiendo no saber nunca cuál es el verdadero. Y aunque ambos sospecharán que ese final será también en falso, debe darse. Al menos por unos meses. Al menos intentarlo. Que no se diga que no trataron de evitar el desastre.

Si Ona tarda un poco más, Mr. Frankie se levantará, dejará su chupito de Jim Beam sobre la mesa y se meterá en el lavabo que hay detrás del chiringo para fijarse un tiro pequeño. Y al salir, el mundo será ese túnel de algodón conocido en el que casi todo le dará ya igual. Pero quiere aguantarse. No quiere que se le vaya de las manos la necesidad de meterse. Por el momento controla, que es el eslogan favorito de los yonquis cuando ya están enganchados, piensa Francis. Pero casi da igual también eso. Él es diferente a cualquier otro. Y eso hace que todo encaje en el último minuto. Es una estrella y lo será mucho más. Fijo. Es un puto cohete. Un superhéroe venido de un planeta a años luz de la tierra. Con superpoderes que le evitarán engancharse, reponerse de todos los golpes, de todas las caídas en ese mundo de

azoteas, mánagers y supercanciones.

Ziggy plays guitar!

Un chispazo, un tiro en la cabeza, ese rayo en la cara. Bowie le señala el camino: esa canción y se mete. Si Ona llega, pasará de hacérselo, en ese tipo de apuestas que desde niño se hace consigo mismo. Escalones de tres en tres. Si el próximo coche es rojo. Si la próxima chica con la que me cruzo es rubia. Cosas así. Apostando por todo. Apostando para seguir apostando.

Ona es un caballo guapo y generoso, de crin caoba y mirada limpia pero siempre un poco triste. Laia, una chavala malcriada, también guapa pero tormentosa, de mal beber y peor encelar. Pero Laia tenía otros atractivos. Era la hermana pequeña de Uri, el capo del sello Kama Sutra, que iba a grabar las maquetas de la actual banda de Mr. Frankie. Kama Sutra era un sello emergente, subsidiario de una *major*, en el que les aseguraron que un productor internacional los iba a producir. Pero por el momento aquel asunto sigue en el aire —demasiado tiempo ya a juicio de Mr. Frankie—. Y a todo esto, Laia es la chica de Francis y Francis se estaba follando a otras. Entre ellas, a Ona.

Ronettes, Moonglows y seguro que luego Belmonts.

Trajes cantarines.

Voces escalando escaleras de incendios.

Quiere besar el culo de ese tipo que pincha.

¿Conseguirá Ona llegar hasta el Caribou con su desastroso Seat Ibiza blanco? Quién sabe. El problema de quedar en ese local es que si alguien los ve, no cabrán excusas. Aquel chiringuito, una suerte de bar pesadilla cincuentero a lo David Lynch que se había marcado su dueño, un pájaro medio loco, era un escenario. Uno va al Caribou casi con cita concertada. Dejándose caer como desde una rampa, con el jeroglífico descifrado en la cara. Nadie se encuentra porque sí en el Caribou. Las parejas no pueden ser indiferentes en el Caribou. O te comes un corazón o te lo comen a ti. En el Caribou.

A aquel lugar se llega por una carretera sinuosa al lado de las pistas del aeropuerto de El Prat. Cada cincuenta o cien metros hay un chiringo de madera, con mesas y unos bafles de espaldas a un viento que a veces se abre y agita desde las olas como un abanico. La carretera apenas está iluminada y los faros de tu propio vehículo descubren el suelo al instante de pisarlo. Es una boca de lobo llena de luciérnagas gigantes que a veces son aviones, a veces coches de borrachos, Harleys y algunas nadie sabe qué, a buen seguro, naves espaciales repletas de marcianos invasores.

Francis está con el culo del Jim Beam, apurando paciencia y un Lucky en una de las mesas ancladas en la arena con el mar delante. Se emplaza a escribir algo que rime para meter una letra suya en algunas de las nuevas canciones pero no se le ocurre nada. Siempre ha sido torpe ante un papel en blanco. La cabeza se le va de una

cosa a otra. Letras de canciones de dos frases, títulos apuntados aquí y allá. Poco más. Todo copiado, escuchado a otros.

Dos minutos y me meto, piensa. Los zapatos se le están poniendo perdidos de arena. Y estos son sus favoritos. Casi iguales a unos que le vio a Johnny Marr en un vídeo. El pantalón y la cazadora remachada negra y una camisa rocker de imitación de época importada de Japón que Laia le ha regalado. También es suya la Vespa que le ha dejado para ir, en teoría, a la terraza del Karma, en la plaza Real, a hablar con un tipo de no se sabe muy bien qué ni a qué hora. Francis aprovechó la siesta postresaca de su novia para llevarse la moto y ahorrarse concretar mucho más la supuesta cita. Dejándola coja no podría seguirle hasta allí.

Tipos duros, memos, niñatos y dulces Marilynys con uñas de gata sacados de un muestrario de moda de 1955 van llenando el local. Algún Hell por ahí que Francis sigue con el rabillo del ojo. Él no deja de ser alguien que juega a ser malo. Y alguno de esos Centuriones tienen en su haber muertos, atracos con recortadas en bancos, palizas salvajes en ajustes por nada. Un hombre con patillas mal aliñadas y una cazadora que reza no sabe qué Convención de Veteranos del Vietnam le pide una silla. Él le dice que espera a alguien. Pues vale, pues gracias. Fin del tiempo concedido a Ona y a su necesidad de droga. Se fijará una pequeñita. Pero de repente tiene delante al chaval aquel que trabaja para la tele autonómica. Tinet no sé qué más. Con él sí que puede ir de tipo de duro.

—*T'he estat telefonant.*

—*A quin número?*

—*Al que vas deixar a la productora.*

—Apunta el nuevo.

Francis se lo da.

—Quieren una prueba.

—¿Una prueba de qué?

—Están pensando en un programa semanal en el que una banda vaya tocando en directo entre entrevista y reportaje.

—Hacemos rock'n'roll, ¿lo saben? Porque ahora todo son rumbitas y retrasados con el pelo crepado.

Tinet se ríe. Es el típico acomplejado por los matones del cole. Ahora curra — piensa Mr. Frankie— en un programita televisivo que le permite canjear algo con esos mismos matones y alzarse unos centímetros sobre sus zapatos. Se ha dejado patillas y colgado un pendiente. Pero eso no evita que siga teniendo cara de hostia a mano abierta.

—Nos hemos cambiado el nombre, ¿sabes? Ahora nos llamamos Chien Andalusia.

—¿Perro Andaluz?

—No. Chien Andalusia.

—Mola.

—*I tinc un altre baixista. Millor. Més fill de puta.*

—Ah, vale, genial. *I què esteu fent ara?* —Tinet se resiste a dejar de hablar con Francis.

—Grabamos para Kama Sutra. Casi con toda seguridad lo producirá Hugh Cornwell, de los Stranglers, —miente Mr. Frankie. A veces era Joe Strummer, otras Cornwell y una vez se le fue la chapa y dijo Willy DeVille.

—¡Joder, eso estaría genial!

—Sí.

El silencio empieza a ser incómodo. Tampoco quiere que Ona llegue y la cosa dé a muchas presentaciones. Si grababan el programa, Laia estará por ahí y la perspicacia de Tinet no asegura grandes alegrías.

—Nos vemos, ¿vale?

Tinet asiente, ya menos nervioso. Enseguida se marcha al otro extremo del local. En ese momento haces de luz se acercan rajando la noche cerrada. En la entrada se detiene un taxi y detrás el Ibiza blanco de Ona. La mismísima reina de Inglaterra aparca, se apea del coche, paga al taxista el hacerle de guía, que da la vuelta allí mismo, casi con demasiada prisa para, en nada, perderse en la noche. Los listones de madera de la entrada crujen bajo los pies de Ona. Va vestida con su estupenda pinta de malas noticias.

Se recoge la falda, se sienta y pide a Francis que haga por ella el trabajo de levantar una mano y pedirle la excelencia de Julià, algo más que un camarero: sorbete de limón y chorrete de bourbon. Mr. Frankie obedece. Gifford, el gato del chiringuito, anda por ahí persiguiendo sombras.

—Menuda luna.

—Sí.

Llega el sorbete borracho en su vaso. Francis no la ha besado al llegar. Ha venido guapa. Con esa blusa negra y blanca que enseña el inicio de sus tetas y esos zapatos altos que ya se había quitado. Los dedos de los pies de Ona hurgan en la arena. A ratos podrían estar buscando cangrejos, a ratos petróleo.

—Deja de mirarme las tetas.

—No las miro. Además también son un poco más, ¿no?

Ella aguanta el helado en la boca. La lengua lo acaricia. Francis prefiere que no lo haga.

—Muy bueno lo del taxi. Eres una mujer de recursos.

—He tenido suerte. Iba delante de mí.

—Mentira.

—¿Vamos a la orilla?

—Has venido muy inquieta para haber llegado tan tarde.

Ona ya se ha puesto en pie. Vuelve el rostro en dirección al mar. Una racha de viento hace que cierre los ojos, que su vestido se despliegue como la vela de un naufrago. Francis la mira y siente deseos de dedicarle la vida entera a aquella diosa de piernas poderosas y orgasmos ruidosos, tan hábil encontrando taxis en carreteras solitarias como en tramitar formularios del INEM, el trabajo que le permite vivir con holgura y tranquilidad. Una petarda maquillada para ir a un Festival Betty Boop se cruza con Ona y es obvio que no pertenecen ni tan siquiera a especies cercanas. Ona con el vaso en una mano y los zapatos colgando de la otra echa a andar hacia la orilla, sabedora de que Francis la va a seguir o quizás indiferente a que lo haga. Gifford anda loco. Mr. Frankie mira a derecha e izquierda. El escáner indica que no hay nadie conocido. El tío de TV3 tampoco. Suspira, apura su Jim Beam y sigue a Ona a la oscuridad, en dirección a los patines que, frente a las olas, parecen tortugas petrificadas por una terrible aunque incierta nostalgia. Se sientan.

—¿Qué pasa?

—Te lo suelto ya.

—¿Qué?

—Estoy de dos meses y medio.

Francis acusa el golpe, saca un cigarro, ofrece otro a Ona que lo acepta y a la lumbre de su Zippo, Francis le pregunta qué va a hacer.

—Perderlo supongo.

Su polla siempre metiéndole en problemas. Se le viene a la cabeza la futura escena de Laia, la grabación a tomar por culo, el montón de mierda que suponía cargar con todo aquello, con una tía a la que solo querías cuando querías follártela.

—Siempre lo he tenido claro y ahora, yo qué sé. No es fácil.

Mr. Frankie deja pasar el tiempo pero la pregunta está ahí, de tal modo que no es ni necesario formularla:

—Francis, te lo estoy diciendo porque es tuyo. Con él hace meses que no me acuesto.

—Joder.

—Sí, mira, soy así. Follar con él pensando en ti no es uno de mis deportes favoritos. Supongo que tú puedes, pero a mí me cuesta.

Callan. Las olas siguen llegando, ruidosas, casi una ronquera que llega a ser relajante. Gifford se acerca hasta ellos. Arquea su lomo como si hubiera visto muerto a Don Gato.

—¿Adónde irás a...?

—No sé, no sé...

—Ahora se puede...

—Déjalo, ¿quieres?

Ona se tapa la cara con las manos. Suenan los Psychedelic Furs. Mal asunto si empiezan con los siniestros, piensa Francis, aunque enseguida se riñe y se dice que en vez de pensar eso, debería estar por ella. Fijar la atención y escucharla. Por una vez, decir algo sensato en el momento correcto.

—Es que, con independencia del crío, esto no tiene sentido. Estar casada con él cuando mi cabeza siempre está contigo. En qué haces o cuándo te volveré a ver. Y le quiero. Es un buen tío. Y estoy bien con él o al menos lo estaba.

—Bueno, ya lo hablamos la última vez, ¿no? Ha estado bien, Ona, pero la historia era la que era y ya está, ¿no? Tú tienes tu vida y yo la mía.

—Sí, por supuesto.

No, no era eso lo que Ona quería escuchar. Francis lo sabe pero ahora es más imperativo que hace un cuarto de hora decirle que se ha acabado todo, que no quiere volver a verla ya que además de ser ella un problema tiene otro dentro. En un mundo paralelo, quién sabe, podían haber sido el uno para el otro y haber traído aquella noche a los Imperials de coros, pero ahora no está por la labor de acarrear niños, maridos celosos y novias vengativas con hermanos grabadores de discos de éxito, producidos por tíos grandes de verdad.

—No sé, tenías tu vida antes de que llegase. Sigue con lo mismo. Si quieres perderlo, te ayudo con pasta. Me hago cargo de eso. Y si quieres tenerlo, yo que sé, dile que es suyo.

—No me has oído, ¿no?

¿Qué coño le pasa al puto gato?

—Sí, sí, pero puedes arreglarlo fácil si...

—Si acudo rápido a casita y me bajo las bragas aún más rapidito. ¿Es eso lo que me estás diciendo? Si no lo quiero perder hago eso y ya está, ¿no?

—Joder...

—¿Joder qué, Francis?

—Tía, te acostabas con los dos hasta hace nada. Haz lo que quieras. ¿Quieres tener el crío? De puta madre. Te paso pasta pero yo no quiero saber nada de eso porque lo nuestro ha sido lo que ha sido, follar, y ya está.

—Crees que lo sabes todo, ¿no? ¿Te has preguntado alguna vez si existe vida más allá de ti, Francis?

Los ojos de Ona retienen sus lágrimas. Ella no va a permitirse llorar delante de él. Y aunque lo hiciera, sabe que Francis hará como si no las viera. En esas que los dos oyen algo a sus espaldas, el gato hace un quiebro, se mete debajo de la parte posterior del patín y algo que no pueden ver sino solo notar, intuir, algo grande y rápido, salta sobre el regazo de Ona, toca las piernas de Francis y desaparece. En la falda de la chica, quedan unas marcas de patas inconfundibles y en su blusa una pringosa baba de roedor. El resorte defensivo los ha puesto en pie. Ya no se volverán a sentar.

—¿Es lo que creo que era?

—Sería otro gato.

—Era una rata.

Para Francis, a quien le aterran las ratas, aquello ha sido un buen susto, pero Ona sigue ahí, tratando de limpiarse la blusa, más contrariada que asustada. Él no puede más que admirarse de aquella mujer fuerte, adulta. Ojalá tenga suerte. Pero, eso sí, que no se olvide jamás de él y de lo bien que se la follaba.

—En fin, creo que es un buen final. En baba de ratas y con el consejo de que me folle a mi marido apenas llegue a casa. Igual se la chupo antes. ¿Qué te parece, Francis, eso mejoraría el plan?

—Ona, escucha...

Pero Ona ya va en dirección al chiringuito, al coche, a la oscuridad. Francis se queda allí parado. Decide evitar la imagen peliculera del chico solo y borracho en el *drive-in* y vuelve tras ella. Quiere que aquello acabe, pero no de ese modo. La chica se acerca a la barra, deja su vaso y se dirige al aparcamiento. Se cruza con la moto aparcada y la reconoce. Se calza ya fuera de la arena y con un puntapié tira la moto de Laia al suelo. Francis lo ve desde lejos y echa a correr tras ella.

Le da alcance cuando la chica ya está dentro del Ibiza. Francis está furioso. Golpea con los puños el cristal. Ona pone en marcha el coche, lanza una mirada que Francis no sabe si traducir como desprecio o compasión. Gira sobre las ruedas y se va. Francis levanta su moto. El retrovisor está destrozado al haber recibido todo el peso de la caída. No sabe muy bien qué hacer pero se sube a la moto y va tras Ona. Quiere explicarse. Embroncarse. Demostrarle algo, bajarle los humos, sacarla del coche, hacérselo en la misma carretera, pedirle perdón, todo a la vez.

Acelera. Ella lo ve venir por el retrovisor y también acelera. La tiene a unos cincuenta metros, quizás algo más. Llegan las curvas. La pierde de vista. El faro de la Vespa ametralla como un tartamudo a causa del golpe. Va casi a ciegas guiándose por los faros del Ibiza. Después de las curvas se acercarán a las pistas desiertas del aeropuerto y la carretera estará mejor iluminada.

Y en eso que un coche aparece de ningún sitio.

Uno grande, un monstruo *freak* de época. ¿Un Dodge, un viejo Ford?

Ocupa los dos carriles, el universo entero.

Ona se asusta y de un volantazo deja la calzada, se come el arcén, el socavón que la lleva hasta impactar violentamente contra los árboles. El coche no se detiene. Francis, sin luces, puede ser una presa fácil ante el zigzag del auto en dirección contraria, así que se acerca hasta la cuneta y pone el pie en el asfalto. Cuando aquella bestia lo sobrepasa, corre hasta donde está el Ibiza. Baja el terraplén. Una rama fuerte y baja ha atravesado el parabrisas delantero y ha reventado la cara a Ona como una mariposa contra un cristal.

Francis sabe que no debe quedarse ahí. Cuando llegue a El Prat, desde una cabina, llamará a la Guardia Urbana, a una ambulancia. Luego, volverá con Laia, se acurrucará a su lado y rogará que todo haya sido una pesadilla, que nada haya sucedido, que las ratas no existan y que Julià guarde su lengua en sorbete y Jim Beam.

Quizás mañana llame a Ona.

Idiota: Ona está muerta.

La has matado tú.

Con tu hijo dentro.

Los dos. Muertos.

Laia estará buscándole por el Karma y el Jamboree.

Goodnight ladies, ladies goodnight.

Don Damián ladea su cabeza ovalada y se atusa con dos dedos ambas cejas. Hace frío, carajo. ¿Seguro que funciona la caldera de la calefacción? ¿Por qué está escuchando a Xavi? ¿Por qué se va a meter en problemas? Todo le suena a sabido, vivido, repetido. Quizás sea por una cierta añoranza del peligro de antaño. Por sacar dinero rápido y bien. O quizás —¿por qué no reconocerlo?— esa necesidad de demostrar a Marisol que aún sigue teniendo los suficientes bemoles como para hacer cosas peligrosas, nada de esos pedos de viejo, nada de esa polla enviagrada que le escupió la otra noche la boca podrida de esa hija de perra. Le tentó callarle la boca con una hostia pero no lo hizo. El moro le pegaba. Él no lo haría. Optó por largarse del piso. Se fue a su segunda residencia, una torre en una urbanización de Terrassa donde le saludó el pato al que hace años apodó Almirante Nelson y los cien gatos callejeros que toman el pelo al par de perros pastores que en teoría cuidan de la casa. Ellos y las cámaras instaladas que nadie mira ni guarda porque nunca pasa nada por allí. Ni polis ni *ladras*. Tierra de nadie, aquella urbanización construida ilegalmente en los setenta y que nadie sabe muy bien quién rige, quién decide, quién paga. Aquella casa tiene una caja fuerte y dinero por todos lados: en el cajón de los calzoncillos, en el pote del café, en la nevera, entre la ropa sucia. Don Damián sabe dónde y cuánto dinero hay. Y la mujer que le limpia desde hace años también sabe que lo sabe. Y que su hijo que está en la cárcel le tiene que estar tan y tan agradecido a don Damián que no le jodería por cincuenta, doscientos, quinientos euros del cajón de los calcetines.

Xavi sigue hablando y hablando. Explicando un plan bizarro y complicado. Los jóvenes cuando les empiezan a crecer los dientes creen estar metidos en una película de Al Pacino, piensa don Damián. No saben que lo sencillo funciona. Lo complicado, raras veces, por no decir nunca. Ley inexorable. Pero los jóvenes tienden a yuxtaponer planes, horarios, treinta personajes en una obra que suele necesitar a lo sumo dos o tres actores. Y tres siempre son ya muchos para la experiencia de don Damián.

—¿Has pasado por el piso? No me mires como si estuviera gagá. Ya sé que te lo he preguntado antes.

—Sí. Estaba llorando. Así como arrepentida.

—Xavi, no te pases. No soy tan viejo chocho como para no distinguir un bolero de una mentira.

—Le digo lo que ella me contó.

—De ahí el bolero. Yo solo te he preguntado si pasaste por el piso.

—Sí, pasé.

—Pasaste tú por el piso, por el piso yo pasé. Qué cachondo eres. ¿Llegaste a conocer a los payasos de la tele?

Xavi niega con la cabeza. Está contrariado por haberse visto interrumpido en su explicación del plan que le han ofrecido. También que le pregunten por Marisol. Claro que fue al piso. De hecho, ya estaba allí cuando su jefe le llamó. Y se la tiró. Por supuesto. Antes y después de la llamada de don Damián. Y aquello es un desastre porque todo se va a ir a la mierda y eso lo sabe cualquiera por poco que sepa.

—Eran buenos. Uno se murió. Fofó. De cáncer. El país a lágrima viva. Los niños hacían dibujos y los enviaban a la tele o al cielo.

Xavi trata de mostrar hartazgo ante las divagaciones de su jefe. Al mismo tiempo que espera que don Damián se percate antes de que no sea demasiado tarde que es algo más que la niñera de su amante. Es el lugarteniente de un general que debería estar ya en la reserva, viviendo de las rentas de sus bingos, bares y fondos de inversión en el BBVA. Es el lugarteniente llamado a clavarle una estaca en medio del corazón y quedarse el negocio. Pero ¿qué negocio? Aquello fue algo en su tiempo pero ahora es como la concesión de un estanco. Más allá de los chinos limpiando dinero bajo los cartones del bingo y algún trapicheo en los chiringuitos, aquello es más legal que un semáforo cambiando de rojo a verde.

—Esa tía me engaña. Lo sé.

Están uno frente al otro. Ambos sentados en sillas de toda la vida, de respaldo beige, alrededor de la mesa de comedor sobre la que Xavi aseguraría que no ha comido nadie desde hace décadas. Probablemente el viejo no hace más que aprovechar el mobiliario que fue de sus padres o de su primer matrimonio en los setenta, cuando los payasos se morían de cáncer y se iban al cielo. Está tan cerca de su jefe que el aroma de su colonia mezclada con sudor le llega como a través de una ventana abierta. Sabe cómo va a ir todo. Lo sabe. El viejo le va a clavar los ojos y se lo preguntará. Así que más le vale estar preparado. Pero uno nunca está preparado para la verdad. Quema si la aceptas y abrasa si la niegas.

—¿Has visto a alguien que la merodee? ¿Algún hijo de puta que la llame y ella se esconda para hablar?

—No.

—Esa tía se folla a otro. Y se mete farlopa. Ayer hablaba la farlopa por ella. Lo sé, pero no sé quién se la pasa.

—No sé nada de eso.

—¿De qué no sabes?

—Ni de tíos ni de cocaína.

—Igual es la bruja esa a la que va.

Don Damián se pasa la mano por la cara. Está cansado. Llegó anoche y apenas pudo conciliar un sueño que valiera la pena. Se atiborró de todo pero aquella mujer le había sacado de quicio. Le había herido en su hombría. Por eso sabía que se metía otra polla entre las piernas. O quizás no fuera así. Quizás él la sacó primero de sus casillas con sus celos y paranoias. Ha de pensar que ella es de otra generación. La paranoia siempre tiene habitaciones libres, recuérdalo Damián. La acosaste. La acorralaste y ella te arañó. Seguro que no pensó lo que dijo. Seguro que se arrepintió enseguida. Quieres perdonarla. Solo necesitas una señal para hacerlo.

—¿La viste arrepentida?

¿Otra vez lo mismo?

—A ver si nos entendemos, don Damián. La vi que no había pasado buena noche y me preguntó cómo estaba usted —miente Xavi—. Preocupada. Supongo que eso significa algo. Al principio no, pero luego a medida que pasaron las horas se fue calmando.

—¿Al principio? ¿A la hora?

—Sí.

—¿Qué quieres decir, Xavi?

Las alarmas se disparan. Xavi sabe que cuanto menos cuente, mejor. Ahora debe salir de esa trampa. Necesita algo de tiempo.

—No le entiendo, don Damián.

—Pues que si te he llamado a las seis de la mañana para que fueras de mi parte a ver cómo andaba la cosa y me vuelves a la hora no veo mucho principio ni muchas horas.

—Más o menos, joder.

—¿De qué principio hablamos, Xavi?

—El principio serían las seis y cuarto.

—¿Y el final?

—Media hora, tres cuartos después.

—Una película corta para tener hasta principio y final.

Xavi ha de sacar el capote. De inmediato. Ese viejo es listo como un gato.

—No me quiero meter en cosas que no me importan pero esa chica viene de una historia complicada. El moro la amenazó. Ya sabe cómo son esos hijos de puta...

—¿No ha vuelto a molestarla?

—No, desde aquella vez que apareció por el bingo, no.

—Pero eso no lo sabe ella.

—No.

—Una lástima que se os escapara.

—No fue a mí sino al listo de su colombiano.

Don Damián calla y Xavi lo da como un asentimiento o una invitación a poder continuar con lo que estaba contando. Al menos le gustaría que así fuera. Que escuche la propuesta que ha venido a hacerle. Ser convincente. Xavi necesita algo de él. Algo sin apenas riesgo para el viejo pero que le permitirá a él meterse, por fin, en algo loco. Ganarse una pasta. Dejar de ser un asustaviejas.

—Al final, me parecerá bien eso de los localizadores de que me estabas hablando.

—Eso es lo de menos.

—Ahí hay negocio como intermediarios. Nunca de asaltacasas.

—Pero interesa lo otro.

—La juventud y sus sueños de drogas y mafia.

Los localizadores que menciona son parte de la partida que llega desde Panamá. Se colocan en el coche de la persona que interesa y cuando está lo suficiente lejos de su casa, la desvalijan. Y lo otro es droga. Claro. Damián sabe dónde está el plan de pensiones y dónde la bala loca.

—Me pillaré varios. Uno se lo pondré en el culo a Marisol. Y otro a ti. Así sabré dónde estáis. Y veré si se acercan mucho o poco vuestros localizadores.

A don Damián le ha mejorado el humor a pesar de lo reiterado de su broma que es sospecha y sospecha que finge tomarse a broma.

—Explícamelo todo desde el principio. Soy un anciano. Escucho y callo. —Don Damián se quita las gafas. Las deja sobre la mesa. Baja la cabeza y pone todos sus sentidos en lo que va a explicar su subalterno—. Empieza. Despacio.

Xavi sabe que esta es su oportunidad. Ha de ser convincente. No perderse por las ramas.

—Lo han hecho otras veces. Ningún problema hasta entonces.

—Entonces, ¿para qué quieren meterte a ti?

—Yo he sido quien ha querido meterse.

—Sigue, a ver si entiendo algo.

—La mercancía viene de Panamá. Sale del puerto de Manzanillo vía Holanda, Hamburgo para ser más precisos...

—Hamburgo es Alemania, ignorante.

—Vale, Alemania, ¿qué más da? Son unas cincuenta cajas que contienen teclas eléctricas.

—¿Teclas eléctricas?

—Sí, eso seguro. No sé qué son pero se llaman así. Creo que son unos bichos como motores eléctricos. Dentro se les mete cocaína. En unos cilindros. En Hamburgo no hay problema. En la aduana están untados.

—Ah, esos alemanes, siempre tan serios.

—Llegan a España en camiones hasta el puerto.

—¿Y la Guardia Civil?

—También controlado.

—Y de allí mediante empresa de transporte convencional a una empresa que se dedica a eso con lo que no hay posibilidad de sospecha. Allí son desmontadas las máquinas por quien quiere la droga y ya está.

—Igual es que soy subnormal, pero en un negocio que funciona ¿para qué necesitan a alguien nuevo que lo haga ir mal?

—La cuestión es que esta vez el camión de la empresa transportista no ha de llegar a esa empresa. Lo detienen en un tramo poco frecuentado. Fingimos un atraco y la droga se desvía a otro bolsillo.

—¿Quién está detrás de esa locura?

—Un socio de la empresa y uno de los que manejan la droga que está harto de su socio.

—Si entras, despídete de mí. No quiero que me salpique toda esa estupidez.

—Déjeme acabar.

—¿Para qué? Me he perdido. ¿Para quién trabajarás? Seguro que no lo sabes ni tú. Os engañáis unos a otros y al final no sabéis de quién es la manguera que estáis pisando.

—No estoy agilipollado. No quiero meterme con traficantes. No quiero tocar ni un gramo de droga. No quiero nada de todo eso. Me han ofrecido que seamos nosotros quienes conduzcamos la furgoneta que atracarán. Solo eso.

—Solo eso.

—La asaltan y ya está. Pero, claro, la furgoneta no ha de levantar sospechas. Una Secur, algo así.

—Y entonces el genio ha pensado en utilizar a Dit i Fet.

—Sí.

—Ya entiendo. Quieres que te meta en esa pequeña y ecológica empresa de mi amigo Bernabé...

—Don Damián, que ya llevamos mucho juntos. La empresa es suya por mucho que no aparezca usted por ningún lado.

—No te pases de listo, Xavi, y mucho menos me toques los cojones.

—Vale, vale.

—Retomando el tema. A Dit i Fet le llega un encargo y eres tú quien lo coge y quien conduce la furgoneta.

—Sí, eso había pensado.

—No.

—Hay pasta.

—¿Tú eres idiota? Sospecharán del atraco. La poli puede ser corrupta, perezosa, pero son igual de hijos de puta que tú o que yo, si no más. Me relacionarían con esta mierda y a cambio de nada. Yo ya estoy jubilado, Don Proyectos.

—Treinta mil. Por dejarse robar algo que no es ni suyo.

—No.

Xavi se levanta, furioso. En el fondo sabe que su jefe tiene algo de razón. ¿Cómo no ha podido verlo antes...? Pero se le apareció ese negocio y propuso lo de la compañía de transporte a los otros y les pareció muy buena idea. Tendrá que pensar otra cosa. Hablar con alguien que trabaje con alguien que a su vez conozca a alguien que...

—Hazme caso, no te metas en jaleos. Si hay droga y Panamá y Hamburgo y máquinas y cilindros, eso sale en la tele. Eso es mierda. El Judas, ¿de dónde es?

—Colombiano.

Don Damián sepulta con una carcajada la conversación. Xavi se da la vuelta, enfadado sin aceptar que quizás lo mejor sería pasar de aquel lío. Don Damián se deja caer sobre el tresillo frente al televisor. A la caza del mando a distancia.

—Cuidado con los perros al salir.

Xavi sale de la torre. Ha dado su palabra de que conseguiría lo de Dit i Fet. Pensaba que podría convencer fácil y rápido al viejo, maldita sea. Cierra la verja del jardín con un chasquido. Hace un frío de narices por aquí, piensa. Con un destello le saluda su coche aparcado cuesta abajo en una de aquellas calles a medio asfaltar de la urbanización. Como una despedida oye el parpar de Nelson. Luego el ladrido de los perros que parecen venir al galope desde el otro extremo del jardín. Demasiado tarde, chuchos.

Ocho, nueve, diez de la mañana.

Francis acude, nervioso y trajeado, a la Ciudad de la Justicia. Ha llegado con tiempo de sobra. Tiene cara de haberle costado mucho dormir y así es. Los nervios, el imaginar cómo discurrirá la vista, las preguntas del abogado contrario, el juez, la presencia de su exmujer y quizás sus hijos, todo eso le ha ido robando minuto a minuto el descanso que ahora echa de menos. Va dejándose llevar desde la salida del metro calle abajo hasta los juzgados. Cuando llega, un buen número de personas está esperando en las puertas frente a los tornos para poder entrar. Móviles, llaves, objetos metálicos. Ha quedado en el centro de la sala principal, en Información, con el abogado. Lleva toda la documentación en una diminuta, viejísima y desgastada carpeta Centauro azul que le ha prestado su padre. Espera no haberse olvidado nada.

Hombres y mujeres bien vestidos, resueltos, van y vienen, seguros, al parecer, de conocer todos los entresijos de aquel laberinto que intimida a Francis. Resulta difícil abstraerse de esa eficacia y no compararlo con su vida chapucera. Francis se sienta en uno de los bancos y observa ese ballet sin pensar mucho, pero hay algo obsceno en el tránsito despreocupado de abogados y procuradores, funcionarios y jueces, en sus risas y sus conversaciones banales.

Con otro cigarrillo engañaría el hambre pero ni aquí ni en ningún sitio se puede ya fumar. Le tienta salir fuera y encenderse uno pero teme perder el poco ánimo que aún conserva para volver a entrar y pasar aquel mal trago.

También anda por allí la gente justiciable, algunos con trajes y pinta de tener posibles, pero también los embutidos en chándal de colorines, gitanos rumanos o autóctonos con sus familias, jerséis de mercadillo, niñas con sus héroes quinquis, gente de los desahucios, víctimas de accidentes de tráfico, los que trapichean, los que se quieren divorciar y los que aún esperan una segunda oportunidad. Las viejas locas, los hijos de puta oscuros y los de chaleco amarillo, cumpliendo los servicios sociales, tratando de dirigir a los extraviados. ¿Y Francis? ¿Qué pinta debe de tener él? Con su traje caro, robado y arreglado por la señora Imma, una vieja loca por Artur Mas, como le confesó, al ir a recoger el traje, entusiasmada también con la llegada de la independencia, aunque no sabía muy bien de qué ni de quiénes, si de España, del Real Madrid o de la pobreza.

Mr. Frankie solo había visto en una ocasión al abogado. Designado de oficio, por supuesto. Fue en un despacho por encima de plaza Universitat. Debía de tener una tarjeta suya por algún lado. José María del Valle. Habían quedado en el punto de

Información diez minutos antes del juicio. Le hubiera gustado prepararse bien la vista pero no pudo contactar con él. Cada día se proponía llamarle pero cuando no era una cosa era otra. Una tarde llamó pero su secretaria le dijo que estaba reunido. Ayer lo consiguió. Al letrado, al parecer, le bastaba con hablar con él unos minutos antes. Francis recordaba sus rasgos levemente. Era un tipo delgado al que le gustaba hacer atletismo. Eso lo recordaba porque, a las primeras de cambio, se lo había espetado en aquella única ocasión en que se vieron. Llevaba unas gafas que enmarcaban un rostro agradable con marcas de un acné que fue doliente y una cabellera que se le mantenía a raya en la cuarentena. Era afable. Parecía buen tipo pero gratis. De ahí, se dijo Francis, de esa gratuidad, que aquella única visita en su despacho y diez minutos hoy fueran todo lo que necesitaba el abogado para preparar un juicio en el que le pedían cárcel.

Pero allí, alrededor del mostrador de Información nadie le recuerda ni remotamente a Del Valle. En eso, escucha pronunciar su nombre y apellido. Francis se gira esperando ver la fisonomía recordada del letrado, pero se encuentra a otro tipo —pelo ralo, dentadura arreglada y estupenda, bronceado impecable y ojos color almendra— que desde su traje le lanza una mano que Francis estrecha.

—Hola, soy José Luis de Viguera, compañero de Chema. Él no ha podido venir porque le coincidía con otra citación.

—Ayer no me comentó nada.

—Se le debió de pasar. ¿Cómo vamos de tiempo?

El abogado le hace preguntas cuya respuesta ya conoce. Consulta su reloj hasta que la muñeca le recuerda que desde antes del verano ya no lo lleva. Busca el móvil. Hay tiempo. ¿Desayunan? Por supuesto. Uno solo para De Viguera.

—¿Quiere usted algo?

¿Un zumo de naranja? ¿Un mini de jamón?

—Un café como el suyo ya me está bien —contesta prudente y adecuado al dinero que lleva en el bolsillo Francis.

—Chema ya le explicó lo que ha de hacer, ¿no? Optamos por no declarar. Está en su derecho. A la primera pregunta dice eso, que no quiere declarar. Aportamos la documentación y sanseacabó. La ha traído, ¿no?

—Sí.

—Recuerde: dice que se acoge a su derecho de no declarar y ya está. ¿Lo ha entendido?

—Sí, sí.

Sorbo al café. Uno y otro. Francis se ha cogido dos sobres de azúcar para la flojera dentro de nada.

—¿Le puedo preguntar una cosa?

—Claro.

—Yo no declaro, pero ¿cuál va a ser el planteamiento del juicio?

—¿Qué juicio?

—El de hoy.

—Hoy no habrá ningún juicio. Usted va a declarar y punto. El juicio será de aquí a dos, tres, seis meses.

¿Y el traje robado? ¿Y los nervios? ¿Y el desespero por llegar a la vista sin un solo euro para rebajar la deuda que debe? ¿Y la visita desesperada a Víctor en la parada del autobús?

Francis sigue al letrado hacia los ascensores. Al llegar a la planta donde se ubica ese juzgado concreto, se topa con unas vidrieras que muestran la ciudad limítrofe, L'Hospitalet. Va tras el abogado, de pasos enérgicos, por un pasillo encerado, amarillos los suelos y marrones los muebles que lo flanquean, una serie de sedes de juzgados a la vista del público donde andan trabajando hombres y mujeres con una vestimenta, más informal aunque muy parecida entre sí. Armarios metálicos abiertos con fotos de niños, postales de Praga, Nueva York, playas caribeñas o fotocopias de caricaturas sobre aspectos laborales, carteles contra los recortes. Y por todas partes — en armarios, suelos, mesas— expedientes con carpetas verdes, naranjas, rojas. El abogado le pide el DNI y él aprovecha para entregarle el resto de la documentación. De Viguera entra por una puerta abatible que queda a la altura de las rodillas y Mr. Frankie mira a izquierda y derecha y decide echar a andar. No hay casi nadie en el pasillo. Supone que es un día tranquilo. Mejor. Siente vergüenza por estar allí. Por todo aquello. Por tener que soportar que le echen en cara que debe dinero a sus hijos. Como si fuera un acto voluntario. Como si pudiendo pagar no hubiese querido hacerlo.

Estaba pasando una mala época.

Aquello pasaría.

¿No podían tener un poco de paciencia con él?

Con la de dinero que pasó por sus manos, la de noches quemando la pasta a horcajadas... Y ahora, qué lástima no haber dejado olvidado algo de ese dinero en un bolsillo para poder venir hoy y arrojarlo encima de la mesa del juez o de quien sea. Haber comprado algo, una casa, cualquier cosa que le permitiera un suelo firme sobre el que levantarse y no tener que hacerlo sobre los huesos de un padre que vive con una pensión mínima, sin apenas dinero para nada ni nadie a quien poder pedir un favor.

Como un chispazo, le llega la idea de contactar con Marisol. Seguro que Dalmau le puede facilitar el acceso a su media hermana. Puede argumentar que quiere darle las gracias personalmente por lo del traje. Un traje que espera le siga sirviendo para cuando finalmente se celebre el dichoso juicio. Si aún está liada con el aquel tipo pastoso, seguro que podrá darle un trabajo de lo que fuera y así irse recuperando poco

a poco. Quién sabe si cuando llegue el juicio habrá reunido algo de los más de seis mil euros de pensiones impagadas y evitar, en lo posible, aquella condena a prisión improbable según su letrado pero que a Francis le asusta tanto.

Su abogado le llama. Francis se acerca con rapidez. Cruza la puertecilla abatible y se dirige hacia una de las mesas del fondo donde una funcionaria le espera con la mirada puesta en el ordenador y los dedos sobre el teclado. Una mujer de unos treinta años, rubia y atractiva está detrás de ella corrigiendo algo de lo escrito. Al llegar a su altura, la mujer que está de pie le ordena que se siente sin tan siquiera mirarle. Le hará una serie de preguntas. Por el trato —distante, tímido, de una aspereza rutinaria— supone que es la jueza y está convencido que le desprecia, que está condenado de antemano, que ha accedido a su base de prejuicios y lugares comunes y aquella tipa ya ha dictado sentencia sin ni tan siquiera haber escuchado su historia, sus razones, su manera convincente de explicar lo que pasó. Su pinta tampoco debe de ayudar mucho. No cree que un traje esconda por mucho tiempo que no eres nadie.

—Recuerde lo que hemos hablado —dice De Viguera.

Francis asiente. La funcionaria repasa datos. Nombre, apellidos, número de DNI, domicilio...

—Ya no vivo allí. Ahora estoy con mi padre. Cuidándolo. —Se siente cómodo con esa mentira, y se ve mejor delante del espejo.

Francis da su nueva dirección. Le leen artículos, derechos. Trata de retener algo. No puede. No sabe. No quiere. En su paranoia, tiene la sensación de que los funcionarios de las otras mesas están pendientes de lo que allí está pasando.

—¿Tiene usted ingresos?

—No.

—¿Está buscando trabajo?

—Claro.

—¿Cuál es su profesión?

—Soy músico.

—¿Profesor de música?

—No, guitarrista.

—¿Guitarrista?

—Sí, guitarrista de rock'n'roll.

Recuerda, Francis: no vas a declarar no vas a declarar no vas a declarar.

—¿Va usted a declarar?

—Sí.

El suspiro de su letrado hace que hasta la jueza levante la vista por debajo del flequillo y le sonría, compasiva. Luego, De Viguera, se pasa la mano por la cara y echa un vistazo al iPhone por si su mujer le ha enviado el whatsapp de cada mañana. La funcionaria pide una aclaración.

—«Rocanrol», ¿cómo se escribe?

—Así, como suena: rock'n'roll —contesta la jueza con un mohín de algo muy parecido al hartazgo.

COME GO WITH ME

Take me out tonight
Where there's music and there's people
And they're young and alive
Driving in your car
I never never want to go home
Because I haven't got one
Anymore.

«There is a light that never goes out»
The Smiths (Morrissey/Marr)

BINGO

En el bingo es obligatorio jugar o consumir. Preferiblemente ambas cosas. Preferiblemente a la vez. Pero entrar es gratis. Eso sí. Entrar no cuesta nada, pero salir cuesta, siempre cuesta. Francis sabe mucho de eso.

Una sudamericana de piel oscura, cerca de la cuarentena, rubia de bote y con dientes separados le pide los datos, el documento de identidad, le pregunta si es la primera vez que viene. De la blusa negra de uniforme cuelga una tarjeta que Francis no atina a leer y tres botones más abajo, unos pechos constreñidos.

Un llavero de regalo.

Una casita plateada.

Gracias.

—No he sido yo sino la computadora.

Mayka. Mayka Morcillo. M. M. Eso pone en la tarjeta. Francis piensa que la mujer es bonita aunque de una manera exagerada, como dibujada con rotulador de trazo grueso. Todo grande: boca, nariz achatada, cara de luna. Ojos redondos. Negros. También enormes. Sin brillo: solo ojos para mirar.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro.

—¿Está por aquí Marisol?

En ese momento parece como si alguien hubiera decidido cambiar, en medio de la función, el papel de los actores. La cara de la mujer se endurece. Mira por encima del hombro de Francis. El agente de seguridad que está a pocos pasos de ellos, en apariencia, a lo suyo, contesta en su lugar:

—¿Quién lo pregunta?

—Soy su hermanastro.

Es obvio que la respuesta no es la correcta. Como si de un tablero de la oca se tratase Francis es obligado a desandar dos, tres, siete casillas. Ya desde la acera ve como la rubia llama por teléfono. El vigilante se muestra encantado ante la perspectiva de hacer algo más que aparcar a jubiladas borrachas en paradas de autobús. Al parecer nadie atiende la llamada de la chica. Nadie le puede dar solución al acertijo de si Marisol tiene o no un hermanastro.

Francis trata de fingir indiferencia. Saca un cigarrillo. Lo enciende. Luego, se gira y mira en derredor. Como si no supiera qué iba a ver en aquel barrio tan parecido al suyo, a todos los alejados del centro, del santurrón de Gaudí y de las cafeterías de

diseño. Como si le importara. Las aceras y calzadas conservan parte de la humedad de la llovizna de hace un rato. Siete de la tarde: críos y abuelas cruzan por rambla Guipúscoa. El de seguridad da dos pasos en su dirección y le espeta:

—Será mejor que te vayas.

—¿Por qué?

—¡Aire!

Mr. Frankie busca con la mirada a la rubia. Mayka ha salido a darle alguna explicación de más que entiende necesaria o cuando menos educada. Con el brazo aparta al tipo de seguridad hacia su lugar como un perro a la caseta.

—Marisol no se encuentra aquí. Tampoco recibe visitas inesperadas. De ahí los modos.

—No entiendo qué pasa.

—Siendo familia debería saberlo.

—Mis padres la acogieron cuando su madre murió. Hace años que no sabemos nada el uno del otro. Yo soy músico y, bueno, he estado un poco desconectado de todo.

La mujer piensa aprovechar todo aquello para fumarse un pitillo. Le ofrece uno a Mr. Frankie. Este le enseña el que ya tiene, humeante, entre los dedos. Sopesa si puede fiarse de él. Decide que sí.

—Disculpe a ese. En el fondo no es mala persona.

—El uniforme los cambia.

Caladas. Silencio.

—¿Era usted cantante o algo así?

—Tutéame.

—Ok.

—Guitarrista. También cantaba. Segundas voces, alguna canción de solista. Pero hace ya mucho. Estoy fuera de concurso.

—Me gusta mucho la música. De bailar y eso.

—Ya.

—Esa cara es de los que no les gusta pasarlo bien. Nada de bailar salsa, cumbia, todo lo bueno. ¿Me equivoco?

—Eso solo lo bailáis los de allá abajo. Aquí, acompañamos con el pie, ya sabes.

—La típica gracia española.

—La misma.

Aunque el tono es claramente de broma, la tensión con el guarda de seguridad hace que Francis aún no haya cogido el punto adecuado con la mujer. Su pitillo ya ha cruzado la línea roja. Como una de aquellas canicas de crío, percute con sus dedos hasta lanzar la colilla al gua presuntamente escondido en la oscuridad.

—Te acepto el cigarrillo ahora.

—¿Vas a fumar uno detrás de otro?

—Sí.

—Te lo doy para el camino si no tienes más, pero no es necesario que te me mueras aquí mismo.

Mayka le alarga el cigarro con una sonrisa. Francis insiste en fumárselo de inmediato en una absurda e infantil demostración de hombría. Mientras la mujer le da lumbre, él canturrea burlón «Pedro Navaja». La mujer pillla la broma. Francis la mira a los ojos. Una calada. A ella no le parece peligroso, al menos para Marisol, al menos no de aquella manera en que puede resultarle a la novia del jefe:

—La niña tuvo por novio a un bicho malo. Un árabe. Le pegaba. La veía por la calle y le decía de todo. Regalada, puta, ya sabes. Ella se cansó y le dejó. El moro entonces la amenazó de muerte. Y aquí la cuidamos. No nos podemos fiar de nadie.

—No lo sabía.

—Ahora ya lo sabes.

—La semana pasada gracias a ella conseguí un traje. Solo quería verla para darle las gracias. Dáselas tú en mi nombre. Me llamo Francis. Dile que el Francis ha venido y le da las gracias por lo del traje. Solo eso.

—Se lo diré.

—Ok.

—Francis.

—Sí.

—Francisco, ¿no?

—No, Francis.

—Entendido.

Mr. Frankie echa a andar cuando Mayka le llama:

—Esta semana Marisol hace turno de noche. El guarda ese, no. Ese acaba en nada. Hoy mismo a partir de las nueve la encuentras. Yo no estaré. No preguntes por ella. Entrás a jugar y ya está.

—Gracias, M. M.

Mayka parece no entender. Francis señala la tarjeta que le cuelga del pecho. La mujer cae en la cuenta. Sonríe. Satisfecha, Mayka apaga el cigarrillo pisándolo en el suelo y se gira en dirección al salón de juegos. Por cómo meneaba el culo quiere y sabe que Mr. Frankie se lo estará mirando. Él lo hace, pero se quita de la cabeza el irse a la cama con esa mujer. Después de tantos estragos, un buen polvo no deja de ser algo que otro hombre que se llamaba igual que él solía hacer hace ya mucho tiempo.

De regreso.

Quizás vuelva en dos horas.

O después de cenar, para asegurarse de que esté Marisol.

O mañana.

Cruza el Puente del Trabajo en dirección a la Meridiana, la Sagrera, el Guinardó. Va pensando en sus cosas. La idea es pedir trabajo a Marisol. De lo que sea. La idea es ir reuniendo dinero. La idea es poder vivir mejor. Tener siempre tabaco. Una cervecita. Alguna juerga. La idea es ahorrar. La idea es ir pagando las pensiones debidas y las que el cinco de cada mes vencen. La idea es que así sus hijos, Víctor y Óscar, sepan que su padre les ayuda y quieran verle. La idea es evitar una condena que le pueda llevar a prisión. La idea es poderse pagar el alquiler de un piso barato hasta que la espiche Paco y entonces quedarse con su piso y la vida parecerá otra cosa. La idea es levantarse del suelo. Verse guapo y digno en el espejo, a los ojos de los demás.

Esa es la idea.

Y, para qué engañarnos, la idea también es darse una alegría muy de vez en cuando, volver a pasárselo bien una vez curada la dependencia. La idea es follar, que se le vuelva a levantar dura y amarga. La idea es volver a la música. La idea es volver a ser el rey del barrio. La idea ya no es idea, se dice Francis. La idea se te ha ido al reino de las fantasías, cretino. La idea es reunir dinero y pagar pensiones y evitar el juicio o la cárcel o lo que sea. Y si luego te sobra para una caña, perfecto.

Esa es la idea.

No nos movamos de la idea.

La idea como un ancla.

Como el collar de una bestia.

Sin olvidar nunca que la bestia eres tú y no el collar.

La puta idea.

Ha ido andando un buen rato sin darse cuenta. Los establecimientos van cerrando. La gente refugiada en bares o en sus pisos. Las luces de los edificios se encienden y se apagan en los huecos de las escaleras comunitarias. Francis imagina a los críos haciendo los deberes en sus mesas con lámpara de cuello articulado. Los viejos viendo la tele. Las primeras aguas calentándose en el fuego para la cena a la hora del telediario. El mundo viejo parece haber vuelto con los parados y la pobreza. De vez en cuando se cruza con alguien levemente familiar. Una manera de andar, la forma de mover los brazos o el brillo de unos ojos en el fondo de las cuencas de una cabeza hinchada, víctima de la calvicie o los tintes, delatan al chaval, a la niña que fueron. Son ellos. O sus hijos. O zombis que se los han comido por dentro.

De repente, le ve. En otras circunstancias no le cabría la mínima duda pero la situación le sugiere que aquello no puede ser. A unos cien metros de donde se encuentra, está un supermercado. Lunes. Casi las nueve de la noche ya.

Un grupo numeroso de gente espera que los trabajadores tiren a los contenedores productos caducados o en mal estado para llevárselos. Son diez, veinte, los hombres, mujeres, ancianos que están esperando. Una dependienta y un par de mozos del

almacén sacan yogures, fruta podrida, bandejas de salchichas.

Y ahí le tiene.

Su cuerpo menudo, su porte tratando de aparentar dignidad a una distancia media que, llegado el caso, podrá no delatarle.

Su padre.

Apenas depositan el primer panel en la acera cuando la gente se tira encima. Dos sudamericanos chaparrudos pero corpulentos copan la primera fila. Hay unas cinco o seis personas de la misma edad que Frankie. Incluso algún crío. Paco y un par de ancianas tratan de encontrar un agujero por donde colarse. No habrá suficiente para tantos. Sacan otro panel para el resto de la gente pero Paco ha atisbado unas peras, unos yogures de sabores —fresa, plátano, macedonia— y no parece dispuesto a renunciar a ellos. Se cuela por la izquierda de uno de los sudamericanos, coge un pack de seis yogures pero no hay oportunidad para las peras porque con una mano y un «carajo» Paco es empujado bruscamente, golpeándose en la cara al caer con la barra metálica del abridor de pie del contenedor. Mr. Frankie quiere intervenir. Recogerle del suelo, sacarlo de allí, pero Francis es consciente de que eso le dolería más a su padre que el golpe y aquella humillación que, seguro, no es nueva. Al viejo le sangra un arañazo en la mejilla. Protesta. Se levanta. Intenta incorporarse al asedio del otro panel pero le resulta imposible. Mr. Frankie está expectante. Si la violencia crece, intervendrá. Ese viejo no deja de ser su padre. Paco ha optado por esperar como el que no espera. Cuando los más jóvenes se van con lo más succulento o solo presentable, toda la carne por supuesto, se acerca y atina a hacerse con algo de fruta.

Cruza Francis corriendo el paseo y enfila Llobregós al lado de la Riera de Horta sin agua desde hace mil años y sin yonquis ni mendigos bajo el puente desde hace algo menos. Le hubiera gustado no ver aquello. Hacer algo. Ser Batman. Tener los huevos que tenía antes y no esa congoja, aquel cobarde sorbete de mocos y retirada.

—¡Hostiaputahostiaputahostiaputa!

Mete los puños en la chaqueta que no puede abrochar del todo. Ha refrescado, pero aún no es el frío que recuerda de los inviernos de crío. Está furioso, harto, loco. Quemaría la ciudad. Los mataría a todos. A los que han hecho eso. A los que lo han consentido. A los que lo vieron venir. A los que saldrán ilesos. A los que se harán más ricos. Va subiendo sin saber hacia dónde. Cruza las inmensas instalaciones de uno de los colegios religiosos del barrio, restos de cuando Horta no era propiamente Barcelona sino zanahorias, lechugas y lavanderas. Se cruza con chavales que salen de clases extraordinarias, actividades deportivas. Sube por la Font d'en Fargues, toda una montaña que el asfalto no ha podido esconder. Sin resuello, se detiene en uno de los bancos y se sienta. Se mesa los cabellos. Mira sus viejos zapatos. Hace un amago de llorar, pero no hay nada con lo que secar esa nada que le anega por dentro. Cierra los ojos con fuerza y espera. Segundos después, todo sigue en su sitio.

Una hora más tarde llega a casa de su padre. En el comedor, este anda con un capítulo antediluviano de *McMillan y esposa*, de cuando Rock Hudson tenía peluquín y mujer. La sangre se le ha ido secando en la mejilla al viejo bolchevique, pero no parece que se haya curado la herida. Quizás ni se ha dado cuenta de que la tiene. El otro dolor debe de estar haciéndole mucho más daño.

En medio de la mesa, una manzana y un yogur.

No tenía hambre, pero se tomó el yogur y dejó la pieza de fruta. Lo hizo porque sabía el precio que había pagado su padre por aquello. Cada cucharada se extendió por su garganta como una pomada espesa y amarga. Mientras lo hacía, sentado a la mesa del comedor, tenía la coronilla de su padre delante, en el tresillo de siempre, frente a la tele. Acababa *McMillan y esposa*. El asesino de rubias se dejaba, manso, poner las esposas. Eran tiempos en los que hasta los malos colaboraban. Cuando aparezca la publicidad sabe que el viejo deambulará de canal en canal hasta que dentro de un par de horas se desvele con los gritos de *Punto Pelota*.

Cuánta derrota.

Cuánto dolor.

Uno nunca puede escapar de la celda.

Ni ricos ni pobres.

La casa se le iba cayendo encima, así que puerta, calle, aire.

De algún modo necesita después de tantos años volver a ver a Marisol. Por algo que va más allá de que le pague una cerveza. O dos. Que le deje pasta si se la ofrece. Más que la posibilidad de conseguir una manera estable de ganarse la vida. También quiere verla para que al mirarle le haga olvidarse de quién es ahora. Que le mire con los ojos con los que le miraba. Que le haga bueno. Guapo. Grande. Todo eso. Otra vez.

También ha vuelto para esa mirada.

Como le había asegurado Mayka en las puertas del bingo, el de seguridad ya es otro. Nadie ha colgado en el ordenador ninguna señal de persona non grata. De hecho, Mayka ha borrado sus datos, así que le piden ver de nuevo su identificación. Pero esta vez no hay suerte y sin suerte no hay llaveros.

Cruza una puerta y a ambos lados se despliegan bajo unas luces cenitales, paneles de juegos de mesa, con orificios para dejar vasos y consumiciones y que usted esté tranquilo y con todo el tiempo del mundo. No hay mucha concurrencia. Apenas una mujer que parece llevar demasiado tiempo allí, y un viejo metiendo monedas en una tragaperras como quien invoca a Dios sin atreverse a mirarle a los ojos. Las chicas que trabajan allí se parecen mucho a Mayka: tinte rubio, blusa uniformada, desparpajo. Hay un criterio. Eso está claro.

De momento no ve a Marisol.

¿La reconocerá después de tantos años?

Mr. Frankie anda unos pasos. Se le abren las puertas. Siempre es agradable que siga pasando eso.

Aquí el espectáculo ya es otro.

Una sala de trescientos, quinientos metros cuadrados, enmoquetada toda ella de gris con rectángulos de diferentes áreas de colores naranjas, verdes y azules. Dos niveles. Cincuenta, sesenta personas sentadas en mesas, casi la mayoría, circulares. Una araña gigantesca como lámpara, monitores por doquier, y una mampara más elevada en la que dos tipos y una chica que tampoco es Marisol van cantando bolas. Alrededor de las mesas pululan camareros sirviendo aguas y refrescos, algún combinado, frutos secos en bandejitas de metal. Y también una decena de mujeres de uniforme ofreciendo cartones, rubias falsas se desplazan como si en vez de piernas tuvieran hojas de tijeras. Resueltas, andan entre las charcas de batracios varados en las mesas y en la esperanza del próximo cartón. Francis busca una mesa en la que estar solo y poder pasar el tiempo suficiente hasta que localice a Marisol. Encuentra una vacía hacia el final de la sala casi debajo de una inmensa televisión de plasma que vomita vídeos musicales. Se acerca hasta allí. La pantalla, en esos momentos, muestra a Beyoncé haciendo contorsiones. En el punk la hubiéramos molido a palos, piensa. En el punk le hubiéramos atravesado los ojos con imperdibles. En el punk también había quien se compraba la cazadora en El Corte Inglés, joder, recuérdalo todo Francis.

Las letras del concesionario de la sala de juegos —CIRSA— aparecen por todos lados en aquella sala que se asemeja al interior de una nave espacial. Entiende que toda aquella caterva de jubilados y parados pierdan la vida allí dentro porque es como entrar en otro mundo, en una fantasía de luces, bolas saltarinas, desinfectante y unas chicas que te llaman «cariño» cuando te venden un cartón que pocas veces toca. El sonido de las bolas y la voz engolada arrullan la ilusión de aquellos feligreses como a otros los arrullan las olas o la lluvia sobre las hojas de un jardín.

Viene una de las chicas y Francis se ve obligado a comprarle un cartón. Se hace el silencio. Da inicio la misa. Con un rotulador azul va tachando el seis, el setenta y tres, el veinte, el trece, el dos... Una voz canta línea. El ochenta y uno, el siete, el treinta... En la parte oscura del local queda la puerta de emergencia. Está entreabierta. Un par de chicas están fumando. Una de las dos podía ser ella, sí. Pero de espaldas no puede estar seguro. Alguien ha cantado bingo. Francis se levanta y va hacia la puerta de emergencia sin que sea del todo evidente hacia dónde se dirige. A medida que se acerca reconoce ese tono, esa forma de arquear la espalda cuando ríe.

—*Què passa, petita?*

La chica se gira de inmediato. Su cara aún conserva la mueca de la risa pero de su garganta no sale nada más que un grito de sorpresa, quizás algo afectado. Le ha reconocido. De hecho, no es tanto una sorpresa porque Xavi le comentó lo del traje y

sabía que, tarde o temprano, acudiría por ahí. Le ha hecho ilusión escuchar eso de «petita» que hacía tanto que no oía. Lady Claire había vuelto a acertar. Hoy era el día. Se abraza a Francis. Luego se separa de él y ambos se miran. Ella sigue bonita. Y oliendo bien. Al olor que recordaba de ella. A pesar de todo el tiempo transcurrido.

—Has engordado, chico rock'n'roll. Y esa barbita...

—Chico rock'n'roll... Soy un pureta ya, Marisol.

—¿Qué haces por aquí? Ven, salgamos fuera, que aquí podemos distraer a la gente.

Marisol saca un paquete de Camel medio lleno y le pide que se lo quede. Ella tiene los que quiere y más. El contraste de temperatura hace que la chica se estremezca como un tirabuzón de papel. La salida de emergencia da al descampado que sirve de parking para los clientes. Hay un par de chicas mirándoles.

—¿Qué haces tú por aquí?

—He venido a darte las gracias. Por lo del traje.

—No hice nada. Oyen el nombre del jefe y se acojonan. Explícame cosas. ¿Cómo estás?

—Las he pasado putas, pero ahora estoy más o menos bien.

—¿Por dónde paras? ¿Por el barrio?

—Por el momento en casa del viejo. Le haría ilusión verte.

Cuando dice eso, la cara de Marisol se convierte en una máscara de barro en la que solo parecen tener vida sus dos ojos. Se da cuenta de que Francis sigue sin tener ni idea de lo que pasó con su padre. Del juicio. De la sentencia. De todo aquel detritus.

—Tengo mil mejores cosas que hacer, ¿sabes?

—Lo imagino.

Silencio.

—Volviste con Carol, ¿no?

—Sí y la volvimos a cagar. Tengo dos críos. El mayor seguro que lo viste de pequeño, ¿no? Para eso quería el traje. Para el juicio. Estoy luchando por ellos. Carol no me deja verlos.

—¿Fue bien?

—¿El juicio? Se suspendió. —Dice una verdad a medias para no reconocer su torpeza—. Lo han puesto para otro día.

Calada. Francis y su tos. El humo que rodea la carita de Marisol le parece azul. Mr. Frankie se esfuerza en no clavar en ella su mirada y comprobar qué ha hecho el tiempo con aquel edificio, si son evidentes las señales de deterioro. Ha madurado su rostro, sí, pero sigue siendo hermoso, apenas insinuada su decadencia.

—Sin pasta no hay niños, ya sabes.

—¿Es por eso por lo que me vienes a ver? ¿Para pedirme dinero? Por el amor de

Dios, Francis.

—No.

Las dos chicas pasan a su lado y preguntan a Marisol si entra con ellas como si hubiera un protocolo de seguridad que hubiera que seguir a rajatabla. Marisol les responde que no, que todo va bien.

—*Jo no tinc res*. Ya me conoces. No paso penas pero aún no he aprendido a ahorrar.

—Te he dicho que no.

—Tus noes siempre eran síes, a lo mejor, volveré luego. No te enfades, chico rock'n'roll. Es solo que pasan los años y una ha aprendido que nadie cambia mucho en realidad.

—No he venido para sablearte, *petita*. Lo que necesito es un curro. De lo que sea. Abriendo puertas o limpiando culos, pero necesito que me caiga pasta cada mes.

—¿Para volver a meterte?

—Para poder ver a mis hijos. Para comprarme tabaco. Para no vivir con mi padre.

Como una red cae sobre ellos el silencio. Marisol clava la mirada en los ojos de Francis para ver si miente. Siente que se alegra, y mucho, de verle. Está desmejorado pero aún tiene aquello. Seguro que las moscas creen que han enamorado a la araña. Ese tipo de atracción tóxica. Por cierto, la barba que se está dejando no le queda mal. Negra y cana. La bandera de los piratas de las viejas películas.

—Que sepas que lo de que cuando tengas dinero te comprarás tabaco no me lo he creído.

—Haces bien.

SOY UN PEZ (I)

Soy un pez, aunque quizás solo sea un ojo de ese pez. Un ojo sin párpados. Un pez sin aire en las branquias. Un ojo inmenso de pez. O una pecera inmensa en la que estoy con mi ojo de pez que no se cierra jamás. Las escamas me tiran y duelen y recuerdo aquella película de la sirena en una bañera y también cuando la bruja de mi madrastra escamaba los pescados para hacerlos al horno. A doscientos cuarenta grados o algo así. Pasa el tiempo y el olor a horno permanece ahí. Como todos los millones de judíos y gitanos que los nazis quemaron y transformaron en pastillas de jabón y humo saliendo por tubos grises. Eso lo vi el otro día en la tele. O aquella otra niña judía a quien traicionó un gato. Nunca más podré tener un gato. Los gatos arañan y odian a los peces, y yo solo soy un pez, un ojo muerto de pez. Porque soy un pez, aunque quizás solo un inmenso ojo de ese pez. Y los peces se ahogan fuera del agua. Tratan de romper los peces con su cola las embarcaciones, los cubos azules llenos de hielo, las manos que los atrapan. Pero es inútil: estás muerto, pez. Tu resistencia es tu agonía. Tu fuerza, la falta de aire. Y un ojo de pez o de buey como los de los barcos. Como el de aquel barco lleno de pasajeros que se hundió chocando contra una montaña de hielo. Y ¿dónde está Jesús ahora? ¿Dónde la Virgen María? ¿Dónde la piedad y las lluvias de azufre sobre los malvados ahora que no tengo apenas pestañas, que soy un odre recosido, como aquellos calcetines remendados sobre un huevo de madera? ¿Cuáles han sido mis pecados? Los sé yo, pero ¿han sido tantos y tan graves? Si no me ayudas, Jesús, si no quieres bajar aquí y saciar mi sed, enfriar mi frente con tus manos, sellarme la muerte con un beso es que no existes. La certeza de que siempre fuiste una mentira. Un pez clavado en una cruz rogando que Dios existiera y Dios no existió y no abrió los cielos y no te salvó. Y si el amor es una mentira, el odio es la verdad. Si la piedad no existe ha de existir la venganza. Y el carcelero ronda por ahí fuera. Puedo seguir con mi inmenso ojo de pez sus ruidos, sus pasos arrastrados. Abrirá la puerta y entrará con su sopa y la palangana con píldoras y ungüentos para aliviarme, para hacerme dormir, para hacerme creer que es bueno, que lo fue antes y no lo supe ver. Panes y peces, peces como yo. Ojos de pez como yo. Piel cuarteada como yo. Un ojo inmenso que no puedo cerrar. Que lo ve todo. Por dentro y por fuera. Que rehúye los espejos para no mirarse.

Llega el carcelero.

Cucharadas de sopita de bondad mala.

Soy el capullo. También la mosca.

Y espero ser también la araña.

A través del humo del cigarrillo, Marisol ve a Francis embutido en ese traje de mangas largas heredado del anterior vigilante del aparcamiento. La mujer nota dibujársele una sonrisa. Le entenece aquella visión de su medio hermano con su barriga y su rostro ensanchado. Ojalá se desprenda lo antes posible de ese hedor a derrota. Suena en el aire, puntual como cada noche, el rítmico batir de una madre haciendo una tortilla de cien huevos a juzgar por el estruendo. Igual acaba tirándoselo. Por matar el quiso y no pudo. ¿Tirárselo? Eres una enferma, María Soledad. Sabes que no lo harás. Francis es solo una piltrafa de yonqui, joder.

—Pero si hasta le diste un llavero nada más verle...

—Que fue la computadora, Mari, ya te lo he dicho.

—Si solo es para chincar un poco.

—Ya.

—Pues si te gusta ahora deberías haberlo conocido antes.

—Me lo imagino.

—Te aseguro que no, sudaquita.

Marisol dispara su risa. Francis lo oye y se gira hacia ellas. Alza una mano y sonrío a su vez. También lo hacen Marisol y Mayka. El problema igual era ese, haber conocido al chico rock'n'roll y comparar. Guapo, delgado, con su carita de lápiz, arrogante y canalla. Esas noches en las que no aparecía por casa y que, en su mente de cría, parecían un parque de atracciones solo para adultos: todo luces, todo amor, todo diversión. Por no hablar de aquellas miradas de tantas y tantas chicas asaeteadas contra Francis con la esperanza de follárselo, de ser su Juana de Arco o su virus letal, a propia elección. De adolescente las odiaba a todas. Soñaba Marisol con cumplir los años de tres en tres, que le salieran de una vez las tetas, cumplir dieciocho y quedárselo para sí y demostrarle lo que era una hembra de verdad. Pero no llegó a tiempo. Por otro lado, Marisol cree saber qué le atrae de Francis a Mayka. Manso, desvalido en lo que fue ferocidad, ganarle de enfermera lo que no podría haberle ganado hace años en pasión y vicio. Una chica se acerca a Mayka y le dice que debe sustituir a la de la puerta. La mujer apaga su cigarro, se despide de Marisol y entra a la sala de juegos. Esta está tentada de hacer lo mismo cuando ve que Francis se acerca hacia la puerta del aparcamiento al haber sido interpelado por alguien. Algo corriente que sin embargo la intranquiliza. Lady Claire la ayuda. Lady Claire la saca de quicio. Su palabrería que nunca dice nada al tiempo que lo dice todo. La última

tirada de cartas la volvió a poner en alerta. Aún le inquieta que Amoah quiera venir por aquí y arreglar cuitas. Ha pasado tiempo, se dice. No ha sabido nada de él pero sabe que no puede confiarse. Tampoco tiene claro que, de haber aparecido, Xavi o don Damián se lo contaran. Lo que tiene claro es que, ante la primera cosa rara que ve, avisa a Xavi. Por fortuna, esta noche está en el bingo.

Francis está hablando con alguien con cierta familiaridad. Marisol baja los escalones hasta el suelo de tierra donde están aparcados los vehículos de clientes y personal. Da unos pasos. La mala espina le dice que sabe perfectamente quién es. Se acerca y ve lo suficiente como para recorrer el camino andado, entrar en la sala y buscar con la mirada. Xavi está —cómo no— en la barra tomándose el quinto cacharro de la tarde. La ve venir. Mira a un lado y a otro y cuando se ha cerciorado de que nadie le mira, se permite sonreír a la fulana de su jefe que se está trajinando y de la que anda encoñándose como un imbécil, no haciendo caso a esa voz sabia que le dice que estos líos siempre salen mal. Xavi sabe que ha de dejarla. Pero antes quiere saciarse de ella, que no le quede ni una gota de deseo. Presa de un mal hechizo la busca, la tiene, la rechaza para volverla a buscar. Y las noches en las que él no la tiene, se le nubla la cabeza al imaginársela abriéndose de patas ante el gusano sin seda de don Damián. Mierda de cartón, con el único número bueno ya cogido.

—¿Cuántas llevas ya?

Xavi no contesta. Se le borra la sonrisa etílica, coge la copa que lleva a medias y sigue a su amante hasta la salida de emergencia. Lío en el aparcamiento. Lío con el memo de su hermano. ¿Qué habrá hecho mal esta vez? Se quedan en la puerta. Xavi ve a Francis hablando con un viejo que tiene un ojo más puesto en la puerta en la que están ellos que en su interlocutor. Xavi lo reconoce. El puto viejo. El vecino aquel que, de tanto en tanto, persigue y acosa a Marisol, al que le ha dado más de un empujón y con el que ha gastado más de una amenaza. No hace falta mucho más. Sabe lo que ha de hacer. La mujer le detiene.

—Espera, Xavi. Tengo que decirte algo.

Lo que ha de confesarle es algo que no quiere oírse decir. Porque hablar del viejo es abrir una y otra vez una herida aún rebosante de pus. Después del juicio, después de aquella sensación de haberla vuelto a violar una y otra y otra vez fiscales, abogados y jueces nunca más ha querido oírse decir lo que pasó, de tal modo que a veces hasta parece que todo se lo hubiera inventado ella.

—Dime.

—Ese tío, el viejo, es el padre de Francis.

—Entonces...

—Me crio. Él y la bruja de su mujer. Más que criarme me explotaron, me las hicieron pasar moradas. Me castigaban. Me pegaban. Hasta que me harté.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Pensé que se cansaría.

—Si le hubiera dado un par de hostias en su momento ya no lo tendrías por aquí.

—Es un anciano. Si no estuviera Francis no te digo que no se las dieras aquí y ahora. Pero no quiero malos rollos. Francis no se enteraba de nada. No vivía con ellos. Pasaba meses sin aparecer. No quiero líos ni dar explicaciones a nadie. Si quieres, dile a Francis que sea él mismo quien lo despache y ya está.

Xavi odia los secretos que no son suyos. Del mismo modo que las mentiras que no ha dicho él. Le encantaría demostrar a su chica de lo que es capaz para cuidarla, protegerla. Notar cómo se le deshace el coño mientras da una somanta de palos al viejo o al moro que ojalá volviera a aparecer por aquí para ensañarse con él por todo: por las palizas a Marisol, por lo de las Torres Gemelas y para que se olviden de Ceuta y Melilla. A él no se le escaparía como se les escapó a Timón y Pumba. Eso está claro.

Cuando Xavi está a unos metros de padre e hijo, Paco le ve venir y da dos pasos atrás. Francis se gira. Se esperaba —sin mucha lógica— a Marisol, aunque fuera a distancia, pero era obvio que debía ser ese o cualquier otro matón.

—No pasa nada, es mi padre...

—Lo sé.

—Buenas noches... —saluda Paco.

—Usted sabe que no puede estar aquí. Se lo hemos dicho muchas veces. Pero insiste e insiste.

—Mi hijo se había dejado el bocadillo.

El bulto en papel de periódico tiene ya su explicación. También la botella rellena con agua de la Fuente del Cuento, puro manantial dicen.

—No saquemos las cosas de madre: me ha traído el bocata.

—Tú deberías saber igual que yo por qué no puede venir.

—Pues no lo sé.

—Escúchame cuando hablo. He dicho que deberías.

El viejo es consciente de que ha cometido una estupidez. Quería verla. Quería verla y que no le viesen. Tenía una excusa. Cuando su hijo le explicó que había conseguido ese trabajo en lo único en que pensó fue en Marisol. En verla. Pero se percata de que quizás lo ha fastidiado todo. Ahora Francis se enterará de las falsedades que se puede inventar esa víbora. ¿Qué necesidad, después de tanto tiempo...?

—Ya me voy. Cuidado que es *tuñina* y *regalima*.

—Está bien, papa. Luego hablamos.

Paco se marcha. Si hay una posibilidad de que las cosas no acaben por estropearse es largarse lo antes posible. La ha visto un poco. De lejos, casi nada. Viejo loco con el corazón de un crío. Iba de uniforme la niña. Fumaba. Como una actriz de las de antes.

Bette Davis y todas esas, viejo.

—Marisol exagera un poco.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Tú eres de esos tipos que creen que todos exageramos un poco, ¿no?

Enciende un cigarrillo para el insomnio. No sabría decir si para ahuyentarlo o para asentarlo definitivamente. Los cambios de turno, se dice Francis. Tantas Coca-Colas, tantos Red Bulls y tanto café. Las pesadillas de siempre. Deben de ser las dos o mucho más tarde. La sensación conocida. Tú y tus muertos. Tus muertos y tú. Trata de recordar. Sin convicción. Al contrario, trata de hacerlo con la voluntad de no recordar nada. Hurgar con los dedos en un ataúd deseando que esté vacío.

El cigarro vencido en el cenicero.

Llueve.

De la tormenta avisan los cristales de su habitación.

El sueño se desliza bajo sus párpados como una alfombra y Sonia abre su tumba y le vuelve a decir que le quería pero que no le apetecía follar con él porque era un drogota. Y luego ella, caballo andaluz bonito, fue la drogota y él no quiso follársela, la última noche que se vieron. Y todo esto no es sino un sueño con los rizos de Sonia flotando alrededor de la luz de la mesilla.

Sonia.

No recuerda sus apellidos pero qué esclarecedor, sí el portal al que iban a pillar juntos.

Otro muerto, Mr. Frankie.

Varado en el limbo.

Abre los ojos a eso.

No, quizás esa no sea una gran idea.

Mirar la verdad nunca suele serlo.

El estómago le cruje. Antes intentó defecar. Esa dieta de arroz cada noche para meter en medio lo que se pueda —pollo, melocotón en almíbar, macarrones— le taponan. Esta noche Francis se siente gastado. Levanta un brazo sin razón alguna. Estira los dedos. Y, como si sostuviera una tiza, escribe unos signos primero, unas frases, el punteo de canciones a medio olvidar.

Estás loco.

Deberías haberte matado antes de los veinte.

Dormirías mejor ahora.

Hay nubes más bajas que edificios, piensa o sueña. Hay hombres que saltan de esos edificios y caen desde un punto más alto que las nubes. De tener a Sonia aquí le pediría una vez más. La última. Una media erección. No piensa devolver nada de

esta. Soñando y excitándose con muertas. Afuera, arrecia el agua.

Apesta el jardín podrido de sus manos buscándose bajo el pijama. Solo hay una única manera de dejarse llover, piensa, y es dejar que la lluvia convierta en cartón tus zapatos y llegar a casa y que tu madre se enfade y te pegue con toda su saña. Es eso. Empaparse y afrontar el castigo. Luego, en la vida no hay nada más que aprender. Anda desvelándose con esos pensamientos Francis, mientras mantiene aún la mano en la polla, ya flácida y le duele la tripa y tiene hambre y también sed y se levanta y fumaría otro pero mejor no. Apoya descalza la planta del pie. El helor es agradable, como si caminara sobre las piedras húmedas de una antigua ermita. Va en busca de la acústica. La funda, el olor, las púas. Pasa los dedos por trastes y cuerdas. Falta la quinta. Trata de afinar. Restos de canciones agarradas al aire.

¿Sabes...? No hay nada parecido a estar sobre un escenario, mirar la cara de tu mejor amigo, a tu lado, no decirse nada, entenderlo todo.

Hablar entre el ruido del ruido por el ruido.

Sabiéndose todas las canciones de los viejos asesinos, los héroes quemados vivos. Aprendidas todas ellas, en portales y patios, al acecho, entre edificios grises de protección oficial por donde aullaba el viento como un ejército en desbandada. Bolsas de plástico danzando como derviches, consignas y esvásticas, esquinas y ascensores. Todo estaba allí. También en la derrota de los viejos. En los ojos sin vida de los hermanos mayores.

Enchufar el jack al ampli y buscarlo y encontrarlo.

Dejarse llevar.

Echarlo fuera.

Gritar, desafinar, trascender.

¿Qué se hizo de todo eso?

Mañana cobrará su primer sobre en mucho tiempo. La mayor parte para la deuda con sus hijos. Se lo entregará en mano a Víctor. Lo que siempre le ha dicho su abogado que no haga. Eso mismo.

Guardaré algo para tabaco y priva.

Comprueba si el tocadiscos funciona. El plato con el zumbido de siempre da señales de vida. Francis sabe que seguirá chutando un único altavoz. El plato gira pero no hay aguja. A la radio le falta la conexión a la antena. El reproductor de casetes quizás vaya. Hay unas pocas cintas pero para Francis el momento ha pasado. Ya da igual. Quizás sea una señal para que trate de dormirse.

Apaga la luz. Se mete en la cama. Se le han quedado los pies helados. Quiere regresar a Sonia con aquella sensación placentera, buscada sin ansiedad. Si tuviera a Sonia allí mismo la desnudaría poco a poco. Le bajaría las bragas, deslizándoselas por las piernas hasta el tobillo sin quitárselas del todo. Le pasaría la mano por la entrepierna, abriría la mano y la dejaría allí, quieta, con sus latidos como una

campana atronando contra su palma.

Mataría por estar dentro de Sonia, porque eso querría decir que Sonia seguiría viva y que él aún podría follar.

Mataría por abrirse camino y notar cómo ella le espera y le recibe, en su crema caliente.

Mataría por correrse en ella porque querría decir que el jaco no se la llevó.

Que todo su ser entrara en ella y se expandiera hasta el último rincón de su cuerpo como un juguete lleno de agua.

Pero el deseo ya no llega, esté donde esté.

A Mr. Frankie se le abre un ojo como al loro malvado de las películas.

¿Qué tal otro cigarro?

¿Qué tal, Nilsson, un poquito de tos en medio de la madrugada?

Todo se hubiera solucionado con una mamada pero a Marisol de esa manera y en ese momento no le dio la gana de organizar la percha y buscarle la ironía o la caja registradora al asunto. Y sabía todo lo que pasaba cuando se le negaba lo suyo a don Damián. Y que, estando lo de Xavi cada vez más peligroso no era nada inteligente negarle la felación al jefe, pero ella no era ni una puta ni una mansa. Si la sabían orientar bien, el hombre conseguía a veces lo que quería, pero su precio ya no podía ser una cena o más regalos o sentirse reina en aquel territorio, en el fondo cutre y sórdido, nada glamuroso en ningún caso después de verlo y verse con los ojos de Xavi y de Francis. De hecho, ya no había precio para una mamada. Quizás el miedo —a perder la protección, el dinero, todo eso— aún podía valerle. Pero no hoy.

Buscó cobijo, protección, un hombre rico y bueno, y consiguió cobijo, protección, un hombre rico y, en el arco de su meada, generoso pero no bueno. Pero no más. Ya no. Ahora quiere escapar. Y todo, porque lo ha vuelto a estropear. Lo sabe y lo demás son ganas de acumular excusas y mentiras. De ahí la negativa a chupársela. Piensa que si don Damián le diera tiempo, espacio, algo de cuerda quizás se quedaría más tiempo por aquí. Todo entonces sería mejor, más llevadero. Pero tampoco está segura de ello porque ha vuelto a suceder. Otra vez.

Una gestiona lo cotidiano más o menos bien hasta que se te llena la cabeza de sueños. Hasta que se te enamoran las entrañas. Y entonces irrumpe la luz salvaje y te deslumbra y, por primera vez, ves. Al menos ella funciona así. Le ha vuelto a pasar y todo se va al demonio, rápido, girando como un planeta loco.

Te gustan más los hombres que a un tonto un lápiz, le decía aquella madrastra de cuento que le proporcionó la vida. Y eso que, echando la vista atrás cae en la cuenta que siempre ha sido elegida ella, entregada al vencedor de la puja, como si la premura no le permitiera nunca a ella saber, pensar, decidir. Y ha ido de un lado a otro, escapando de una sexualidad culpabilizada, de un canje eterno y autista, cuyo único culpable era ese cabrón que la violó siendo una cría, como si ser hija de una puta te abocara a serlo, joder. Como si la única manera de conseguir cosas fuera abrirte de patas y gritar. Esa fue la lección y aunque la realidad se la haya confirmado terca, ha de olvidarla, ha de funcionar como si no la supiera. Como si esa verdad fuera, al menos, una verdad que en ocasiones no se cumple. Como mínimo eso, ¿no?

Siempre son los mismos personajes, piensa, o sus contrarios. Sin Paco no habría Damián. Y sin aquel triste criajo con el que abandonó su hogar tampoco hubiera

pasado por el macarra aquel o por Amoah. Y claro, ya que estamos desenmascarando parejas... Sin Francis no habría Xavi. Siempre es lo mismo. Escapar para volver al primer amor, al primer corte, el más profundo. No aprendemos nada. Nunca. Lo ha podido comprobar mil veces.

Por cierto... ¿qué pasa con Xavi?

Ella creía que podía controlar aquello. Que era un matarratos. Y durante un tiempo seguro que lo fue. Pero en un momento determinado, como suele pasar, pasó de la indiferencia a la añoranza, del desapego a la adicción. Estaba por ese hombre. De verdad. Pura piel y corazón estrujado. Encelada por saber por dónde estaba y con qué otras se acostaba aunque él lo negara.

Esto es lo que pasa con Xavi: que ya no puede evitarlo.

Y sí, sabe todo lo que debe saber sobre él. Como si todo el vecindario, todas sus amigas —de haberlas tenido—, familiares y gente de bien —de estar vivos o existir gente de esa a su alrededor— le siguieran por todas partes, conformando una orquesta de saxos ululantes y trompetas chillonas, gritándole una y otra vez que ese tipo no le convenía. Que no era de buena pasta. Que era un hombre malo. Que hacía lo que le mandaba el viejo y siempre cualquier cosa por dinero. Que quizás hubiera matado a alguien. Que vendería a su madre al mejor postor. Pero al final de todo eso, en su garganta se esquina la pregunta de siempre: ¿y qué? Ella sabe o cree saber que cuando aquella bestia está con ella es un buey manso que busca sexo pero también cariño, intensidad pero también algo más que un coño entre unas piernas. Él puede ser bueno. Estar tranquilo. Pensar con claridad. Tratar bien a aquello que quiere. De hecho, piensa que están hechos el uno para el otro. Aunque el resto de las circunstancias, las situaciones, los hechos, las hipótesis y la ciudadanía al completo escriban en la pizarra el resultado a su ecuación: cero, nada, infinito de nada. A pesar de eso.

Él está loco por ella.

Ella está loca por él.

Él trabaja para el viejo.

Ella está con el viejo.

El viejo, pues, sobra pero no su reino.

Humo de cigarrillos, cuerpos moviéndose en blanco y negro, ella hermosa, fatal con la espalda al descubierto.

Todo muy peliculero.

Ojalá Damián se muriese, pensaba Marisol. Ojalá algún día algo o alguien lo matara. Un cáncer, un ajuste, la policía. Soñaba con Xavi reventándole la cabeza con una bala. Sigue siendo todo muy de película. Nada muy en serio, la verdad, porque ella es consciente del desagrado que le produce la violencia, porque toda la violencia que ha conocido ha sido ejercida por el fuerte, por el malnacido, por sus hombres.

Sin saber muy bien por qué, la llegada de Francis ha hecho que la historia con Xavi rompiera su muro de contención. Como si la irrupción y la indiferencia hacia la fantasía de su adolescencia significara una liberación de una serie de cadenas invisibles. Ya no siente nada por Mr. Frankie. No le debe nada. No quiere tirárselo ni vengarse de nada. De hecho aquel hombre ya no existe en Francis. Es otra persona con la que hasta puede hablar y estar en la misma habitación sin reparar en que él es un hombre y ella una mujer. Y para Marisol, aquello es algo bueno que no había esperado nunca que sucediera y menos con Mr. Frankie.

Xavi y Francis. Francis y Xavi. Algo sí que les une —más allá de su miel de abeja reina y de ser ella la causa de que se hayan encontrado—, y es que ambos son los ojos que la miran y juzgan, y a los que ella quiere agradar. En eso la relación con su hermano mayor no ha cambiado en todo este tiempo. Todo ello hace cada vez más insoportable su papel de Cleopatra con el Faraón envejecido a su lado cuando ellos la miran. Por eso. Por ellos más que por ella, en una reacción infantil, a veces muestra en público su desagrado a don Damián o le hace desplantes a todas luces excesivos, todo colores chillones. Y luego, a solas, cuando sabe que debe o, al menos, es inteligente mellar aquellas navajas y aquellas malas palabras, jugar con astucia con don Damián hasta confundirle, a Marisol se le resucita el alma de niña de la calle y le dice que no. Que no te la chupo. Que no me apetece. Que me dejes tranquila.

—Sabes que podría obtener cualquier cosa de cualquiera.

—Yo también.

—Estás muy equivocada, niña: tú no tienes nada y lo puedes perder todo. Yo te puedo perder a ti y ya está.

—Me tienes en poco, entonces.

—Te tengo en lo que te tengo y me importas lo que me importas. Cada vez menos, por cierto.

—¿Es una pelea de novios?

—Una vez me dijiste que sabes qué hacer para que te dejen. Lo recuerdo muy bien.

—Esto no chuta.

—Tú no chutas. Tú te follas a otro. O a otros. Y te ríes de mí. Y piensas que soy idiota.

—Eres un paranoico.

—Respétame al menos.

—Eres tan machista que crees que si una mujer no quiere follar contigo es que está follando con otro.

—O eso o ha encontrado a Dios y también se lo está follando.

El viejo parece bromear, pero Marisol sabe que no hay broma sino un cinismo que él destila de la misma cepa que el veneno con el que puede ordenar matarte. Le

tiene un miedo en cierto modo inconcreto, sin saber a qué o por dónde vendrá el dolor.

—Mira, no es que esté mal contigo. Estoy rara. Y no me gusta que, sin pensar en mí, te bajas la bragueta y me pidas que me amorre. Eso es todo.

—Mírame, niña... ¿Me ves cara de gilipollas? No, ¿verdad? Pues eso.

Deberías habérsela chupado, idiota, piensa Marisol. Eres una engreída que te crees la más lista y solo eres una imbécil. Se lo creería él ahora si ella accediera, si permitiera que...

—Yo no quiero ni una puta ni una esclava, pero soy viejo y sé por qué estás conmigo. Solo los gagás y los que han leído demasiados libros no lo saben. Pero yo sí. Si fuera pobre, si fuera un desgraciado, no estarías en mi cama. Yo sé lo que te gusta de mí. Pero las apariencias aquí y en todos lados importan. Necesito el teatrillo para no tratarte como una fulana. Para no dejarte el dinero encima de la mesilla. Para respetarte lo suficiente como para no pedirte que te metas una botella por el culo y mi polla por el coño, ¿lo entiendes?

—Fulana... Eso es como antiguo, ¿no?

—Yo soy antiguo y tú, mucho más.

—Lo de la botella, eso me ha sorprendido. Casi me asustas. Creí que con verme mear ya estabas colmado.

—Digamos que soy curioso.

—¿Sabes? Yo no estoy contigo por lo que te crees. Agradezco mucho lo que has hecho por mí. Y he estado bien a tu lado. Aún lo podría estar si no me atosigaras.

—Ahora me pedirás tiempo o espacio, ¿no? Te doy todo lo que quieras. Pero si te vas, te vas. Quiero decir que coges tus bragas y tus zapatitos de mierda y te vas de la ciudad a donde te dé la gana pero bien lejos, de donde nadie pueda venir a explicarme nada de ti. Ese es el plan. Pero hoy mismo. Dejas el curro. Dejas de tener dinero. Dejas a tus amigas. Te largas a Zaragoza o a Bilbao. ¿No tenías primos por allá arriba? Pues ya está. No quiero ni que vengas a despedirte al bingo. Fin. ¿No es eso lo que querías? Ya lo tienes. ¿Ves cómo puedo ser moderno?

Marisol no dice nada. Está pensando adónde puede ir. Con qué dinero cuenta. Qué seguridad puede encontrar en la calle con la amenaza de Amoah aún grabada a fuego en su subconsciente. Se pregunta si le seguirá Xavi o permanecerá a los pies del amo. Damián se dirige a la puerta.

—Te vuelves a tu piso compartido y mañana fuera de la ciudad.

—¿Y si no lo hago? ¿Qué vas a hacerme?

La mujer empieza a dudar a causa de una cierta impotencia, de no poder ser fuerte y romper la cabeza a ese tipo poderoso. Quizás triste por saber que algo de razón tiene ese hijo de perra, porque aún le importan demasiado algunas de las cosas que le da. Porque le gusta no tener que pensar de dónde sacará dinero cuando se acabe el

que tiene en la cuenta del banco. Esas pequeñas cosas enormes.

—Y, por supuesto, ni te acerques a Xavi. Eso en el caso de que no me deshaga de Xavi.

—¿Qué pinta Xavi en todo esto?

—¡Basta ya! ¡Hija de la gran puta! Pero ¿quién te crees que soy yo? ¿Un subnormal? ¿Te crees que no me doy cuenta?

—¡Estás loco! ¡No hay nada con Xavi!

Don Damián está tentado de alzar la mano y golpearla, descargar todo el dolor contra aquella tormenta de pelo negro y encrespado. Pero no lo hace. De hecho, no sabe qué quiere hacer. Qué va a hacer. Tiene la polla enamorada de esa víbora mala. Quiere perderla de vista pero no sabe si podría estar sin ella, sabiéndola fuera de su esfera, a los pies de otro. Tampoco sabe qué hará con Xavi. Sigue sin querer verlo claro. Sigue sin saber qué piezas faltan del puzle. Peor aún: sigue sin saber si existe puzle.

Marisol no está acostumbrada a situaciones enconadas con el viejo ni a tomar grandes decisiones. Su vida ha sido encontrar la trampilla de emergencia un segundo antes de que el fuego desmoronara el edificio sobre su cabeza. Todo se ha precipitado. Nada de esto tenía que pasar en estos momentos. Tampoco sabe de la lealtad de Xavi. Ni tan siquiera si no es una bobada creer que esa enfermedad —amor o pasión obsesiva— compensa el volver a no tener casa ni dinero ni seguridad. Ha de encontrar la trampilla. Ha de encontrar el asa antes de que el mundo se le venga abajo. Ha de encontrar algo de eso.

—El problema no es Xavi.

—¿No?

—El problema es Francis. Y ni tan siquiera él es el problema.

El semblante de don Damián cambia por completo. Es la tranquilidad de encontrar la variable que puede solucionar de modo más amable, menos dolorosamente, el problema suscitado. Es como descubrir que estamos en un mal sueño y podemos despertarnos si lo intentamos. Que tu amor no está follando con tu mano derecha. Algo así.

—Siéntate un momento. No quería explicarte eso. De hecho, me cuesta mucho hacerlo. Y por favor, no quiero, bajo ningún concepto, que hagas nada. Que me escuches y que me entiendas. Solo eso. Y que dejes de estar paranoico con Xavi o con quien sea.

—¿Qué pasa con Francis?

—¿Me das tu palabra de que no intervendrás?, ¿que no harás nada?

—Te la doy.

—Júramelo.

—Te lo juro.

—A ver, ¿por dónde empiezo?

Marisol expele una bocanada de aire cansino y triste. Sabe que la explicación ayudará a solventar aquella situación pero, del mismo modo, sabe que nada será igual a partir de ese momento y que, por mucho juramento, no podrá controlar a don Damián. Su verdad será una mentira para ganar tiempo e iniciativa, la distracción necesaria para que Xavi desaparezca de escena. Cuando abandone al viejo no será con una muda limpia y una mano delante y otra detrás. Eso lo tiene claro. Así que Marisol mide sus palabras y trata de ser tan convincente como lista.

—Con la llegada de Francis se me ha removido algo que he tratado de ocultar en mi pasado. No es culpa suya. De hecho, él ni lo sabe. Pero me lo ha removido y por eso estoy así contigo.

—Habla.

Para rematarlo, aquella noche o mejor mañana, Marisol se la chupará.

Como una niña aplicada se tragará el jarabe amargo.

Es un mundo de reglas sencillas.

Mundo Macho, Mundo Idiota.

—¿Quieres que vayamos a tomar una Coca-Cola?

—Tengo entreno.

—No sabía que hicieras deporte.

Víctor mira a su padre con más sorna que reproche. La retahíla, las admoniciones del resentimiento las tiene Víctor tan bien aprendidas que podría recitarlas de memoria, cantar a todas horas ese rap que se enrosca y desenrosca en su cabeza. Se lo diría, le golpearía, le escupiría.

—¿Qué haces? ¿Fútbol? ¿Baloncesto?

El chaval duda si contestar o que, en el silencio, su desprecio se desperece como un gigante mudo. Finalmente, lo hace. No en vano, tiene en la mochila un sobre con doscientos veinte euros que le ha dado Francis hace un momento. «A cuenta de lo que debo —había dicho—. Díselo a tu madre, ¿eh? No lo pierdas».

—Balonmano.

—¡Ah, balonmano! ¡Joder, es un deporte de tíos fuertes! ¿Y de qué juegas?

—¿Sabes cómo va lo del balonmano?

—Más o menos.

—A veces me ponen de extremo y a veces de lateral.

—¡Vaya! ¿Tu hermano también juega?

—No. Solo hay dinero para uno. Él hace baloncesto en el cole como educación física. Pero le gusta más el fútbol.

—¿Y qué tal el entrenador?

—Bien.

—¿Cómo se llama?

—¿Para qué quieres saberlo?

—No sé por...

—Gus. Tengo que irme. Allí viene mi autobús.

Francis está de pie bajo la marquesina de la parada. Su hijo ha preferido quedarse sentado, con su mochila entre los pies, con nombres de músicos escritos con boli en interminables y aburridas clases de la ESO y una *estelada* cosida a grapas en uno de los bolsillos. Víctor se levanta. Francis hace el gesto de ir a besarle pero el chaval finge no verlo y se aleja de él.

El autobús se detiene y abre sus puertas. Francis tiene una nube negra sobre el corazón. Le tiente recordarle lo del sobre y el dinero pero teme una contestación

brusca de su hijo. Con todo, sabe que necesita oírse decir algo.

—Lo siento, Víctor.

El adolescente deja pasar a una señora con carrito de la compra, a un anciano, a otro chaval. Piensa en girarse y responderle que puede entenderle, que es lo suficientemente mayor para comprender que las cosas se tuercen, que uno hace daño sin querer, que es fácil decepcionar a los que esperan mucho de ti. Pero no. No puede serle tan sencillo. Cuando ve a su padre está ansioso porque él dé con la tecla adecuada para que el inmenso lío que tiene en la cabeza cobre un sentido. Una causa. Un porqué. Una mentira bien urdida. Que cada uno de sus sentimientos brutales y desbocados, contradictorios, siempre violentos, queden encerrados en la probeta correcta. Que tenga un sentido el tener parte de tus facciones en la jeta y los gestos y el carácter de un padre que no está, que ha destrozado a su madre, que ha impedido que aquella familia sea como las otras, como las de las pelis, con cocina de cien kilómetros y desayuno con fruta y autobús amarillo en la puerta. Se odia por querer ir a abrazarle. Se odia por la deslealtad hacia quien ha sacrificado su vida por él. La que ha currado en decenas de sitios para que tuvieran, de tanto en tanto, ropa nueva, pudieran ir de excursión o les trajeran algo por Navidad. La que ha renunciado a casi todo por su hermano y por él, por tapar todas y cada una de las grietas que aparecían, aquí y allá, en la campana de cristal de cuarenta metros cuadrados que era su hogar. No, no puede perdonarle. No puede traicionarla. Y menos por un poco de dinero y unas palabras tan sencillas de decir ahora, cuando has fracasado en todo, cuando trabajas en el parking de un bingo —«Allí trabaja tu medio tía, Marisol. ¿La llegaste a conocer?»— y ya no andas por la vida como si fueras la hostia. Francis busca el perdón y Víctor está tentado en concedérselo pero se sube al autobús, enseña el bono y se resiste a echar la vista atrás y contemplar la figura de aquel pobre diablo abatido porque él no le ha dado ni una palabra de cariño. El autobús se pone en marcha. Palpa el sobre con el dinero. No sabe cómo reaccionará su madre pero está convencido de que, a pesar de la pasta, le caerá la bronca. Fijo que sí. Eso en el caso de que se entere, claro.

Es cierto que Francis se siente decepcionado pero también lo es que en aquel nido de humillación y desagrado cree ver indicios, pistas de que la cosa empieza a funcionar. El chaval no ha optado por marcharse con sus amigos como pasó una de las veces. Casi podría decirse que le esperaba. Se le queda escuchando y parece que hasta le empieza a caer bien. Se está esforzando, está metiendo sentido común a todo ese despropósito de su vida.

Como suele ser habitual, Francis va mal abrigado y el invierno se ha recrudecido. Baja por Verge de Montserrat y llega hasta plaza Catalana, donde cada sábado y domingo a las cinco de la tarde esperaba a Liz. Coge Mascaró y se deja caer por la cuesta. El barrio está lleno de fantasmas, amigos que saben quién eres, que conservan

como hologramas sus escenas favoritas aunque haya querido olvidarlas.

Llega a Arc Iris. Saliendo de sus clases para ser delineante, Dalmau y él hacían el mismo tramo de calle en un sentido y otro, cincuenta veces. Uno acompañaba al otro y el otro al uno. Conspiraban para conquistar el mundo. Hablaban de sus bandas favoritas, se prestaban cintas de casete tres o seis veces regrabadas, ahorraban para comprarse una guitarra inalcanzable. Dalmau fue el mejor amigo que uno puede tener a esa edad. ¿Qué pasó luego entre ellos? Que todo se puso serio. Que las drogas abrieron la puerta a aquello que le brotó a Dalmau. Que tocaba con el culo. Que todos aquellos, alrededor suyo, andaban siempre adulando y corriendo, escapando y arrancándote del corazón lo único que era tuyo.

Cosas como no mantener a Dalmau en la banda. ¿Quién le metió en la cabeza que debían tocar bien?

El día que vendes a tus amigos, se ha acabado el rock'n'roll.

Una voz de mujer grazna por el interfono cuyo timbre acaba de pulsar Mr. Frankie.

—¿Está Liz?

La voz queda en silencio, tratando de ubicar ese nombre.

—¿Francis...?

—¿Qué pasa, tía?

—¡Hijo de puta! ¡Sube!

El ascensor se cierra tras Francis como si, reconociendo su presencia, se alegrara de verle. En él se daba Francis el lote con Liz y de vez en cuando abría un ojo para ver en qué piso andaban, si había algún vecino cotilla o simplemente inoportuno al acecho. Más de una vez habían subido hasta el último piso para montárselo en su rellano o ahí, en la misma cabina, bloqueando el aparato.

Con la boca, la niña punk era un desastre, pero recuerda que follársela fue siempre agradable. El chasquido le indica que ya ha llegado. En el rellano, la puerta entreabierta. Sale. Ve a dos mujeres viejas. Y a un niño. La vieja menos vieja es Liz. La otra, su madre. El niño, quién sabe.

La mujer menos vieja le recuerda a Liz o quizás es como si fuera un familiar con sus mismos rasgos. Le sonríe. Se le abraza. Francis reconoce de inmediato aquel abrazo. Lleva una sudadera ancha de Nirvana, calentadores, unas zapatillas rosas. El niño le llega a la altura del hombro. Tendrá unos diez, once años.

—Francis, Francis, Francis... ¿Pero qué coño haces por aquí?

La otra mujer les ofrece que pasen al comedor. Seguro que pondrá café con salvamanteles y galletas Cuétara de surtido. Seguro que aquel comedor será el mismo de aquel otro, el mismo que el de su padre, el mismo que el de todos por aquí.

—Espera que me visto, ¿vale? A mi madre ya la conoces. La que no te soportaba —la vieja trata de excusarse—. Te hubiera valorado más de haber conocido a los que vinieron después.

—¡Elisabeth!

—Pero si es verdad, mamá. Un minuto y nos vamos. Este es Adrián, el hijo de una vecina que se queda aquí hasta que viene su madre a recogerle.

La madre de Liz invita a Francis a que pase al comedor. Le pregunta por sus padres. Lamenta lo de Juana. Luego más a fondo: si trabaja, si tiene hijos, si...

—Fin del tercer grado.

Liz se ha vestido como si aún se gustara. Incluso se ha maquillado. Una línea de ojos. Labios, quizás.

—No volveré tarde. Y tú, los deberes hechos antes de que venga tu santa madre.

Bajan por la escalera y, en la calle, Francis y Liz siguen andando sin hablarse, como si no lo fueran a hacer en el resto del tiempo. Sería más fácil —ambos lo saben— si probaran tocarse pero se resisten a ello. Liz parece saber adónde va.

Francis le explica muy por encima sus avatares. Ella escucha. Hay cosas que ya

sabía. Al poco, parece que nunca hayan perdido el contacto. Liz le cuenta lo del Nen. Hablan de los Dalmau. La mujer le dirige a una zona peatonal, una vez cruzada la Meridiana, donde proliferan bares con terraza. Para poder fumar y esas cosas. Tratan de sentarse en uno que no esté regentados por chinos. Después de cuatro fracasos, desisten. Llegan hasta el final del callejón, al lado de una vieja iglesia con colegio para discapacitados y vuelven sobre sus pasos. Eligen el primero de los bares que se les pone a tiro. Se sientan. Acude la china. Dos cañas y un cenicero.

—Vaya punto venir a buscarme. ¿Vas de revisión de vida? Fijo que sí. Lo conozco. Libreta nueva. Pero no sirve de nada, chico rock'n'roll. Las faltas de ortografía están ahí cuando abres los ojos. Y marcadas en rojo.

Se levanta algo de aire. Luces de Navidad se agitan contra los cielos. Los Santa Claus andan aún colgados de los balcones entre *estelades* y toritos bravos. Francis se acurruca un poco más en la silla. Se levanta el cuello de la cazadora imitación piel. Le tienta recordar algo de lo vivido pero nota cómo le gana la pereza.

—¿A qué has vuelto?

—¿Qué quieres decir?

—No sé. ¿De qué va todo esto?

—Bueno, quiero poder ver a mis hijos. Un poquito de paz. Alejar de mí la idea de acabar tirado en un portal, más solo que la mierda.

—Quién me iba a decir que iba a escuchar eso de Mr. Frankie *goes to Hollywood*.

—Es que tú me conociste desde antes de ser imbécil.

—Nunca hubo ese antes, chaval.

Risas. Sorbos. Cigarrillos. Tos. Más sorbos.

—Te queda bien la barba.

—*I know*.

Dos cañas más.

—Con lo pillada que estuve de ti.

—Y yo de ti.

—Una mierda.

—En serio.

—Tú solo querías a tus amigos, a tu polla y a los Clash, y seguro que no por este orden. Y asustar a mi madre. Te molaba eso de si voy a morir pronto para qué todo lo demás, pero estuvo bien, ¿no? Lo recuerdo como muy inocente a pesar de todas las barbaridades. Y sobre todo, muy divertido.

—¿Lo fue?

—Claro que sí. Mucho. Ser joven siempre lo es. Además tú, Francis, viviste tu sueño. Tocaste aquí y allá. Grabaste discos. ¡Yo los tengo! ¡Creo que todos! ¡Hasta las primeras maquetas!

—En fin, quiero que conste que te quise.

—¡Qué pesado! ¡Pero si eras una nulidad como novio! —Liz le golpea con el puño en el brazo—. Ni para follar servías.

—¿Cómo qué no?

—En su momento, creí que sí pero luego con, digamos, la experiencia que da la vida, la verdad es que lo tuyo era el pim pam pum.

—¡Qué hija de puta!

Más risas. Pero los dos están pasando demasiado frío para compensar el poder fumar. Tienen o bien la opción de entrar al bar o moverse y pasear.

—Oye, ¿podrías enseñármelo?

Liz se lo queda mirando mientras se levanta de la mesa y se introduce las manos en el bolsillo de la cazadora. Un bucle rojo que le cae por encima del ojo es retirado de inmediato. Deja cinco euros en el plato donde descansa la cuenta de la consumición. Se acerca a Francis. Se desabrocha dos, tres botones de la camisa y le muestra el hombro, el tatuaje que comparten ambos en el mismo sitio, aquel gato callejero. Se lo cubre enseguida, le coge del brazo y echa a andar.

—¿Has venido a tocarme los huevos, Mr. Frankie?

—¿Tú qué crees?

—Que sí.

Calle Escudillers. Un piso de techos altos. La amante más o menos asidua de Mr. Frankie es Lola, hermana pequeña de una hippie idiota de Menorca. La que había sido novia de un músico de sesión conocido de Mr. Frankie. Su último proyecto musical ni siquiera había conseguido sobrevivir a dos ensayos. No tenía agencia de contratación ni amigos con contactos en ningún lado. Tampoco banda más allá del bajista que le seguía siempre con una lealtad casi morbosa. Un tipo del que no sabe su nombre, solo su apodo y este es más que idiota, Zarpa. Por el amor de Dios, Zarpa. El músico de sesión se había estado follando a la hermana mayor antes de volverse a Londres y él se encaprichó de la pequeña. Había una hermana mediana pero nadie supo nunca nada de ella. Siempre bromearon diciendo que sería la lista. Francis en teoría seguía viviendo en casa con su mujer, aunque está ahora en un periodo de alejamiento con Carol. Ella le envía dinero y espera que vuelva de donde sea limpio y con ganas de salvar lo suyo. La promesa es no esperarse el uno al otro pero Francis sabe que ella está allí y seguirá allí deseosa de creerse sus mentiras, de ver aparecer vivo a Lázaro.

Lola es guapa y ya parecía pirada cuando la conoció. No tomaba drogas, a excepción de esporádicas caladas de cannabis. Se encapricharon el uno del otro. Jodieron a todas horas y de cualquier manera. Ella se dejaba hacer. Le proponía líos, calentarse y quedarse con las ganas, hacer locuras. Francis le seguía la corriente. Era divertida. Una de esas personas para quienes parece que el mundo se pone en marcha cada mañana para que ella lo descubra. De toda aquella época le llegarían años más tarde sensaciones agradables de sol, partículas doradas en suspensión, una larga cabellera negra y unos pechos pequeños y bonitos. Tenerla encima de él, en cuclillas y subir y bajar sobre su polla. Cosas así. Cosas buenas. Presas fáciles para atrapar su nostalgia años después.

Las cosas se ensombrecen cuando recuerda las otras, las malas. Aquella cría se hizo yonqui en quince días, puta en un año y sanseacabó en poco más. Pisó Barcelona limpia. Antes de que acabase aquel mes se chutaba de todo hasta más allá de lo posible. A veces, Francis le debía decir que parase. Tenía una venita azul, obediente como un perro que acudía en cuanto la llamabas con un par de golpecitos sobre su piel blanca de tambor. Se bombeaba heroína o *speedball* y se le abría la boca al mismo tiempo que se le cerraban los ojos y emitía un sonido muy suyo, que Francis

hubiera reconocido el resto de su vida en cualquier sitio. Pero ese día, Mr. Frankie se la mira y ve que en nada ha envejecido siglos. Francis siempre se ha sentido responsable de ella. Es suyo su cadáver. No se engaña y sabe que, de no haberse cruzado en su camino, de no haber decidido acompañar a su colega a las islas, de no haber metido la polla entre aquellos cojines... Él sabe todo eso en los días en los que uno no cree en el libre albedrío y sí en un dios perverso troceando el destino. En los otros, en los que uno cree que uno encuentra lo que busca sin saber que buscaba, Mr. Frankie se siente eximido de toda responsabilidad. Alguien que se engancha en tan poco tiempo ha sido adicta toda la vida y solo espera la primera chispa para quemarse viva. Y nada ni nadie puede evitarlo. La inmolación de Lola era, simplemente, inevitable.

Después de varios fracasos con otros *dealers*, han acabado yendo a comprar a casa de aquel tarado, Unai, que había sido fotógrafo, pintor, músico y que se vanagloriaba de haberse roto la polla para tenerla en forma de gancho y así dar más placer a las mujeres. Empezó trapicheando pero acabó siendo él su mejor cliente y cortando con cualquier cosa lo que vendía. Se acudía a él, a la desesperada, porque siempre estaba de guardia. Vivía en un piso sucio y desordenado, con gatos y estructuras de motos robadas y envases de yogures por el suelo y una foto suya con unos watusis y un pequeño balcón que daba a un patio de luces y un lavabo estrecho con un armario de pie, apuntalado con otro de media estatura, sin clavos en las paredes. Esa tarde, Lola ha estado enferma de droga. De no tenerla. De tenerla ya dentro en vez de sangre. Sudaba y todo le sobraba. No hablaba ni quería que lo hiciera nadie. Solo quería meterse.

Para Francis resulta insoportable arrastrar aquello.

Francis quiere que se meta y se pierda en la ciudad.

Que le deje en paz.

Tirar el fardo y que el globo coja altura y en la tierra todo sea pequeño y las nubes, algodón.

Han ido a casa de Unai sin avisar. Y eso no le gusta al *dealer*. Por eso está borde y cabrón, perdonándoles la vida. Con Unai están dos mujeres, una treintañera morena y guapa. La otra, rubia, algo más joven y narizotas. A la rubia la recuerda de algún sitio, de alguna otra vida. Ella también parece reconocerle. Tiene el torso enyesado y eso hace que solo vaya vestida de cintura para abajo, con unas medias agujereadas y una mini de cuero que hacen las veces de ropa. Lola ni las saluda. Es posible que ni las haya visto. Se queda en un rincón de la casa, sentadita en un sofá, esperando que él haga las negociaciones. Un gato le viene a saludar pero, ante su apatía, pasa de largo.

—No me gustan las sorpresas.

—Es una emergencia.

—Esta es mi casa, Mr. Frankie, no un hospital.

—Necesita meterse algo. Traemos nuestras propias jeringuillas.

Pero cuando Francis se las pide a Lola, ella niega con la cabeza, gruñe, se esconde en su rincón. No, no las ha cogido. Y Unai asegura que no tiene una limpia. Francis no se lo cree. Quiere hacerle sufrir. Francis insiste. La rubia ya está soplando sobre el algodón. Unai gesticula tanto su enfado que no deja de ser una parodia de un mal actor haciéndose el enfadado. Cuchara, vela y Lola que ya está alerta. Lo único que la devuelve a la vida es eso. Se la meterá con lo que sea. Unai termina su interpretación y finge haber encontrado una jeringuilla en la mesilla que queda entre ellos y donde Francis juraría que un día había visto un televisor. Según el camello, la jeringa ha sido usada pero la desinfectaron.

—Es una cuestión de confianza, Mr. Frankie.

—¡Esto es una mierda, Unai, joder!

—Juegos de confianza. Como en aquella peli. ¿Sabes cuál te digo?

Lola no puede sola. Tiembla casi con espasmos. No va ni a experimentar placer, solo alivio. Lo cual quizás no es poco. Francis atraviesa su carne y le inyecta, casi con mimo, la droga. Francis bombea la sangre hacia el interior de la cámara. Lola lo mira como un perro a su amo. Instantes en los que le pide en la misma mirada tanto que no la abandone como que se exceda con la dosis y acabe de una vez. Francis se la mira y se esfuerza por verla al sol de Menorca. Con la piel brillante y bronceada y no esta, mate y mortecina. Con sus ganas de vivir y amar de antaño. Con aquella toalla azul, con su cuerpo desnudo abriendo la luz y las motas de polvo, entre los cojines, la casa de paredes gruesas, al amparo del bochorno. Pero en esto Lola abre los labios como un ahogado. Los cierra otra vez. Ese sonido característico. Ese gruñido.

—Ahora tú. Con la misma, cabronazo.

Lo ha dicho la mujer morena. Su mirada furiosa se clava en Francis, con un absurdo sentido de la justicia o del odio, con la frialdad del espectador que no puede intervenir pero sí juzgar.

Francis puede pasar. Por supuesto. Aquella mujer le ha retado pero ¿quién es ella? ¿Qué coño sabe de nada? ¿Para qué se va a jugar la vida metiéndose la misma jeringa que Lola? Si se marcha de allá, no la volverá a ver. Ni Unai ni nadie le podrá reprochar nada. Lo que le pide esa furcia es que se meta una pistola con una sola bala y dispare. Que pruebe hasta dónde llega su suerte. Pero hay algo más. Francis sabe que la mujer ha intuido por qué Lola está metiéndose cualquier cosa de cualquier manera. Por qué Mr. Frankie la sigue arrastrando por la ciudad. Le ha retado porque quiere venganza. Seguro que ella tiene a otro Mr. Frankie a sus espaldas. Alguien que le arruinó la vida y echó a correr. Pero ese es tu problema y no el mío.

—¡Venga!

Francis se limita a pasar la gasa por la aguja. Unai, divertido, le pasa la dosis.

Piensa chutarse aquello allí, de pie. Mirando a esa tipa hasta que ella aparte la vista. ¿Quiere jugar? Él también. En el barrio, lo primero que le enseñan a uno es eso. A seguir a tu colega cuando este decide tirarse por la ventana.

Echa un vistazo a su brazo y se mete la aguja. La mujer lo mira, trata de dibujar una sonrisa de desprecio que tiene más de temor que de otra cosa. Pero para Francis aquello no tiene ya que ver con ella sino con algo superior. Se juega la vida con ese chute. Es el pago de su delito. Su pena de muerte. Él mató a Lola. Si Jesús le ama se salvará y él dejará atrás a Lola como recompensa. Si no, se estará metiendo la muerte en las venas y todo habrá acabado. También Lola.

Sube el chute. Quiere sentarse. Disfrutarlo.

SOY UN PEZ (II)

Si soy un pez es porque quizás solo sea un ojo de ese pez. Un ojo sin párpados. Un pez sin aire en las branquias. Un ojo inmenso de pez. O una pecera inmensa en la que estoy con mi ojo de pez que no se cierra jamás. Las escamas me tiran y duelen pero, al menos, dicen, puedo ver, hablar y comer. Tu lengua puede ser una de esas pesadas alfombras sobre la que las parejas hacen el amor frente al hogar, en las películas que dan por Navidad. Una alfombra pesada, llena de pelos, donde duermen bestias que en sueños, retiran las encías y afilan los colmillos contra ti. Contra tu cara, te muerden la boca, los ojos, el pecho. Monos como hombres salvajes. Pero acabas por despertar o por volver a introducirte en este túnel de calmantes y somníferos. Y uno piensa. No puede parar de hacerlo. Dios es justo. Dios es cruel. Dios no existe porque eres tú quien hace las cosas que ocasionan otras cosas. Eres tú quien decide coger ese camino, ese pasillo oscuro, el callejón tenebroso. Llamar a esa puerta o a aquella. Y la bruja te enseña la manzana dorada. Y si eres perezosa la lluvia será de alquitrán o caerás al pozo. Y las buenas modistillas cosen vestidos rojos para reinas y emperatrices y culos de silla con las caras de cerdos y vacas. Y los peces tenemos escamas. Y las serpientes también.

¿Qué día debe de ser hoy?

Soy culpable de todo y los culpables, todos los culpables, tienen su castigo y acaban por olvidar en qué día viven.

Entre morera, los gusanos soñaban con que llegaran las mariposas.

Lo recuerdo así, de cría.

Sobre las alfombras los hombres se colocan encima de las mujeres y descienden suaves por un tobogán. Eso sale en todas las películas. Las aman: no están casados ni las odian. Eso tampoco.

Pero quizás este cuento, también este, no sea así.

Tampoco el de los gusanos de seda.

Las mariposas llegaron para asesinar a los gusanos en cuanto estos se quedaron dormidos entre hojas de morera.

Ni se enteraron y ahora todos están muertos.

Desde la barra Francis mira mesas y clientes, dispuestos sobre la moqueta gris con dibujos con los que igual alguien quiso recordar a Kandinski. Ve a aquellas personas como colegiales que, atentos, siguen las palabras que la profesora desenmascara del dictado. Pero no son palabras sino números y es Anita quien los canta con aquel tintineo de monedas girando en vasos de metal.

Se ha acabado su primer gin tonic y se pregunta si no será muy pronto para pedir el segundo. Hoy es su día libre y ayer fue su último día de trabajo en el bingo. Cuando don Damián le llamó al despacho y se lo espetó a bocajarro, como si en vez de darle una noticia mala que llevaba dentro una menos mala, le estuviera escupiendo que le quedaban apenas unos meses de vida. No hubo opción. De haberla habido quizás Francis hubiera decidido quedarse en el bingo. Ya los conocía a todos y se llevaba bien con la mayoría. El ambiente era bueno, en ocasiones hasta divertido. Cada vez se sentía más seguro de sí mismo. La gente le buscaba y le escuchaba. Se reían con aquellas cosas locas que aseguraba haber vivido o con las que las vivieron o inventaron otros. No le había costado mucho convertirse en el líder de la gente que cuidaba el parking y uno de los más solicitados para acompañar el cigarro de la mayoría de las chicas que trabajaban en el bingo.

En ese nuevo mundo reinaba en cierta manera Marisol, que cuando tenía el día bueno se mostraba cariñosa y cuando no lo tenía, no se reprimía y era desdeñosa y borde. También estaba Mayka. La mayor parte de las veces era rudo con la sudamericana. No lo podía evitar. A Francis —a pesar de su deterioro— le sigue gustando un determinado tipo de mujer que no es esa mula bonachona, grande e inofensiva. Pero ha de reconocer que tenía su punto. Lo cuidaba. Le sugería prestarle dinero para ir a un dentista que cobraba barato y a plazos. Le sacaba un café con leche calentito al aparcamiento en una de aquellas tardes de frío y humedad. Hacía lo imposible por hacerse un hueco a su lado a la menor oportunidad. Pero esas mismas cosas, en ocasiones, enervaban a Francis de tal modo que generaban en él una cierta crueldad que, al asumirla Mayka, le enfurecía aún más. Luego, Francis se arrepentía, tenía un detalle con la mujer y vuelta a empezar. Ella creía que si perseveraba lo conseguiría. Él sabía que perseverar era la manera más eficaz de no conseguirlo jamás.

Se encuentra allí a la espera de que Mayka, Marisol y un grupo de seis, ocho trabajadores del bingo Verneda acaben turno a las diez para ir a celebrar que deja el

trabajo y empieza el lunes próximo en la mensajería Dit i Fet, con contrato y todo.

—¿He hecho algo mal?

—No lo sé. ¿Has hecho algo mal? —le espetó don Damián mientras se pertrechaba en su sillón ergonómico de cuero viejo, restregado y adaptado a su culo y su espalda como una segunda piel. Francis pensó que si alguien que no fuera don Damián se sentara en ese sillón saldría despedido como un dibujo animado.

Estaban en las oficinas del bingo. Francis estaba intimidado ante aquel caimán pero a cada segundo que transcurría se enfurecía más consigo mismo por haber dejado que la vida le hubiera roto la espalda hasta agusanarle. El viejo no parecía tener muchas ganas de explicarse. Francis iba a contestar su pregunta como si solo fuera eso y no una manera de humillarle, de restregarle el hocico por sus propias heces, pero don Damián se le adelantó:

—Empiezas el lunes. Los datos te los dará la niña de contabilidad.

Don Damián sabe que ha de dar más información para esa jugada con la que matará dos pájaros de un tiro. Por un lado le alejará de Marisol y con ello el recuerdo de los manoseos del hijo de puta de su padre, con el que ya se tomará algún asueto un día de estos y por otro, de cara al improbable proyecto de Xavi, que dudaba si acabaría o no en nada, ya que una vez que sabe que Hamburgo está en Alemania le ha informado que la operación se retrasa unos meses. Él ha actuado como si oyera llover. Aún no le ha dicho que vaya a entrar y ni tan siquiera si le dejará que él participe. Espera verlo todo, frío y lejano, y luego decidirá.

—Que no te confundan las casualidades —no quería que Xavi diera tantas cosas por supuestas—: el sacarme de encima al hermanísimo es para tenerlo fuera del entorno de la niña. No es una buena influencia —el viejo aprovechaba cualquier ola — y además, quién sabe, igual es él quien la está poniendo tonta.

La máscara sobre la cara de Xavi ni se inmutó. Don Damián le miró a los ojos y él aguantó. Cuidado, pensó Xavi, las cosas se han empezado a mover.

—¿Sabes conducir? —le preguntó don Damián a Francis.

—Sí.

—Perfecto. No podía tenerte más tiempo sin contrato. ¿Qué te crees? Soy un empresario que respeta los derechos de los trabajadores. Así, cuando seas viejecito podrás tener una pensión para comprar pan duro para tirar a las palomas. Si es que para entonces no nos hemos comido las palomas.

Francis decide que ahora ya sí es tiempo de pedirse el segundo gin tonic. Definitivamente. Quedan diez minutos para el fin del turno. Tiempo suficiente para empezar a incrementar el pedal que coloca su cabeza entre algodones mojados. Se lo sirven. Marisol llega por detrás y bromea con él. Se sienta a su lado. Lleva una blusa verde y un pantalón negro ajustado. Tacones, maquillada, el pelo planchado. Resultona. Se le marcan las tetas. Francis se las mira y ella lo sabe y simula que no se

da cuenta, que no le importa, que asume con falsa resignación que él y el resto se las mirarán. Para eso se las puso, ¿no? Se acerca el camarero. No, no va a tomar nada, contesta Marisol a su ofrecimiento con un mohín que Francis reconoce de siempre.

—Estás guapo con tu *look* vieja gloria.

Marisol se refiere a una chaqueta negra que no se puede abrochar, una camisa color hueso, pantalones negros y zapatos de viejo a los que Francis arrancó las hebillas.

—Por mí me hubiera quedado pero...

—Estarás mejor. Cotizando y eso. Lo que tenías era un apaño, para salir del paso.

—¿Quién viene esta noche?

—No sé.

—¿Xavi viene?

—Por supuesto. Damián no me deja salir solita si él no está en la ciudad —le dice la chica con ademán de querer jugar a no se sabe muy bien qué.

—¿Dónde está el amo?

—El amo está en Portugal.

Marisol le pide un cigarro al camarero y se dirige a la salida. Da por supuesto que Francis la seguirá. Ya se está bien en la calle. Solo tiene un cigarro y son dos los que quieren fumar pero, esta vez, harta del gorrón de su hermanastro no está dispuesta a compartir ni el humo.

—¿Qué tal con Mayka?

—No hay nada con Mayka.

—Ella espera algo.

—¿Sí? No sé. Yo no he prometido nada a nadie. Esa lección sí que la aprendí.

—Te dejas hacer. Muy tuyo.

—¿Y tú qué?

—¿Yo qué de qué?

—¿Qué tal lo tuyo? El *ménage*. Lo del viejo. Lo del otro.

—No vayas de listo, chico rock'n'roll, que ya no estás en forma ni sabes cómo es el baile que se baila en la actualidad.

—Explícame ese baile.

—¿Quieres saberlo?

—Claro, me estoy aburriendo, *petita*.

—Los dos me tienen hasta el culo.

Francis lanza una carcajada. Ella le sigue en la risa. Enseguida Marisol la cambia por las ganas de sincerarse, por una cierta prisa que le lleva a seguir hablando hasta que aparezcan Xavi, Mayka y los demás.

—¿Sabes? A veces voy a que me echen las cartas. —Francis se sonríe—. No te burles. Eso ya lo hace todo el mundo. Sé original, Mr. Frankie.

—No me burlo pero esas cosas no tienen ningún sentido, ¿no crees?

—Hay muchas cosas que no tienen sentido porque no sabemos leerlas. ¿Quieres una prueba? La semana pasada fui a la tipa que me las echa —antepenúltima calada al pitillo— y me habló de ti. Me dijo que querías follarme. Literalmente. Que un medio hermano quería tener relaciones conmigo y que me haría daño. Me dejó helada. ¿Cómo podía saberlo ella?

—Se lo contarías tú.

—Jamás le mencioné nada de ti.

—Un medio hermano puede ser cualquier cosa. Además para saber que hay un tío que quiera follarte no hay que ser brujo.

—¡Qué cabrón!

—Oye, tómatelo como un halago.

—¡Vete a la mierda! ¿Sabes qué más me dijo...? Que si quería alejarte encendiera una vela roja.

—¿Y la encendiste? ¿Por eso me cambio de trabajo?

—Claro. Allí en casa está dando buena luz. Una velita roja y dos negras.

—¿Y esas?

—Me dijo también que un amor poderoso e infiel se estaba apoderando de mí. Alguien que trabaja conmigo. Esa tipa tiene un don, eso te lo digo yo. Y nada, lo mismo, que si quería ahuyentarlo debía poner otra vela roja pero que si quería que me consumiera y que nadie lo descubriera comprara dos velas negras y las tuviera encendidas solo por la noche, al irme a dormir y que apagarlas fuera lo primero que hiciera al despertar.

—¿Y a las velas les pusiste alguna señal? ¿Un condón usado de Xavi?

—¡Hijo puta! —Marisol le golpea divertida en el hombro. Le echará a faltar—. ¡Dos velas negras grandes como dos pollones tengo en mi casa! Mayka y tú sois los únicos que sabéis lo nuestro. O sea que ni mu o te clavo en la frente una vela roja.

A la mujer le gustaría tener ahora otro cigarrillo pero se encaminan ya hacia la puerta. De repente, no desea seguir con el tema. Al contrario de lo que pensaba y sin saber por qué, no le ha sentado bien exteriorizar sus miedos y comentarle lo de Lady Claire.

—¿Te han dicho ya adónde vamos luego? Al Calamar. ¿Lo conoces? Antes era el Caribou. Un chiringo en la playa, en Sant Boi, cerca del aeropuerto. Lo regenta uno de los socios de Damián. Antes ponían de lo que te gustaba. Ahora de lo que le gusta a tu futura novia, pero sigue siendo guapo. Está guay: el mar, la luna, la musiquita.

Mr. Frankie se ensombrece por unos instantes.

—¿Qué te pasa?

—No, nada.

Cruzan la puerta del local. Después de tantos años, resulta que no podrá evitar

volver allí. Quizás sea otro chiringuito en la misma carretera, en la misma playa. Pero sabe que no. Que pasará por allá y la chica de la curva se acordará de su nombre. Y tendrá un hijo suyo muerto en la barriga y él, apenas llegue, cerrará los ojos hasta que le duelan para no volver a ver a Ona, guapa y fatal.

De camino al que fuera el Caribou, Francis se deja llevar por aquella vieja sensación de una noche de hace veinte, cien años, ese trozo de algo libre, algo divertido, algo que estaba allí para ser robado. Un coche veloz como un cuchillo. Música suave en la radio. Música de tipos muertos tocando canciones dedicadas a chicas también muertas. Dinero en los bolsillos. Un lugar al que ir como un faro. Un pelín bebidos, drogados con el punto. Todo fácil, todo adormilado, todo ajeno a la realidad, si es que eso significa algo por la noche.

Xavi conduce. No hay más luz que la de su coche y la de la luna allá arriba. Marisol está a su lado y se gira cada dos por tres para hablar con los tres ocupantes del asiento de atrás: Francis, Mayka y una chica del turno de mañana, una tal May, simpática y menuda, de ojos negros como insectos y muchas ganas de llegar, beber, bailar y volver a beber y volver a bailar. Francis está en medio de las dos mujeres. Suena ahora muzak de los ochenta, «Time after time». Pero Marisol mueve el dial, busca otra cosa que, por fortuna, gusta a Francis: guitarras cruzándose, recitado en italiano, Pájaro, Santa Leone. Lamentablemente, Marisol decide regresar a Cyndi Lauper.

Francis está casi seguro de que es tras la siguiente recta. Allí sucedió. Mr. Frankie no puede evitar mirar. Está convencido de que verá a Ona. Pero, como es lógico, no hay nadie en ese lugar. Francis gira la cabeza y al hacerlo se encuentra con la mirada incisiva de Marisol que parece entender algo que no puede saber.

Ya queda poco para el Calamar, antaño Caribou, piensa Francis. Hará lo posible por no meterse ninguna clencha, pero, joder, estaría tan bien hacerlo. Eso sí, se lo piensa beber todo. Aunque se conoce. Últimamente ha tenido dinero, ha salido algunas noches, se ha dejado invitar a cocaína. No mucho. Espaciado. Pero es igual. Mr. Frankie sabe siempre cómo empieza todo aquello, cómo un día la carretera se pone cuesta abajo y ya no puedes frenar.

—Me tienes que volver a dar el teléfono de la bruja. La he llamado mil veces y me sale el contestador —interpela Mayka a Marisol.

—¡Qué raro! Yo la vi el día antes de que don Damián se marchara a Portugal, o sea, hará una semana...

—Diez días —sentencia Xavi.

—Eso.

—¿Cuándo vuelve el viejo? —pregunta Francis por preguntar.

—El sábado o el domingo, creo.

Marisol, golosa, mira a Xavi que no devuelve la mirada. Ella está en este punto que le divierte que lo suyo no sea un secreto, como si esa nueva situación la ungiera de poderes de invencibilidad. Como si el secreto fuera la cadena y no lo que guarda dentro. Ya ha decidido que ella es de Xavi y que el tema con don Damián es una cuestión de cálculo: cuándo, cómo y dónde. Y si puede ser con pasta, mejor. Ya hace tiempo que se le pasa por la cabeza ir cogiendo de aquí y allá dinero y cosas de valor, tanto en la casa de Barcelona como en la torre de Terrassa. Sabe dónde está cada cosa y Damián esconde el dinero en la casa como si fuera una urraca. Esos planes solo los conoce ella. Xavi se desesperaría de conocerlos. La desea. No puede estar sin ella pero sospecha que no lo suficiente como para ponerle delante de una cuestión de lealtad o, mejor dicho, ante la posibilidad de dejar de ganar muchísimo dinero, de heredar el reino de bingos, chiringuitos y chanchullos mil. Tendría que matarlo en cada polvo para compensarle tanta pérdida. O que fuera verdad que la ama como dice, pero los tíos son espuma, el mismo esperma que les sale de la polla les sale de la boca: caliente, incontenible, muerto.

—Vuélveme a dar el número, anda.

Marisol lo hace.

—Creo que tenía otro móvil. Recuérdamelo e intentamos llamarla luego.

—Ok —contesta Mayka. Se gira hacia Francis y le pregunta algo en otro tono, privado, personal que molesta a Marisol—. ¿Qué tal el otro día?

—¿Qué otro día? —contesta Mr. Frankie.

—¿No llevaste a tu hijo a ver a su abuelo?

—No lo dejarías solo con ese mariconazo —comenta Marisol.

—Ese mariconazo es mi padre.

—El mariconazo de tu padre.

—Bueno, el tuyo ni sabes quién es.

—¡Eh, pringao! —Xavi ha reaccionado con la suficiente rapidez como para adelantarse al mismo intento de agresión de Marisol. Ha alargado el brazo sin dejar de mirar la carretera y ha conseguido asir de la cazadora a Francis—. No te pases ni un pelo. Pídele perdón, idiota.

Mayka quiere intervenir pero no sabe cómo. Trata sin éxito de desmontar la garra en la que se ha convertido la mano de Xavi.

—¡Discúlpate!

Si Francis lo hace, el orden quedará establecido. Los actores respetarán su papel asignado. Nadie espera que Francis no recule, que no se disculpe ante Marisol y que no ceda ante el matón. Pero están los ojos de Mayka y también los de Marisol. Y los de Ona desde la cuneta. Mr. Frankie hace ya días que se levantó del suelo. Ahora puede aguantar algún que otro asalto de pie.

—Suéltame, Xavi. Deja de comportarte como un gánster de chiste. ¿Qué pasa? A tu jefe le encantará saber cuánto afán pones en defender a su novia, pero relájate. Esto es cosa de familia. Entre ella y yo.

Transcurren unos segundos. Llega una curva. Xavi afloja el agarrón. Francis se tira para atrás.

—Marisol, no seas tonta. Sabes que no lo decía en serio.

—Vete a tomar por culo.

—Vale, me voy a tomar por culo pero piensa que cada vez que tratas al viejo como a un mierda delante de todos...

—¿Qué?

—¡Joder!

—No tienes ni puta idea de nada, chaval.

—¿Que se pasó de hostias contigo? Si yo te contara... Y entre el viejo y la vieja ni te cuento, pero aquella era otra época. Todos ellos en aquellos años eran poco menos que animales.

—Sigues sin enterarte de una mierda.

—Va, *petita*, que es mi despedida.

—Eso es lo único bueno.

Llegan a la altura de la entrada al chiringuito. Banderolas y tablas de surf a modo de protección de la *Hispaniola*. Rockers cuarentones petardean en sus Harleys en dirección contraria. Humo de fritanga. Olas rompiendo, cayendo furiosas desde sus penachos blancos, brillantes como sirenas a la luz de la luna. No hay problemas para aparcar. Se apean Mayka y May. También Xavi, quien le pregunta a Marisol por qué no lo hace ella.

—Este y yo nos vamos a quedar aquí un ratito a aclarar unas cuantas cosas.

—No pierdas mucho tiempo con él.

Se cierran las puertas. Pasan unos instantes. La música llega amortiguada desde los altavoces del chiringuito. El piloto ilumina sus caras pero enseguida se apaga dejándoles en la negrura. Francis duda en salir y sentarse en el lugar del asiento de Xavi pero Marisol se le adelanta y es ella la que hace lo contrario.

—¿Qué quieres decirme que no sepa ya? ¿Que Paco es una bestia? Ya lo sé, joder, soy su hijo.

—No es eso. Tú no sabes lo que pasaba allí. Tú no estabas. Nadie te lo decía. No querías enterarte.

—Y yo que creía que querías quedarte aquí conmigo a solas para seducirme.

—Déjate de mamonadas. Escúchame. Quiero aclarar esto de una vez por todas.

—¿Para qué? ¿Qué haremos luego con todo eso? Con la verdad, con vomitarnos toda la basura, las historias del viejo. ¿Qué coño hago yo con eso? Prefiero besarte.

—Estás puesto, ¿no?

—¿Por qué no? Estamos solos. Estabas loca por mí. Ahora te doy por culo, ok, lo acepto. La batalla ha sido imposible. No hemos atinado con el tiempo ni el lugar. Vale, de acuerdo, pero dame un beso, joder. Esta noche es como las de antes. Quiero cerrar esto. Matar las ganas de ese beso. Y si quieres mañana hablamos y me cuentas lo que quieras.

—¿Y qué gano yo?

—Un beso. Un beso mío.

—¿Y ya está?

—Por supuesto.

—No, lo haremos así. Yo te explico lo que te he de explicar de una puñetera vez y tú, si quieres, luego, me besas.

—¿Truco o trato? Venga, va, acepto.

Mr. Frankie no espera. Le estampa un beso en la boca, en comisuras de los labios de ella, mientras con los brazos la atrae hacia sí. Sigue besándola, en el cuello, en el hombro —«Para, Francis, no seas idiota»— mientras con las manos le ha buscado bajo la blusa sus tetas implantadas, sabrosas, que están consiguiendo algo en Francis que no quiere dejar pasar. La chica sabe que han perdido los papeles y que aquello puede convertirse en una tragedia solo con que Xavi le dé por venir a echar una ojeada. Esa locura, ese hacer lo que no debe donde no debe, tan Mr. Frankie, le divierte. No iba a dejarse follar ni ahí ni en ningún otro lugar. Solo estará por ese alambre un poco más, a tientas, como un animal ciego que está seguro de donde pone los pies.

—Ese no era el trato, subnormal —dice riéndose la chica.

Las manos de Francis han agarrado de la cintura de Marisol y han tirado hacia abajo con el propósito de que quede tumbada sobre el asiento posterior. A Marisol se le borra la sonrisa. Esa parte de la escena ya sería difícil de explicar. Le empuja pero el cuerpo de él es peso muerto. Una mano de Francis quiere colarse bajo el pantalón. Trata de hacerlo suave, acariciándolo. Pero ella no quiere que siga. Y se lo dice. Francis se detiene de inmediato. Se miran a la cara y ambos saben que aquello ha acabado, que ha sido gracioso pero que no volverá a pasar. La chica le revienta como segundo premio un beso fugaz en la boca, eso sí, mientras se endereza recomponiéndose blusa y pantalón.

—Bueno, va, tu parte del trato.

—Ahora ya da igual.

—Estás loca.

—Se me han ido las ganas pero como has sido un fulero de mierda y casi un violador, te destaparé la sorpresa: te vamos a regalar un móvil.

—Hija de puta.

—¡Venga, vamos! Sal tú primero.

Francis sale del coche imitando el paso de un pingüino. Marisol lo mira hasta que no puede reprimir una risa cuando se cruza con Xavi y finge abrocharse la cremallera. Siempre Mr. Frankie jugándose esa hostia que vuela por los aires. Marisol, amparada por los cristales empañados pasa al asiento en el que estaba durante el viaje sentada y sale al exterior en el momento en que Xavi llega y abre la puerta.

—¿De qué va ese mamón?

—No le hagas caso: es un crío. ¿Tienes tabaco?

El hombre le pasa un cigarro.

Entre Mayka y Francis tratan de descubrir qué número tendrá el móvil. La mujer quiere que el suyo sea el primer número que memorice en aquel aparato. Al menos aquella pequeña victoria.

—Déjalo timbrar.

Al principio, Francis no reconoce el sonido con el ruido del chiringuito, con toda aquella gente a su alrededor y la música atronando por los altavoces.

—Te voy a echar de menos. Tenerte por ahí siempre era un aliciente para ir a trabajar.

—Podemos quedar una noche para cenar y tomar algo, ¿no? —dice Francis.

Los ojos de Mayka brillan de repente. No quiere llorar. Al menos, no aún, recién empezada la noche. Marisol pasa por detrás e introduce la cabeza entre ellos —«¡Qué móvil tan chulo, Francis! Seguro que no te lo esperabas»— y distiende el ambiente. Mr. Frankie intenta darle en el culo con la caja del regalo pero Marisol se escapa a tiempo.

Francis recoge en un abrazo a la sudamericana y mira en derredor. Es uno de esos momentos en los que desearía poder parar el tiempo. Hasta la música acompaña. Una vieja tonada que Francis no puede fijar. Las drogas se le habían llevado un montón de hermosos residuos cada vez que arrastraban las redes por el suelo de su cabeza y de su corazón. Y con esas redes, canciones, recuerdos, nombres. Alguien le pone una cerveza en la mano. Otro alguien le pone un cigarro encendido en la boca. Un tercer alguien le dice algo desde lejos que no logra entender. Luego ese alguien ríe. Una ráfaga de viento levanta arena y derriba vasos de plástico sobre las mesas. Algunos con algo de licor aguado, otros con colillas, cenefas de plástico. Francis se pregunta si aún vivirá Gifford, el gato. Todas las mujeres a las que amó le vigilan esta noche y se lo perdonan todo desde aquella luna asesina, todo su amor enfermo, con sus maridos como sombras detrás de la puerta, aquellas velas encendidas en habitaciones estrechas, aquella noción de ser otro en la vida de otros, aquellas ansias de poseerse de pie contra puertas y paredes, sobre camas y suelos, todo aquel caudal de amor, de cien vidas que pudo vivir y no supo o no quiso le miran y, en cierta manera, le piden que elija una. Una de entre todas ellas, que se aferre a una mujer, un momento, un cruce de caminos que erró no tomar. Y Francis duda. Piensa en Ona pero quizás porque llevaba dentro un hijo suyo. Las mujeres pueden tener hijos sin amor, contra el amor, chantajeando al amor, para ahuyentar a otro macho. Tu mujer te dio dos y

quizás fue ella pero no, no puede ser porque no tiene el aura romántico de una canción, y estamos hablando de una mujer, un momento, un cruce de caminos y, oh, aquella negrita cuyo nombre tampoco recuerda. Quizás eligiera la cría que no le quiso conceder ni una salida en el instituto o la que de vuelta en coche, sin apenas conocerle se puso a dormir apoyando la cabeza en sus muslos mientras conducía, tiempos sin cinturones de seguridad ni controles de la Gestapo, quién sabe qué mujer qué momento o lo más terrible, estúpido idiota, aún esperas que llegue quien, imponiéndote la mano en el pecho, te cure y te sane con su boca sobre la tuya, Blancanieves y Madrastra, su cuerpo cerrándose sobre el tuyo y no dejándote ir nunca a ningún lado con nadie y... en esto, algo llama la atención de Francis. Una chica con síndrome de Down que ha salido de no se sabe dónde con su camiseta de la selección de David Villa, que agita la cabeza contra los bafles y baila como lo hace, casi con toda seguridad, a solas, en su habitación. Pero ahora no está sola y aquellas carnes embutidas en el número siete, aquella cara fea y torpe de bulldog provoca las carcajadas de los otros adolescentes, sentados en la tarima que le animan a que siga bailando para que aumente la ola del ridículo que ella cree que es admiración. Llegan más de aquel grupo con las hamburguesas que se cocinan en la parte trasera del chiringuito. Francis aparta la vista. Cierra los ojos. Se nota la cabeza embotada de todo el alcohol tomado. Quizás no sea una mala idea pegarse unas rayas y aclarársela. La próxima vez que se lo proponga Marisol o Xavi les dirá que sí. Y la música ha cambiado y está borracho y Mayka le quiere sacar a bailar y él se resiste pero, finalmente, se lo concede. Se deja llevar y gira y da vueltas y salta y chasquea los dedos mientras Mayka se mueve articulada como un muñeco de acero y gominolas y la adolescente con la camiseta de Villa agita la cabeza arriba y abajo y Marisol se le une al baile y se pone a bailar con él y Francis le coge de la mano y aunque lo que suena no sea un rock'n'roll, a él le resuena ese ritmo dentro y ella lo sigue y se le ve tan feliz, riéndose, con su hermano, su gran bicho grande como le llamaba de niña, y parece todo volver atrás y escribirse y el viento arrecia ya mucho desde el mar y en eso que Mayka le arrebató a Marisol y se baila una bachata lésbica contoneándose las dos ante los gritos y aplausos de la gente y Francis se las mira y es un espectáculo fascinante ver como sus cuerpos se cimbrean con una sensualidad imposible para él y él se retira hasta la barra y se pide uno de Tanqueray y siempre que lo hace le viene a la memoria la canción de Springsteen en la que el tipo aquel estaba mareado de tanto mezclar vino y Tanqueray y allí en la barra está Xavi, tranquilo, casi amistoso hasta que Francis dice algo sobre Marisol y él no contesta. Pero entonces Xavi se recuerda que necesita tener de su parte y confiado a Mr. Frankie ahora que lo tendrá en la mensajería y por eso, sin hablar ni mirarle, le pasa la papela y los niños han tratado de hacerle tragar un vaso enorme de whisky a la del síndrome de Down y es imposible que siga vivo Gifford —aunque ¿cuánto debe vivir un gato?— y Francis se

acerca a la pista hecha de tablones de madera y trata de llevarse a la sudamericana al lavabo a hacerse una raya con él, pero Mayka le coge y le atusa el trasero por su entrepierna y él se deja hacer y quiere llevarse a la mujer al lavabo y pone el pestillo y la besa y lleva sus manos a la bragueta y ella se la baja y se la coge y le empieza a masturbar y él tiene la papela en la mano y se ha empeñado en hacerlo todo a la vez y Mayka se agacha y se la mete en la boca y le lame el glande y le chupa todo el arco de la polla y él ha hecho las rayas en la cartera sobre el inodoro y con un rulo de cinco euros se pega el tiro y está a punto de eyacular sin erección pero se detiene y le dice a la mujer que se pegue su tiro y ella no quiere y en su mirada le dice que no, que no vuelva a caer, que se está equivocando, lo que le enfurece y él le baja los lástex, ella suelta un zapato para que una pernera pueda salir y la raya se le deshace y Francis la recoge con un dedo y aparta las bragas de la Mayka y le acaricia el coño con la coca mientras se dice qué locura estás haciendo, Mr. Frankie, qué solemne gilipollez mientras la sudamericana se deja porque no quiere perderle por una negativa después de tanto tiempo y siente que su hombre anda por ahí y se mueve y trata de concentrarse para acogerle pero las embestidas se suceden y él aúlla y ella, aunque no se ha corrido, siente que él ha llegado en mucho tiempo a un lugar del que no se va a ir mientras la camiseta de la selección nacional con el siete de Villa rueda por el suelo y uno de los niños la coge de un pie y la gira como un remolino y eso ya no gusta y hay quien dice: basta, pero aparece de la nada un tío delgado, fibroso y tatuado barato y mal el torso desnudo que se abre paso entre la gente perseguido por un hombre con una muleta y más chavales que nadie sabe de dónde han salido, probablemente de otro chiringuito y hayan venido corriendo por la playa. El que va medio desnudo es de esos tipos que parecen haberse desgajado en dos al nacer: la cabeza pequeña y rapada, los brazos y las piernas cortas. Y en su camino empuja a unos y a otros. Sube a la tarima y tras él dos o tres tipos que tratan de golpearle lanzando patadas y puñetazos. Uno de ellos le acierta en la boca, dejándole noqueado mientras el otro le agarra la cadena de oro y trata de arrancársela, quemándole el cuello. El tipo de la muleta, un cuarentón, barbilampiño no puede acceder a la tarima y trata de darle con la muleta desde abajo. Xavi, alerta desde el primer momento pero sin saber qué está sucediendo acude a proteger a su gente, y ve a Marisol con May en la barra y lo da por bueno, empuja al tipo de la muleta que cae al suelo y sube a la tarima interponiéndose entre el chaval del torso desnudo que sangra por la nariz y el cuello, que tiembla, que parece desorientado. Al parecer ha robado un móvil, dinero y esa cadena del bolso de unas amigas en otro local. ¿Para qué te metes, Superman? La gente del Calamar hace acto de presencia. Bajan a todos de la tarima. La calma es tensa. El tipo de la muleta se ha hecho con esta y, henchido de rabia, golpea al ladrón pero sabiendo o, al menos, no importándole que estuviera Xavi entre ellos dos. La muleta impacta contra el brazo de Xavi y la cabeza del ladrón. Xavi se gira hacia el

cojo, quien está aterrorizado por lo que acaba de hacer. Xavi le lanza al suelo, hace que la parte posterior de la cabeza del cojo golpee contra los tablones y le mete el puño dentro de la boca hasta que casi puede notar como se mea encima el mierda ese mientras la gente huye de la escena hacia la playa, hacia la parte posterior del chiringuito y un brazo coge el de Marisol y ella cree que es el de Francis pero no reconoce los ojos de aquel tipo con un pañuelo palestino cubriéndole la cara que profiere unas palabras en árabe y que le salpica en el pecho y en la cara con un líquido que sobre todo le derrite por dentro, le impide respirar, le abrasa la cara, el pecho, el brazo y el dolor y la arena y la oscuridad y un grito que busca alcanzar allá arriba otro grito y este en otro grito definitivo allá donde el dolor es una catedral de odio y silencio, donde el fuego no se consume por mucho que ella grite y se revuelque y alguien trata de ayudarle pero hasta ese alguien sabe que todo es inútil.

I WONDER WHY

Got me a movie
I want you to know
slicing up eyeballs
I want you to know
girlie so groovy
I want you to know
don't know about you
but I'm un chien andalusia
I'm un chien andalusia
I'm un chien andalusia
I'm un chien andalusia
Wanna grow
up to be
be a debaser (debaser).

«Debaser»
Pixies (Black Francis)

El chiringuito estaba lejos de cualquier otro sitio. Eso no había ayudado. Nadie había visto nada. Tardaron en escucharse los gritos enloquecidos de Marisol entre el estruendo y la confusión de la pelea. Nadie sabía si una cosa estaba relacionada con la otra o fue una casualidad que el agresor aprovechó. Habían llegado los Mossos. Habían asegurado la zona. La ambulancia, con algo de retraso, ya se encontraba allí.

Xavi se ha subido al vehículo. Desenfunda el móvil. Sabe que ha de llamar a don Damián y sabe que ha de hacerlo ya. La ha cagado, joder, ¿cómo ha podido pasar algo así? ¿Cómo sabía ese moro hijo de puta que estarían allí, a esa hora? Lo cierto es que no le debe haber resultado difícil. Un montón de personas del bingo lo sabían. Debía de estar acechando su oportunidad. Lo pillará y lo matará. Esa pelea del tío de la muleta... demasiada casualidad, ¿no? Xavi hace la primera llamada. El ATS que está frente a él le advierte que desde allí no puede hacerlo. Marisol tiembla en la camilla, cubierta con una mortaja protectora como un capullo de seda, con el oxígeno suministrado a través de una mascarilla. Tiene mala pinta. El ATS insiste. Xavi le mira a los ojos y sigue telefoneando.

La primera llamada es para uno de los dueños del Calamar. Quiere saber, y ya, quiénes son los de la pelea. Dónde localizarlos. Si los pudiera retener, mucho mejor. Ahora es imposible. Los Mossos se los han llevado, pero conoce a un par de ellos. La siguiente es a Damián. El viejo escucha, no dice nada y cuelga.

Las marcas en la cara y el cuerpo de Marisol son evidentes. Se las han limpiado de arena, pero siguen allí, en carne viva, devorándole la piel, los tejidos. La han firmado para siempre. Han señalado en ella su posesión, la carga de la culpa. Los agentes determinaron enseguida que, casi con toda seguridad, se trataba de ácido sulfúrico. Graves quemaduras en una parte del rostro y cabello. Por fortuna parece que no le afectó a los ojos. Por esa misma fortuna también, los implantes de silicona impidieron que le abrasara las vías respiratorias. Un brazo, una mano quemada. Quizás todo ello hiciera que no muriese, pensaba Xavi. Quizás. Pero ¿a qué precio? ¿Al de ser un monstruo? ¿Al de recordarse que ella se equivocó y que él le falló? ¿Qué no debió encamarse con ese moro desde el primer día, no romper con él como lo hizo, no haber bajado la guardia...? Un animal hermoso y arrogante como Marisol, ¿qué sería de ella convertida en un saco recosido, en algo que evitas mirar, que no quieres acariciar, que no soportará ya nunca más espejos, caricias ni deseo?

—No te preocupes. Verás como todo irá bien.

Nunca le han sonado tan falsas unas palabras en su boca. Nada va a ir bien. A su móvil llegan llamadas de Mayka, números desconocidos que no acepta, docenas de llamadas pero ninguna nueva de don Damián, lo cual no deja de ser la peor de las señales. Igual le castiga prescindiendo de él. Igual ahora que están a dos meses de llevar a cabo la operación, el viejo lo manda todo a la mierda. Se siente mezquino pensando en eso más que en la mujer que tiene ahí, frente a él, temblando, deshaciéndose como una pavesa. Pero Xavi siempre ha sido así, honesto con lo que siente más allá de lo que debe o no sentir. En estos momentos en los que tiene a Marisol muerta en vida o agonizante sus pensamientos son confusos. Piensa que lo mejor para ella y para todos sería que se apagara. Todas las oleadas de deseo y poder que la mujer tenía sobre él se han tornado compasión, senderos de eutanasia. Eso y odio hacia quien lo ha hecho. Ansias de venganza sin freno. También culpa. Y, para aderezar aquella confusión, algo incipiente muy parecido al pánico de perder tu gran oportunidad de ganar un montón de pasta por propia iniciativa y, además, a las primeras de cambio.

«Si pudiera hacer algo por evitar lo que acaba de pasar, lo haría, cariño, te lo juro». Xavi quiere que conste eso en el imaginario juicio sumarísimo que se ha suscitado en su cabeza. Por supuesto. Pero una vez ha sucedido se ha de saber gestionar la nueva realidad. Rápido. Certero. Inmisericorde. ¿Qué es lo mejor AHORA para ella? ¿Qué es lo más conveniente AHORA para ti? ¿Qué sentirás a partir de AHORA cuando la veas? ¿Quién es el responsable de todo eso, en cierto modo también culpable...? ¿Soportarás la imagen que se refleje en el espejo cuando dejes de llamarla, de acostarte con ella, cuando la apartes a un lado como premisa para borrarla de la historia de tu vida? Porque la nueva realidad es que donde estaba el objeto de tu deseo AHORA hay un trozo de cuero recosido de injertos, poco más que los trozos de un desguace.

Marisol permanece inconsciente a causa de los calmantes. El ATS que tiene enfrente, un tipo fuerte y menudo, con perilla y rizos engominados, opta por no mirar a Xavi después del incidente del móvil, de las llamadas que no se podían hacer pero que se hicieron. Xavi acaricia la cabeza de la mujer, en la parte que el ácido no ha mordido como un perro rabioso. Luego, desliza sus dedos hacia el conducto del oxígeno y lo gripa. Igual es tan sencillo como eso. La falta de oxígeno hace que Marisol abra el ojo que no ha sido lastimado —el otro milagrosamente tampoco lo está pero sí la carne de sus cejas y del pómulos, por lo que no puede abrirlo— y le mira directamente. Xavi aparta la vista porque la mujer no sabe lo que está pasando. Quizás lo intuya o tema pero no tiene fuerzas ni lucidez para mucho más. Igual resulta tan sencillo como uno de esos juegos de crío en los que contabas primero diez, luego veinte, después cincuenta, cien.

—¡Eh!, ¿qué está haciendo? —le interrumpe el ATS apartando el brazo de Xavi

que finge estar sorprendido.

—¿Qué pasa?

El enfermero golpea con la palma de su mano la caja del conductor de la ambulancia.

—*Hannibal, Hannibal...! Truca a la central...*

—¿Qué coño pasa?

—¿No lo sabe?

—No.

—Creo que sí lo sabe.

El conductor pregunta a su compañero qué está sucediendo allí detrás.

—¿Cómo te llamas?

—No le importa.

—Yo me llamo Xavi y soy el amigo de esta chica que se está muriendo aquí.

—No me importa quién es usted. Solo me importa saber que he visto algo que no me gusta.

—Creo que te equivocas. ¿Qué has visto? No te entiendo.

—Déjalo.

El conductor insiste. El enfermero mira a Xavi y decide dejarlo pasar porque le ha asaltado la duda de haber visto lo que ha visto.

—*Res, Hannibal, res...*

—¿Sigues sin decirme tu nombre?

Ni siquiera Xavi entiende su fijación ahora por conocer su nombre. Quizás sea solo para ganar tiempo.

—¿Es muy importante para usted?

—Mucho.

—Me llamo Pablo.

—Pablo.

—Sí.

—¿Qué tal está la chica, Pablo?

—Mal. Pero mejor si puede respirar.

¿Qué coño está haciendo? Tiene una pistola encima. Tiene una mujer —la novia de su jefe más que su amante en esos momentos— despellejada a sus pies. Lo que menos necesita es encabronar a ese tío, que alerte a los de seguridad, a los Mossos que ya estarán en el hospital cuando lleguen ellos.

—Perdona, Pablo. Estoy nervioso.

—Pues tranquilícese.

La ambulancia se detiene con movimientos bruscos. Abren las puertas traseras y Xavi baja en primer lugar. El enfermero le indica que vaya a recepción a dar datos mientras ellos meten a Marisol directamente en Urgencias. Una vez en recepción y

ante las preguntas de la administrativa se da cuenta de que, de la mujer que ocupaba sus deseos y sus sueños, cada uno de sus minutos del día, no conoce ni sus apellidos. Eso sí, sabe que tiene un hermanastro. Y tiene un móvil del que tampoco conoce aún su número, aunque seguro que es uno de los que insiste e insiste en comunicarse. A sus espaldas, se abren las puertas y entran los Mossos.

No hace falta que Houdini se lo diga: tiene unos segundos para desaparecer.

VISITA DE MÉDICO

Don Paco, nervioso, lleno de dudas por el cómo lo hará pero resuelto a hacerlo, se planta frente al piso de doña Imma y pulsa el timbre. Dejó pasar la mañana, paralizado y sin poder hacer nada en casa pero durante la comida de la que no probó bocado, tomó la decisión. Vuelve a pulsar el timbre, esta vez de un modo que él quiere que suene casi impertinente. La vieja, por fin, abre.

Paco, tan poco paciente, le molesta la sospecha de que doña Imma supiera que era él quien estaba llamando y la tardanza se debiera al tiempo que ha tardado en vestirse de una manera menos casera. Lleva las zapatillas verdes de siempre, la falda le llega casi a la altura de los calcetines pero cree que le delata la blusa lila que se suele poner casi siempre desde que Paco le dijo una tarde, al encontrarse en el portal, que le quedaba bien. Tiene, en el regazo de la falda, un montón de hilos blancos y cortos como gusanos ciegos.

—¿Me has llamado? Debo tenerlo mal colgado. Lo tengo al lado y no ha sonado. ¿Pasa algo?

Paco hace el ademán de querer hablar con ella pero no allí sino en el interior del domicilio. La mujer se aparta de la puerta y echa un vistazo al rellano por si algún vecino está al quite. No es que le importe, pero mejor si la gente sabe lo mínimo de uno. Al menos que se tomen la molestia de inventarse las habladurías. Paco se dirige hacia el comedor. No, no quiere tomar nada. A doña Imma el destino se le asemeja un tipo burlón que ha elegido tenerla llena de hilos en el regazo, amodorrada y con la última cita de la peluquería muchas semanas atrás. ¿Qué puede ser lo que le va a decirle? Quizás haya pasado algo malo. Quizás con el hijo. O una enfermedad. Sea lo que sea —sigue pensando la mujer— lo que es cierto es que, de todas las personas en el mundo, la que él ha necesitado ha sido ella.

—No sé cómo empezar.

—Siéntate. No estés de pie *com un estaquirot*.

La mujer le ofrece el sofá adonde ella se dirige, pero Paco prefiere una de las sillas que flanquean la mesa de comedor en la que ya no come nadie. Para un viejo la rudeza de una silla siempre le recordará que eres una visita y que has de estar poco tiempo allí sentado.

—Ha pasado una desgracia, me cago en mi estampa.

Y el hombre se viene abajo mientras se disculpa por el lenguaje empleado. No es su manera de hablar delante de señoras, ni tan siquiera fuera de casa. Hace ademán de

llorar. Quizás lo haga pero su mano ha ido presta al bolsillo y de allí ha sacado un pañuelo de tela con sus iniciales bordadas en hilo azul, y ha detenido las lágrimas. No serían lágrimas de pena, que también, sino de impotencia, de dolor, de no poder ser otra vez joven y fuerte para reclamar el mundo como suyo, con todas sus espadas.

—Putos moros, tendríamos que haberlos sacado del país cuando pudimos.

Ni doña Imma ni probablemente Paco sabrían fijar cuándo fue ese momento: si cuando don Pelayo o cuando Franco. Esperaba Imma que se tratara de la primera opción, pues la otra era de las pocas cosas que no consentía a nadie. Aquel *fill de puta del Franco* había hecho el suficiente daño a su padre, a su familia y a su país como para no concederle ni un solo aspecto positivo que le eximiera de pudrirse en el infierno. Pero con Paco sabe que no hay problema. Rojo e intransigente, español e inmóvil pero para nada sospechoso de facherío, a menos que saque en la conversación lo del referéndum.

—¿Qué ha pasado? ¿Te han robado?

—No. ¿Te acuerdas de mi media cría, la Marisol?

La recuerda. De hecho, es más que un tema recurrente por parte de Paco.

—La han desgraciado para siempre. Le han destrozado la vida, la han matado en vida.

Y Paco va explicando lo que ha conseguido saber por Francis, que estuvo allí, en aquella fiesta, pero que apenas ha conseguido hacerse una idea de cómo está, de qué pasó. Al parecer, nadie pudo hacer nada. Que hubo una pelea. Que nadie supo defender a la *petita*, maldita sea. Pero, de todas maneras, aunque el castigo había sido caro era obvio que no estaba sino siendo el resultado lógico de hacer las cosas como las había hecho Marisol toda la vida, relacionarse con la gentuza que se había relacionado siempre. Era una lección que no venía sino a darle la razón en todas y cada una de las cosas que Paco le había dicho siempre. Con palabras cuando ella quería escuchar. Con castigos y con la mano, que esas son las maneras en que le enseñaron cómo aprenden las cosas los que no quieren escuchar.

—Salió en la tele hará un par de semanas. Quizás algo más.

—Sí —contesta doña Imma que recuerda haber visto algo en los informativos de TV3 y Telecinco, pero como son noticias que le repelen y asustan no prestó mucha atención.

—Puede respirar, pero le deben haber destrozado la cara, un brazo, el pelo, yo que sé...

—Pero... ¿ya saben quién ha sido? ¿Lo han detenido?

—Están buscándolo.

—¿Sigue hospitalizada?

—Sí, en el Vall d'Hebron.

—¿Has ido a verla?

—Aún no.

—¿Por qué?

—Me gustaría que usted me acompañara.

—¿Esta tarde?

—Sí, si puede, claro. Francis me ha dicho que ahora ya puede recibir visitas a unas determinadas horas. No sé si querrá verme, pero yo he de verla. He de saber cómo está. Que sepa que, a pesar de todo lo pasado, aún es como si fuera mi hija.

—Me cambio de falda y salimos.

Apenas veinte minutos después van los dos en el autobús que a lo largo de la calle Tajo sube a la montaña en la que está ubicada la residencia Vall d'Hebron. Están sentados el uno al lado del otro. A Paco le ha tocado la ventana y mira a través de ella el paisaje de campos de fútbol, vías rápidas y aparcamientos lo que hasta no hace mucho no eran sino campos de cultivo y escenarios de juegos salvajes. Bajo una luz dorada que parece desenfocar todo, Imma lo supone absorto en sus demonios, en su preocupación, en su no saber si podrá ver a su hijastra, por llamarla de alguna manera. Le coge de las manos con cariño, con una camaradería que quiere transmitir el mejor de los deseos; sin embargo, para Paco aquellas manos llenas de manchas son como manoplas calientes.

—Ya verás cómo todo se irá arreglando.

—No sé... —contesta Paco girando la cabeza, sin retirar los dedos de entre las manos de la mujer.

—Ahora la medicina hace milagros. Le pondrán piel de otras partes del cuerpo y con el tiempo tendrá una nueva vida. Ya verás como sí.

—Ya. Lo sé. Pero... Si es que le han atraído los malnacidos desde siempre. Si le explicara la de problemas y trifulcas que he tenido con ella... Su madre era prostituta, ¿se lo había comentado?

—Sí, de hecho, casi cada vez que me hablas de ella me lo dices.

Para evitar que esas últimas palabras parecieran lo que eran, un reproche, doña Imma las acompaña con una sonrisa y un volver a dejar su mano sobre la de Paco. Ella vuelve la cara y mira por la ventana. Los años le han enseñado algunas cosas. Una de ellas es que ser puta no es lo peor que puede ser una mujer. Ni mucho menos. Enseguida Paco vuelve a abrir la boca para expresarle otra vez cuál es su verdadero temor. Que no le dejen verla.

—¿Por qué no te tendrían que dejar?

—Los tipos que están ahora con ella no son mejores que los de siempre. No sé, creo que no nos dejarán entrar.

—¿Por eso has querido que te acompañe?

—¿Le importa?

—Claro que no. Yo les impondré. Seguro —bromea la mujer.

—No quiero parecer un viejo loco al que sacan del hospital a empujones.

—Y para eso te traes contigo a la *yaya tocada de l'ala*.

Es una broma, Paco. Deberías haber sonreído. Ahora ya es tarde.

—Podrías haber ido con Francis.

—No sé, pensé en usted.

—Bien hecho. Nuestra parada.

Los dos se levantan y a trompicones llegan a la puerta de salida. Cuando el autobús se ha detenido del todo, bajan cogidos el uno del otro. Doña Imma no va a desaprovechar ninguna de las oportunidades que se le puedan brindar y se coge del brazo de Paco. Él no la rechaza. Lo asume como parte del precio por el favor que le está haciendo. Pero también porque es capaz de reconocer la generosidad, aunque pueda ser un punto vanidosa en un mundo tan cínico y desalmado como este. Doña Imma es una buena mujer. Alguien que se merece que la lleven a bailar de vez en cuando. Podía intentarlo alguna vez, ¿no?

—¿Sabes qué pienso? —pregunta de modo retórico la mujer—. Pienso en qué deben de tener en la cabeza esas bestias para hacer lo que hacen. ¿Cómo pueden luego dormir cada noche?

—No lo sé. Supongo que consideran que aquello es suyo y no pueden soportar la idea de compartirlo con nadie —contesta Paco, arrepentido de inmediato de escuchar eso en su boca, como si se tratara de una confesión robada de los labios de un asesino.

—*Bèsties*.

Xavi sale por la boca de metro, cruza el paseo Maragall y enfila la calle Agregació. En una de esas calles repletas de talleres y puticlubs está el local que busca. El barrio es tan gris como el cielo de aquella mañana, de cazo de leche de los de antes, aquellos en los que su abuelo calentaba el desayuno y metía tropezones de pan. Los locales tienen nombres idiotas —Sheik, Arlequín, Dólar— y Xavi cree que podría adivinar qué ganado está dentro —putas bizcas y clientes tarados— en un mundo de caspa y terciopelo rojo, abrasado de manchas de licor y semen triste. Los garajes, por el contrario, no lucen rótulos ni nombres: solo coches para pupilaje, mecánicos cantarines, de bocatas envueltos en papel de periódico y mirada castigada en pintura y chapado.

Debería haberse anotado la dirección. Don Damián aún no ha decidido si sí o si no a lo suyo. Se ha limitado a dejarle hacer. Ha colocado a Francis en ese puesto de trabajo como una concesión tácita, al mismo tiempo que una demostración de habilidad. El viejo se resiste a dejar su reino sin muros, una vez más, sus fronteras. Xavi es ambicioso. El territorio de Damián le parece un juego desfasado, una trampa en la que alguien le reservó una mesa al fondo del local para que se entretuviera con el dominó de medio euro el envite. Ver y no tocar. Por eso Xavi necesita ganar fácil, ya y mucho. Y es ahora, porque lo siente ahora. Nota bajo sus pies el traqueteo del tren que se acerca y sabe que si no se sube él, se subirá otro más listo que él.

Casi al llegar a la plaza del Guinardó ve a mano derecha un pastor alemán mirando hacia el interior de un local. Conoce al perro, hermano de uno de los que Damián tiene en su torre de Terrassa.

Torre dels Pardals.

Xavi recuerda de inmediato el nombre de la calle.

Si es el perro, es el local.

Dit i Fet.

El pastor alemán, hermoso e imponente, se gira hacia él y se le empieza a mover como un péndulo la cola. Qué bueno: lo ha reconocido. Se levanta, va a su encuentro. Xavi le acaricia. Le encantan estos bichos. Leales sin ningún resquicio. Mientras anda acariciando al perro, echa un vistazo al interior del local por si acierta a ver a Francis. Deja de acariciar al pastor alemán con un golpe seco en el lomo y entra. Supone que el perro le seguirá pero se equivoca. Al fondo, queda un mostrador. Detrás de él, un empleado está mirando algo en la pantalla de su ordenador. Carritos metálicos con

sobres y cajas. Xavi se acerca al mostrador. Al buenos días del trabajador Xavi pregunta por Francis. Está en la puerta de al lado. Vuelve a salir a la calle para meterse en el garaje que han preparado como almacén. Hay una pequeña furgoneta aparcada dentro. Detrás de ella ve a Francis y a Ginés, su compañero.

—Visita de cortesía.

Xavi sabe que Marisol será el tema inevitable que le encantaría obviar y que llenará de plomo todas las palabras que se digan. Fue al hospital a los dos días de ingresarla y luego a la semana y luego, luego ya no. En ninguna de esas visitas, Marisol pudo enterarse de su presencia. Le enfermaba verla en ese estado. Debía haberla matado en aquella ambulancia. Duele. Mucho. A los dos. La mujer sabe que para él ya no existe. La quiso, la deseó como a ninguna. Estaba encaprichado con ella, pero con los retazos de su piel, con la mirada valiente que ya no tiene, se fue mucho más que dolor y ácido. Uno quiere tener un hijo, no un retrasado, se decía Xavi para agarrarse a algo que le permitiera sentirse algo mejor. Querrá de aquí un tiempo volver a sentirse afortunado, tener un caballo hermoso y salvaje, apenas recién domado por ti, a su lado. Todo eso que fue Marisol y que ya no podrá ser ni para él ni para nadie. Deberá volver a encontrar todo eso en otra Marisol. Esta historia ya ha acabado. Esta Marisol está muerta. Tapiada en vida como ha dicho don Damián.

¿Se puede dejar de amar en minutos? Se puede. Sucede. A él, sin ir más lejos.

—Acabo de desayunar.

—Tú puedes dos veces, *fucking* zampabollos.

—¿*Fucking*? Ya hablas como Timón.

—Estoy por la diversidad, *fucking man*.

Francis se excusa con su compañero y sigue a Xavi. Lleva casi un mes allí. Dentro de nada cobrará su primera nómina y el ambiente es bastante bueno. Es cierto que añora el ambiente del bingo pero, después de lo que pasó con Marisol, nada ha sido igual. Mayka se lo confirma. Cuando ella no tiene turno por la tarde, le viene a buscar. En ocasiones ambos acuden al Vall d'Hebron y miran cómo anda la *petita*. Y la *petita* anda como puede. Ha tenido la fortuna de las prótesis y de que, al ser ácido sacado de un carburante, estaba muy diluido con agua, pero se le parte el alma ver aquel saco de huesos, aquel olor a quemado que no se va con nada.

Los hombres al entrar en el bar saludan a la parroquia: viejos, parados y operarios que abren una eterna zanja por todo el barrio.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Marisol bien, ¿no?

¿Ya?

—No toques los cojones, ¿vale?

Francis le clava la mirada. Marisol esperaba más de él y eso, en ocasiones, está seguro la está matando más que el lobo que la muerde desde dentro de las quemaduras cuando los fármacos le empiezan a dejar de hacer efecto. Xavi se ve tentado de desviar la mirada pero no lo hace.

—No me mires así.

—¿Cómo?

—Así.

Llega el camarero y destensa la situación. Piden y hasta que no llegan las dos cañas ninguno de los dos habla. Xavi tiene una orden para él. Y de esa orden dependen muchas cosas. Trata de no olvidar eso. Así que le da algo de cancha.

—Me cuesta ir a verla. Y no sé hasta qué punto le hace bien verme —miente Xavi.

—Yo creo que le haría bien saber que estás ahí.

—Sigue siendo la novia del capo, no lo olvides.

—¿Eso qué más da?

—¿Que qué más da?

—Déjalo, en el fondo no es asunto mío.

—Exacto.

—Tu jefe tampoco se prodiga por el hospital.

—Mayka me ha dicho que envía flores.

—Como Manzanita.

Silencio.

—¿Puedo preguntarte algo? —Francis no espera la respuesta—. ¿A qué ha venido esto de traerme aquí?

—No te entiendo.

—Pues que todo esto tiene toda la pinta de quitarme de en medio.

—Paranoias de yonqui.

—Seguro que sí.

—¿Quieres un poquito de verdad?

—Molaría.

—Está todo lo que te han dicho. Lo del contrato, bla, bla, bla. Pero también está que al viejo no le molaba tu relación con Marisol. La hizo cambiar, en su opinión y también en la mía.

—Menuda gilipollez.

—Demasiado unidos los hermanitos.

—Y tú seguro que encantadísimo.

—¿Yo? A mí me la sudaba.

—¿Te acuerdas de unos dibujos que hacían cuando éramos pequeños que se llamaban Érase una vez el hombre?

—No.

—Seguro que sí.

—Recuerda que eres un montón de años más viejo que yo, compañero.

—Salía un tío grande y malo y otro pequeñajo que no hacía más que meter cizaña. Me recordáis un poco a esos dos. Tú metiéndole basura por la oreja a don Damián, mareándole para que no mire en la dirección correcta.

—Qué mente tan privilegiada. Te equivocas de cabo a rabo pero me ha gustado el juego. Me toca a mí. ¿Sabes a qué me recuerdas tú? A un saco de mierda. Un inmenso saco de mierda en una bolsa de mierda metida en un pozo de mierda. ¿Has visto tú esos dibujos? ¿No? No te creo. Va, confiesa, seguro que los has visto.

Francis calla, furioso. Le encantaría tener la mitad de los huevos que tenía antes y partírselos a la jeta a ese imbécil. Pero sabe que no lo hará. Xavi se impacienta. Saca el paquete de cigarrillos y juega haciéndolo girar sobre la superficie de la mesa. Qué estúpido: nada más empezado el partido ha llevado las cosas a uno de los lugares que no le convienen para nada. Xavi sabe que debe cambiar el sentido de las vías ya mismo.

—Oye, lo siento. Esto nos está volviendo locos a todos. Tú lo vives de una manera. Yo, de otra. Don Damián de la suya. Pero me he pasado. Perdona. No eras un problema en nada. Pero distorsionaste a Marisol. Esa es la verdad. Tú y todo lo que le recuerdas. Todo aquello que ella no quiere tener cada día frente a sus narices.

—No pasa nada.

—Ni el viejo ni yo somos de estar las tardes de visita.

—¿Quieres un consejo? No hables por ese hijoputa. Para ella no sois lo mismo.

—Lo sé pero yo necesito tiempo. Díselo si te pregunta. Por el momento mi manera de ayudar a Marisol es hacer justicia. Localizar a ese psicópata y entregárselo trinchado a Marisol en una bandeja.

—¿El viejo se ha puesto también a ello?

—Claro. Puede no importarle ella pero alguien ha jodido algo que creía suyo.

—¿Lo tenéis ya?

—Aún no, pero caerá. Todo el mundo que le conocía nos dice que volvió a su país. Lo que es casi seguro que la pelea de los niños fue una jodida casualidad que el moro aprovechó. Te puedo asegurar que no sabían nada de todo eso.

—¿Tú crees que se habrá marchado?

—Pienso que es posible que escapara después. Yo lo hubiera hecho. O que ya estuviera fuera y encargara eso a alguien. A algún familiar o algún amigo. No sé si son cosas que uno ha de hacer por sí mismo o hay un alquiler de quemar la cara. ¿Quién entiende a esos tarados?

Otra vez silencio.

—¿Cómo vas en el curro?

—Bien. Me jode estar metido horas en ese zulo pero es lo que hay, ¿no?

—Debe ser difícil para ti.

—¿El qué?

—Te lo digo de buenas, ¿vale? No te me mosquees otra vez, por favor. Marisol me contó que fuiste famoso cuando eras músico. Y, joder, no sé, debe ser difícil todo esto ahora, ¿no?

—Nunca fui famoso. La gente más allá del barrio no me paraba por la calle, vamos. Pero Marisol era una cría y lo vivió todo de una manera exagerada. Pero sí, fue difícil. La gente, a medida que crece, va asimilando la derrota. Cosas que quiso y que ya no podrá tener, esas historias. Pero en mi caso uno pasa de creer que nunca crecerá, que puede tener todo lo que desee sin necesidad casi de desearlo, a la certeza de que la partida ha acabado ya, para siempre y demasiado pronto.

—Bueno, estás vivo.

—¿Sabes por qué estoy vivo? Porque era un cagado. Me veía hecho una mierda y me acojonaba y lo dejaba un tiempo. Siempre a base de priva. Y luego, unos meses después volvía. Y a mi alrededor, todos cayendo como moscas.

—Bueno, todos los yonquis contáis una historia parecida.

—¿Quieres otra historia parecida de yonquis? Te la digo porque hoy ando romántico. También empiezas a meterte por lo de siempre. Porque te enamoras de una que se mete y meterse se convierte en una forma de quererla, de complicidad, de entrar en su mundo privado. Así de sencillo. Así de gilipollas. Nada muy transgresor. Un coño y dos tetas. Lo de siempre.

—Vas a hacerme llorar.

—Esa es mi intención.

—Por cierto, algo más romántico aún: ¿ya has hecho envíos?

—¿Quieres decir si he salido de reparto? —Xavi asiente—. Sí.

—¿Y qué tal?

—Suelo ir de acompañante, pero un par de veces he hecho el envío solanas. Es fácil. Más allá de los urbanos, claro.

—¿Solo tenéis esa furgoneta?

—Hay otra más grande. Y si no, se alquila a otras empresas. ¿Por...?

—Don Damián tiene previsto ampliar el negocio.

—...

—Sigues preguntándote por qué he venido a verte.

Xavi ha venido para ordenarle o sugerirle que el pedido que de aquí a nada recibirán para el mes que viene lo haga él, con independencia de si le toca como si no. Alguien con un pasado yonqui que se ve metido en un asunto de drogas tanto si el asunto sale bien como si se tuerce, es un cebo succulento para una policía con los salarios recortados. En el primer caso, Francis aparecerá magullado y asustado,

maniatado en un camino rural por unos tipos que le habrán robado furgoneta y mercancía. Si hay más lío, pues que lo haya. Y pocas ganas de relacionarlo con algo más que un enchufe para el hermano de su novia por parte de don Damián. Pero Xavi decide que ha de cambiar de táctica porque Francis está alerta. La conversación sobre Marisol ha hecho que Xavi diga más de lo que debía y ahora un encargo sobre un envío concreto no hará más que anclarle en la certeza de que es el saco elegido para los golpes. Y se pondrá de culo. Por todo ello, debe cambiar de táctica. O bien hablará directamente con el encargado, o bien buscará una segunda alternativa. Si opta por hablar con el encargado, la policía conectará la luz en nada. Lo mejor será hacer el pedido y el día de la entrega arreglárselas, gestionar lo que sea para que Ginés, el repartidor oficial, no pueda ir al trabajo y solo quede la opción de Francis. Xavi se relame con la idea que ha surgido en su cabeza como un rayo en la oscuridad de su mente. Es un tipo listo. Ahora solo ha de encontrar una excusa. La busca y cree haberla encontrado.

—Tu padre.

—¿Qué pasa con él?

—Está día y noche allá en el hospital.

—¿Y? Al menos alguien le hace compañía.

—Mala compañía.

—He de volver al curro, Xavi.

—¿No quieres que hablemos de eso?

—Pero ¿de qué coño quieres que hablemos?

—No sé, Francis, no te entiendo. Parece que te guste hacerte el gilipollas. Yo tenía entendido que Marisol y tú ya habríais aclarado algunos conceptos aquella noche.

—¿La noche en que le abrasaron la cara? No, solo nos besamos.

—Seguro. A ver, te trataré como un crío. Me escuchas atento y te dejaré volver a clase, ¿vale? ¿Sabes que tu viejo tiene una sentencia por abusos? ¿No? Y aún tuvo suerte. Tu papi, el señor de los bocatas de atún, se cepillaba a Marisol en cuanto podía.

Los ojos de Francis se clavan en los de Xavi, que no los aparta. Tenso, espera cualquier cosa: que se abalance sobre él, que le arroje el vaso de cerveza. No se fía. Si ese tío hubo un día en que se creyó el rey del mambo aún le debe quedar orgullo, restos de sangre entre la droga en sus venas.

—Eso es una puta mentira.

—No, no lo es y a partir de ahora ya no puedes hacerte el tonto.

¿Eres idiota, Xavi? ¿Ese era el plan? Ni tú entiendes cómo has llegado a ese punto. El objeto de la visita era suavizarlo antes del envío que ha de ser robado. Y en vez de eso, has dicho lo que has dicho y has forzado la situación que has forzado.

—No quiero volver a escucharte ni una vez más esa mierda.

—No será necesario. Tú lo sabes. Yo lo sé. Ya está.

Francis se larga, furioso, roto.

Xavi liquida la Estrella.

Paga y sale a la calle.

¿Por qué le has encabronado, bocazas...?

Joder.

Le hubiera encantado despedirse del perro.

Ella ya ha aprendido a distinguir la presencia de sombras en la habitación. Y de entre las sombras quién es quién. Y que la del viejo siempre está. A veces le acompaña aquella vecina, una buena mujer que le humedece los labios y le coloca bien las sábanas o la almohada. Pero en muchas ocasiones el viejo viene solo. Abre la puerta con cuidado y en la penumbra, sin decir nada, se sienta en una silla y permanece allí horas y horas hasta que después de la cena, durante la que se levanta solícito y echa una mano con bandejas y demás, se va a su casa. Jamás la toca. Muy pocas veces le habla, nunca un reproche o preguntas o recuerdos. A lo sumo le interroga sobre si quiere algo, si se encuentra bien, si necesita agua, una enfermera para ir al lavabo ahora que ya no utiliza cuñas.

Al principio le irritaba. ¿Qué hacía él aquí? ¿Quién le había dado permiso? ¿Cómo se atrevía? Pero no tenía fuerzas para impedirlo ni para enfurecerse día tras día. Cuando se recuperara le ordenaría que no volviera más. Que ella no iba a ser su penitencia. Que abusó de una cría. Que le jodió la vida todos esos años. Puede sentarse en una silla horas y horas a su lado viendo cómo sufre y languidece, que ella no va a perdonar u olvidar nada. Cuando pudiera hablar con normalidad se lo diría. Cuando tuviera ánimos, fuerzas, y del cuerpo, como de una cometa, tirara el alma, echaría a correr y no pararía.

Las visitas, pasada la novedad, dejaron de acudir. La policía igual. Muchas preguntas y mucho darle vueltas a lo mismo pero desde hace días, nada. ¿A quién le importa lo que le haya podido pasar a una mujer que se ha liado con un moro? ¿Es que no aprenderán nunca...? Un par de días en periódicos y televisiones, le adjudicaron el número de la rifa y ya está. También los periodistas desaparecieron pronto. Y ahí, ha de concedérselo Marisol, Paco estuvo bien. La defendió como el resto de los ilustres ausentes no hicieron. Don Damián se ha limitado a unos cuantos ramos de flores ostentosos y seguro que, exagerados, tras ser mostrados, quedaban fuera de la habitación. En un principio, su ausencia le sorprendió mucho a Marisol, pero luego trató de atar cabos. A alguien como él no le interesaba tener cerca nada que supusiera que la poli metiera el hocico. Marisol creía que, pasado todo, y dada de alta, Damián se pondría en contacto con ella. Esperaba que le ofreciera dinero para operarse y operarse hasta quedar bien. Ella no se dejará vencer, piensa. Luchará hasta el límite de sus fuerzas para volver a ser la que era. Los médicos le decían que, después de todo, había tenido mucha suerte. Ya veríamos cuánta de esa suerte

permitía ser cosida a su cara.

Es verdad que, en días más desesperados y amargos, interpretaba la ausencia de don Damián como que, además de lo que pasó, el viejo había llegado más lejos en sus sospechas. Se había enterado de su historia con Xavi y había aprovechado la agresión para dejarla tirada. Eso explicaría también la ausencia de Xavi, sin lugar a dudas, la que más le atormentaba. Hubiera bastado, o al menos aliviado el dolor. Una llamada. Un mensaje. Un algo. Un nada.

Todo se le confunde. No sabría decir ahora si es por la tarde o por la mañana. El tiempo se alarga hasta hacerse insoportable cuando vas consumiendo días de hospital. Ir encontrándose mejor es ir siendo consciente del dolor, la desesperación y la desidia que se te acumulan dentro.

—¿Estás bien? —pregunta el viejo.

La chica asiente con la cabeza solo para que no insista, para que no se levante de aquella silla y se le acerque.

—Esta mañana ha pasado el médico y ha dicho que si todo va bien en una semana podrías salir.

Marisol espera y teme ese día. Le sobrecoge la idea de salir a la calle, enfrentarse a la gente, todas esas cosas. Ansía un mundo de maniquíes a su alrededor. Sabe que habrá de aguantar las miradas, los reproches, las preguntas. Si ella misma se culpabiliza de lo que ha pasado, ¿qué no harán los demás...? ¿Cuándo se atreverá a mirarse en el espejo? Lo hizo hace días —¿cinco, diez?— y se prometió que hasta que no pasara muchísimo tiempo no lo volvería a hacer. No soportó reconocer aquellos ojos de pez en el fondo de aquella acuarela de rosas y negros que era ahora su cara. La psicóloga habla y habla pero ella duda que alguien pueda entender qué le pasa, qué siente, a qué teme, qué necesita para superarlo. Bastaría con las operaciones que fueran necesarias para devolverle el trozo quemado de cara, la piel mordida en su brazo, en el pecho. Bastaría con una máscara que engañara los ojos de los demás.

¿Cómo le pudo hacer aquello?

¿Por qué tanto odio, Amoah?

¿Qué hizo ella mal?

¿Qué dejó de decir o de hacer?

¿Dónde estaba Xavi?

¿Por qué, en ese preciso momento, estaba sola?

Amoah, el hombre con el que había compartido cama y mesa, momentos tiernos y divertidos, se había transformado en una bestia sin corazón arrojándole fuego a la cara para sellarla para siempre, para evitar que ella olvidara en qué se equivocó, de quién era propiedad, cuál sería su destino a partir de ese momento.

Quiere marcharse.

Ya mismo.

Cuando salga se encerrará en su casa.

No saldrá nunca.

No dejará entrar a nadie.

Seguro que don Damián le pondrá alguien que le ayude. Una enfermera, una asistente. Seguro. A él le gustan esos paripés como los de las flores. Y Xavi la irá a ver. Por poco que sabe de los tíos, lo hará. Y Francis. Seguro. Todos sus hombres. Niños cagados de miedo como siempre han sido los niños que luego son hombres cagados de miedo.

La puerta se abre. Son Mayka y Francis. Se acercan a la cama. La mujer coge la mano de Marisol. Mr. Frankie se la mira desde lejos y sonrío. Luego, cuando se queden solos, tratará de hacerla reír explicándole cosas de cuando era un bala perdida o qué le ha pasado aquel día en el nuevo trabajo de repartidor. Pero esa tarde con quien quiere hablar es con Mayka. El viejo y Francis salen de la habitación. La sudamericana acerca la silla a la cama.

—¿La has localizado?

—No. La línea no es operativa y el otro día volví a acercarme a una hora más normal de la tarde y estaba cerrado. En un bar de al lado me dijeron que hacía muchos días que no había nadie. Igual tuvo que dejar la consulta por un tema familiar. ¿De dónde era? Cubana, ¿no?

Marisol traga saliva, asiente con un leve movimiento de cabeza, cierra los ojos.

—Los cubanos son raros. ¿Y si vas a otra? En este país sobran echadoras de cartas.

Marisol encuentra algo de voz:

—Lady Claire me conocía. Muchas veces me miraba y ya sabía lo que me pasaba.

—Entonces volverá a aparecer. Seguro que sí, cielo.

En el pasillo, Francis se encorva esperando saber qué es aquello que le ha de decir su padre. El viejo saca una carta del bolsillo y se la entrega. Lleva membrete del juzgado. Abre el sobre. Francis cree entender que ya tiene fecha para el juicio por el impago de pensiones. El próximo 21 de junio a las diez horas.

Desde la conversación con Xavi, Mr. Frankie trata de no coincidir con su padre. Ni en casa ni en el hospital. Si él está dentro de la habitación, él fuera. Sabe que aquello puede ser tanto cierto como no. Probablemente sobre una base de verdad se ha exagerado, se han metido fantasías y mentiras. Pero no puede obviar que el sustrato de aquello apesta y no quiere oler más basura que la suya. Además ninguna de las opciones le permite llegar a ningún sitio. Una cesta de flores ha vuelto a llegar desde el bingo aquella mañana. Para Marisol —y está segura que don Damián lo hace con ese propósito— cada envío floral le recuerda y la culpabiliza, le señala el 8 en la bola negra que ella se empeñó en lanzar contra el hueco abierto en el billar.

—¿Del gánster? —pregunta Paco a su hijo, apenas sale de la habitación de

Marisol.

Francis no contesta.

—Ese cabrón ya no la quiere para nada. Nunca la quiso.

—No como nosotros, ¿eh? —pregunta Francis con envenenada ironía.

Aparca casi en la puerta del bingo. No deja monedas en el parquímetro porque empieza a lloviznar y eso siempre disuade a los del Ayuntamiento. Desde lo de Marisol, al acercarse al local recreativo, ya en las mismas escaleras de la entrada, le asalta una sensación de amargura casi física. Casi le parece estar oliendo la piel quemada de Marisol. Nunca podrá olvidar aquel hedor, en aquella ambulancia.

La fauna es la misma de siempre —la ludópata de gafas de culo de botella, la pareja de peruanos, ancianos aburridos, cuarentones en paro acompañando a su madre, el borracho triste de beber lento, el expoli...—. Una fauna que ya ha dejado de preguntar por aquella chica tan simpática y mona y a los que —por expresa indicación de don Damián— se les ha contestado con mentiras.

Con un gesto Xavi saluda al de seguridad y a Mayka en la entrada, aburrida y cómplice con él, como si la sudamericana creyera que aquella desgracia los hubiera unido un poco más si cabe. El aforo de la sala principal parece ser el mismo de siempre. La vocecilla atiplada de una de las niñas va dejando caer los números que lee en las bolas que el casposo de turno —¿Germán, Enric...?— va desgranando como caprichosas uvas. Con pasos decididos Xavi se dirige hacia el despacho de don Damián. Mueve el pomo de la puerta. Cerrado. Sin embargo, hay luz dentro. Es posible que el viejo esté allí, absorto en sus fantasmas como sucede demasiado a menudo desde lo de Marisol. Es obvio que lo lleva mal, que lo lleva raro. Xavi golpea con los nudillos en la puerta acristalada. No hay respuesta. Por la espalda se le acerca alguien. Freddy, Timón.

—Se marchó.

—Si había quedado con él aquí.

—Se debió de olvidar.

A Xavi no le gusta el tono. Tampoco el supuesto olvido. Y que sea ese Freddy el que haga de transmisor del viejo. Recuerda cuando el colombiano vino como un naufrago pidiendo trabajo —«cualquier cosa: estoy seco»—, besándole el culo y riéndole todas las gracias. Y míralo ahora, de repente se cree alguien. Hoy por hoy, Xavi sigue siendo el lugarteniente de Damián. Y va a defender esa posición a dentelladas. Pero ha de reconocer que un lugarteniente no estaría con la mano sudada en el pomo de la puerta cerrada de su jefe. Ni siendo objeto de su olvido. Ni teniendo que aguantar esa sonrisa en la jeta oscura de ese imbécil.

Xavi señala con la cabeza el reflejo de una luz en el interior del despacho.

—Se la habrá dejado encendida.

—Otro olvido.

—Sí.

—¿Adónde ha ido? ¿Se ha marchado a casa?

Xavi prevé la impertinencia y opta por adelantarse. Suelta el pomo de la puerta y con la misma mano convertida en garra atrapa el escroto del colombiano que se zarandea sin mucho éxito.

—¿Se ha marchado a casa, Timón?

—Eiii, tranquilo Xavi, tranquilo. Suelta, carajo. Sí, creo que sí.

—No me gustan esas caritas que me pones por aquí. No soy idiota. Me doy cuenta de todo. Merodeas demasiado alrededor del viejo. Te dejaré hacer hasta que se me hinchen las pelotas y, entonces, te verás en la puta calle, de vuelta a tu puto país de indios.

—Suelta, maricón.

Xavi afloja. El colombiano inclina el cuerpo hacia delante para aliviar el dolor.

—Yo solo hago lo que me manda. Me llama y vengo. Ya está. Pero no me trates como un *fucking* crío. Vas de hijo de puta pero no lo eres. Eres un buen tipo, blanquito. Y siento lo de la niña. Sé que la apreciabas. Pero el viejo me llama y acudo. Nada más.

—Si me voy a Terrassa, ¿haré el viaje en balde?

—No lo sé. De verdad. Se ha marchado. Por el piso de Barcelona ya no suele ir. Ha cerrado el despacho y se ha largado. Solo tiene la llave él pero yo le he visto salir.

Xavi se marcha sin girarse. Una nueva serpiente en el baúl. Va perdiendo apoyos a cada pestañeo. Marisol, Damián, sus subordinados. Es como si el deseo de pensar por sí mismo, el querer comer un bocado más grande de lo que le corresponde, le haya alejado de la gracia de Damián, esa suerte de sultán imprevisible y caprichoso. Quizás don Damián le eche en cara no haber sabido proteger a Marisol. Pero no, no es justo. Él no pudo hacer nada aquella noche. Si, por el contrario, le molesta que haya querido meterse en un negocio con pasta, debería reconocerle que no lo hizo a sus espaldas. Que se lo dijo. Que contó con él. Que le pidió permiso. Que aceptó renunciar al tanto por ciento que fuera de lo que hubiera cobrado de hacerlo solo.

¿Qué más quieres, viejo chocho?

Al pasar por la entrada, pregunta a Mayka si ha visto salir al viejo. Ella se lo confirma. No hará ni una hora. Xavi se sube al coche y enfila la Meridiana hacia la urbanización donde queda la torre de don Damián. Enciende un cigarro. Baja la ventanilla. Aún no ha oscurecido del todo en la ciudad. Un cielo violeta y azulado se desgaja desde lo alto, escondiéndose detrás de los edificios que custodian la vía de acceso y salida de la metrópoli. El tráfico empieza a dejar de ser fluido debido a los usuarios que vuelven a sus domicilios después de la jornada laboral. Se detiene el

vehículo en el último de los semáforos antes de las vías rápidas. A su lado queda un mural con un BENVINGUTS A BARCELONA triste y gris mientras, como un pastel hortera, los edificios rosa y verde del barrio de Singuerlín quedan a lo lejos en lo que por Barcelona se acepta como montaña.

Xavi mira a su derecha. Un coche caro lleva dentro una mujer barata. O quizás solo sean prejuicios. Pero ella también los tiene, porque al notar la mirada de Xavi que atraviesa el cristal y se le clava, se gira, le aguanta la mirada y... nada. Fantasea Xavi en ponerla de cuatro patas. Recuerda el tiempo que hace que no pega un polvo en condiciones. Rememora el último con Marisol y todo el deseo se le va a la mierda.

Luz verde. La pija acelera. Xavi lo hace más a fondo para cruzarla por el carril, enseñarle el culo y adelantarla. Piensa que desde que el tiempo es tiempo esa ha sido la única victoria que los pobres han conseguido infligir a los ricos: adelantarles con un coche más lento.

Bluetooth.

Sabe quién es. Duda en aceptar la llamada.

—Hola —una voz lejana, casi un susurro.

—Hola, nena.

—Mañana me voy a casa. ¿Vendrás a buscarme?

Xavi no esperaba el alta tan pronto. ¿Qué deberá hacer a partir de ese momento? ¿Dejar pasar el tiempo? ¿Hablar con la chica? ¿Fingir que todo está suspendido en algún sitio desde aquella maldita noche? Aunque lo esencial no se había movido de sitio, todo lo demás sí. Marisol no iba a ser su polvo. Ni la madre de sus hijos. Ni su fantasía. Ni nada.

—¿Cuándo te dan el alta?

—Mañana por la mañana. El viejo te...

—No entro en sus cosas, ya sabes.

—Hasta hace poco tu polla sí.

Al menos el látigo de la lengua de Marisol no ha sido alcanzado por el ácido, piensa Xavi, que sabe que ha de colgar. De inmediato. Después de ese navajazo vendrán más que le producirán cortes más profundos y envenenados de los que él pudiera decir. O mucho peor: que la chica cambie de tercio y le pregunte si aún la quiere, si tiene ganas de verla, si...

—Xavi...

El hombre aprieta el botón para cerrar la conexión. La pena se le acumula en el pecho. Otro cigarro. Baja la ventanilla para que un huracán le arrase la cabellera como en un aquelarre enloquecido.

El resto del viaje lo completa con los pensamientos bloqueados, despedazados en cuanto aparecen en el visor como un *Call of duty* privado, sin pensar en nada. Enfila la urbanización salvaje sin asfaltar, sin luz a trechos hasta llegar a casa del viejo con

su advertencia de perros sádicos y alarmas que jamás alertarían a la policía por la cuenta que le trae. Aparca en un requiebro sobre la gravilla y espera que el jefe esté allí. Nunca le dejará de sorprender cómo alguien tan desconfiado y retorcido como don Damián confíe tanto en desconocidos como lo fueron en su momento él o Marisol y quién sabe si ahora Timón. A los enemigos hay que tenerlos más cerca que a los amigos, de acuerdo —se lo había oído decir muchas veces—, pero ese saber dónde están las llaves de la entrada, lo sencillo que es hacer clic con la primera verja, los perros que o no acuden —dadas las dimensiones de la finca— o si acuden un día están rabiosos y otros necesitados de cariño. Es como si voluntariamente se quisiera que nadie se tomara muy en serio aquella torre medio abandonada, casi invisible.

Traspasa la verja y uno de los perros va llegando al trote, gruñendo, con el pelo erizado.

—Mierda —se oye decir.

Pero como un mayordomo solícito aparece el pato Nelson, y distrae al chuchito. Xavi aprovecha el momento para localizar la llave debajo de la maceta verde decorada con una cacería de faraón egipcio contra león asirio, de cuando en los setenta se estilaban esas tonterías. Entra. El perro sigue a lo suyo pero ahora ladrando. Nelson se da a la fuga.

En la planta baja no está don Damián, pero cree distinguir el sonido del televisor arriba, en aquella habitación que algún día pudo ser un comedor. Sube por las escaleras. Podría acercarse por la espalda y matarle. ¿Por qué? Bueno, pensamientos como esos le vienen a uno cuando llevas una pistola contigo las veinticuatro horas del día. A quién matarías y cómo lo harías.

Damián está tumbado en el sofá mirando una película en el televisor.

—Hola.

El dueño del bingo Verneda levanta la vista. No parece sorprendido. Xavi se sienta a su lado. En la pantalla, Steve McQueen tiene que hacer estallar unos explosivos en lo alto de un rascacielos y reventar toneles gigantes de agua que se derramarán por encima de aquel coloso de metal y cristales. Llamadas. Explosiones. Xavi piensa en Marisol. Una vez más. Y está seguro que a don Damián le está pasando lo mismo.

—Míralos, todos esos están muertos. Era otro mundo aquel. No lo entenderás. Un mundo de hombres, de gigantes, joder. Yo no soy marica como tú pero ves a esos dos, a Paul Newman y al otro hablando entre ellos y te das cuenta de que ahora todo es nada. Una nada blanda y amariconada.

—Habíamos quedado en el bingo.

—¿Sí?

—Podría haberme avisado.

—Igual no me salió de los cojones avisarte.

Pasan unos instantes en los que ninguno de los dos dice nada.

—Mañana le dan el alta.

—Mira qué bien.

—¿Quiere que vaya a buscarla? ¿La llevo a...?

—No.

—¿No a qué?

—No a todo.

—...

—¿Te la vas a seguir tirando? Yo no la quiero, pero no quiero que folle nunca más. Si lo haces tú, estás fuera y te mataré.

Bravatas de viejo borracho, piensa Xavi, pero calla. Sabe que es lo mejor.

El agua se derrama como champán por encima del rascacielos. Don Damián se ha convertido en anciano en cuestión de días. Apesta a alcohol y sudor. Enloquecido de una manera turbia y peligrosa, paralizadora, violenta en su apatía.

—¿Qué pasa ahora con Freddy?

—Que es un gran chico. Muy solícito.

—¿A estas alturas vamos a darnos celos?

El viejo ríe con una tos seca y busca a tientas el vaso con whisky aguado que está a sus pies. Señala al televisor con un dedo nudoso como un tronco.

—¿Ves lo que te digo? Mira esos dos tíos. Los conoces, ¿no? Hemos pasado de Paul Newman y Steve McQueen a Xavi y Freddy. Si esto no es el fin del mundo, no sé qué puede ser.

—Quiero hablarle de algo.

—¿De qué?

—Ya tengo fecha para aquello.

—¿Ves como tú también tienes amigos colombianos y yo no te digo nada?

—El 21 de junio.

—¿En qué cae?

—Miércoles.

—Buen día para que todo salga mal.

Pim, pam, cras.

Una noche siempre suele ser distinta a las demás. Como si le fuera asignado el resumen y cierre de todas las anteriores, es la noche que queda a la derecha del signo de igual. Y lo sabes de inmediato porque bajo los pies, lo que estás pisando ya no es arena ni asfalto, tampoco azúcar lo que destrozas con apenas una leve presión de tus pies, sino que se trata de piedras punzantes o peor aún, canicas. Pedazos de ojos de gato que tú mismo dejaste bajo tus pies en alguna otra noche con el propósito de acelerar las consecuencias, de embalarte hasta el tramo empinado de las escaleras y, desde allí, caer. Que alguien te pare, Mr. Frankie, porque tú no puedes. Eres un imbécil y la jodes. Eres un imbécil y siempre la jodes, Francis. Eso es todo. Siempre ha sido así. Principio y fin de la historia.

Lo de hoy, lo sabías desde hace tiempo. Desde la primera raya de vuelta a la vida que te metiste hace uno o dos meses. Luego, una semana limpio. Después, otra enmierdado. Bueno, varias. Te invitan amigos y conocidos. Nadie quiere que uno se salve. Que lo deje. Que sigas siendo tan sumamente aburrido noche tras noche. Hasta vuelves a llamar a Niño Mutante, tu *dealer* eterno que te recibió, cómo no, con los brazos abiertos. No deberías haber vuelto pero es inevitable volver a la droga, ¿no? Trabajas de noche. Te aburres con tu vida. No tienes amor. No tienes sexo. No tienes fe. No quieres comprarte nada. Tampoco podrías pagarlo. Nada es divertido. Solo meterte. Es difícil decir que no porque no hay nada en esa decisión que valga la pena en comparación con divertirse, estar vivo, volver a creer en el *no future*.

Tenías dinero ahorrado, pero el último mes ya no le has podido dar nada a Víctor. Quieres compensar con el doble el próximo pero la cosa no pinta bien. Igual lo pedirás por ahí, pero ¿a quién? Al juicio has de ir limpio. Esta noche ya está perdida pero mañana tratarás de pensar con algo más de claridad. Bastará un momento de lucidez. Quizás haya una manera de solucionar todo aquello. Seguro que sí. Pero no ahora. No esta noche.

La coca hace que tu cabeza vaya deprisa pero también la hace derrapar, aproximarle al límite. La taquicardia quiere reventarte el corazón. Brilla y derrapa. La moca te resbala de la nariz como cera de una vela. Y asomando el hocico, la paranoia.

Baja la paranoia, hostia puta.

Con alcohol, con otra raya.

Mr. Frankie lleva consigo, en el bolsillo del pantalón, un sobre blanco. Ese sobre

que contenía los euros ahorrados desde el último mes. Ese sobre que ahora está casi vacío: ¿qué quedarán?, ¿cuarenta, cincuenta euros?

Te vienen a buscar al trabajo. Conoces gente en determinados sitios. Todos tan amigos. Todos cubaneándote, moroneándote, catalinos todos, que en esto de meterse, todos hermanos del mismo Dios. Le acompañaron un rato Dalmau y Liz. Solo era un poquito de esto y un poquito de lo otro. Porque se sentía eufórico, hombre entre hombres, con amigos y dinero y un trozo de noche que le pertenecía. Y el alcohol le calentó el morro. Y la nariz se le puso golosa. Y no quería meterse pero entonces, Francis, ¿a qué traerse el sobre? ¿A qué...? Y el juicio y su hijo y su ex empezaron a desplazarse hacia el fondo del escenario, como marionetas, ocultas por un paisaje de recortables, poco importantes, prescindibles ante el imperio de la noche y la manera en que, a veces, puedes nadar como una quilla por ella. Francis sabía que debía parar. No dejarse llevar. No meter la mano en el sobre, pero en su cabeza alguien le aseguró que luego podría rellenarlo aunque no supiera muy bien con qué.

Alguien, en su cabeza.

Parecía tan convincente ese Alguien...

¿Cómo no creer a ese Alguien?

Y marchó de bar en bar, de lavabo en lavabo hasta el final de la noche.

Cree recordar que se puteó con Liz.

Dalmau, desapareció o lo dejó en algún sitio.

Ahora, a minutos del amanecer, Francis ya conoce la certeza de que no debería haber cogido ese sobre que ahora tenía, arrugado y casi vacío, en el bolsillo.

Alguien en la manada en la que se había integrado propuso que fueran a casa de no sé quién, un quinto piso de no sabía qué calle. Dalmau se rajó en ese momento. Francis recuerda ahora con nitidez cuándo salió de escena su Pepito Grillo. Otra certeza ya sin eficacia: si no con Liz, debería haberse marchado con él.

Llegan al destino. La portería es la misma de siempre. Puerta metálica, amarillo en las paredes. También amarillas las baldosas del suelo. La finca tiene un ascensor que solo sube. Pero para llegar hasta dentro hay tablas de madera sobre meados. Excepto una pareja, el resto toma las escaleras. No deberíamos existir ninguno de nosotros, piensa Francis. Esos cuerpos oscuros con los que sube escalón a escalón, redondeando cada rellano, ahogándose. Con los que llega al quinto piso a seguir con priva y rayas. Pero también sabe, teme y quiere lo que le espera en ese piso. La heroína le está esperando abierta de patas como María Magdalena hubiera esperado al Niño Dios, se dice Francis, verbalizando esas imágenes que le atraviesan la mente como latigazos llegados de otro planeta, de la cara oculta de su cabeza, de cuando su madre le asustaba con santos, pelis de Charlton Heston y refranes.

Pisan otros tablones de madera, estos ante la puerta del piso desahuciado hace meses. Entran todos. El fregadero de la cocina atascado. Lleno de moscas. Nadie sabe

si el lavabo tragó bien alguna vez. La luz del comedor tartamudea. Francis no podría asegurar si lucha por encenderse o apagarse.

Debería irse ahora.

Es su última oportunidad.

Lo sabe.

Conservar ese último dinero que le queda y marcharse.

A su alrededor no hay nadie conocido pero ¿por qué no reconocerlo? Aquella gente no le resulta, ni mucho menos, extraña. En cierta manera, lleva años frecuentándolos. Ojos en la nuca, piel de leche derramada en el suelo, animales rotos, desvalidos, sátiros mezquinos, abrigos grises, zapatos agujerados, deportivas manchadas. Solo se dejaría acompañar por gente así para meterse un chute. ¿Irías con ellos a comer melocotones? ¿Te comerías unos melocotones con ellos? ¿Les acompañarías hasta esa pocilga si en vez de droga fueran melocotones lo que vas a compartir? Los putos melocotones. Eso le decía uno de la decena de médicos o psicólogos que le había intentado quitar la droga de las manos poniéndole un trozo de zanahoria a cambio.

Melocotones.

La idiotez de aquello era lo que había permitido que se le quedara dentro y funcionara como alarma.

Melocotones.

Busca otro sentido a tu vida. Haz cosas. No te dejes caer. Lee, camina, viaja, haz deporte, adiestra perros vagabundos. Nunca más melocotones. Cambia de droga. Engánchate a Dios, a una mujer, a una obsesión. Trabaja la madera, colecciona golpes, que te la metan por todos lados a la vez pero la droga no, no, la droga ya no. Nunca más.

Droga por melocotones. Ese era el canje.

Las últimas rayas caen pero la cosa va de inyectarse heroína. Le queda pasta para ello si le rebajan precio y dosis. Hay gente en el sofá y un rapado de orejas de soplillo que parece el inquilino fijo de la casa y que anda chutándose él mismo en un brazo mientras una angelota buena lo hará en el otro casi al mismo tiempo. Supone que una dosis llevará heroína y la otra *speed*. Una animalada que solo había visto hacía años, al Llopis en el barrio.

Francis, al ver aquello, se asusta. Se levanta de la silla en la que apenas acaba de sentarse. Quiere meterse pero debe largarse. Quiere un poquito y ya está pero debe largarse. Ha desperdiciado la última oportunidad de arreglarlo todo, así que ¿por qué no?

Se acerca a lo que cree que es la puerta de salida pero se trata de otra habitación, con una tenue luz violeta en un rincón y un animal de ojos amarillos medio desnudo sobre un colchón. Algo que fue una mujer. Que fue una niña. Se olvidarán de ella,

piensa. Morirá sola. En su vómito. Llorando. Cierra con mimo la tumba. Ahora sí. Baja las escaleras casi corriendo. Está en la calle. No ha comido melocotones. Lo ha hecho bien. Ha de encontrar una avenida grande y correr tras las luces rojas de los coches. ¿Cómo conseguirá reunir parte del dinero? Tiene más de un día, ¿no? ¿Podría tenerlo veinticuatro o cuarenta y ocho horas antes del juicio?

No se ha metido heroína, solo farlopa.

Es un héroe, el león cobarde de aquella bazofia de película.

Agotado, llega a casa ya de día. Se mete en la cama. Intenta dormir, a pesar de su padre que no hace sino recuperar los reproches de hace veinte años. Dentro de él, la coca le levanta tiendas de campaña tirantes y mojadas tras los ojos, en su cerebro hasta que de repente, atisba aquella primorosa idea como una virgen en el fondo de una cueva.

Una gran idea.

Una primorosa idea que habrá de ejecutar en el momento justo.

Una idea tan buena que deberá esperar a pensarla sin droga para ver lo buena que es.

La idea.

Marisol está sentada en la cama. Lo tiene todo preparado para marcharse. Acaba de irse la psicóloga, que ha tratado de convencerla de que irá mejorando poco a poco, que la fuerte medicación antidepresiva le ayudará. ¿Pastillas? Todas las que quiera, todas las que necesite. Esa misma medicación que la deja dopada, aplastándola entre una pesada duermevela y la inconsciencia de un sueño que no la hace descansar. A su cabeza le cuesta retener los pensamientos. No recuerda las decisiones, olvida las preguntas, apenas reconoce quién entra en la habitación, si es noche o día, si ese programa que ve en el televisor es el mismo de ayer, o tratar de entender de qué hablan, por qué discute toda aquella gente.

Marisol sabe que hoy es un día importante. Por eso, desde hace dos días ha fingido tomar la medicación. Aún no nota mucha mejoría: la nube sigue dentro de su cabeza. Pero hoy ha de tratar de tener las cosas claras. Verbalizarlas. Mantenerse firme. Desde hace horas tiene preparada su ropa, sus útiles de aseo, la documentación. Lista para irse en cuanto la venga a buscar Xavi por decisión propia o por orden de don Damián.

Muchas de sus cosas seguirán en el piso de don Damián. Se lo dirá a quien la venga a buscar. Y si realmente siguen allí, cómo puede recuperarlas. Ella no va a ser un problema para el viejo. Tampoco para Xavi. No va a exigir cariño o alguna clase de afecto. Tampoco mentiras. De hecho, lo que les pide, lo único que de verdad les exige, es que la vengán a buscar y la lleven a casa, con las chicas, con Mayka o a una pensión. Solo eso.

Cree recordar que alguien le dijo que a las chicas las habían desahuciado del piso. Quizás Mayka. No lo recuerda. Da igual. Sí, le dijeron que una de ellas se volvió de improviso a su país. Que desde hacía meses no pagaban el alquiler. Que las habían lanzado y que sus cosas se las llevaron a casa de Paco. No fue una gran idea dejar de pagar ella su parte del piso. Pero don Damián insistió e insistió hasta que consiguió tenerla controlada, a su entera disposición. También podría ir a casa de Mayka que vive con sus dos hijos, con su madre. Igual se lo ha imaginado todo. En ese caso las chicas se lo hubieran dicho ¿no? Quizás se lo dijeron a alguien creyendo que le darían el recado. O hablaron con Paco y él las engatusó. No lo recuerda. No lo sabe. Está ahí sentada en un lado de la cama y sabe que si comete el error de cerrar los ojos, se volverá a dormir. Cuando venga Xavi se lo preguntará. Él sabrá adónde llevarla. Le dirá qué ha pasado con sus cosas. Lo de las chicas. ¿Será verdad lo de las chicas?

¿Quién se lo pudo haber dicho? ¿Mayka? ¿El qué? Lo del piso. Ha de preguntar qué ha pasado con sus cosas.

Vuelta a la noria otra vez.

No puede quedarse dormida.

Levanta la cabeza, *petita*.

Eso, así.

Piensa en qué harás después.

Después de después.

Saldrá a la calle y le dará el viento frío en la cara. Saldrá a la calle e irá a llamar a la puerta de don Damián para exigirle que le pague con tanto como le sobra las operaciones que le permitirán acercarse a lo que fue. Otra cara. Otra piel. Su rostro está deformado pero bisturí a bisturí parecerá otro. Está convencida de eso. Lo ha visto en la tele. Se lo dijeron los médicos. Lo recuerda. No ahora, le han dicho que no ahora pero sí dentro de unos meses. Cuando la piel que tiene memoria de elefante olvide un poco, se regenere, respire, se deje hacer. Cuando el pelo pueda ser injertado o luzca extensiones de esas que no se notan. Le pedirá ese dinero. A él que le sobra. Que no sabe qué hacer con él. Que le llega fácil. Que no puede guardarlo en los bancos y sí en el cajón de los calcetines. Se lo debe. Por los polvos y los orgasmos que le sirvió. Por lo que presumió de ella. Por lo ufano que se le veía cuando la sacaba a pasear. Y si ahora no quiere ni verla, que pague por eso, por perderla de vista. Él le ha fallado y los dos lo saben. Juró protegerla y no lo hizo. Se lo debe.

Sus cosas. El piso. No dormirse.

Enciende la diminuta radio que doña Imma le trajo el otro día para que le hiciera compañía. Mata el tiempo escuchando, pero no la música que le gustaba antes, cuando se imaginaba enamorada, bailando, todo aquello. Ahora escucha aquella otra música antigua, tranquila, como de misa, escrita por muertos, interpretada por padres de familia serios y aburridos, hombres atrapados en cuerpos que son cárceles y que ahora tanto entiende ella.

No fue una buena idea dejar el piso.

Debería hablar con Mayka.

Igual las chicas aún tienen el piso.

No te duermas.

Piensa en Xavi.

La rabia ayuda a mantenerse alerta, ¿no?

¿Tan monstruoso era su corazón y no lo supo ver?

Cualquiera de las excusas que le dará será peor que una mentira.

Alma y ojos de tiburón. Pulsó la tecla que borraba todo aquello, a ella, abierta de patas, en su cama, la última noche, todas las noches superpuestas una encima de otra.

¿Qué debe tener ese tipo, Xavi, en las entrañas?, se dice y repite cien veces al día

Marisol, pero, a pesar de ello, hoy eso da igual porque hoy debe, sí, venir a buscarla. Por propio deseo o por mandato de don Damián, debe acudir para llevarla a casa. Se miente diciéndose que solo le pide eso a su último amante. Que luego, podrá volatilizarse en el aire. Se miente porque se muere por creerse cualquier cosa, por perdonarle, por conservarle a su lado hasta que ella sea lo suficientemente fuerte como para arrancarle el alma y dejarle atrás.

La imaginación, como cuando era niña, le ayuda a urdir un final de película, de larva a mariposa y los hombres de nuevo perdiendo el culo por ella y Xavi acudiendo como un perro en celo y ella —en la fantasía en que es ella y otra nueva mujer con otra cara y otro cuerpo, un doble de ella y al mismo tiempo más ella que nunca— de un puntapié lo aparta, le arranca con las uñas la vida para comerle el corazón allí mismo, delante suyo. Eso le sucede en los momentos buenos. Pero están los otros, aquellos en los que ansía estar sola para coger un cuchillo y rebanarse el cuello. O los que sueña con hornos de gas, cientos de pastillas rojas, azules y amarillas bajándole desbocadas en una riada hacia el estómago, cuando cierra los ojos y solo ve ventanas abiertas a cielos sin oxígeno, todo nubes blancas y fundido a negro.

Levantarse y luchar.

No hacerlo y dejarse morir.

Planes para mañana, mañana, mañana.

Un cascabel amargo se agita enroscado dentro de su cabeza y no sabe qué es, si una bomba o una serpiente.

Bastará con que la vengan a buscar, que la lleven a casa de las chicas, que seguro que aún están allí. Bastará que le dejen algo de dinero para conseguir una habitación si acaso.

Aquella mañana más de media docena de enfermeras han estado entrando y saliendo para despedirse. Estrechándola entre sus brazos. Están cerca de ella, de su dolor y, probablemente, de su venganza. Entienden todo aquello. Porque son mujeres como ella y le transmiten la sensación de que Marisol se ha sacrificado para que, de una manera ilógica pero no por ello menos cierta, en cualquier otro lugar, otra mujer se haya salvado.

Te veo bien, dijo la psicóloga y el moro que le arrojó el ácido masculló algo que no supo qué era, un odio gutural a ella, a lo que ella significaba, a ser mujer, a no acceder a lo que ellos mandan. Y el locutor ahora en la radio habla de grabaciones hechas en lugares de Europa que ella nunca visitará ni podría volver a pronunciar. Ciudades en las que, a buen seguro, siempre llueve y en los que la gente acude a refugiarse en casa a eso de las cinco. Y ella sigue allí, esperando, sentadita en la cama, con el parte de alta y su neceser y la maleta esperando poder volver a casa y estar sola sin gente que trate de animarla, aislada de esa compasión que le hace más daño que la crueldad del silencio... Y en eso que se abre la puerta y se deja ilusionar

un instante pero enseguida reconoce que no entra quien debería haberlo hecho.

—No voy a ir contigo.

Paco no contesta. Marisol lanza el receptor de radio contra la pared rompiéndose de inmediato y con ella aquella música tan hermosa que guardaba en las tripas. Paco recoge los trozos. Acude una enfermera:

—Se me ha caído la radio.

Marisol no desdice al viejo porque, si lo hace, teme que quizás no la dejen marchar.

—¿Todo bien?

—Sí.

Una buena manera de solventar aquella situación es hacer una simple llamada. Que Xavi le diga a qué hora piensa pasar a buscarla y tema zanjado. No ha querido hacerlo hasta el momento pero, dadas las circunstancias, ha de tragarse el orgullo y marcar aquel número en su móvil con apenas saldo. Xavi no lo coge. Marisol insiste una y otra vez. Al final, el hombre descuelga.

—¿A qué hora vendréis a buscarme?

Paco le busca la mirada esperando encontrar una pista sobre por dónde irán ahora los acontecimientos. La conversación no se alarga. De hecho, Marisol solo escucha el silencio que envuelve una negación, una mala excusa, una mentira que no espera ni ser creída. Cuelga. Baja la vista y la deja en el suelo hasta que consigue la máscara que le permita mirar al viejo. A aquel cerdo que mandaba a su mujer al bingo para quedarse a solas con una cría y que ahora anda fingiendo ser un tipo bondadoso y atento, con la red puesta para cuando el pájaro caiga del nido, sin alas ni esperanza. Lo ve claro. Busca su expiación, el perdón de sus pecados. O eso o, mucho peor, espera tenerla como siempre quiso tenerla. Encerrada en una habitación. Sola para él. Si nadie te va a querer como yo. Si nadie, ahora, te va a querer mirar desnuda. Si nadie va a querer follarte, ¿por qué no te dejas? ¿Por qué no a mí...? ¿Es eso, viejo? ¿Es eso lo que andas buscando, malnacido...?

—No me voy a ir contigo.

En la oficina de mensajería, a Francis se le acumulan los paquetes. Hoy está solo en el almacén. Ginés se ha roto dos dedos de la mano izquierda. En una pelea. Le cuesta imaginarse a Ginés en una trifulca pero lo cierto es que se está comiendo toda la mañana él solo. La farra de anoche le sobró. Y la del lunes también. Y la otra anterior. Se alegra de no haberse dejado llevar por el instinto de superar la resaca desde la cama. Telefonar y alegar lo de otras veces: descomposición, fiebre, una mala noche. La alarma del buen sentido sonó a tiempo por esta vez. Francis, no puedes perder este trabajo. Necesitas seguir cobrando dinero cada final de mes. Volver a llenar el sobre. Dentro de una semana será el día del juicio y ha de llegar con algo de pasta para presentarlo en la cuenta de consignaciones del juzgado. El viernes pasado pidió un adelanto del mes. Le han de decir algo en nada, quizás esta misma mañana, piensa, mientras hace un esfuerzo terrible y va hacia la neverita, de la que coge un Red Bull simplemente fresco que no apunta en la lista, no fuera que tuviera que abonarlo.

Esa noche no saldrá. Al menos no debería. Se irá a casa. Pero el panorama en el piso no es de los que lo hacen acogedor. Una mujer quemada y un padre hijo puta. ¿Qué sádico ha confeccionado aquel reparto para su vida?

A pesar de eso, no debería salir esta noche y lo sabe. Podría ir al cine como antaño, ¿no? Rondar por la ciudad como Travis Bickle. Aún recuerda aquel nombre. Es agradable no haberlo perdido todo por el desagüe de la drogodependencia. Se obsesionó con esa película. Se cortó el pelo como un mohicano. Hizo con uno de sus grupos una canción que se llamaba «Travis De Niro». De verla otra vez, no sabe si le gustaría tanto, si no se ha desinflado como tantas cosas. Tiene la cabeza como los bolsillos de un mendigo: un montón de cosas que no sabe dónde las cogió, qué significan, para qué sirven.

Quizás un par de birras y final.

Luego a casa porque no puede seguir metiéndose, también lo sabe. Recuerda el dolor, Francis, el absoluto desamparo, el olvido del mundo. Recuerda cuando la espalda y las piernas te dolían como si no tuvieras piel ni venas ni músculos, que solo fueras hueso. Hueso contra el suelo. Hueso a la intemperie. Recuerda cuando las sienas avisaban que la cabeza te iba a reventar. Y los ojos, la nariz, los pulmones, la garganta son un cable de metal ardiendo. Los retortijones por arriba y por abajo. Culo y boca: el típico círculo perfecto de la droga. Recuerda la falta de droga. De no tener

dinero ni para drogarte ni para dejar de drogarte. Recuerda la manera en que se quedó tu última acompañante, en aquel portal, como un pajarito. Recuérdalo todo y deja de meterte desde hoy mismo.

Recuerda, joder.

Stop.

Esta noche no: decidido.

Venga, un receso. El periódico ataque de tos le recuerda lo bien que le sentará acompañarlo con un cigarrito. Localiza la silla más decente de aquel lugar y se sienta en ella. Sin el talibán de Ginés puede permitirse fumar allí dentro. Al poco, en la entrada, se recorta la sombra de Dalmau, quien saluda al perro y a Francis por este orden y entra en el almacén. Francis le ha convocado para pedirle un favor. Supone que le dirá que sí. Pero conociendo el estado de las conexiones mentales de su amigo, igual ha de explicar lo mismo treinta veces. Con la resaca y el mal cuerpo que arrastra, espera que Álex Dalmau aquella mañana se haya tomado la medicación correcta.

—¿Sabes conducir una furgoneta?

—Claro.

—Una de las grandes, me refiero.

—Trabajé unos meses con Epi en lo de las mudanzas.

—Sí, pero no sabía si conducías tú.

—¿Buscan gente aquí?

—No, pero creo que en nada deberán empezar a buscar. Te explico. A Ginés, mi compañero, le han roto los dedos de una mano. No sé cuánto tiempo estará de baja. Yo creo que, al final, deberán pillar a alguien más porque, vamos, tampoco yo soy un reloj cada mañana.

—Vale, guay.

—No, espera. Lo que te voy a proponer es otra cosa. Un favor. La semana que viene, el miércoles tengo el juicio por lo de los niños. Y justamente tenemos un envío importante. No porque sea complicado. Sino porque ya me han repetido mil veces que no falle ese día y más después de lo de Ginés. Es ir a buscar un material al puerto y llevarlo a destino, a unos cincuenta kilómetros de Barcelona. No tienes que cobrar ni nada. Solo conducir. ¿Podrías hacerlo?

—¿El miércoles?

—¿Qué quiere decir «el miércoles»? Dalmau estás todo el día rascándote los huevos.

—Te sorprendería saber la de cosas que hago al cabo del día.

—¿Me echas un capote o no?

—Sí.

—Te debo una. Y de las grandes.

—Una más.

—Lo haremos así. Tú te presentas aquí el miércoles a eso de las ocho y cuarto. No antes. Yo ya habré hablado con ellos. Y si todo sale de puta madre, como no puede ser de otra manera, creo que pronto contarán contigo y más aún si Ginés sigue fuera de juego. Seguro.

—Guay.

Suena el teléfono. Francis descuelga. Dalmau se queda unos segundos pero enseguida sale a la calle a que le dé el solecito y estarse con el perro. La llamada es de contabilidad. No hay adelanto. No hay dinero que meter en el sobre a su hijo.

Francis cuelga, enfadado.

¿Qué va a hacer ahora? ¿Ir a ese juicio con las manos vacías? ¿Seguir excusándose una semana más ante Víctor?

Le queda aquella idea.

Mr. Frankie lo sabe.

Y sigue pareciéndole buena y sencilla.

Reconoce el pellizco de la melancolía. Es la hora de la lucidez, ese trozo, siempre inesperado, de amarga epifanía. En el caso de Mr. Frankie eso nunca fue buena señal. Parar de correr y dejar que los demonios te atrapen de una vez por todas para devorarte.

Sobre el escenario del Be Good algo que un día fue una banda y que se hace llamar Rey Pachuco para triturar versiones de los Mink DeVille hasta el 81.

Uno sabe que todo ha acabado cuando sobre un escenario toda tu metralla implosiona dentro. Y Francis recuerda la última vez de verdad, el último concierto de veras, el porqué de todas aquellas canciones, las noches que las alumbraron. Pero ahora se siente lejos de todo aquello, perdido dentro de la capa del mago.

Hace tiempo que ninguno de los músicos de Rey Pachuco aguanta ya al resto. Hartos todos del fracaso, de haber llegado tarde, de no haber sido lo suficientemente listos o lo suficientemente egoístas. Hartos y desesperados de no tener dinero, de dormir en sofás prestados, habitaciones siempre enmoquetadas y muertas, los músicos sueñan con motines, atracos a bancos, regreso a Penélope.

A mitad de «Slow drain» Jordi, el cantante, enmudece. En segundos, el apagón recorre la línea como una serpiente y hace callar al resto de los micrófonos, los chivatos, los amplificadores y después la luz de la sala. Las dos docenas de espectadores que han venido esta noche gritan, bromean con aquello pero no lo aceptan en absoluto y se acostumbran a la oscuridad. Un gremlin en forma de técnico de sonido de la sala llega, sube el escenario, mira las conexiones, vuelve a bajar.

Segundos de nada.

Francis se arrodilla. Lleva colgada la acústica. En la banda ha entrado Isi, un guitarra nuevo, más joven y con un Marshall a cuestas, y Francis se ha ido quedando de relleno, con dedos torpes y desfases considerables.

Segundos para nada, sí.

Mr. Frankie sabe que es el fin. El latido se ha detenido, ya no lo oye. Tiene abiertos los ojos sin poder ver nada. Está como dentro de un agujero negro que, en ese mismo momento, está succionando la banda, los sueños, los recuerdos. Es el fin de tu mundo, Francis. Eres invisible, Mr. Frankie. No eres nadie para nadie. Aquello, el rock'n'roll ya no tiene corazón. Él quiere dejar la banda. Todos quieren dejarlo. En realidad, la competición consiste en quién lo hará antes. Pero todos saben que dejarlo

es enfrentarse al vacío de ser de un día para otro adulto, uno más entre la nada. Pero para Francis el dolor es aún más profundo. Para él es el final de su suerte de romanticismo. Está allí, de rodillas y trata de recuperar la sensación de abrir la noche en dos, bajar a saltos los escalones, cruzar las aceras para ir a buscar a la chica que te volvía loco, echar a correr para ir y para volver, alcanzar, abandonar, escapar. Francis trata de recuperar al menos el eco de aquel deseo. Aquella forma absurda de amarse sin razón ni beneficio con aquella música poniendo banda sonora a todo ello.

Casi un minuto con el mundo desaparecido. La banda sabe que cuando vuelva la luz ellos ya serán otros. Por eso siguen callados. Esperando nada. Cuando acabe el concierto nadie hablará. Dejarán de llamarse para el próximo ensayo, montarán a trozos otras bandas, alguien afanará la guitarra de otro, ese otro perseguirá a aquel por deudas, por drogas, por favores no pagados.

Pero no solo es eso, ¿verdad Mr. Frankie?

Los espectadores han elevado el volumen de sus conversaciones. El técnico no tiene ni idea de qué ha pasado y anda preguntando a Coco si les queda mucho repertorio y el bajista le contesta que no tocan a peso pero, en fin, tres temas y bises. El técnico le dice que por qué no lo dejan. Seguro que nadie se queja. Francis con los ojos cerrados, arrodillado, escucha la traición entre los olivos.

Francis no piensa, solo siente. Como un púgil del que nadie espera que pueda levantarse de nuevo y por eso mismo, lo hace. Empieza a rasguear la acústica con un único acorde y no lo cambiará hasta que todos callen. Sabe qué quiere tocar y por qué. Sube la intensidad de su rasgueo. Aquel mantra se abre paso. Coco ha dejado de parlotear con el técnico. Jordi reconoce la intro pero nunca han interpretado «Just your friends» y no se va a meter en ese jardín, *a cappella* y para nada.

Mr. Frankie persiste en ese acorde para, de repente, cambiarlo, volver al anterior hasta escuchar su voz, que entra desafinada y temblorosa como la de Thunders aquella noche, exigiendo respeto por la canción y por lo que hubo dentro de ella, por lo que significó para él desde la misma noche que puso el disco sobre el plato del tocadiscos de su habitación, recién robado al hermano mayor de Liz. Respeto por el trozo de algo bueno y puro, hermoso y libre que aún hay dentro de esa música, aunque esté mal cantada en un bareto rodeado de desconocidos, ojos tan ciegos como los suyos.

Cut me deep

Behind my back, I'm cut in two.

La banda respeta aquello. Odian a Francis por diferentes motivos, causas y argumentos pero aquello es sagrado y lo saben. Lo sienten así. La voz de gato callejero le sale a Francis de dentro. Señor Leg, el batería, sigue el ritmo con el

émbolo del tambor y a Jordi ni se le ocurre hacer nada con su vocecita de pájaro flauta. El público también lo ha entendido. Calla. Escucha.

Now it might be
Tell me is it me
Is it just your friends

La voz sube, se quiebra. Se esconde entre grietas de dolor y rabia como una culebra entre las rendijas del suelo. Mr. Frankie no llega a las notas altas, arrastra las bajas pero la acústica aguanta firme como una alfombra mágica y su voluntad de sacar adelante la canción la convierte en imparable. Isi le echa una mano con la guitarra porque en nada llega el crescendo con la armónica que Francis siempre lleva en el bolsillo de la chaqueta, últimamente más un amuleto que un instrumento.

I remember the night,
I remember the rain
I wandered the streets
Lost in the pain over you.

Nadie habla. Nadie quiere que regrese la luz. Mr. Frankie sigue soplando esa armónica como si la vida le fuera en ello y es probable que así sea. Lo hace por todos los amigos muertos y sus promesas rotas, por todas las mujeres idas y su placer también ido, problemas y diversiones, la emoción de la ciudad oscura, ebria, inabarcable, con sus laberintos y sus calles desiertas, sus recuerdos, sus ángeles negros que durante años y años abrieron sus alas para protegerles del tiempo, de ser su padre, de los armisticios y las renunciaciones, de dejarse ganar con la realidad, con lo tibio y lo correcto.

Allí hay algo pero es tarde para nada, se dice Francis.

Algo que se muere y por eso está más vivo que nunca.

Algo que pide orgullo para una canción cantada a cambio de nada, porque sí, porque hay un lugar donde alguien vive canciones y luego las toca y las canta para regresar al primer instante y el resto, todo lo demás, no importa. Al menos esta noche, no. Al menos no para Francis.

La luz vuelve. Francis deja de tocar. Su chaqueta está empapada, la cara brillante. No mira al público que empieza a aplaudir. Jordi cruza una mirada con Coco porque no sabe cómo seguir después de eso. Mejor dejarlo, ¿no? El bajista, por deferencia a su viejo amigo, decide que acaban e irán a besos si la gente se lo pide.

Francis sale del escenario. Se va limpiando lágrimas y mocos con la manga de la chaqueta. Lleva consigo la acústica. No va hacia la sala que les hace de vestuario.

Necesita salir a la calle. Se ahoga allí dentro. Fuera, una ráfaga de viento le refresca. Echa a andar por las calles desiertas rodeadas de almacenes abandonados. No sabe qué hacer ni adónde ir pero reconoce ese andar sin sentido ni control y se asusta de aquella soledad tan suya pero ahora ya definitiva, que le está aplastando contra el suelo, sin piedad alguna. Exige a su cabeza pensar qué tipo le venderá esto o aquello o qué mujer aún le perdonará la mitad de la mierda que le habrá echado encima. Pero en el fondo sabe que hoy no quiere drogas ni sexo. Solo quiere regresar al país donde se enamoraba como en las canciones. Donde las canciones no mentían. Donde uno era inmortal porque deseaba y era deseado y alguien a mil kilómetros de allí había escrito y cantado una canción especialmente para eso, para pasarla en tu cine particular.

En el fondo se conformaría con poder regresar a la última vez que fue generoso.

—*Chien!*

Andalusia.

—*Chien!*

Andalusia.

En la canción la chica es guapa. El cantante, no. Es gordo y suda mucho. También es calvo. Demasiado calvo, demasiado gordo y demasiado sudado para sus veintipocos años. Gotas en la camiseta. En las axilas, en los pliegues del pecho. Minúsculas partículas en su calva. Él la invitó al cine. La quería impresionar. Ella está incomoda. Sabe que no debería haber aceptado esa cita pero no supo cómo decirle que no mil veces seguidas. Los hombres consiguen a las mujeres por inundación. Eso es algo que sabe cualquiera.

—*Chien!*

Andalusia.

—*Chien!*

Andalusia.

Él sabe que no conseguirá nada de esa cita. Que pagará cine y refresco y nada más. Que ella no se dejará besar. Ni mucho menos conseguirá tocarle las tetas, conseguir su pastel de dedo. Que la acompañará a casa y verá cómo se mete en la portería y sanseacabó. Una vez más. Él es gordo, calvo, feo. Y suda. Mucho. Pero antes se lo hará pasar mal. Lo ha recreado en su habitación cientos de veces. Llevará a la chica bonita a ver una película que no le va a gustar. Una en la que cortan globos oculares con una navaja de barbero. Porque, nena, quiero crecer para ser algo que te haga daño, que no puedas apartar como si nada. Quiero crecer para montar una banda que se llamará Pixies y compondré una canción sobre chicas bonitas que no se dejan follar y a las que llevan tipos gordos, calvos y sudorosos a ver películas donde estallan globos oculares y la titularé:

—*Debaser!!!*

Mr. Frankie lo grita como si fuera el jefe de una pandilla. Notando como se le revienta la garganta. Chillando hasta que el grito engendra otro grito y este se rompe y la saliva se encoge y sale escupida, ante la rabia, la única rabia que ofende a Dios, la del desespero.

Le encantaría volver a escuchar la canción pero el coche de su padre, un viejo Seat azul sin seguro, solo tiene un radiocasete. Puede intentar rebobinar. ¿Cómo

demonios se hacía? Pulsa una tecla y sí, se llega al principio y de nuevo la misma historia de la chica y el gordo y el *chien andalusia*. Le encantaría poder también rebobinar la cinta de aquella misma noche y hacer las cosas de forma distinta pero eso ya no es posible por mucho que Francis rece al Dios de su niñez y a su viejo *dealer* que no contesta a sus llamadas. Acabará devolviéndolas, Francis. Pero si lo hace igual no lo oirás, idiota, con esa música tan alta y sabes que es verdad. Y si no le coges el teléfono a un camello al que has tenido olvidado los últimos meses no te volverá a llamar más. Pero es que la música ha de estar así de alta. Ha de rellenar el universo con esos gritos, esas guitarras como aviones, y esas líneas de bajo retumbando como pisotones de buzo en lo más profundo del océano. Pero no hay problema: el móvil está colocado en el panel del cuentakilómetros. Si llaman, verá cómo se enciende y descolgará. Ya le ha comprado coca aquella tarde y luego, otra vez, una hora más tarde. Algo de valor primero para hacer lo que iba a hacer y luego para aceptar lo que había hecho y ahora coca para atenuar el ansia de la coca anterior. Las cosas, a veces, funcionan así. Pero no llama, el Hijo de la Gran Puta no llama y Jesusito, tú eres niño como yo, Virgen María, seré bueno, habla tú con tu Hijo, con el Padre, con todos los Santos pero por favor, sácame de aquí, que me llame Niño Mutante, que todo eche a correr hacia atrás.

El rey David era un tipo guapo que cantaba como un bendito y tenía un millón de mujeres. Su pueblo le quería. Le tenían por un rey justo y valiente. Un día se encaprichó de una hembra. Y quería follársela al precio que fuera. La deseaba tanto, tanto que no podía conciliar el sueño sin imaginar que estaba cubierto de miel entre sus piernas. Pero la hembra era la esposa de Urías, el hitita —¿cómo recuerda eso y no qué comió ayer?—, uno de sus mejores generales. Pero la tentación, se dice Mr. Frankie, que no sabe a cuento de qué le viene a la cabeza una de esas historias que le explicaba su madre de crío y que los Pixies metían en sus canciones, es saber que no pero el cuerpo, la mano, la polla te dice que sí. Que la cagas y mañana ya arreglamos lo que hayamos estropeado. Pero hoy, la cagas. David se folla a Dalila. No, joder, Dalila era la de Sansón. ¡Llama, hijo de perra, llama o te llamo otra vez! Te doy una puta canción de margen, camello de mierda. Semáforos rojos, calles desiertas, luna rota en lo alto del cielo como el agujero de una bala asesina. La mujer se queda preñada y el general, Urías, regresa. David le emborracha. Urde mil artimañas para que Urías se tire esa noche a esa mujer para que así crea que el hijo es suyo. Pero Urías no quiere follar. Urías era un bujarrón. Ahora cae en la cuenta Mr. Frankie. ¿Quién viene de la guerra y no acude a follarse a una gata enredada en sus pies...? ¡¿Quién?!

—¡¿Quién?!

Urías no monta a la hembra y David le envía a primera línea del frente para que lo maten. Y lo matan. ¿No te suena esa historia? ¿Se debe a eso el ansia? ¿A alzar el

velo y ver...? Y el niño de David y Betsabé —ahora recuerda el nombre: es increíble cómo la cocaína va resucitando zonas yermas— nace muerto. Como hubiera nacido muerto el hijo de Francis y Ona. Todos muertos, joder. Todos sus amigos están muertos. Su madre muerta. Y Dalila, hostia sí. Esas historias que Juana le contaba de niño. Dalila intentando ligarse a Sansón. Y Sansón que tenía la fuerza en el pelo. Sansón y su quijada de asno sabían que el precio de una noche con Dalila era perder su pelo, perder a Dios, quedarse ciego y hacer tareas de burro de noria. Y a pesar de eso, la tentación, otra vez, la tentación. Ese me dan igual Dios, mis ojos, mi pueblo, mi libertad. Te quiero a ti. A ti. Quiero el tigre que escondes en tu cuerpo. Despertar con los labios en tu piel morena. Que el fin de los tiempos ocurra entre tus piernas y mañana ya hablaremos. El deseo es saber que si te vuelves a drogar, lo jodes todo, lo pierdes todo. Y, a pesar de eso, te vuelves a drogar. Y te arrepientes y te prometes que mañana ya no y lo que haces es robar a tus padres, vender el equipo de la banda para meterte, escapar de casas y clínicas, y volver a jurar que *nevermore*.

—¿Puedes bajar la música, Mr. Frankie? —Este obedece a la voz que sale del teléfono—. Mucho mejor.

Francis detiene el coche. Luces apagadas. A su alrededor, un polígono industrial en Marte. Coge el móvil.

—Para haberlo dejado llevas una noche de reconciliación de cojones.

—Me ha pillado raro. Me ha dado ansia.

—Ya se te pasará.

—No, me conozco. Conozco mi cuerpo. Si me voy pegando un par de tiros pequeños a ratos me voy parando. Me ha pasado otras veces.

—En estos momentos, no tengo nada.

—No jodas, Mutante. Estoy fuera de onda. Solo te conozco a ti.

—Te llamo en diez minutos.

—No me llamarás. Vuelvo a tener dinero.

—Voy a colgar.

—¿Paso por tu casa en diez minutos?

—No, llamo yo y te digo.

—Llama, ¿eh?

—Palabra.

—Palabra de Mutante.

La comunicación se cierra. Mr. Frankie mira la hora exacta de aquella madrugada. 03:16. Diez minutos. 03:26. Silencio. Fuera, el escenario es desolador. Farolas iluminando la nada con sus haces amarillentos como en la carpa de un circo abandonado. Sin leones, sin domador con bigotes engominados, tampoco trapevistas ni Sandman el payaso. Un gato cruza la calzada. Eco de coches en la autopista, lejanos, casi imposibles.

Mr. Frankie cierra los ojos. Ha de calmarse. Tratar de acompasar los latidos en sus sienes al reloj invisible que acaba de instalarse en su cabeza.

Niño Mutante no ha llamado.

Niño Mutante no tiene palabra.

Me cago en tus muertos, Mutante, ¿por qué no llamas?

03:28.

Mr. Frankie decide hacerlo él. Por favor, Dios mío, que no esté apagado, que no me rechace la llamada. Señal y buzón. Vuelve a intentarlo. Iré donde estés, te rebanaré el cuello, tiraré tu cabeza al wáter para que girando y girando me mires y sepas que no debiste hacerme esperar tanto. Baja la música, Mr. Frankie. No está bien poner al máximo los bajos para que Kim Deal le gane la batalla al gordo. No está bien, sabes que no es justo que envíen un mono al espacio porque cada uno tiene un número y esas cosas absurdas de los judíos tan pocos y tan folloneros, hostia, que siempre están igual, o muriéndose esqueléticos y en blanco y negro en la tele o atropellando con tanques a niños palestinos.

—Frankie ahora mismo te iba a llamar yo.

Aliviado Francis comprueba que el camello anda de buen humor.

—Vente.

Se oyen risas, otras voces en un segundo plano. Francis le pide que le recuerde la dirección. Espera acordarse. Espera también saber salir de ahí. Cree que le ha dicho Diputació con Bailèn. El número le baila. Cuarenta y seis, cuarenta y tres, un segundo segunda como el de Liz, de eso está casi seguro. Todo lo bueno se encuentra en un segundo segunda, decía Liz cuando eran adolescentes. La niña Marisol odiaba a Liz. Pobre Liz. Pobre Marisol. Pobre Francis. Sube el volumen. Pone el coche en marcha. Interrumpe la música. Gime la bestia. Toda aquella música al galope no le ayudará a volver al silencio. Ha de centrarse. Ha de tratar de salir de ese polígono y regresar a Barcelona. Ha de llegar y pagar y conseguir un gramo y metérselo de a poco y recuperar la calma y la lucidez y decidir qué hacer a continuación, dónde esconder lo que ha hecho para que no lo encuentre nadie.

Marisol le hubiera ayudado.

Mayka también lo haría.

Pero sabe que ha de ser Liz.

Sí.

Sálvame el culo, niña punk. ¿Qué puedes perder? Si me quisiste, ayúdame solo una vez más y te prometo que no me iré nunca más de tu lado. Huiremos lejos. Como

en las pelis. Francis, de repente, se da cuenta que ha pasado por tercera vez por la misma nave industrial. Ha de girar y seguir recto por una de las arterias del polígono para salir a algún lado. Va a toda velocidad. A lo lejos ve hogueras sin brujas ni indios, aún muy lejos de Casa Mutante.

Sin saber cómo, consigue salir del polígono. Uno, dos, cuatro semáforos en verde, ámbar, alguno en rojo. Es cuestión de buscar la frontera entre L'Hospitalet y Barcelona y meterse en el no va más del Plan Cerdà y llegar a Diputació con Bailèn.

Una luz cobalto se le mete por su retina y le avisa que el telediario de las buenas noticias ya ha terminado y ahora llega el agujero por el que se colará la poca suerte que le queda. En una buena película su coche es veloz, un caballo único y rápido al que basta con embragar, acelerar y sentirlo bajo el culo. En una buena película esto sería Los Ángeles y el protagonista, un guaperas. En la realidad su coche es un viejo Seat que a cien kilómetros tiembla como un cachorro bajo la ducha y él es Francis, el hijo de Paco y Juana, Joana, Juanita, y aquello son las afueras de una ciudad que no es L. A.

Otra vez los Pixies, la farlopa y la falta de farlopa le engorilan.

Quizás aquellos polis no le hayan visto.

Quizás no sospechen de un coche así saliendo de un polígono desierto con una música que atruena a través de los cristales cerrados. Esos malditos prejuicios de toda la vida, estén ya superados.

Quizás no fueran guardias urbanos, sino alienígenas.

Alienígenas fans de Pixies. Puede ser. Cosas más raras se han visto.

Quizás alguien diga «Corten. Toma buena» y a la caravana a descansar bajo el sol californiano, Brad Pitt.

Reduce la velocidad a cincuenta, treinta, veinticinco kilómetros por hora. Francis abre los ojos como si fueran faros. Baja la música. Pero es consciente que, por mucho que le hagan luces, no puede bajo ningún concepto parar porque si lo hace le meten de treinta a mil años. Gira el volante. Da la vuelta a la manzana que acaba de pasar. Levanta el pie del acelerador. Embraga. Cambia de marcha. Pero las luces se han disparado, se han convertido en hélices azul cobalto. Van a por ti, pringao.

Los tiene detrás. Si consiguiera llegar a la autovía y meterse en algún desvío... Cualquier cosa. Más luces. Ni él ni ellos van a mucha velocidad. A pocos metros del puente que introduce en la autovía que lleva o saca de Barcelona, en un semáforo, la reducción puede confundirse con haberse detenido. El coche de la Urbana detrás suyo. A su izquierda en el semáforo de doble vía, un par de coches, un Altea y un Cherokee, se han detenido ante su rojo y el coche de la Urbana. Todos a portarse bien.

Francis sabe lo que tiene que hacer pero le tiembla tanto el cuerpo que no sabe si podrá hacerlo. Ha de salir en cuanto el semáforo cambie, rápido, certero y que los dos

coches que cubrirán el mismo tramo a su izquierda colisionen o bien con él o con la Urbana detrás. Si colisionan con él, por el amor de Dios, que se muera de una vez y se acabe aquella pesadilla pero nada de quedarse parálítico. Nada de putadas, ¿eh, Yahvé...?

Uno de los de la Urbana baja y se dirige hacia él. Francis está seguro que ese es, precisamente el semáforo más lento de toda la ciudad. Ya está rojo pero aún no verde para los otros vehículos. El guardia le dirá que baje la ventanilla. Francis no le mirará a la cara ni le obedecerá. Que anoten la matrícula. Que le pidan mañana a su padre qué hacía a esas horas con el coche en el barrio de Bellvitge. Cualquier cosa menos parar ahora.

Por encima del puente, en la autovía los coches parecen reírse de todo aquello, como forajidos que se hubieran escapado de otros polis en la película de la sesión anterior.

Es ahora o ahora, le dice Mr. Frankie a Francis.

Francis acelera marcha atrás. El urbano se ha de apartar violentamente cuando estaba casi a la altura de su puerta. El Seat impacta en el coche de policía y sale disparado hacia delante atravesando los metros que les separan de los autos que vienen a su izquierda. Sorteando el Seat poniéndose por delante. Da un golpe brusco ante la llegada del Cherokee y se cruza en dirección contraria, derrapando sin control, con el morro hacia la izquierda. Sube a la acera y sigue por esta rogando que no se estreche ni un metro. Mira por el retrovisor para llegar a la conclusión que algo ha ido bien en aquel plan sin plan. El coche de la Urbana debe de haber impactado con el Cherokee y estar enganchado con los hierros de este.

—¡A tomar por culo, a tomar por culo, a tomar por culo!

La autovía es una gelatina que da lugar a la Ronda Litoral, paseo Colom, vía Laietana, lo que era La Casa de las Mantas y a buscar Diputació. El cerebro de Francis es una borboteante bañera de euforia, miedo y adrenalina. Aparca en el chaflán. En uno de los balcones se oye música y se ve gente. Ha de ser esa la fiesta del camello. Se acerca a la puerta. Cuarenta y nueve. Segundo segunda no contestan. Segundo primera es el Ábrete Sésamo. Mutante baja. Mutante bromea.

—Tío, vaya pinta traes.

Francis le alarga la pasta. La lleva en uno de los bolsillos, manoseada y arrugada. Niño Mutante ni la cuenta. Mira a un lado y otro y saca un paquete de cigarros. Ofrece uno que Francis acepta pues con él le está pasando el gramo.

—¿Fuego?

Lumbre. Inspiran. Francis cierra los ojos. Se apoya en uno de los coches. A su espalda el suyo tiene ambos intermitentes puestos.

—Lo tuyo no es ser discreto, Mr. Frankie.

Calada. Una, dos, tres y tira el cigarro a medias. Ha de meterse. Ya.

—Hemos de aterrizar suavemente, Mr. Frankie —dice el camello imitando con un brazo ese aterrizaje suave—. Piénsalo, tío.

—Sí, sí.

—Me subo, que tengo gente. He conseguido esto y ni sé cómo y porque eres tú. Esta noche no habrá más. Lo digo en serio. Mañana si quieres y tienes pasta, hablamos, *guitar hero*.

Mutante en dos zancadas desaparece en la portería del cuarenta y nueve. Mr. Frankie va hacia el coche, abre la papelina y se mete un tiro. Luego, con un dedo aprieta algo de la coca restante y se frota las encías. Se deja recoger la espalda por el respaldo. Cierra los ojos. El sonido de los intermitentes es el mismo latido de su corazón en las venas. Y no puede dejar de escucharlo. Así que mejor sube el volumen, se pone en marcha y va en busca de Liz.

Parece que ha acertado, al menos en la decisión de pegarse ese tiro. La coca parece irle frenando el ansia, encerrar sus ideas en la cabeza. De camino hacia el barrio, hacia la casa de Liz, Francis trata de estructurar el relato de lo que ha pasado las últimas horas. ¿Cómo ha sucedido todo? ¿Qué posibilidades hay de deshacer el camino, de esconder algo? Sabe que ninguna pero debe pensarlo todo desde el principio para poder explicárselo a Liz. Intentarlo al menos.

Francis aparca encima de la acera. No, no enviará ese mensaje a Liz. Al fin y al cabo, ¿qué podrá hacer ella? Un minuto parado y se va. Deja caer la cabeza contra el vidrio de su ventanilla. La noche se espesa entre los edificios, dibujados tras las montañas, a lo lejos, en Santa Coloma. Dentro de nada algunas ventanas empezarán, aquí y allá, a iluminarse. Cafeteras y lozas cantarinas. Pero su mente no consigue engañarse lo más mínimo. Nada de eso ya es para él.

¿Cómo ha podido pasar lo que ha pasado?

Tu dedo cobarde ha enviado el mensaje a Liz pero aún tienes unos segundos.

Aprovéchalos.

Vete.

Ahora.

Antes de que la veas bajar y acercarse a tu coche.

Pero no te mueves, cobarde.

La esperas en la puerta, como en los viejos tiempos, solo que con peores noticias.

La ve salir de su portería. Va vestida con un chándal que quizás le haga también de pijama y calza zapatillas sin calcetines. Distingue el coche, sonrío y se dirige hacia Francis. Le queda nada para tratar de explicarle lo que ha sucedido. Intentarlo al menos.

Explicarle que después de darle vueltas todo el fin de semana, el lunes decidió hacerlo. Llamó a Mutante y, al salir de trabajar, le compró un gramo. Mr. Frankie conoce su cuerpo. Por eso lo fue acompañando con whisky y mil cigarrillos, en cuanto se despidió de Niño.

Necesitaba ese dopaje porque la vida le andaba superando. En casa, con la pesada de Mayka, en la mensajería. El encargado le volvió a insistir con lo del envío del miércoles. Tanto que Francis no le comentó que en su lugar acudiría un amigo suyo. Y podría haberlo hecho. Francis tenía una citación judicial. Por ley debían permitirle no trabajar el 21. Pero debido a sus ausencias, los adelantos y otras estupideces,

Francis entendió ante el rechazo del anticipo que solo estaban esperando la próxima para largarlo pronto y rápido, más aún cuando su valedora había sido sepultada en vida y el amo ya no se la quería follar.

Llegó ante la puerta de su edificio. Le tentaba hacerlo ya mismo pero decidió ducharse, quitarse nervios y sudor de borracho, cambiarse de ropa. El agua templada le fue bien. Llaves, cartera y una sudadera que heredó del hijo de Mayka. Su padre, ante la tele. Marisol y su radio, en la madriguera.

Doña Imma le recibió con una sonrisa alegre y boba. Le preguntó qué quería y Francis le pidió hablar en el interior del piso. La mujer le hizo entrar. Faltaría más. El plan de Francis solo tenía final. Meter la moneda, percutir la bola, la buena, ir haciéndola chocar contra luces y cristales en la máquina del millón hasta la partida extra. El plan de Francis consistía en introducir la mano al primer descuido en la caja de galletas de la vieja y coger toda la pasta que hubiera allí. Las cuotas de la comunidad. Esperaba que hubiera suficiente como para rebajar de forma sustancial las pensiones adeudadas y conseguir un trato de favor en el juicio, ante esa muestra de buena voluntad. Luego, cuando cobrara, se lo devolvería a la vieja. O quizás no. Quizás dejaría que doña Imma se volviera loca pensando en dónde lo habría metido, que ahora no lo encuentra. Pero su propósito siempre fue devolverlo. Joder, sí, lo hubiera devuelto.

Ese era el Plan pero, mientras seguía a la vieja por el pasillo, Francis pensó que igual había una manera más sencilla y honesta de conseguir ese dinero que no era otro que pedirselo. Un préstamo. Una buena obra con niño dentro. Si era necesario hablarían del viejo, de que persistiera, que al final la soledad de él conseguiría llevarle al baile del Centre Cívic, a Benidorm, al asilo que ella eligiera.

—*Estava fent caldo, vols una mica?*

—*No cal, senyora Imma.*

—*Va sí, que jo en tinc de sobres. Com va la nena? Penso tant en ella. Pobreta.*

Francis se sentó en el sillón mientras la vieja trasteaba en la cocina. Trató de localizar inmediatamente la caja de galletas Birba pero en el comedor no estaba, como la vez que vino a que le arreglara el traje. En el Plan de Francis la caja de galletas pesaba toneladas y no se movía nunca del mismo sitio donde se dejó la primera vez. En el Plan de Francis la caja estaría abierta y contendría miles de euros. En el Plan de Francis.

En eso, sonó el timbre. En su Plan eso tampoco sucedía. La vieja salió secándose las manos por la puerta acristalada que lleva a la cocina y refunfuñando, mirando el reloj de pared del comedor. Se quejó de que llamaran a esas horas resultando de modo obvio que la queja nunca podía aplicarse a él o su padre. Cerró la otra puerta, la del pasillo, tras de ella. Francis lo agradeció. Guiado por un presentimiento se acercó a la puerta y la entreabrió. La improvisación del Plan exigía un plus de buena suerte y

allí lo tenía. El vecino ruso del ático quería pagar cuotas. Genial. La mujer le riñó sin convicción.

—*Sempre estem igual amb vostès*. He esperado hasta última hora por si venían.

—Es que nos han pagado con retraso este mes...

—Ya, ya, ya... Pero mañana debo ir al banco de nuevo.

—Lo siento, doña Imma. No volverá a pasar.

—Va, no me haga caso. Soy una cascarrabias.

Francis lo oyó. Maldita sea, el dinero estaba en el banco, se dijo. Doña Imma volvió sobre sus pasos para entrar en una de las habitaciones que flanqueaban el pasillo. Al menos, ahora Mr. Frankie ya sabía dónde estaba la dichosa caja de galletas vacía. Regresó al sillón y se mesó con desesperación los cabellos. Fin del Puto Plan de la Hostia. La partida se había acabado a menos que enloqueciera y quisiera doblar la apuesta. Regresa la vieja en dirección a la cocina.

—*Puc anar al lavabo, senyora Imma?*

—*És clar que sí. Ja saps on és, no?* —bromeó doña Imma al ser la disposición de todos los pisos idéntica.

Primera puerta al dejar el comedor. Debía ser rápido. Apurarse con un poquito de fortuna. Empezaron, las notó, las palpitaciones. Allí tenía a la suerte en forma de caja de galletas sobre la cama. Francis llegó y la abrió. Estaban los dos billetes de veinte euros del tipo del ático y una cartilla de “la Caixa”. Lo cogió todo. Salió de la habitación. Se encerró en el lavabo. Tiró de la cadena. Guardó los billetes en la cartera y la cartilla en el bolsillo delantero de su pantalón. De vuelta al comedor, a tiempo de ver a la vieja salir de la cocina con un puchero de caldo dando las indicaciones de que, sobre todo, se lo tomara Marisol.

Mr. Frankie irá al banco, sacará la pasta y luego, cuando pueda, la devolverá. Hará todo eso. Nadie tendrá por qué enterarse de nada. Nadie sabrá que ha sido él. Y si lo descubrieran, habiéndolo devuelto al cobrar su mensualidad podría argumentarlo ante la vieja, cargando las tintas sobre su necesidad de seguir viendo a Víctor y toda la penita que se le ocurriera. De hecho, Mr. Frankie estaba pletórico al pensar que probablemente en esa cuenta había suficiente dinero para disminuir en mucho la deuda por alimentos. Debería sacar todo lo que pudiera en dos transacciones, antes y después de la medianoche. Al parecer, el Plan tenía —como la cartilla— su estrella de la buena suerte.

Se despidió de la vieja. Ninguno de los dos cayó en la cuenta que Francis no había dicho para qué quería hablar con ella. La vieja lo haría al rato de quedarse sola mientras Francis subía hasta casa de su padre, dejaba el caldo sobre el mármol de la cocina y bajaba a la calle a localizar un cajero de “la Caixa”. No le costó mucho. Se cubrió con la capucha de la sudadera pero luego pensó que quizás debía renunciar a eso porque suele ser lo que hacen todos los tipos que van a robar en un cajero. En el

suelo, dormitaban los caimanes de rigor. Mr. Frankie no se ocultó pero tampoco se lo pondría fácil a la grabación. Introdujo la cartilla. Idioma catalán. Soy uno de los vuestros. Como Millet.

Y en esto, la suerte se le resbala como un pez de las manos.

Número secreto.

Francis anuló la operación con la esperanza de que la vieja hubiera apuntado aquel número en la propia cartilla. Sabía que era algo absurdo pero posible al fin y al cabo. No había nada anotado. Leyó y releyó los datos de la cartilla. Memorizó los cuatro números del final del número de cuenta. Los introdujo. Idioma castellano. Soy uno de los vuestros. Como el Rey de las Españas.

Número secreto.

Incorrecto.

¿Otro intento?

Los cuatro primeros números.

Incorrecto.

¿Último intento?

No.

Decidió volver al piso. Ya andaba demasiado alterado y lo sabía. Quizás necesitaría otra clencha. Sí, buena idea. El Guinardó está lleno de bancos en calles empinadas y solitarias para el anonimato drogota. Todo irá bien le confió Mr. Frankie a Francis. De hecho aún no has hecho nada que pueda joderte la vida. Robar cuarenta euros es casi una estupidez.

El tiro pareció asentarle. La cocaína le dijo al oído, alto y claro, que debía regresar al piso de la modista, rebuscar hasta encontrar en la caja de galletas el número secreto y volver al cajero. Estaba a medias y no se podía quedar ahí. Llegó al piso, subió a su casa y los no muertos seguían a lo suyo: tele y radio. Vertió el caldo en una cazuela y bajó hasta el primero.

Doña Imma mostró una expresión distinta esta vez. Francis le enseñó enseguida el recipiente vacío. Creyó que eso bastaría. Pero no contó con su cara sudada a chorretones. Con la mosca saliéndole de la nariz. No lo tuvo en cuenta pero enseguida lo supo y se sorbió la nariz y también pensó en sus dientes sin el postizo, en los ojos como yoyós que debían de estar girando en sus órbitas. En ese momento, Francis supo que debía abortar el Plan. Sí, ya mismo. Solo necesitaba un poco de suerte para que le dejara entrar en el piso. Poder colocar la cartilla en la caja de galletas Birba y con eso, *reset* completo, impecable.

Es obvio que la mujer se mostraba reacia a dejarle entrar. No debería de tenerle miedo pero aquello le resultaba inquietante sin saber muy bien por qué. En las películas de la tele solía pasar más o menos así. El león manso se torna fiero y llama al timbre y te viola, te descuartiza, te revienta. Pero en las películas el león no se

presentaba con un recipiente pidiendo más caldo.

—A mi padre le ha encantado. Y Marisol ha repetido. Yo no he podido ni probarlo.

Doña Imma decidió confiar en él pero le pidió que se quedara en el umbral. Francis lo aceptó como mal menor. Dejar, por ejemplo, la cartilla en el buzón no sería más que abandonar migas en el bosque, Pulgarcito. La tele, andaba ahora con el volumen muy alto en el comedor. La vieja se encaminó con prisa por el pasillo. Dudó si cerrar la puerta de la entrada pero, aun sabiendo que probablemente se equivocaba, lo prefería a hacerle un feo a aquel tipo, a su padre, a la pobre *petita*. Francis dejó pasar cinco, seis segundos antes de introducirse en la casa. Tenía que ser una bala. Habitación, caja, cartilla y salida.

Un paso, dos, tres.

Llevaba en la mano la cartilla. La sombra de la vieja apareció detrás del cristal de la puerta del comedor. Era posible que hubiera dejado a medias lo del caldo porque las sospechas le hubieran pesado más que la confianza ciega de la otra visita. O que Mr. Frankie hubiera ido demasiado lento. Daba igual. Francis resolvió la situación lanzando, ridículamente, la cartilla en dirección al dormitorio como si fuera un bumerán, como si sus gestos fueran a una velocidad que resultaran imposibles de ser vistos por los cansados ojos de la vieja. Si ella no lo hubiera visto hubiera sido una explicación plausible. Doña Imma hubiera encontrado la cartilla en el suelo y supondría que se le debía de haber caído a la vuelta del banco o cuando aquel vecino vino a pagar. Pero, por desgracia, la vieja vio cómo Francis lanzaba la cartilla en dirección a su dormitorio. Aquella estrella azul de Miró giró y giró, y ella no necesitó saber mucho más. Entendió todo aquello en un segundo y por eso giró sobre sí misma y al hacerlo se le derramó el caldo. Echó a correr intentando gritar sobre el volumen del televisor donde en ese momento, de un modo cruel, se aplaudía y se jaleaba a alguien.

Francis no tuvo más opción que ir tras ella.

La vieja, con los pies sobre la sopa vertida, resbaló y cayó. Intentó levantarse. Volvió al suelo. Mr. Frankie la agarró por un brazo. La zarandeó. Solo quería hablar con ella. Que dejara de gritar. Explicarle lo del juicio, lo de Víctor, la buena mala suerte que había tenido toda su puñetera vida. Solo quería eso.

Señora Imma, hostia puta, escúcheme.

No ha pasado nada todavía, vieja loca.

Déjeme explicarle.

No hubo manera.

Nada.

La tenía agarrada por la bata.

En verano y en bata, pensó Francis, en medio de todo aquello.

Y la bata se desgarró.

La vieja cayó hacia atrás volviendo a resbalar en cuanto quiso afianzar sus zapatillas. Pero no lo consiguió. Se sintió volar, alejarse de Francis, de su mirada aterrada, con el olor a ese caldo de pollo casi sin grasa que tan bueno le había salido, hasta que impactó contra la puerta de cristal color whisky y no pensó en caldo ni en volar, sino en no hacerse daño al caer, no romperse la cadera como la *tieta* Rosa, cuando ya estaba atravesando la puerta y los cristales se le clavaban en la cabeza, en el cuello y la sangre empezaba, a borbotones, a buscar casi con gula el caldo derramado, con tan poca grasa.

Nada de esto salía en el Plan de Francis.

La vieja no moría degollada en el Plan de Mr. Frankie.

Y cuando acabe de explicar todo eso, Liz debería no decir nada y apearse del coche. Pero no lo hará. De hecho, se dará la condenada situación de siempre que también conoce Liz con Francis. Ese presentirlo antes de que pase. Saberlo mientras está pasando. Emplazarte a recordarlo para la próxima. Pero ahí estás, de pie, Liz, en medio de la calzada mirando cómo ese coche viene en tu dirección para romperte las piernas. Ahí, quietecita. Y el coche llega, te rompe las piernas y tú no puedes dejar de mirar cómo se aleja después, y piensas, la próxima la veré venir y todas las demás tonterías que tampoco harás.

LOVE POTION N.º 9

My poor heart was heavy,
my poor heart was stone.
Then I heard them, they were angels,
and then were singing: «you're not alone,
there is a peace (peace) you're never know».
Sweet gospel music, carry this boy away from danger
Sweet gospel music, carry this boy towards the light
Sweet gospel music, carry this boy away from danger
Sweet gospel music, carry him home tonight.

«Sweet gospel music»
Prefab Sprout (Paddy McAloon)

La vieja está muerta.

Dos pisos más abajo, tornándose azul, mármol, pudriéndose de poquito a poco.

En una semana deberá de empezar a oler.

Supone.

Eso pasa en los telefilmes.

En la cama, él, Francis, sigue inmóvil, vestido con la ropa y el cuerpo empapados con el sudor ya frío de aquella madrugada.

Se imagina andando, de noche, por una fina línea amarilla en una carretera perdida. Se ve pisando el suelo mojado, descargas eléctricas, sin descanso nunca más.

Estornuda. Rastros de cocaína. También en el segundo y el décimo estornudos, y con ellos la clarividencia locuaz se desvanece.

Su padre se está levantando. Pasos arrastrados, puertas, inodoro. Medicación, desayuno, leche de almendras.

Hijo de puta.

El honorable don Paco Aliaga.

El que trataba de cortarle el paso en el pasillo cuando quería largarse.

El del cinto.

El que ensuciaba lo nuevo y hermoso que Francis pensaba, quería o decía. El que lo corroía todo con su resentimiento y amargura. Inmovilismo cobarde de dejar pasar los días y la vida, la suya y la de los demás, vaciándolas de emoción y sentido.

Hijo de puta, te odio.

Y a mí por haber vuelto.

Porque aún se permite don Paco Aliaga vivir de aquello de que el tiempo le ha dado la razón y ahora que vuelven sus ideales y los rusos y bla, bla, bla, mucho más mientras que los sueños de grandeza de Francis han sido las babas de un borracho, las ilusiones de un tonto.

No, yo no tuve razón, papá, pero tampoco tú.

Eso tiene que quedar claro: nadie acertó. Nadie eligió bien. Ninguno de los dos tuvo la más mínima oportunidad de conseguir nada. Eso ha de quedar claro, ¿lo entiendes?

El viejo se marcha. Mejor. Vete.

Hijo de puta.

El honorable don Paco Aliaga.

Y ahora además está lo otro. Algo que no quiere, que no quiso nunca que fuera suyo. Que nunca le dio la más mínima credibilidad hasta estos días, quizás porque ahora necesita hallar más culpables que él mismo. Aquellos personajes —su madre, su padre, Marisol— nunca le parecieron creíbles cuando él era joven. Su solipsismo absoluto hizo que todo lo que no fuera Francis no existiera, no tuviera apenas peso a su alrededor. Ni Marisol ni su padre daban el tipo. Ni la *petita* era una mujer pusilánime y asustadiza ni Paco un salido, mucho menos un violador. Y luego estaba el papel de su madre. Y el suyo, joder, aunque no sepa cuál es. ¿Pasó cuando él andaba por aquí? ¿Fue cuando se largó y eso es lo que siempre le ha echado en cara Marisol...?

¿Qué más da ahora eso, Mr. Frankie?

Te van a pillar. Tienes a una tía muerta abajo. Te meterán en la cárcel con todos aquellos tipos oscuros. Se te acabará la cuerda. El poder ir de aquí para allá. Has asesinado a la vieja y lo has hecho por nada. Has matado a una buena mujer que solo quería hacer caldos, ver la tele y llevar al viejo a bailar. La has matado, idiota. Volviste al barrio para eso. Para ver cómo tiraban ácido a Marisol, para saber que tu padre se la tiraba de cría, para matar a una inocente.

Grande, muy grande, Mr. Frankie.

Dime una cosa, Francis: ¿qué pensará Víctor de ti?

Lo has hecho con él muchísimo mejor que Paco contigo, ¿verdad? Seguro que sí. Cuando el chaval se entere de todo, ¿cómo le aguantarás la mirada? ¿Te dará tiempo a poder explicarle que, en el fondo de aquel lío, había una buena intención? ¿Qué eres? ¿Un enfermo, un adicto, que te metiste su pasta por la nariz?

¿Qué piensas decirle?

En el fondo lo sabe.

Le dirá lo de siempre.

Le dirá: no sé.

No sé.

No sé por qué.

No sé en qué estaba pensando.

No sé por qué hice eso.

No sé.

Las mismas respuestas del Yonqui No Sé de toda la vida.

Supongo que no sé.

Cree recordar que escribió una canción sobre eso.

Y si no, debería haberla escrito.

No sé.

Pero su hijo, su mirada, su pérdida es lo que más le aterra. Todo lo demás: morir, escapar, que le metan dentro, cualquier cosa, no le importa, pero Víctor, haberla

jodido con él, eso le duele tanto que sabe que no podrá soportarlo.

Habértelo pensado antes, Francis.

Sí.

Sabe que ha de llamar a Liz. Decirle que todo fue bien anoche. Que le hizo caso en todo. El último acto fue macabro. Estar metido en una pesadilla, en un túnel de piel y huesos. Entró en el piso de la muerta. Encendió la luz del pasillo. Tenía miedo de ver llegar a doña Imma por su propio pie, menuda tontería. Sabía que debía ir hasta el comedor y lo hizo. La vieja estaba en el mismo sitio. La sangre lo inundaba todo. Tuvo la precaución de no pisar esa sangre. Era un alivio que no hubiese ningún piso abajo, pensó. La tele seguía encendida mostrando, de un modo grotesco, cómo una tía blancucha y estúpida fingía masturbarse y correrse. Con la manga de su camisa cubriéndole las manos cogió el mando a distancia para apagar el televisor. Debía colocar todo aquello para que pareciera un resbalón accidental. Al menos hasta que alguien le diera por investigar un intento frustrado de sacar dinero del cajero. Algo que, a ratos, se le antojaba a Francis como inevitable y a ratos como improbable. Colocó las sillas en su sitio. La bata desgarrada de su solapa era una prueba contundente de que alguien quiso cogerla o zarandearla pero poco podía hacer, ya que quitársela sería una estupidez que hasta él podía ver. Dejó encendida la luz del comedor y fue hasta el dormitorio. Recogió la cartilla de ahorros del suelo y la metió en la caja de galletas, cerrándola y dejándola encima de la cama ya que desconocía cuál era su sitio y pensó que era mejor eso que aventurar un lugar que alguien pudiera desmentir. Desanduvo sus pasos hasta la puerta de la entrada, miró por la mirilla. Oscuridad. Salió. Cerró con llave consiguiendo no hacer ningún ruido. Luego subió al coche y a la media hora, un semáforo le detuvo. Francis se apeó para tirar las llaves por las rendijas de una boca de alcantarillado. Luego, siguió dando vueltas hasta que al poco decidió regresar, meterse en la cama, tratar de dormir.

Bajo la ducha, Francis repara que se ha olvidado conectar el calentador. Se castiga el olvido con agua fría. Ruidos en la casa. A veces olvida que Paco y él ya no viven solos. Que tienen una pobre alimaña en una habitación, a oscuras a excepción del haz de luz de un flexo. Sale desnudo al pasillo. Paco entra y le ve. Impulsado por un resorte chasquea la lengua, maldice, se lamenta, todas las prestaciones de ciudadano ofendido, de padre injustamente tratado, de hombre de otra época llena de valores sólidos y entereza moral.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta verme en bolas? ¿Sí? ¡Vete a tomar por saco! —le espeta Francis antes de encerrarse en su habitación.

El viejo grita en la cocina.

Francis, vistiéndose, echa un vistazo al móvil y ve un par de llamadas de Liz. No quiere, no puede hablar aún con ella. Opta por enviarle un «Todo OK» y emplazarse para luego. No quiere estar ahí. No sabe qué hacer el resto del día hasta que se vea

con Liz. De no estar Paco vociferando, se quedaría tumbado en la cama viendo pasar las horas pero sabe que no le dejará en paz. Nunca lo ha hecho. Le enfurece que no sepa parar. Que no sepa leer cuándo es un buen o mal momento para los gritos. Pero su padre quiere fiesta. No es buena idea, Paco, se dice Francis.

Fiesta y como siempre: a gritos. Los de su padre y su madre, normalizados, casi tediosos, parte del sainete de la convivencia conyugal. Gritos por todo y para todos. Los gritos de él con su padre y su madre. Los de estos con la adolescencia de Marisol. Los gritos de, con, para los antiguos vecinos, todos enloquecidos, todos gritando por todo.

Gritos.

Paco sale de la cocina. Lleva en la mano el cuchillo de cortar el pan y grita. ¿Qué coño pretende?

—Te dejé volver aquí con unas condiciones, no para hacer lo que te diera la gana, ni mucho menos para que me faltaras al respeto.

—También esta es mi casa. La casa de mi madre, ¿recuerdas?

—No vayas por ahí.

—Pues deja de perdonarme la vida. ¿Qué te importa a qué hora llego, si cruzo el pasillo enseñando la minga o lo que hago con mi puta vida? Tengo casi cincuenta años, viejo, ¿crees que quiero escuchar tus comentarios, tus quejas y tus gilipolleces como si tuviera quince?

—Aquí vive gente.

—A ella no le molesta nada. Bueno, tú.

—A mí me molesta. Al dueño de la casa. El que te deja vivir en ella.

—¿No te has enterado de que tú no eres nadie? ¿Aún no lo sabes? Nadie. Que no has sido nunca nada para nadie. ¿No lo entiendes? No puede ser que no lo sepas. No has sido nada. Y no has construido nada. Ni tu gente ni tú. Nada.

El viejo da un paso hacia Francis con el cuchillo en la mano. Ambos saben que más allá del mango negro hay un filo inofensivo y mellado, incapaz de hacer otra cosa que elevar la discusión hasta un lugar en la que no se pueda obviar. Pero es un cuchillo. Es violencia. Los dos conocen ese código.

—Eres una basura. Siempre lo has sido. Has destrozado la vida de todos los que han tenido la mala suerte de estar a tu alrededor. Ojalá te hubieras muerto en la barriga de tu madre. La mataste a ella. Perdiste todo lo que te dimos. Estudios, trabajos, todo. Nos venía gente explicándonos cualquier cosa de ti y todas eran verdad, y nosotros a bajar la cabeza y tragar. Que si eras un drogadicto, que si habías matado a su hija con droga, que eras una basura, un animal que no se merecía vivir...

—Puede ser pero con todo eso siempre he sido mejor que tú. Antes y ahora. Yo no me escondí nunca. Soy lo que soy, pero ¿y tú?

—Yo soy alguien que ha trabajado toda su vida como un burro, al que todos

respetan, a quien...

—Todos los que no tengan memoria, claro.

El viejo pierde fuelle. No quiere ir por ahí. No quiere ni escuchar cómo se insinúan aquellas mentiras de las que parece que no puede nunca escapar. Baja el cuchillo.

—Quiero que te vayas.

—En nada me largo. Para siempre. Quédate tranquilo por eso.

—Mejor.

—Pero no quiero dejarlo como siempre. Así, a medias. Hoy no. No quiero tu estúpida autoridad moral a mis espaldas. ¿Quién coño te crees tú para juzgar mi vida? Estoy ya hasta los huevos de eso. Ni todo lo peor que he podido hacer yo puede compararse a lo tuyo. A follarse a una niña a espaldas de su mujer e hijo. ¿Qué dices a eso, eh? ¿Qué coño...?

—¡Cállate, demonio!

Paco se abalanza hacia Francis esgrimiendo, ahora sí, el cuchillo. A Francis no le cuesta mucho agarrarle por la muñeca y que suelte el arma. Con la otra mano, Paco intenta arañarle la cara pero no lo consigue. El cuchillo cae al suelo. Mr. Frankie pone su mano en la cara del viejo y le empuja hacia atrás, con lo que cae de culo, en el pasillo. Su hijo, por un momento, piensa en doña Imma y espera que Dios no sea un tahúr todavía más cruel y caprichoso.

—Me voy a ir mañana. Pero hasta que me vaya no quiero que toques nada de mi habitación. ¿Lo entiendes? ¡Eh! ¿Lo entiendes o no? Me llevaré lo mío y se acabó. ¡Pero ni entres a mi habitación! ¿Lo has entendido?

El viejo no contesta. Tiene la mirada más allá de Francis: puesta en Marisol, que está delante de la puerta de su habitación. Ninguno de los dos sabe cuánto tiempo lleva allí. La mujer cruza una mirada con Mr. Frankie en el tiempo que este cruza el pasillo, abre la puerta y sale al rellano de la escalera.

Escalones.

Calle.

A nivel de estrategia, abandonar su domicilio después de lo de anoche es la peor idea del mundo y Francis lo sabe. Pero como siempre le sucedió, en la derrota encuentra la lucidez y también ve claro qué es lo único que puede hacer ahora.

Lázaro nunca recuperó su lugar en el mundo de los vivos, le explicaba su madre al acabar la historia del resucitado. Por eso no debió volver, completa ahora Francis. Tampoco aquel general del rey David. Y es que solo hay una manera, una verdadera manera de escapar y no es sino ser más rápido que la verdad. Y lo que tiene ahora en mente Francis no es ni una buena o una mala decisión. Es lo único que no le hará sufrir.

Liz, para poder fumar, se ha quedado sentada en las mesitas de la terraza del Quimet, que da a uno de los callejones de la parte vieja de Horta, la de las casas bajas y las fuentes a pie de calle. No es difícil de adivinar —por cómo coge el cigarrillo y se lo lleva a los labios o cómo saluda a Francis nada más verle llegar— que anda justita de los nervios. No todos los días guardas un secreto que, de desvelarse, te llevaría a la cárcel.

¿Hubiera hecho él lo mismo por ella?

Sí, se dice Francis, pero no está del todo seguro.

Ella siempre fue mejor que él.

—¿Cómo estás?

—No lo sé.

—No le des más vueltas, Liz. Me entrego.

La chica mira al cliente de la mesa de al lado. Es un veinteañero abstraído con un portátil de los que penden unos auriculares blancos insertados en las orejas, tomando una infusión que ya se le ha enfriado.

—En cuanto pueda arreglar unas cuantas cosas, voy a comisaría y ya está.

Francis pretende dejar fuera de la partida a la chica. Entregarse no es ya ni siquiera una opción. Pero ha de parecer convincente.

—Podré aguantar.

—Sabes que no.

—En el fondo eso no importa. Es una forma de acabar. Hubiera sido mejor no aparecer por aquí.

No, no valió la pena que volvieras para esto, Francis. Claro que no. Y eso que Liz deseó que lo hicieras años y años. Tanto tiempo que, al final, domesticó aquel deseo así como la renuncia posterior al mismo, y el deseo dejó de doler. Pero ¿para esto? ¿Para acabar así?

La mujer sigue en silencio. Se muerde el labio inferior. Es absurdo lo que está arriesgando a cambio de nada. Pero ese tío aún le importa más de lo que quiere reconocer. Ahí lo tiene con su piñata hecha un calvario, metido en problemas, sin saber qué demonios hacer con su vida dentro de la Vida. Pero todavía tiene ese algo que hace que a la gente le guste estar a su alrededor, preguntar el precio de sus facturas. Y pagárselas.

¿Motivos para dejarle tirado? Mil. Un millón.

¿Entonces...?

Es difícil de explicar.

Hay un código en la gente corriente.

Un lenguaje de lealtad sin muchas palabras ni teoría alguna.

Es solo no fallar a tu gente. A quien amaste. Hacer de tu vida algo. Ver el momento y no dejarlo pasar. Sí es difícil de explicar.

—Hemos de pensar rápido y bien. Todo puede estallar a las primeras de cambio.

—El del portátil desmonta el campamento y se larga—. Yo tenía un plan para ganar tiempo.

—No te líes, Liz. Puedes perfectamente quedarte fuera.

—Demasiado tarde, ¿no?

El camarero se acerca, sonriendo. Reconoce a Liz como habitual y de ahí esa mueca amable. Toma nota de las dos cervezas.

—Bueno, ya hemos escuchado tu plan gallina. Ahora escucha el mío. Hay una posibilidad, ni pequeña ni grande, que no tiene por qué llevarte a ser relacionado con aquello. Si te han visto, la has cagado pero si no... ¿por qué tú y no cualquier otro? Puede haber entrado cualquiera a robarla. Pasa muy a menudo.

De repente entra por la calle de abajo un coche de policía. Liz y Francis se tensan. Este casi puede visualizar el vehículo parándose, la pareja de mossos viniendo hacia ellos, la detención. Pero se rebaja esa tensión al comprobar que solo son urbanos y que pasan de largo.

—Déjame acabar. Mi madre lleva meses dándome el coñazo con que suba al pueblo a encargar a unos paletas que se metan a arreglar el tejado de la casa que era de mi abuela. Alguien tiene que ir con llaves y organizar un poco todo.

Francis no puede evitar una sonrisa.

—¿De qué te ríes, idiota?

—De cómo va pintando el plan.

—Digamos que en ideas brillantes no eres un amor.

—Ok, ok.

—Puedes subirte cuando quieras. Hoy mismo.

—Hoy no puedo. He quedado mañana con Víctor —Francis omite lo del juicio porque, aunque en su cabeza tiene un sentido acudir, puede ser perfectamente una estupidez y no está dispuesto a discutirlo.

—Vale. Pues lo antes que puedas. Yo no podré subir hasta el sábado a primera hora, después de la verbena. Lo he preguntado y mi jefe no me da el viernes fiesta. Subo el sábado y me bajo el lunes de madrugada. Hablo con la familia y los paletas para que no se extrañen. Te presento y esas cosas.

Como Francis no dice nada, Liz prosigue con su exposición.

—Puedes quedarte allí el tiempo que quieras. El pueblo está en Zaragoza. Se

llama Erla. ¿Conoces las Cinco Coronas?

—No.

—Bueno, es igual: son tres, cuatro horas de coche. El pueblo es pequeño, poca gente. Nadie preguntará mucho. Si te buscan, allí no te encontrará nadie. Eso fijo. Desde allí podemos manejar mejor lo que vaya sucediendo.

Tiempo de prórroga. Unas cuantas bolas extras.

—Tendrás que dejar el curro o fingir una baja.

—Ya lo he dejado.

—Perfecto. ¿Lo has entendido? ¿Sí? ¿Tienes pasta? Toma —le entrega un billete de cincuenta euros—. Me los debes, no creas. Y aquí tienes el horario de los autobuses. Salen de plaza Espanya.

El plan no es malo del todo, piensa Francis. Pero nunca le gustó darle otra vuelta a una canción que ya creía acabada, aunque fuera para mejorarla. En el momento en que Francis había decidido su final, se tranquilizó, tuvo el control. Algo que Liz y su nueva opción acababan de desbaratar abocándolo a la ansiedad.

—No se lo digas a nadie. A nadie. Y si ves cosas raras, pírate pero cagando leches.

—Erla.

—Sí. ¿Entendido?

Francis asiente. Aún ha de pedirle si puede dormir esta noche en su casa. Seguro que Liz prefiere que no. Francis se da cuenta de lo que le va a pedir pero, a pesar de eso, abre la boca y lo pide. Y aunque la mujer está dispuesta a contestar afirmativamente calla esperando quizás que Francis rectifique.

—Sí, sí, sin problema es solo que...

—No, Liz. Es un suicidio. Dormiré en casa y ya está.

La mujer no insiste.

Lleva días tomando solo la medicación que le evita los dolores insoportables. La mínima que le permite dormir pero, para lo bueno y para lo malo, su cabeza ya no anda encerrada en jaulas de cartón mojado. Su voluntad es algo más que acopiar fuerzas para rechazar la comida o decidir si interrumpe el sueño a media tarde para que el de la noche sea más profundo. El precio de no someterse a las medicinas es ver las cosas en su forma más descarnada. El precio a dejar de tomarlas es el dolor. La rabia. Culpabilización. Soledad. Más dolor. Más rabia. Lucidez al fin y al cabo. El volver a tirar los dados cien envites con los nombres de Amoah, Damián, Xavi y Paco con la esperanza de que, por una vez, el dibujo que quede sea algo que Marisol pueda entender y aceptar. Francis no tiene ninguna cara en sus dados. Al menos hasta hace unas horas. Hasta que se ha enterado que, al parecer, se marcha.

Otra vez.

¿Cómo no?

Después de la pelea entre Paco y su hijo, aquel cerró la puerta del comedor y aún sigue allí, horas después, con la tele encendida. Marisol cerró la suya enseguida temiendo que el viejo entrara a darle explicaciones o vete a saber qué. Es la primera vez que Francis, abiertamente, reconoce estar al tanto de todo aquello.

¿Desde cuándo lo sabía?

¿Qué lo ha hecho explotar?

Da igual. No arregla nada para Marisol, sino que lo precipita absolutamente todo. Francis se escapa. En cuestión de horas si es que no lo ha hecho ya. Los tiempos se han recortado. Quizás sea mejor. Xavi no da señales de vida y Francis está aún aquí. Cambiará de caballo. No parece tan mala idea. Por eso está en la habitación de Francis. Frente al espejo de cuerpo entero que hay en la parte interior de su armario. Desnuda por primera vez desde que es un monstruo. Está en la habitación de Francis porque su hermanastro ya tiene cara en su dado.

Entró con las luces apagadas. Se quitó el pijama. Una vez frente al espejo levantó la mirada y se vio. Hoy debía —con o sin valor para ello— hacerlo. Verse y desmoronarse o luchar. Saber qué podía hacer y qué no. No hay mejoría ostensible: la piel se ha contraído en los sitios donde el ácido más la ha mordido. En el pecho, el brazo y una parte de la cara, incluido el cuero cabelludo. Desde el primer momento todos se han empeñado en decirle que ha tenido suerte. El ácido rebajado con agua. Las partes dañadas. Los ojos apenas afectados —una lesión en la córnea que derivó

en una conjuntivitis aguda de neblinas esporádicas y legañosas—. El conducto respiratorio a salvo gracias a las tetas de silicona que se colocó en su día. Lo peor es el brazo, cuarteada la piel, sonrosada, blanca y violeta. Y la cara, la parte inferior del lado izquierdo de su cara, arrasada como un villano de cómic.

Nunca más se cortará el pelo. Ya lo decidió en el hospital. Se cubrirá ese lado del rostro como solían hacer las viejas vampiresas de las películas en blanco y negro. Llevará siempre gafas contra los rayos de sol y las miradas impertinentes. Se encerrará en su concha hasta que deje de importarle cómo la miran y luego saldrá a la vida siendo otra, inaccesible al dolor.

No quiere sentirse marcada por sus pecados y los del mundo.

Quiere que todo eso la haga fuerte.

Libre de todos los hombres de la Tierra.

De hecho, no quiere nunca más un hombre.

No depender de nadie.

Y para ello necesita dinero y no lo tiene.

He aquí un problema que cree saber cómo solucionar, aunque no esté Xavi.

Xavi. Sin Xavi. Xavi. Sin él.

Marisol sabe que la medicación que ha dejado de tomar le evitaba esas cosas hirviéndole en la cabeza. Dopada nada permanecía en su atención más que unos segundos. Diluía a Xavi en una melaza triste y somnolienta, algo muy parecido a la melancolía, a la esperanza de los piadosos.

No ha de dejarse llevar por el dolor, tampoco por el recuerdo de todo aquello.

Ha de pensar que necesita dinero, incluso para vengarse de Xavi. Recuperarlo. Matarlo. Olvidarlo para devolverlo, llegado el momento, a la vida.

Dinero para operarse si la Seguridad Social se alarga en las esperas o ya no lo pagan o no pueden hacerlo.

Dinero para operarse diez, cien veces si es necesario.

Dinero para volver a tener su casa, un piso o apenas una diminuta habitación, una cocina, un salón y puertas con cerrojos y cerraduras con una sola llave, la suya.

Dinero para escapar de Paco y sus sopitas y su redención de ancianito bueno.

Dinero para comprar cigarrillos que aún no puede fumar. Comida dulce y suave, fruta, piñas, naranjas aunque aún le cueste tragar cualquier cosa.

Dinero para ropa bonita.

Dinero para ser otra.

«Ha tenido usted suerte», le decían médicos y enfermeras.

¿Sí?

Frente al espejo se levanta las tetas, que le duelen y se gira y se viste y sale de aquella habitación, llorando sin lágrimas, reseca.

Xavi.

Dinero.

Francis.

Se levantará por todos aquellos que creen que no lo hará.

Sí.

Por el moro hijo de puta con el que fantasea encontrárselo cara a cara y que se enfrente a lo que ha hecho, su impotencia de hombre, su cobardía, antes de matarlo con sus propias manos.

Por don Damián.

Por Xavi.

Por Paco, por supuesto, para que vea que ni así será suya.

Por Francis que quiere abandonarla una vez más.

Por aquellas personas decentes que la mirarán y se sentirán seguras en esa suerte de cruel justicia suya que le roció con ácido la cara.

Te follaste a un moro y te quemó la cara. ¿Qué es lo que no esperabas que te sucediera?

Antorcha a la pira, fuego a la bruja.

Ha de hablar con Francis. Llegar hasta Xavi, saber en qué bando anda este último. Entenderle. Le gustaría mirar la tele pero está el viejo. Su cabeza se le deshace encima de los hombros. Es posible que vuelva a tener fiebre.

Ojalá pudiera hacerlo todo sola, pero no puede.

Le aterra salir de casa, aunque en estos momentos la desesperación le dice que hoy podría.

El viejo sabe de su pánico. O cree saberlo. Cree que ella es un pájaro con las alas rotas. Pero se equivoca.

Si pudiera hablar con Lady Claire. Ella le diría qué hacer. Cuándo hacerlo. El mal negro que se ha apoderado de Xavi. ¿Qué debe de haberle pasado? Eran amigas. Ella lo creía así. Debe de haber sido algo muy urgente, muy grave para desaparecer así, sin más. Igual se ha muerto. Igual volvió a Cuba. Igual le ha tocado la lotería. ¿Qué tonterías estás diciendo? Está muerta. El moro también la mató.

Eso tiene y no tiene sentido.

Vuelve a la habitación. Se tumba en la cama y busca en el dial su emisora favorita. Cuando se vaya le regalará esa radio a doña Imma. Marisol rompió la suya en el hospital. Francis le compró la que ahora tiene. Quizás baje mañana mismo hasta su piso y le dé una sorpresa. Es una buena idea. Le gustará poder hacer aquello.

La puerta. Francis. Asustado y arrepentido de no haber insistido en quedarse a dormir en casa de Liz o haber estado aquí y allá el resto de la noche. Pero sabía que debía acudir al piso. Comprobar que todo sigue igual. Dios te ha permitido llegar a la mañana siguiente. Aprovechalo.

Mr. Frankie abre la nevera. Da un trago a morro de la botella de agua. Escucha el

chasquido de la puerta de Marisol. No, no quiere hablar con ella. No quiere verla. No quiere entrar en aquella penumbra, en aquel asfixiante olor dulzón en el que vive. No.

—Francis necesito hablar contigo.

Como un ladrón o un amante, Francis entra tras Marisol cerrando la puerta. La chica sabe que Mr. Frankie no quiere estar ahí. Que se quedará poco. Que tiene unos minutos para convencerle, para, sin él saberlo, sustituir a Xavi.

—*Petita, tens pirules per dormir?*

Mr. Frankie se deja caer en la vieja butaca que queda frente a la cama. Marisol repara en su mal aspecto. Pálido, nervioso, en tensión. Da la sensación de un cuerpo al que hubiera abandonado toda suerte de vida, el hombre de paja de los cuentos al que se le retira el privilegio de ser humano. Están a oscuras. Tampoco dicen nada más que el eco de la pregunta de Francis, quien se mesa los cabellos casi con rabia. Mira la negrura a su alrededor solo rota por la lucecita roja que señala que un aparato de radio sigue funcionando desde su corazón de pilas y la luz del flexo de la mesilla recién encendida por Marisol y que duele como un aguijón en los ojos.

—¿Qué te pasa?

—Que no puedo dormir.

—No es eso. Enciende la luz.

Mr. Frankie resopla. No quiere enfrentarse a la mirada de Marisol. Nunca se le ha dado bien defender un estado de ánimo distinto del que siente. La cara le habla. Ha mentido mucho y bien pero, cuando lo ha hecho, siempre ha sido dentro de una cierta dramaturgia, con la posibilidad de salir mejor parado. En cambio, cuando ha tenido que defender una situación que cayera como plomo, siempre le traiciona el rostro, un gesto, las palabras que dice o no dice. Sabe que esta noche no será una excepción.

—Mírame a la cara, ¿o es que tienes miedo de mirarme?

Francis obedece.

—¿Qué? —le pregunta lanzándole como dos tiros una mirada a la cara de la mujer. Pero solo unos instantes. Luego los ojos se le caen al suelo como persianas con las correas cortadas.

—¿Qué pasa Francis?

—Nada.

—Estás metido en un lío, ¿no?

—No.

—Dime la verdad.

—Es sencillo. Estoy harto del viejo y me largo.

—¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo?

—¿Qué quieres?

—Conozco esa mirada de fiera asustada. ¿Qué coño tienes ahora en la cabeza?

Marisol deja de hablar. Se cansa. Le duele. No reconoce su propia voz. Está segura de que hasta le ha cambiado el tono. Coloca su mirada en el techo. Busca uno de los almohadones que se le han escurrido. Ha de dormir un poco enderezada para combatir las apneas. Francis distinguiría esa nueva respiración entre cualquiera otra.

—¿Me lo vas a explicar?

—No.

—Como quieras. Pero antes de echar a correr necesito que hagas algo por mí — Calla. Traga. Duele—. Dependo en cierto modo de ti. Y no me va bien que te cagues en los pantalones y te me vayas y me dejes tirada.

Silencio. La chica entiende que no puede perderlo por un mal tono o por no conseguir la reacción que espera de él. Es esencial dar con la tecla adecuada. Cuando vuelve a hablar su voz tiene ahora una calidad distinta, como si sus palabras salieran de un lugar más cálido que de donde lo podían hacer hasta ahora.

—¿Sabes de qué me acuerdo, Francis? De que nunca, como ahora, atendías a nadie. A mí, al menos, no. Aunque supongo que era un poco pesadita.

Hace mucho que no habla tanto. La garganta le empieza a quemar.

—Siempre andabas por casa con tu dichosa guitarra a cuestas. Cuando te hablaba hacías como que me escuchabas pero seguías doblando los dedos sobre las cuerdas, muy lejos de todo lo que yo te podía estar explicando. De vez en cuando decías «sí» o «no». Era una guitarra rosada.

—Con incrustaciones de nácar en los trastes.

—Y todos aquellos discos. ¿Cuántos tenías? ¿Mil? ¿Qué hiciste con ellos?

Francis se encoge de hombros. Sabe qué hizo, cómo y para qué pero no quiere oírse lo decir.

—Los querías más que a las personas.

—La gente nunca fue muy real para mí. No sé cómo explicarlo. Las canciones sí que lo eran, atraían el resto de cosas hacia mí. No sé, algo así.

—De cría estaba loca por ti.

La conversación casi agradable indica a Francis que eso no debería ser así. Doña Imma y su charco de sangre se le aparecen detrás de los ojos, en proyección privada y obsesiva. Hace algo de calor. El cuerpo de Marisol brilla. Francis tiene empapada la camiseta. Ha de detener esto. Ha de dormir. Necesita esas pastillas.

—Francis, he de irme de aquí.

—*Petita...*

—Me encuentro mejor. En serio. No voy a hacer ninguna tontería. Te lo juro. Ya sabes por qué no puedo seguir aquí. Me vuelve loca la situación. ¿No lo entiendes? El viejo me tiene donde siempre me quiso y no es justo, es una horrible monstruosidad.

No hace falta que te lo explique, ¿no? Hasta hace unos años tenía una orden de alejamiento. No sabías eso, ¿verdad? Y ahora lo tengo haciéndome sopitas.

Francis lo entiende. No hace falta justificar su deseo de huir. Pero él no puede cargar con más peso en su globo.

—Podría estar en casa de Mayka. Debería haber ido allí. Ya he hablado con ella. Necesito que hagas entrar en razón al viejo. Que lo asustes. Que si me viene a buscar, tú estés ahí para sacármelo de encima. Nunca te he pedido nada. Te lo pido ahora.

Sí, sí, sí, pero no va a poder ser. Mr. Frankie ha de irse. Tiene un tejado que arreglar en no sabe dónde. Tiene una cita letal para mañana o pasado. Una vieja muerta en el primer piso.

—Hay más.

—Siempre hay más...

—Sin dinero no hago nada. De momento no voy a poder trabajar y necesito pasta. Para ir tirando y para pagarme las operaciones que me permitan dejar de sentirme esto.

—Yo no tengo nada.

—Ya lo sé, Francis, por el amor de Dios.

—Y por las operaciones, en el hospital nos dijeron que...

—No tengo tiempo para listas de espera.

Una ráfaga de viento mueve las cortinas como si fueran la falda de la chica bonita que un día fue Marisol. La brisa refresca la habitación. Marisol no puede continuar hablando tan seguido. Carraspea. Es paradójico, piensa Francis, esa mujer aún quiere vivir, tener lo que le corresponde. Mientras que él quiere morir, renunciar a lo que le queda.

—Sé dónde conseguirlo. En cierta manera es mío. Para ti también habrá. Tienes que pagar las pensiones esas, no...

—¿Qué coño me estás proponiendo?

—Ir a la torre de don Damián y llevarnos lo que podamos.

—Estás loca.

—Me lo debe. No me protegió. No se ha hecho cargo de mí. Me ha dejado abandonada como una leprosa. Es lo mínimo, ¿no crees?

—Pero...

—Es fácil. Yo sé dónde tiene el dinero. De hecho, está por todos lados. Y una caja fuerte, con documentos, que igual ahora ha cambiado la combinación pero si no, la sé. No hay alarma en la casa. Lo parece pero no es así. Los perros me conocen. Es llegar, cogerlo y largarse. Hay veces que ha habido mucho dinero, Francis.

—Marisol... ¿Tú estás loca o qué? ¿Cómo sabes que no habrá nadie...? Igual está Timón o él mismo.

—Él está en Portugal. Lo sé seguro. Me lo ha dicho Mayka. Volverá el domingo.

Por eso, ha de ser mañana mejor que pasado. Nos vamos, cogemos el dinero, me llevas con Mayka y después...

—Hostia puta.

—Francis, dame la mano. —Él se la da—. Somos más que hermanos ¿no? —Los ojos de Francis se le humedecen: demasiadas cosas juntas—. Cuando volviste, ¿a quién acudiste? ¿Qué hice yo? Solo te pido que esta vez me dejes en otro sitio desde el cual pueda empezar de nuevo. Lejos de tu padre, lejos de todos y con dinero para no depender de nadie.

Se interrumpe. Francis necesita aquel silencio. La dejará seguir.

—No corremos el más mínimo peligro, de verdad. Si vemos cualquier cosa rara, siempre podemos argumentar que yo quería hablar con Damián y ya está. Podemos ampararnos en eso. Es una buena excusa, ¿no? Y tú también tendrás dinero. Para liquidar lo que debes a Carol. Para dárselo a Víctor. Te irás pero dejándole bien y así podrás volver cuando quieras a él.

No, no podré, piensa Francis, pero en otras circunstancias, no sería un mal plan.

Marisol tose ahora como si se fuera a partir en dos. Parece como si la garganta se le hubiera cerrado junto a los pulmones. Francis la abraza contra él. Una nueva bocanada de aire pasa por su garganta arañando como un gato en una bolsa.

—*No parlis més, petita.*

Marisol con una de sus manos abre uno de los cajones de su mesilla y le entrega la caja de somníferos a Francis. Este la acepta diciéndose que no es parte de ningún trato, que no está diciendo que la va a ayudar.

Mutante no le hace esperar. Se sienta en la mesa de la terraza del bar convenido. Lleva gafas negras, tejanos nuevos, una fina gabardina que fue granate hace años y, debajo, una camiseta con una foto de William Burroughs donde reza LIFE'S A KILLER. Francis siempre reconoció como una virtud aquella falta total de sutileza. No deja de ser curioso, piensa Mr. Frankie, que la mayoría de los *dealers* que ha conocido tengan a la luz del sol casi la misma actitud de camaradería, de tipo que, si lo necesitas, vendrá a echarte una mano en lo que sea. De hombres que siguen en aquello por un cierto sentido de la fidelidad al cliente.

No lo olvides, Mr. Frankie, un *dealer* no es más que un mierda, un tiburón chico.

Un *dealer* amigo no es más que un mierda, un tiburón chico que piensa que eres idiota.

Grandes verdades se te ocurren ahora, Mr. Frankie, cuando ya no sirven de nada.

Mutante se pide dos expresos. No uno doble. Dos expresos al mismo tiempo. Le encanta crear confusión en camareros y demás. Dárselas de excéntrico. Eso de los dos expresos lo copió de una película de culto que casi nadie vio. Una noche, hace mucho tiempo, se lo confesó a Francis. Si ahora se lo dijera, está convencido de que lo negaría. Llegan las dos tacitas. Está locuaz hoy Mutante:

—A ver, a ti ¿qué te pasa?

—Me duele la cabeza.

—Pues en la farmacia venden gelocatiles.

—No me digas.

—Él vende droga. Él compra droga. ¿A qué viene la cháchara?

—¿La has traído o no?

—Yes.

Pues ya está. Esto es un *bisnes*, Mutante, déjate de hostias. Vendes a enfermos y gente guay droga para que se lo pasen bien y luego se mueran por ponerse o por no poder ponerse, y acaben dependiendo de sus padres y de los servicios sociales. Droga que adulteras con cualquier cosa. Mercancía que compras a hijos de perra que trafican con carne y pistolas, sobornos y puterío de niñas negras. Pero Mr. Frankie, lúcido y decidido a morir no dice nada. Le deja hablar. Se libera también de él y de la droga. Hoy sí. Este será el último pase. Y si con este no se mata, le pedirá otro mañana y otro. Hasta que consiga reventar.

—Mucha prisa tienes tú.

—Me duele la cabeza. Dos veces.

—Dos veces ¿qué?

—Que te lo he dicho dos veces.

Mutante se ríe. Mr. Frankie se lo concede. Le mete un sorbo a la cerveza. Saca sus últimos billetes y los deja en la mesa. El *dealer* saca del bolsillo de la gabardina un voluminoso libro y se lo desliza por encima de la mesa. A Mr. Frankie le revienta toda aquella parafernalia pero entiende que cuando él se vaya de este mundo, traficar con heroína seguirá siendo un delito.

—¿Está bien?

—¿El libro?

Francis asiente.

—Sí, va de Alejandro Magno. Un tipo grande. Él iba el primero y todos le seguían. Hasta el fin del mundo. Literalmente, vamos. Te lo recomiendo.

Francis abre el libro. Lo hojea hasta llegar al punto de lectura que es la dosis pedida. Mueve sus ojos entre líneas que hablan de elefantes, ejércitos, amaneceres rojos y lanzas que atravesaron huesos y escudos.

—No tengo tiempo para leer, pero me quedo el punto.

—Como quieras.

—Invítame a la birra.

Francis se despereza. Los somníferos de Marisol no acaban de salir de su cuerpo por mucha meada y mucho café cargado.

—Oye, ten cuidado con eso.

—Sí, papá.

—Llevas tiempo fuera de juego.

—Fraccionaré. Compartiré.

—No te creo.

—Sé lo que hago. No perderás un cliente.

—Tú hace siglos que ya no eres cliente. Hacía meses que no sabía nada de ti, ¿recuerdas?

—Recuerdo.

—¿Por qué lo haces?

—¿El qué?

—Volver en plan duro.

—No sé. Quizás un poco como tú. Porque no sé hacer otra cosa. Meterme y joderlo todo. He descubierto que son mis dos únicas cualidades.

—Pero siempre acabas de pie. No te olvides de eso. Como Alejandro. Eso es un don. No lo desprecies.

Mutante remata el expreso que le queda por beberse mientras Francis hace el ademán de, ahora sí, marcharse.

—No hagas el gilipollas, Mr. Frankie. Fuiste grande, joder. Tocaste con Thunders, chaval. Aquel concierto fue tuyo. Bastante hacía él con mantenerse en pie y poner pucheritos.

—¿Estuviste allí?

—Claro. En Zeleste.

—En Màgic.

—Sí, es verdad, en el Màgic. Piénsalo. Él está muerto y tú tomándote birras con tu amigo traficante.

Siempre le confunde Mutante.

Supone Francis que para vender la muerte y no matar o robar pasta y droga debes caer simpático a todo dios, caer bien a Alejandro Magno y hacerte escuchar que eres el más guapo del barrio.

Debe de venir incluido en las instrucciones de uso del buen *dealer*, piensa.

—*Ciao*, Mutante

—*Ciao*, Francis.

Mientras se aleja, le sorprende que le haya llamado por su nombre y no Mr. Frankie. Este se mete en la primera boca de metro que encuentra. Salta el torno. El tren no tarda en llegar. Hay asientos libres. Cierra los ojos. Suficientes paradas para tratar de intentar no pensar en nada. A la media hora llega a su parada. Calle abajo como un robot. Va con algo de tiempo. Le retorna la ansiedad de telefonar a Liz para que le vuelva a tranquilizar pero se resiste. No quiere transmitirle su ansiedad. Llega a la Ciudad de la Justicia. Cola en los controles. Su abogado le espera en el sitio convenido. Esta vez no ha venido el sustituto sino el de gafas, el corredor, el tipo delgado. ¿Del Valle se llamaba? Se saludan. A su alrededor, letrados con toga, funcionarios y jueces atados a corbata y traje.

—¿Ha traído el comprobante del ingreso? —le espeta mientras no puede evitar la mala pinta que lleva su cliente, una camiseta arrugada y unos vaqueros ajados.

—No —contesta Francis, quien interpreta aquella mirada y recuerda cuán lejos está el robo del traje y el resto de todo aquello.

—¿Y eso?

—No he podido hacer ningún ingreso. Lo siento.

—Pero ¿trae algo de dinero en metálico para...?

—No.

—Con la consignación conseguíamos un atenuante que...

—Lo sé pero no ha podido ser.

—Bueno... Veremos qué podemos hacer. Si no se puede pagar, no se puede.

Se deslizan por las escaleras mecánicas hasta los pisos superiores. El letrado precede a Francis. El iPhone de José María del Valle suena y este contesta de inmediato. Agradece esa llamada porque le evita tener que hablar con su cliente, muy

distinto en actitud y semblante de aquel que hace algunos meses vino a su despacho, arrepentido y sumiso, lleno de las mejores intenciones.

Ya en planta, al fondo del pasillo, Francis ve a Carol. Azul, imponente y elegante como un iceberg. La única mujer que le dio dos hijos. La mujer que le ayudó, perdonó y esperó tantas veces. La mujer que le odió, que aún le sigue odiando con casi la misma intensidad con que le amó. La mujer a la que le debe un montón de pasta.

Mientras resuenan sus pasos en el suelo tiene una sensación extraña pero para nada desagradable. Siente que Carol y todo su odio y su resentimiento, la vieja culpabilidad y las eternas cuitas son como renglones que, desde anoche, se han ido borrando, como empapados en agua, de su cuaderno. No sabe por qué pero es así. Como si todo empezara a importar nada. Y, en cierto modo, ese desvanecerse es triste, sí, pero también liberador.

A Francis le quedan por delante dos o tres horas hasta la comida, si es que acepta que, en algún momento, deberá ingerir algo consistente. Todo ha sido cerveza, cigarrillos, café e ir picando tonterías a cualquier hora. Recuerda una bolsa de patatas pero no podría asegurar si fue hoy o ayer. Después de la hora de la comida le quedarán un par más hasta la cita con Víctor. Francis recibe una llamada. Es Dalmau. Se percata que no es la primera. También tiene un par del encargado de la mensajería.

—Joder, Francis.

—¿Qué pasa?

—De todo. El encargado o no te entendió o no se lo dijiste.

—Se lo dije.

—Lo tengo aquí. Al final lo hemos medio arreglado pero mejor te lo paso.

Francis apoya el móvil en el pecho. La tentación de colgar es máxima. ¿Por qué, en esos momentos de derrumbe absoluto, ha de perder el tiempo en esas estupideces? ¿Por Dalmau? No jodas. Cuando se vuelve a poner el teléfono en la oreja el encargado intenta saber si le está escuchando. Mr. Frankie quiere liquidar rapidito el tema.

—Te lo dije.

—¿No crees que me acordaría?

—Te llamé ayer y te dejé un mensaje en el contestador.

—Pero ¿por qué no me llamaste al móvil? Sabiendo lo de Ginés y cómo estamos en cuadro...

—Mira, no podía, ¿vale? Me busqué la vida y te envié a un buen tío, del barrio.

—Conozco al menda.

—Pues ya está. ¿Cuál es el problema?

—He tenido que cerrar el local y subirme a la furgoneta con tu amiguito. El envío era importante, joder. No voy a enviar a un novato que se me presenta a las ocho y media y me dice que se me lleva la furgoneta grande. ¿Y si tiene un accidente? ¿Qué pasa con el seguro? Mira, tú y yo hemos de hablar. El lunes...

—No pienso volver el lunes.

—Mejor.

Ambos cuelgan ante la imposibilidad de seguir hablándose. Dalmau mira de reojo al encargado mientras bordea la enésima calle del puerto antes de tomar la Ronda Litoral para ir a entregar aquel material industrial venido de Alemania con todos los

papeles en regla y la tripa trufada de localizadores y droga. El encargado —un chaval de veintipocos, tatuajes en los brazos, tupé rebelde, agraciado y camiseta de estampado *roller*— cierra el móvil y se lo devuelve a su dueño, quien lo guarda en el bolsillo de la camisa. Detrás de ellos está sentado, en los asientos laterales del vehículo, un tipo que les esperaba a la salida del control y que se ha identificado como de la empresa que espera el envío. Viste un mono con el logo de dicha empresa, de una talla menor a la que le correspondería, según le parece al encargado. Alopecia exhibida con el pelo peinado hacia atrás, unos labios carnosos y una nariz con unos orificios profundos como cuevas. El tipo no ha hablado mucho. Por el retrovisor Dalmau ve que tiene los ojos cerrados, tratando de echar una cabezadita. Los agujeros de la nariz por donde expele el aire le llaman la atención, captan los ojos de cualquiera, como un imán. El encargado mira por su ventana al exterior. Echa un vistazo al reloj de su móvil.

—En la ronda dale un poco de caña, por el amor de Dios, que no puedo tener cerrado el local también por la tarde.

—Ok.

Álex aprieta levemente el acelerador. No anda del todo seguro con la furgoneta. Hace años que no conducía una de esas. Pero es verdad que poco a poco le ha ido cogiendo el punto. El encargado no dice nada más durante unos minutos. Ese silencio lo rompe Dalmau:

—No soy un menda.

—Es una manera de hablar.

—Ya. Él me dijo que te lo había dicho.

—Va siempre a su puta bola.

—Es buen tío.

—Estoy harto de buenos tíos. Quiero gente que cumpla, joder, que me acabo comiendo yo todos los marrones.

—Yo estoy buscando trabajo.

—Él ahora también.

Esa no es la respuesta que esperaba Dalmau pero no importa. Si demuestra que puede llevar ese trasto y todo acaba bien y entregan a tiempo lo volverá a intentar más tarde o se pasará por la mensajería algún día del resto de la semana. El encargado le indica, pasados unos minutos, que tome la próxima salida. Lo hace. Una serie de curvas desembocan en un stop que les habilita en una vía de dos direcciones. Una serie de semáforos en rojo retrasa el trayecto. En esa tesitura parece lógico que el tipo de detrás despierte de su siesta y les recomiende una ruta alternativa.

—Pasado el próximo semáforo, hay un desvío. Cogedlo. Si seguimos por aquí entramos en el pueblo y nos retrasa mucho. El desvío va subiendo y lleva al otro lado. Parece más largo pero no lo es.

El encargado quiere objetar algo. Anda manejando el GPS pero sabe que tal y como ha ido todo y lo justos que van de tiempo, el cliente manda. Dalmau toma el desvío. Va subiendo por esa carretera flanqueada por una nueva vegetación, casi una arboleda, impensable un par de kilómetros atrás. No hay apenas tráfico. Curva a curva, reduce, acelera. Dalmau transpira bajo su camisa toda la responsabilidad de lo que lleva entre manos y se va saliendo con la suya. Ninguno de los otros dos se queja de su conducción. Perfecto.

—Recto.

La carretera, al otro lado del desnivel, empieza a bajar. Ya no parece un túnel entre árboles sino que se abre más, en una sucesión de caminos rurales que se pierden a uno y otro lado del asfalto. Casonas vacías con ventanucos tapiados que se suceden a centenares de metros unas de otras. Diez minutos después, el tipo les pide que en la siguiente entrada se detengan porque ha de mear, que ya no puede más. Aquello le suena raro al encargado. No están tan lejos de destino. En media hora podían estar allí. Trata de hacérselo entender. No hay manera.

—Para o me meo aquí. Es un minuto. Te prometo que me lavaré las manos.

Broma de matón, piensa el encargado ya abiertamente preocupado. Para Dalmau, sin embargo, es un alivio. Detener la furgoneta. Secarse las manos. Respirar hondo. Quizás hasta estirar las piernas.

Entra en el camino de tierra de ese desvío y detiene el motor a unos metros de donde vuelve a estar la vegetación, los primeros árboles que pueblan aquella vieja colina. Se abre la puerta lateral y se baja el tipo calvo con el objeto de orinar. Dalmau y el encargado se quedan en silencio. Para este último, cada minuto le acerca a la explosión del desastre o a la certeza de que ese miedo suyo ha sido injustificado, paranoico.

De repente, se abre la puerta del copiloto de la furgoneta. Un brazo tira con fuerza del encargado que, al seguir con el cinturón de seguridad, no puede acompañar la brusquedad del movimiento que le agarra. Una pistola se le ha colado entre las cejas. Con una mano se libera del cinturón. El brazo vuelve a tirar de él y sale fuera, rodando por la tierra. Allí, el de la vejiga tonta le inmoviliza y lo lleva hacia el interior del bosque mientras el que lo ha sacado a la fuerza del vehículo se sube al asiento que acaba de quedar libre y apunta a Dalmau con su arma.

—Ponla en marcha y sigue hasta aquel muro. Luego, me das las llaves y, cuando te avise, te bajas.

Dalmau obedece. Diez, veinte, treinta metros sobre la arenisca y los baches. El hombre que le está apuntado con la pistola trata de tranquilizarle con frases que ambos han oído mil veces antes.

—... no te pasará nada. Ni a ti ni a tu amigo.

El encargado está siendo atado a un árbol, con la boca tapada con un trapo y cinta

aislante. No le han golpeado. Solo le han zarandeado y empujado. Les jura que no llevan dinero, que el porte está ya pagado, que... La bofetada suena como una broma de payaso. El encargado calla. El matón se asegura que esté bien atado. Cuerdas de escalada. Apliques y cierres. Luego se aleja para poder ver cómo va el asunto con Dalmau.

Este se apea de la furgoneta donde un tercer asaltante le ha abierto la puerta y recibe las llaves del vehículo. El que estaba sentado a su lado también se ha apeado, haciéndose cargo de Dalmau. El otro asaltante, un tipo moreno, sudamericano, que no pronuncia palabra alguna, se sube a la furgoneta, la pone en marcha y vuelve a la carretera tomando la dirección contraria a la que llevaban en el momento que pararon.

Dalmau es agarrado por el brazo. Nota la presencia del revólver contra sus costillas, como el colmillo de una bestia que puede, que, de hecho, va a morderle sin razón ni lógica alguna. Basta con que el animal quiera. Álex trata de mantener la calma. No quiere que le maten. No quiere acabar así. Un chispazo le trae a la mente a Francis. Ese papel era suyo. Ese no era uno de sus trajes y ese destino no era el suyo sino el de su amigo. ¿Lo sabría él? ¿Estaba Mr. Frankie en esa historia? No podía creerlo pero, si fuera así, si le estaba utilizando, al menos Dalmau creía que aquello no iba a acabar en un disparo en la nuca. Podía estar equivocado con Francis pero no tanto. A menos que todo hubiera sido la puñetera buena suerte de Mr. Frankie. En ese caso todo podía pasar. Incluso que le mataran.

El tipo que habían recogido en el puerto viene hacia ellos. A Dalmau le tiemblan tanto las piernas que apenas puede caminar. Por eso entre los dos asaltantes le cogen por los brazos para internarse en el bosque.

Al bosque uno va a que le maten, ¿no?

Pero Álex no quiere morir. Quizás si hace un movimiento rápido y brusco y echa a correr y...

Lo intenta. Se suelta de uno de los asaltantes pero el otro está al quite y le da un cabezazo a un lado de la cara. Una luz amarilla le estalla como un fruto maduro dentro de la cabeza. El siguiente testarazo es en la nariz. Lo llevan a rastras. Uno de los matones decide que antes que atarlo al árbol será mejor quitarle los nervios. Pero no allí. Aunque hay apenas tráfico no dejan de estar cerca de una carretera. Por eso vuelven sobre sus pasos, arrastrando a Dalmau. Recorren el muro que deja paso a una reja metálica y se detienen junto a una construcción abandonada, una casa vieja con ventanas tapiadas, pintarrajeada con grafitis, esvásticas y consignas a la lucha en rojo.

—¿Te vas a quedar tranquilito, eh, idiota? ¿Verdad que sí?

Dalmau no contesta. Por eso lo arrojan contra la reja metálica. Uno y otro empiezan con los golpes. Un puño impacta en el ojo que ya está lastimado y que se le apaga por completo a Álex. Estómago, costado, otra vez cara. Las rodillas de Dalmau

se doblan y cae. Desde el suelo, las patadas. Álex trata de patear desde el suelo, a ciegas y alcanza un tobillo. Eso le anima. Solo quiere quitárselos de encima y salir a la carretera o esconderse en el bosque o cualquier cosa que le salve de las balas, de los golpes, de morir. El matón se duele de la patada. Ese momento es aprovechado por Dalmau para enderezarse y hundir el puño en la entrepierna del asaltante quien expulsa todo el aire que tenía en los pulmones. El otro trata de golpearle en la espalda con la pistola pero Álex se cubre con su compañero mordidiéndole en el hombro. Aquel tira hacia atrás, en una embestida violenta contra la verja metálica pero Dalmau no le suelta ni deja de morderle hasta que teme perder los dientes.

Dalmau da contra la verja y el asaltante que queda entre él y el que empuña la pistola se muestra jugueteón ahora al saberse dominador de la situación. A esa distancia puede matarle con facilidad. Lo saben los tres. Puede esperar que se mueva o puede que no. En eso, se oye el ruido de un motor que se acerca por la carretera. Dalmau y sus atacantes saben que aquello ha de resolverse ya mismo.

—¡Dispara, dispara, carajo!

Pero no lo va a hacer. Las órdenes eran nada de muertos. Un atraco que aparecerá en las últimas páginas de los periódicos. Un robo de material industrial y punto. Y aunque tiene ganas de descerrajarle un par de tiros a ese histérico, el pistolero no lo hará a menos que sea imprescindible.

Y ahora ese coche.

Dalmau ve en él su única oportunidad, así que empuja al matón que tiene cogido por la espalda y lo empuja contra el otro con la buena fortuna que la cabeza de uno golpea contra la nariz del otro y el dolor le da los segundos necesarios para ganar algo de ventaja y echar a correr hacia la carretera. El coche, blanco, está a punto de superar el lugar donde está él. Sale Álex gritando, con los brazos en alto. El vehículo pasa por su lado pero desde el principio Dalmau tiene la certeza de que no le verá ni escuchará sus chillidos: como tantas otras veces en su vida, Álex Dalmau ha resultado ser invisible.

Deja de correr. Al girarse, los tiene allí. Uno de ellos, el que tuvo aprisionado contra la verja metálica, se le abalanza furioso y con la pistola en la mano le golpea en la cabeza cerrando en negro su consciencia. Luego, Álex nota como sus pies son arrastrados para desandar el camino que pudo ser y no fue el de su salvación.

Francis ve cómo el chaval ya está esperándolo en el quiosco cerca de la parada de autobús de siempre. La caminata hasta allí por las calles y esquinas casi fantasmales del barrio ha hecho que Francis llegue un poco más tarde de la hora convenida. El chaval agita la mano al verle mientras exhibe una sonrisa digna de la ortodoncia de la que él aún no ha pagado su parte.

—Hola.

—Fuiste.

—Claro.

—Ella dijo que no irías, pero yo estaba seguro de que sí irías.

—Te lo prometí. —Un par de besos—. ¿Vamos a tomar una Coca-Cola? Te invito.

El chaval asiente. Francis le toma por el hombro y ambos se dirigen hacia el bar al que habitualmente van. Un local limpio y tranquilo con una dueña menuda y graciosa. Francis supo que debía acudir al juicio. Que era importante para el chaval. Unos pasos más allá, Víctor se descuelga la mochila y se detiene:

—Antes de que se me olvide...

No encuentra lo que busca en la mochila. La deja en el suelo y saca un cedé.

—Te he grabado cosas que creo te van a gustar. Música de ahora pero así como viejuna.

Francis se emociona. El chaval lo nota, ve las lágrimas asomar a los ojos de su padre pero disimula. Francis le da las gracias. Lo abraza con fuerza. Promete escucharlo, aunque no tiene reproductor de cedé, sino solo el casete del coche del abuelo.

—La primera te encantará. Fijo que sí. ¿Quieres escucharla ahora? Yo también la llevo en el móvil.

Francis asiente. Se sientan en un banco, a la sombra de uno de los árboles municipales y desangelados de la plaza Castellana. Víctor despliega los auriculares. Coloca uno en su oído y el otro en el de su padre. Francis percibe el olor a sudor y juventud de su hijo, profundo y narcótico.

—¿Cómo se llama?

—¿La canción?

—Sí.

—«Live and die». Ellos son americanos. Se llaman The Avett Brothers. Vas a

flipar.

Y empieza a sonar. Para él y su hijo. Solo. Para nadie más. La canción le llega de inmediato, con banjo, violín, acústicas, voces emplastadas y agudas, cálidas y cercanas, los Beatles tocando al sol...

—Son buenísimos.

—Sabía que te iban a gustar. ¿Tienes tu móvil? Déjame el tuyo y la paso del mío al tuyo.

Francis quiere saborear ese momento como un tesoro que pudiera meterse bajo la piel y no perderlo nunca. El sol acariciándoles, cerca el uno del otro, y la música creando de nuevo, pero por vez primera entre ellos, una burbuja fuera del tiempo. Todo resulta suspendido diez, cien metros sobre el suelo, maravilloso, hermoso, armónico hasta que, por azar, Francis deposita la palma de su mano sobre la pierna y nota en el bolsillo de su pantalón un punto de libro relleno de heroína. Y con ello la visión de doña Imma —que de hecho no desaparece nunca del todo de detrás de los ojos— pudriéndose en el suelo de su casa. De repente, se le llena a Francis la boca de arena y todo se oscurece radicalmente. La vida esta vez le matará. No queda sitio para la esperanza. Johnny Rotten vuelve a su cabeza, esta vez sin ser ninguna mueca sarcástica, apenas un dedo enhiesto.

La canción acaba.

Víctor le pregunta qué tal pero Francis ya no está ahí.

Sonríe ausente porque siente como si se hubiera visto desplazado al fondo del mar, como si no pudiera subir hasta la superficie desde su vientre, con toneladas de agua encima sin ni tan siquiera poder abrir la boca para gritar o ahogarse.

También piensa, sin razón alguna, en Óscar, el pequeño.

—¿Qué te pasa, papá?

—¿Qué edad tiene tu hermano?

Francis no ha tomado ninguna decisión respecto de lo planteado la noche pasada por Marisol. No lo ha hecho porque su cabeza no ha vuelto a detenerse sobre ello. Simplemente. Cuando se lo dijo, primero pensó que era una estupidez, una locura. Luego se sintió obligado por el chantaje que le planteaba la mujer. Y más tarde pensó que le vendría bien algo de dinero y que no había mañana para él, por lo que quizás podría alargar la última jugada, tratar de ganar al resto todo lo que había perdido en los últimos días. Pero lo cierto es que, mientras transcurría la tarde no había vuelto a pensar en ello. No pensaba volver por casa de su padre. De hecho, se había llevado su bolsa —la misma con la que llegó hace unos meses— y casi con sus mismas cosas. Todo eso estaba en el maletero del Seat. No, no había tomado ninguna decisión hasta ahora. Xavi le ha telefoneado demasiadas veces. Por eso él ha hecho lo propio con Dalmau y no ha contestado nadie después de los tres primeros timbrazos, pero tras el cuarto lo ha hecho alguien del personal del hospital Vall d'Hebron. Le han preguntado si era familia suya. Si conocía a Álex. Si sabía el teléfono de algún familiar cercano. Francis ha contestado a todo ello y ha hecho, a su vez, sus preguntas. La única que le han querido responder es que Álex estaba vivo. Grave, inconsciente pero vivo.

—¿Qué ha pasado?

Francis no había tomado una decisión respecto de lo de Marisol hasta que cuelga el móvil y echa a andar su paranoia. Unas bolas magnéticas atraen a otras hacia sí y sabe, sin cómo ni porqué, que Álex está en el hospital por haberse disfrazado de él. Y que ahora entiende por qué le cambiaron de puesto de trabajo. Y aquella visita y el cambio de actitud de Xavi. Y el contrato con don Damián. Y aquella historia que la otra noche a raíz de una canción de los Pixies, le volvió a aparecer en la cabeza, la del rey David llevando a Urías al frente para que le maten. Él no tenía mujer a la que deseaban. Él solo era la pieza perfecta en una partida simple que ni sabe ni entiende pero que tampoco importa ya. Lo único esencial es que Xavi y don Damián le pusieron en el tablero para que acabara en la cama que ahora está ocupando Dalmau. Eso le decide a volver a casa de su padre. Hablar con Marisol. Hacer algo con aquella rabia y aquella desesperación que siente dentro. En esta ocasión no se quedará quieto. No se esconderá. No hará como que no importa.

Se lo habían montado de puta madre.

En eso Xavi no está de acuerdo. Aunque ha ido recibiendo los mensajes previstos,

que vino a significar que para ellos la operación se había desarrollado según lo previsto, Xavi vive con la certeza de que todo está descontrolado, como una de esas bolas locas del millón de la que nunca sabes contra qué se va a romper la cabezota. Los colombianos tenían su plan de ruta y eso había funcionado. El retraso en el puerto entraba dentro de lo calculado. Supone que las vías de acceso para la entrega fueron las acordadas porque el robo se hizo sin testigos. Había dos miembros de la mensajería y eso generó algún contratiempo. Luego le acabaron pasando la llamada del encargado a don Damián y quedó informado de lo que había pasado. Que Francis no se había presentado y había enviado a un amigo suyo que había recibido una paliza que lo tenía inconsciente. Unos segundos después ya sabía que era Dalmau ese amigo. A él no le habían hecho nada. Solo el miedo y las horas hasta que los han descubierto. Solo eso. No era poco.

El encantador Francis siempre repartiendo felicidad.

Por fortuna para los que pagan, aquello ha ido moderadamente bien. Pero Xavi sabe que no es así. Ni mucho menos. Porque él no quería ni un solo problema. Ni para él ni para don Damián, al que tanto le había costado conseguir que confiara en él. Y una manera de evitar los problemas era que cuando la policía metiera la nariz en todo aquello, la cosa quedara en un robo, extraño, si se quiere, de material industrial, que diera lugar a una investigación que sería lo profunda y ambiciosa que los recortes en pagas y medios permitieran. Y para evitar que a la policía se le removieran sus peores jugos gástricos, todo tenía que ser normal. La empresa de transporte debía estar fuera de toda sospecha, entendiéndose que las participaciones del viejo podían no ser ni investigadas. Y el conductor debía ser un empleado de la misma. Y, a poder ser, que ese empleado fuera un extoxicómano, con poco tiempo en la empresa. Alguien a quien una oferta de dinero rápido y fácil no le podía pasar por delante sin pringarse los dedos. En cuanto los Mossos cayeran en la casilla llamada Francis se iban a quedar para siempre. Tampoco debían ir mucho más lejos porque nadie sabía nada: ni el personal de la agencia de transporte ni los datos facilitados del envío eran susceptibles de sospecha.

Pero eso no ha pasado. El tipo que llevaba la furgoneta no era empleado de la empresa. Los dos que hacían los repartos, uno se había quedado en casa por consejo indirecto de Xavi en forma de rotura de dedos en una, al parecer, pelea absurda en un local también absurdo. La baja médica era impecable. La única buena noticia del plan que debía controlar Xavi. Pero el resto era peor. El segundo tipo, Francis, no se había presentado. En su lugar había enviado al tarado ese que sin ser de la familia de don Damián le había hecho trabajillos de vigilancia en el Heron City y otros centros comerciales, y en la venta de ropa en el mercadillo de Casas Baratas. Ese mismo que ahora está en el hospital con una somanta de palos. Y además, el imbécil del drogote del hermanastro de Marisol va y llama a la oficina para decir que no piensa volver,

que se despide, que ya no quiere currar más. Eso es lo que se encontrará la policía si husmea. Una trama chapucera con más agujeros que un colador.

Es decir, mientras enfila su coche hacia el bingo, Xavi debe reconocer que todo había ido bien excepto la parte que dependía de él. Genial. El asunto es si Damián estará al tanto o no. Es probable que no, porque el viejo vive en el limbo desde lo de Marisol, cada vez más encerrado en su mundo de coñac y películas antiguas, protegido por Timón y sus mamporreros. Va hacia el bingo sabiendo que, casi con toda seguridad, don Damián no estará. Como estaba planeado, está en Portugal. Cuando pasan cosas, el viejo anda siempre comprando paños y gallos de terracota. Pero Xavi ya no se fía de nadie. Ni de él mismo. El teléfono no lo coge nadie. Ni el viejo ni ya el encargado de la mensajería ni Francis ni los que han de pagar la chapuza.

Vuelve a intentar todas esas llamadas desde el móvil de prepago con el que ha llevado todo aquello. Nada. En el bingo, los saludos de rigor, el despacho cerrado y todo el mundo cantándole el mismo fado. También Timón, menos venido arriba que las últimas veces. Sale Xavi a la calle y se coloca un cigarro en la boca. Lo prende con la llama del Zippo e inhala aire y nicotina como si algo de eso le fuera a tranquilizar. En realidad, todo aquello le vino grande desde el principio. Él no es uno de esos tipos que sepa delegar cosas, planificar, tenerlo controlado todo. Más vale que le sirva de lección si sale con el culo seco de aquello. ¿Qué le hizo picar en aquel pastel? ¿La ambición? ¿El tedio? ¿Marisol? ¿Qué más da a estas alturas?

Ya volverá a llamar más tarde tanto a don Damián como a Francis. En el fondo, si contestaran todo sería peor, no se solucionaría nada sino que, muy al contrario, iría barranco abajo. Pero sí llama a los que pagan, y ellos sí le atienden. Descuelgan, no dicen nada pero Xavi sabe que están ahí. Cuando hablan su voz suena distorsionada, difícil de rastrear a base de filtros:

—Hola.

—*Happy Christmas, man.*

—Todo bien, ¿no?

—¿Qué quieres?

—¿Cómo cerramos lo nuestro?

—Deberías hablar con tu jefe.

—¿Qué jefe?

—No sé. ¿Cuántos jefes tienes tú?

—En esto, ninguno.

—Mira, no es asunto nuestro, pero creo que sí tienes jefe.

Le cuelga.

Damián, el viejo pirata.

¿Cómo pudo puentearle y acceder a los colombianos don Damián?

Lo infravaloró. No tuvo los ojos puestos en todos los sitios y ahora entiende algunas cosas y se avergüenza de otras. No tiene pruebas de nada pero la actitud de Freddie, su peso ganado desde hace meses. Freddie es colombiano. Es una posibilidad. Algo más para un adicto a la conspiración que nunca sabe ver, como es el caso de Xavi.

Freddie, Damián, hijos de perra.

Está tan furioso que no ve nada a su alrededor. Tampoco que ha anochecido, ni que el cigarro se le está consumiendo entre los dedos. Maldice en medio de la calle como un borracho loco. Su primer impulso es volver al bingo, apalancar a Timón entre dos esquinas, meterle la pipa en el culo y soltarle el enema que necesita. Eso estaría bien pero podría generar que los colombianos lo vieran como una fiera descontrolada y fueran a por él. Por lo tanto, ahora más que nunca, debe pensar con claridad. Hay un dinero que es suyo. Ha de cobrarlo. Que se lo adelante el viejo y acto seguido pillá el coche y se larga de esta ciudad. Quizás con la pasta en el bolsillo sí que se desahogue con el colombiano. Ya lo decidirá. Mucho más dulce la venganza con dinero fresco. Porque si después de todo se mete en un lío a precio cero, la cara de tonto no se le va a quitar en lo que le reste de vida.

Comprueba que lleva más de trescientos euros en la cartera, dos Visas y la pipa en el trasfondo falso de la rueda de recambio. Se sube al coche. En la primera estación de servicio que encuentra, pone a rebosar el depósito y se compra un paquete de chicles que aseguran llevan a un orgasmo de cítricos y un par de cedés de éxitos idiotas del último o el próximo verano porque hay una canción que sale en un anuncio que le gusta y de la que Marisol le dijo el título que aún recuerda. También un Monster helado. Se lo toma al salir de la cabina de la gasolinera mientras un operario le pone el combustible. No sabe cuánto tiempo tardarán en prohibir esa bebida, joder. Espera que aún se lo piensen un poco más. Siempre le ha encantado el olor a gasolina. También ese cielo cuando aún se resiste a pintarse de negro. No tiene ni idea de cuánto se tarda de Barcelona a Lisboa pero deben ser horas y horas de carretera. Dormirá en cualquier hotel Fórmula 1. Busca la canción de los gorgoritos de la negra y todo encaja. Un hombre enamorado de una canción que le recuerda a una mujer que ya no está. Que por primera vez añora a esa mujer como si estuviera muerta. Un dolor como una piedra gigantesca en el pecho. Un coche a tope de gasolina y rabia. Una pistola que canjear por dinero. Y la noche que lo cubre todo. Xavi sabe que hay trozos de eternidad como ese, en el que uno es solo uno y distinto a todos los hombres de la Tierra y hace cosas que solo puede hacer él y, si existe Dios o los marcianos y miran hacia abajo, se fijarían en un individuo que está conduciendo su Volvo como si el mundo fuera una pista de hielo y él un hombre atado a una misión, con una mujer quemada encerrada en una canción.

Detrás de los ojos de don Damián se ha instalado una neblina y puede que sepa o no la razón pero de ningún modo va a escuchársela decir. Una nube negra que le retrotrae a aquella muerte en vida de hace diez, quince años atrás. En aquella ocasión la depresión le cogió por sorpresa. Cuando se quiso dar cuenta la bestia había roído todas las patas del entarimado y solo pudo caer y caer hasta que la medicación, la avaricia, el sexo, el alcohol y el mismo dolor le hicieron llegar al fondo, levantarse y seguir andando pero ya por otro sendero. A partir de ese momento supo que podía y que debía tener miedo a esa bicha, a ese lugar feo y oscuro. Eso te cambia. Cuando salga de esta será menos de ese trozo que quedó aquella vez. Se siente derrengado. Como si de repente hubiera descubierto que la muerte no haría una excepción con él. En los últimos meses, su madre y su padre, el abuelo Eusebio, la abuela Maravillas, le vienen a visitar, se pasean por aquí, no dicen nada. Solo deambulan en su particular Santa Compañía. Vienen para recordar que están muertos y que él es huérfano, que está solo, que es viejo, que está gordo, que también ha de morir.

Ahora lo ve. Era Marisol quien le sostenía en pie. Primero su carne, su amor, su calentarle cama y piel. Luego, le sostuvo el no saber qué se hacía, si le engañaba o era su paranoia, cómo trataba de despistarle, de compensarle de algún modo la traición. Confiaba en ella. Confiaba en Xavi. Confiaba en ellos. No confiaba en nadie, joder pero eran sus muletas, su nexo con lo vivo. Aún a veces le asalta la duda de si eran ciertas sus sospechas. Pero lo que don Damián había aprendido es que, una vez se instala el gusano de la desconfianza, de los celos, la luz cambia, las palabras, todas ellas, se tornan trampas y cuchillos y nada se puede hacer para no saber que ese es el veneno que te irá quitando el aliento como si vivieras dentro de un puño que alguien va cerrando inexorablemente.

Ya no será de nadie aquella mujer. No ha tenido el valor de verla, de saber, de fingir normalidad o crueldad. La ha borrado. Mentira. Digamos que ha tratado de hacerlo. Pero aún sigue ahí, tras la neblina, detrás de la cuenca de sus ojos, destilando alquitrán sobre su corazón hasta anegarlo por completo, mientras fragmentos de los recuerdos de su piel aún se mantienen, entre sus dedos, dormida o corriéndose, en su cama.

Pero no puede ser eso lo que le ha dejado hoy así.

No solo eso.

No puede permitirse que sea eso.

Tampoco los fantasmas que le hacen sentirse gordo, viejo, huérfano.

Quizás esta noche solo haya sido John Wayne.

Con su gorra y su ropa de pana y su no querer volver a boxear y su pelirroja con la que, al besarla, se convocan tormentas, se abren de par en par puertas de casas en ruinas y dotes por dar, cervezas y peleas por todo el pueblo, como una manera de luchar por ella, de mirar a la cara, de ser honrado con lo esencial que hay debajo de las cosas ciertas.

Maldita película.

Irlanda le recuerda mucho a su Galicia llena de ánimas en pena y bosques encantados, costas salvajes y cazos de leche caliente.

Y aquella noche le encantaría, como le suele pasar la mayor parte de las veces, jugar a ser el protagonista de la película que está viendo.

Ser como, ser John Wayne.

Merecedor del amor y de la pasión de una pelirroja.

Ser un boxeador limpio. De los que no amañan una pelea. Aquellos que solo saben ganar de una manera: de frente, sin guantes ni trampas.

Por el contrario, Wayne le mira y le hace saber que le desprecia.

Le espeta que no es de los suyos.

Que no hay redención para él.

Tampoco amor o amistad, ni tan siquiera buena vecindad.

Que busque en otras películas pero no en las suyas.

Y sabe muy bien por qué.

El cine se ha acabado para él, ahora lo sabe.

Y ahora sí que está hundido.

Su alma anda pudriéndose a causa de una metástasis imparable.

Y de repente John Wayne y Steve McQueen y Paul Newman y la abuela Maravillas y su padre y su madre y todos ellos acuden para decirle: eres viejo, gordo, huérfano y cuando hablamos de nosotros nunca más nos referiremos a ti.

Y él les suelta que se vayan a tomar por saco. Que las películas son todo mentiras que se cuentan los perdedores en compensación por la vida que les lleva abajo y más abajo, empujándoles hacia la tumba, hasta que no pueden moverse ni respirar.

Don Damián sabe que es verdad pero eso tampoco quiere oírlo porque quizás las películas vuelvan otro día a reconciliarse con él.

Volverán. Ya ha pasado otras veces.

Don Damián busca el vaso pero en él ya no queda whisky y la botella está lejos y quizás luego se levante a por ella pero no ahora porque está desvalido sin la complicidad de John Wayne y aquella película hecha de actores ya muertos, directores muertos, cámaras muertos, maquilladores, modistas, electricistas, guionistas muertos. Todos muertos. Como él, también muerto sin saberlo. Y los

muertos últimamente vuelven a recordarle aquello de que es un niño viejo, gordo y huérfano. Te puedes esconder de los vivos, de sus ojos pero no de los muertos, de las cuencas vacías y de las viejas películas.

—Sigue adelante. En esa calle lateral no hay luz. Mejor aparca allá.

«Deja de dar órdenes», piensa Francis aunque lo cierto es que calla y obedece. Tiene el ánimo alterado, sin capacidad de decisión. Le tienta meterse algo. Un poquito. Estaría bien. La noche es asfixiante, el estío parece haber llegado con prisas de ahogarlo todo en la primera oportunidad que ha tenido.

Ha sido agria pero ya no violenta la última discusión con su padre. No tanto por el hecho sino por el tono, por la traición que existía detrás de llegar a casa y encontrarse a Marisol con su maleta hecha y Francis decidido a liquidar la cuestión con las mínimas explicaciones posibles. Paco supo que no podía impedirlo. Del mismo modo, Francis y probablemente Marisol no tuvieron claro si el viejo se rendiría o no los próximos días. Paco, eso sí, amagó con interponerse entre ellos y el pasillo pero la escena le lanzó a la cara que era un anciano de piernas temblorosas y Francis alguien que le doblaba en envergadura y con pocas ganas de argumentar una decisión que no era suya, sino de aquella fiera de ojos brillantes que permanecía detrás de él. Paco estuvo tentado de echarle en cara todo lo que había hecho por uno y otro pero no lo hizo. La anterior pelea entre ellos y lo que se había puesto sobre el tapete bloqueaba a uno y otro. Ambos lo sabían, así que, al final, el viejo se apartó. Al pasar, Marisol le clavó los ojos hasta que se le heló la sangre. Porque la mujer supo casi con toda seguridad que el viejo había conseguido reescribir todo aquello. Por eso al viejo no le costó aguantarle la mirada y decirle que se cuidara. Ella no contestó. No hubiera podido hacerlo. Casi se sintió desagradecida. Casi se planteó si se lo había inventado, lo había exagerado o se había mentado todos estos años.

Ya en la puerta, Paco se dirigió con dureza a Francis:

—Una cosa más: ¿hará dos noches cogiste el coche?

—No.

—Esta mañana se han presentado unos urbanos preguntando por el coche. Lo hemos ido a buscar al descampado y allí no estaba.

—No te acordarás dónde lo dejaste —siguió mintiendo Francis mientras Marisol esperaba fuera, en el rellano—. No sé nada de tu coche.

Francis siente como si estuviera en una habitación de esas que aparecen en antiguos tebeos y películas de aventuras en la que paredes, techo y suelo se acercan hacia el centro con el único objetivo de aplastarte dentro. Todo iba a acabar mal y acabar mal era hacerlo antes de que fuera él quien decidiera cómo acabarlo. Intentando pagar deudas. Ahora con Marisol. Antes con su hijo.

—Es esa casa.

Francis apaga la música. Suspira. Han tenido suerte con controles y demás. Se gira hacia Marisol. La chica trata de disimular que le cuesta agudizar la vista en noche cerrada. Se han despistado en un par de desvíos por fiarse de ella. El lado de la cara que tiene al alcance de su mirada Francis es el que salió ileso del ácido. Es por ello que en teoría debería ser tan hermoso como era antes. Pero no es así. El sufrimiento, la medicación y la ausencia de sol y aire no enrarecido le han restado brillo, lo han apagado hasta hacerlo ceniciento.

—¿Vamos?

—Vamos. Acabemos con esto.

Salen del automóvil. Francis lleva consigo un par de bolsas grandes de plástico. Cierra el coche. Se obliga a recordar en qué bolsillo del pantalón acaba de guardar las llaves. En cuanto acaben allí, solo con un poquito más de suerte, dejará a Marisol y su dinero en casa de Mayka y el resto de la historia lo escribirá él solo. Insonoriza el móvil. Cohetes revientan en haces de luz en el cielo, anuncio de la verbena de mañana.

Marisol conserva las llaves del exterior. La verja se abre. Acude un perro primero. Luego otro. Francis se tensa. Perros guardianes. En un recinto privado, cerrado. Igual llevan días sin ver a nadie, con apenas comida. Perros aislados, enloquecidos por la soledad. Pero, Marisol, da un paso adelante, los llama por el nombre, se arrodilla, los mira a los ojos y los canes se acercan y reconocen. Uno de ellos, se separa de la mujer y husmea los pantalones de Francis que está inmóvil y expectante. El perro regresa con Marisol a la que se le caen lágrimas como goterones, que más que derramarlos se los hubiera dibujado en las mejillas. Después de lo vivido era agradable estar con seres que saben olerle el alma. Que para ellos en lo sustancial ella no ha cambiado.

—La llave de la entrada a la torre está debajo de esa maceta. Cógela.

Así lo hace Francis. Cuando introduce la llave en la cerradura, uno de los perros gruñe. Mr. Frankie supone que es por el intruso. A mano izquierda, distingue la superficie negra de una piscina.

Los perros se quedan fuera cuando Marisol y él entran. Hay un televisor encendido arriba. Francis mira a la chica con los ojos saltándose de las órbitas. Ella finge no ver ni oír y sube las escaleras que llevan al primer piso. Mr. Frankie busca algo a su alrededor. Coge lo más cercano a un arma que hay por allí: un paraguas.

Marisol no titubea. Mr. Frankie, sí. Pasos amortiguados en la escalera. Sensación de estar dentro de una escena de una película de terror. Una de esas en la que todo el mundo sabe qué se va a encontrar en lo alto de la escalera, allá donde suena un televisor que debiera no estar sonando, en una estancia con una luz encendida que debiera estar apagada, en una casa que debiera estar deshabitada y no lo está. Y es que es obvio que no lo está. ¿Por qué siguen entonces? ¿Por qué no abortan aquella estúpida idea, se dan la vuelta y se largan? ¿Por qué no lo hace él, ya que si la pirada de Marisol quiere seguir adelante con este robo que tiene mucho de venganza, de plan loco, de inmólación, de acabar con todo, que lo haga y se hunda ella solita...? ¿Por qué no trata de convencerla? ¿Por qué lleva un paraguas y se ha sentido aliviado cuando ha notado en la palma sudada de su mano la punta metálica del mismo? ¿Qué lleva a alguien a seguir adelante en una pesadilla hasta el final del pasillo como en la casa familiar, donde moribunda estaba agonizando su madre y siempre se decía que no le costaba nada despedirse al marcharse o ir a saludarla porque sí, hacerle quizás algo de compañía? Pero nunca lo hizo. Nunca encontraba el momento. Quizás fuera que no quería verla así: calva, hinchada, como una ballena varada, esperando a que el aire dejase de llegar a sus pulmones o que el cáncer se la comiera de una vez por dentro y la cáscara se quebrara en silencio, sin avisar a nadie. Piensa Francis en todo eso mientras sigue a la chica, con un paraguas en la mano, subiendo aquellas escaleras, en busca de un dinero que él no va a necesitar y que, probablemente no esté allá donde lo van a ir a buscar.

Marisol llega al piso superior. Mr. Frankie unos instantes después. Don Damián está derrumbado en el sofá. Un vaso bajo con algo de licor reposa sobre su barriga en un equilibrio casi imposible. Ronca. Resuella. El televisor está en una de esas cadenas en la que, a esas horas, muestran cualquier cosa que se pueda vender. Marisol indica a Francis que haga el menor ruido posible. Mr. Frankie no piensa ni moverse. Hay una luz de pie y unas velas encendidas y otras consumidas encima de la chimenea que con su titilar generan una sensación onírica a toda aquella estancia que apesta a tabaco, a cerrado, a alcohol y a restos de comida en platos que, a buen seguro, se encontrarán en el suelo, entre los cojines, en cualquier lado.

Marisol entra, decidida, en el dormitorio. Resuella la chica, una respiración ahogada, casi un pitido que trata de ocultar a Francis. Este, de pie, cerca de las escaleras, aprieta el puño del paraguas en la mano y trata casi de no pestañear para

observar el sueño de don Damián. Aquello ya no le parece una película de terror. Es como si Hansel y Gretel acudiesen no a la casa de la bruja sino, confundiendo dos cuentos, al castillo de un ogro saciado y cruel. En esas historias, el gigante encantado suele desperezarse y enfurecerse cuando los niños están a punto de escapar. Entonces les sigue con sus zapatones y su ira y sus gritos tremendos, aterradores, ladera abajo hasta el pueblo o un río o un árbol de semillas mágicas que conectan un mundo bueno con un mundo malo. El problema es que ni Marisol ni él tienen acceso a ese otro mundo benévolo, sino a puertas y más puertas que conectan a estancias de un mundo cada vez más cruel e inhóspito, lleno de rincones fríos y húmedos, pequeños trozos de algo que pudo ser bueno pero que, en un momento dado, fue rasgado y embrutecido.

Marisol encuentra los billetes que esperaba en cajones y mesillas. Mil, dos mil euros. No mucho. Menos de lo esperado. Cruza el comedor hacia la cocina. Al hacerlo, da un golpe a Francis para que espabile y eche un vistazo al mueble bar, a algunos de los cajones del mueble en el que está incrustada la tele de plasma como un ojo vigilante y eterno. Francis obedece sin dejar de vigilar a Damián, que sigue a lo suyo, de un modo, que sin saber por qué le resulta sospechoso. Algo así como que si él debiera fingir estar dormido respiraría con ese ritmo y emitiría esos mismos ronquidos. En el mueble bar, dentro de un copón inmenso, encuentra billetes enrollados con una goma. En los cajones, nada. Marisol en la cocina ha tenido más suerte. Entre los dos habrán encontrado no mucho más de tres mil euros. A ella le resulta insuficiente, casi como si no hubieran encontrado nada.

—Habrás limpiado hace nada. La suerte que tengo siempre, joder.

La mujer se sube al sofá en el que dormita el viejo. A esas alturas, Francis ya sabe que Damián está jugueteando con ellos. O dejándose robar. Ver hasta dónde son capaces de llegar. Francis mira en derredor suyo para localizar qué puede, llegado el caso, agarrar para solventar una salida precipitada cuando el ogro despierte. Poca cosa. Quizás ese trofeo de un torneo de billar o la propia lámpara. Marisol desplaza y descuelga el cuadro de una lámina enmarcada de Murillo y se lo entrega a Francis. Trata de abrir una caja de caudales, no muy grande. Pero no acierta con la combinación. Aquel tipo la ha cambiado. Se siente agotada. Ha de sentarse en cuanto pueda. El viejo sabía que podía pasar lo que estaba sucediendo. Hace calor. Mucho. Pero el sudor de Francis es helado y se le pega al cuerpo. Piensa —de una manera estúpida— en la piscina que ha visto abajo, llena de agua negra, a buen seguro sucia y estancada y siente un deseo irrenunciable de meterse en sus aguas, limpiarse del todo aquella costra que le cubre el cuerpo y el alma desde hace tanto, tanto tiempo. Desde otro mundo ve cómo Marisol maldice y se baja del sofá.

—Descanso un poquito y le despertamos. Esto es nada. Que abra la caja. Que nos dé lo que necesito.

—Mejor vámonos. Ya sacaremos más pasta de otro sitio. Igual en el bingo.

—No, zarandéale. Despiértale. Que me mire a la cara y que me dé lo que es mío. ¡Venga! O lo haces tú o lo hago yo.

—¡Me cago en tu puta madre! ¡Estás loca!

Francis se coloca frente al viejo y, con el paraguas, pretende pincharle la barriga para que despierte. Cree que si la manera de hacerlo es amable, la actitud del viejo también lo será. Que se apiade de Marisol. Esa es la clave. Le coge el vaso que aún surfea sobre la panza del viejo. Piensa en tirarle el magro contenido de algo que podría ser coñac que le queda pero eso no estaría bien. Suena ridículo. Entrar en su casa y robarle, sí. Lanzarle licor a la cara, no. Primero, la punta del paraguas.

Entre el sofá y la pared hay una bolsa de deporte. Francis la ve pero no dice nada a Marisol. Igual solo es eso. Una bolsa con ropa sucia, por ejemplo. O más peliculero: una bolsa con dinero. Con una pistola encima. Quién sabe. Pero le parece casi obvio que se trata de un sitio que Damián podría vigilar. Y uno no vigila tanto un montón de calzoncillos sucios. Con la punta del paraguas trata de abrirla pero la cremallera está cerrada. Si consiguiera engarzar la arandela del abridor con la punta del metal.

¡Blam!

Apenas puede saber qué ha sido. Un golpe. Seco. Duro. Como si a una pared le hubiera dado por crecer justo al lado de su cara. Sin avisar. Todo eso indica muchas cosas. Que, efectivamente, el viejo estaba al quite. Que tenía uno de sus bastones escondido entre los cojines y que lo ha blandido hasta darle en el cuello, en la oreja que ahora le sangra y le escuece como si se la hubiera mordido una bestia. Marisol grita. En la tele, vocecitas y sintetizador de saldos. El viejo sigue sentado, cimbreando el bastón en la mano, señalándole como en una competición de esgrima en la que Francis ha sido eliminado nada más empezar.

—¡Quieto, viejo, quieto! —le grita Marisol.

—Puedo mataros a palos. No sería la primera vez. A los dos. Habéis entrado en mi casa. Estáis robándome. Hijos de puta.

—Vengo a por lo mío.

—Tú ya perdiste mucho antes lo tuyo.

—¿Por qué? ¡¿Por esto?! —le indica Marisol, poniéndose entre ambos, enseñándole la cara quemada, el cuello—. ¿Porque ya no te me quieres follar? ¡Es por eso!

—Ya lo sabes. Tú te fuiste comiendo las pollas que elegiste. Y una de ellas estaba amarga. No querrás oírlo pero esa es la verdad y lo sabes mejor que yo.

—Hijo de perra.

Mr. Frankie está encorvado, esperando que se le pase el dolor que se le abre en círculos y más círculos dentro de la cabeza. Se palpa y nota algo que no le gusta. Quizás se le ha desprendido parte de la oreja. Debería ir al hospital a que le den unos

puntos.

—Idos con lo que habéis cogido. Arréglate la cara y largaos los dos de esta ciudad. Hoy estoy generoso.

—Es una basura y lo sabes. Me debes más.

—No te debo nada, puta.

—Sí.

—Nada, y lo sabes.

—Ahora lo entiendo. «Tú ya perdiste mucho antes lo tuyo». No te referirás a lo que yo creo, ¿verdad?

—Largo.

—Te refieres a que ya había perdido cuando me quemaron.

—Fuera —asevera el viejo mientras trata de enderezarse. Lo consigue.

Detrás de él, entre los pies aún tiene la bolsa. Una bolsa que ha cobrado más interés para Mr. Frankie desde hace unos momentos. También se ha percatado de ello Marisol:

—¿Qué hay en la bolsa, gordo?

—¿Gordo? Mírate. Eres un monstruo, niña. Nadie te echaría un polvo ni pagando. Y no tienes dinero ni protección. Solo el tarado ese que tienes por hermano, hijo del mismo que se te follaba de niña y que ahora te cambia las braguitas de mayor. Yo fui tu cornudo pero hasta eso has perdido. Mátate. Si quieres, te digo cómo o te dejo una pistola para que acabes con dignidad todo esto.

Francis quiere acercarse a la bolsa de deporte. Damián trata de golpearle pero, en esta ocasión, Mr. Frankie está preparado y detiene el golpe con el paraguas. Allí están como en las viejas películas de Errol Flynn, se dice Damián. No todo está perdido para él. Aún le queda cine a su lado. Marisol se ha quedado sin palabras. También Francis. Es Damián quien dice algo.

—En la cocina, en un tupper hay dos mil euros. Cógelos y lárgate, basura. Y tú, llévate tu trozo de oreja. No me la quiero encontrar mañana cuando me levante.

Ambos van hacia la cocina. Francis se queda en la puerta, vigilante, pero Damián no les sigue. Extrañamente, coge el mando a distancia y va cambiando de canal. El volumen está alto. Francis piensa en los perros locos de fuera, en si habrán ladrado, en si habrán escuchado todo ese follón entre los estruendos de los petardos de la inminente verbena. Marisol sale con un trapo de cocina y una bolsa de guisantes y se los pasa a Francis, quien se los coloca como puede a la altura de la oreja. Nota enseguida el alivio. Aquella bolsa de deporte, de repente, pasa a tener mucho dinero, piensa Marisol. Todo el que necesita.

Marisol trata de encontrar las palabras con las que herirle. Creía que cuando ella se le pusiera delante, cuando le enseñara las quemaduras, algo se quebraría en el interior de Damián. Pero no ha sido así. Asco, repugnancia, piedad quizás. Solo eso.

Nada más. Ganas de pasar página. De perderla de vista. Que se muera y que su recuerdo sea olvido y luego, en el mejor de los casos, invención. Las lágrimas van llegando a la chica por la garganta. No podrá decirle nada. Herirle. Es una vulgar ladrona que roba lo que el otro se deja robar.

—Nos estabas esperando, ¿no? —le pregunta Francis.

—¿A vosotros? Para nada.

Damián al contestar ni se digna a mirarle a la cara. Francis tiene aún un zumbido dentro de la cabeza. Le ha golpeado donde y cuando ha querido como a una de esas testas de barro donde los adultos guardaban golosinas para los críos. Desearía devolverle el golpe, el dolor, pero no sabe cómo.

Marisol hace el gesto de bajar las escaleras cuando, de golpe, *sucede*. La chica había pensado muchas veces en aquello. Una casualidad, parte de su intuición o un mensaje de algunos de sus muertos desde el otro lado. La brisa de la noche irrumpe en la habitación, ahuecando las cortinas y cubriendo parte del televisor, a lo que Damián reacciona con un golpe seco del bastón que no ha dejado de tener agarrado ni por un momento, con tanta ira que la parte interna de sus dedos permanecía más blanca, casi asfixiada con respecto al resto de la mano. Todo ello hace que las llamas que cubrían las velas sobre el mueble, hagan un amago de apagarse que solo muda en un nuevo baile de sombras y aromas. Marisol ve aquello. Distingue entre aquellas velas las suyas, negras, consumidas y, de repente, el velo se descorre y ella lo entiende todo, absolutamente todo.

Lady Claire no puede aparecer porque está muerta o, en el mejor caso para ella, de regreso para siempre jamás a Cuba. Lady Claire la había traicionado. Una visita de don Damián con las sospechas justas y pertinentes en la información precisa con la que vestir la supuesta videncia de Lady Claire. Y sus remedios, que serían mucho más definitivos que una confesión. Dos velas negras para un amor que no debería entrar en tu vida pero que deseas que te consuma. Hija de puta. Damián tuvo la confirmación de su engaño. Y tomó medidas. Y todos buscando al moro desgraciado cuando el ácido lo había mandado tirar sobre ella ese saco de mierda.

¿Cómo pudo estar tan ciega?

A Marisol se le agolpan de un modo tan violento las evidencias que no puede ni articular palabra. No puede explicárselo a Francis. No puede exigir nada a nadie si no sabe exigírselo a ella antes. Se ahoga. A pesar de ello ha de encontrar las palabras para armar la acción y hacer justicia. Su justicia.

—¡Fuiste tú, cabrón! ¡Fuiste tú quien pagaste para que me hicieran esto!
¡Confiesa, vieja maricon!

—Llévatela, drogata. Llévatela, que el ácido se le está colando por el cerebro.

—Francis, fue él. Mira esas velas. Eran mías. Por ellas lo supo. Y se vengó.

Con el rostro deformado, como una furia, trata de hacerse entender, salpicando de

saliva la cara de Francis, que la tiene retenida con un brazo. A él le duele la cabeza y anda aguantándose pañuelo y bolsa de congelados contra su oreja, sin saber mucho más qué hacer.

El ogro no reacciona. Aparentemente. Renuncia, eso sí, a encontrar el canal de televisión adecuado y se gira hacia ellos. Tenso. Por eso, Francis sabe que la chica quizás no ande tan desencaminada. Sabe que tiene contactos para conseguir que le hagan un trabajo como ese. Damián debería defenderse de alguna manera para calmar a la chica. Generarle dudas. Disolver su odio. Pero no lo hace. Y ese es su error.

Marisol se suelta del brazo de Francis y se dirige contra Damián con las manos engarfiadas, dirigidas a la cara del ogro. Este la espera y vuelve a fustigar con su brazo y el bastón el costado de la chica, que se duele y cae al sofá. Por fortuna, no es el costado que lastimó el ácido. Francis ve cómo ella trata de ponerse en pie y apoya la mano sobre el lienzo rasgándose en jirones la reproducción. La chica quiere intentarlo otra vez pero solo conseguiría otro bastonazo. Francis lo sabe. Ella también.

Pero a alguien ha de importarle algo así, piensa Francis.

A alguien ha de importarle que los vencidos se levanten, una y otra vez, para luchar sin esperanza ni Dios, solo con su fe.

A alguien ha de importarle que las mujeres con el cuerpo hecho mercancía quemada y tasada quieran conseguir su parte de venganza arrancada de las manos de sus verdugos.

A alguien ha de importarle que las velas negras no mientan.

A alguien.

A alguien ha de importarle el desdichado Urías, el deseo de Sansón, la mala suerte de todos los que eligen mal.

Del mismo modo que a él le importaron tantas miradas que le reprocharon que no consiguiera ser su propio sueño, que le decían —como hace unos minutos— coge esa mierda y vete, no tendrás más. Esto es más de lo que te mereces.

Pudiste tocar el terciopelo de las nubes pero caíste y ahora ni quejarte puedes.

Vamos a recordarte a todas horas que el gran pecado es la ambición de los que, al parecer, no tienen derecho ni a estar de pie.

El intentarlo.

El ser distinto.

El no querer el mismo menú que comen los demás.

El soñar a todas horas con noches y cuerpos como acordes menores, trastes y melodías titilando en el aire.

A alguien ha de importarle que le hayan robado el deseo. Por una mujer, por todas.

Importar, sí.

Y esto que está pasando en estos momentos no está bien.

A un hermano no le gusta ver cómo pegan a su hermana pequeña.

Un hermano pequeño sueña con que el mayor le redima, le salve de la pelea, le explique todo aquello que no sabe.

Importar, sí, un poco, algo a alguien.

La bolsa de guisantes cae con un ruido sordo que Francis no puede ni escuchar. Todo el dolor que siente no es nada comparado con el que siente Marisol, otra vez golpeada en el mismo costado por el bastón. Con todas sus fuerzas Francis asesta un golpe con el paraguas al brazo con el que enarbola el bastón el viejo. Luego se lanza sobre él, empujándole sobre el sofá. Pero no consigue que suelte el bastón. Marisol anda por ahí pero una patada coceada por Damián le da de pleno y la derriba. Ni trata de enderezarse. Es consciente de que la pelea ya es cosa de las bestias.

Francis consigue ponerse encima del ogro. Una de sus rodillas sobre el muslo del viejo que, a pesar de la edad y del alcohol, se resiste a dejarse vencer. Mr. Frankie no sabe qué ha de hacer ahora y hasta cuándo. ¿Hacerle daño? ¿Cuánto daño? ¿Ahogarle? ¿Tratar de que se quede inconsciente? ¿Matarle? Ese momento de titubeo es aprovechado por Damián que sabe que un manotazo en el peor de los casos y un desgarrar de su oreja malherida, puede hacer invertir la pelea. Se limita a un golpe pero con la suficiente intensidad como para que Francis se resienta y trate de protegerse. Sabe que se la quiere arrancar. Y que él no puede permitírselo. El viejo rodea el cuello de Francis con el bastón y se cuelga a su espalda. Marisol, que sin saber cómo, se ha levantado, trata de impedirle y gracias a ella, Francis puede seguir respirando aunque con dificultad. Tiene la mirada clavada en el asiento de sofá. En sus lamparones. En su olor a humedad. En su funda de ganchillo color hueso.

No puede acabar todo así.

No.

No puede uno morir de ese modo.

Había vivido cosas hermosas, había follado con animales hermosos, había tocado canciones hermosas, había atravesado por la mitad noches hermosas.

Todo eso no podía acabar así.

La canción no puede finalizar en la baba caliente de un ogro egoísta.

No.

Su canción ha de acabar como deben acabar siempre las buenas canciones: arriba, vitales, brillando. Como solías acabarlas tú. Agitando tu cuerpo, invocando como ahora al Dios de la Electricidad. Lo haces y te giras, y das la vuelta al mundo y el ogro pierde pie y un latigazo de tus brazos hace que las tornas cambien y a él se le resbale el bastón y caiga al suelo, y la canción suba, llena de voces gritando y la batería y el bajo acelerado preparando un estribillo implacable enganchando a ti, a tus

dedos, a tu voz. Y en el estribillo de aquella canción, Francis tiene en la mano el punzón metálico de un paraguas que va acercando a la cara de don Damián.

Francis recuerda todas las veces que le dijeron que no sabían tocar solo porque querían tocar rápido, mal y alto para demostrar que también el rock'n'roll era, al mismo tiempo, la mentira y la única verdad, ellos y sus ganas de asesinar un mundo, poder reinventar a los gigantes mientras la voz de Marisol lo inunda todo —«mátalo, Francis, mátalo»— y piensa que no sabe cómo matar un hombre. Que debe ser tan difícil como acabar una buena canción. Por eso ha de buscar una perfecta. Quizás él no la encuentre pero seguro que Mr. Frankie sí. Y así, mientras le está clavando el punzón del paraguas en el ojo a Don Damián piensa en «Shake some action», en «September gurls», en «Be my baby» y Polifemo grita mientras es cegado, y entonces, Francis se levanta y el paraguas parece tener vida hasta que el ogro se lo quita del ojo en que se ha clavado y anda loco el viejo. Al parecer la canción no le ha gustado. Francis le asesta una patada y don Damián queda boca abajo en el sofá, con la sangre roja y caliente en aspersiones entre sus dedos. Francis deja que se muera de a poquito y pasa por delante de Marisol, que trata de impedirle que se vaya. Ha de acabar aquello porque ella ya no tiene fuerzas. Pero él no está para seguir pagando deudas. Echa a correr escaleras abajo. Los perros han estado ladrando pero ahora se muestran casi sorprendidos al verle. Francis se dirige hacia la puerta de salida. Sabe qué va a hacer. Le persiguen los perros con más ganas de jugar que de otra cosa y se le quedan mirando cuando salta al vacío y entra en contacto con el agua de la piscina. Lamentablemente, en nada, tocará suelo con uno de los pies. Bajo el agua se toca la oreja. Sabe que puede perderla.

Se le infectará.

Qué más da: antes ya estará muerto.

Allá abajo, un mundo oscuro y silencioso. De distancias y ritmo acuático como maletas deslizándose en un aeropuerto. Nada de lo que está fuera de aquí tiene la más mínima importancia ahora.

Ojalá tuviera los huevos suficientes para abrir la boca y beberse la piscina entera y acabar con todo de una vez.

Ojalá.

La canción tenía que ser «Debaser».

Ahora lo sabe.

Debería haber hecho gritar al viejo mil veces *chien andalusia*.

Ojos que explotan.

¿Cómo no lo supo ver antes?

Ha de salir a respirar. No quiere pero ha de hacerlo.

—Francis, aún está vivo. Tenemos que rematarlo, por el amor de Dios, tienes que subir y volverlo a matar.

No.

Francis vuelve a sumergirse en el agua. No quiere escucharla. El agua sucia de la piscina se le introduce por los orificios de la nariz. Ha de salir a la superficie. Sabe que no va a poder ahogarse allí. Nada hasta la escalerilla. Toma impulso. Vibra el metal bajo su peso. Casi pierde uno de los zapatos. Se toca la oreja. Le escuece un poco menos pero nada se ha arreglado: el trozo desgarrado sigue allí. Y también aquel amasijo que las quemaduras, la sangre, el miedo y la historia han convertido más en un ser de otro mundo que en la mujer que llegó con él, en el coche de su padre, hace apenas una hora. O quizás hace algo más. Es casi imposible calcular el tiempo que tardas en clavar un paraguas en el ojo a un hombre.

Marisol tiene a su lado a los perros, calmados. Al contrario de lo que consigue con los hombres, los sosiega, piensa Francis mientras se endereza. Tiembla. Deja que el agua vaya deslizándose por sus ropas empapadas... Sabe que la chica insistirá en subir. Que no tienen tiempo que perder. Pero él ya ha acabado. No sabe ni de dónde ni cómo ha encontrado las fuerzas y la resolución suficiente como para matar a un hombre una vez. Dos veces le resulta impensable. Marisol le pregunta si está bien. Tiene su cazadora en las manos. También una toalla de medio cuerpo rígida y áspera que ha encontrado en una de las butacas de plástico. Una toalla olvidada, a buen seguro, desde hace meses en esa piscina pero que le sirve para secarse la cara, las manos, el pelo, para apelmazarla contra la oreja dañada.

La chica no desiste en su empeño. Tienen que volver a subir. Los perros quieren también hacerlo. Algo está sucediendo allá arriba y se lo están perdiendo. El viejo anda pegando berridos que se cuelan entre las explosiones de los cohetes. Marisol y Mr. Frankie suben las escaleras. Francis tiene la mirada en cada huella en la moqueta que el zapato mojado de Marisol deja en los escalones. Ya están arriba. Ni rastro del ogro en el comedor. Hay sangre por todas partes. El paraguas roto, el punzón ensangrentado por el suelo. Tampoco hay gritos, lo cual, más que tranquilizador, es inquietante.

Los ruidos hacen que se le sitúe en el dormitorio. El dolor. Francis no ha conseguido vaciar un ojo pero la herida que ha propiciado en el párpado y la ceja y de la que mana sangre le enturbia la visión del otro ojo, que también ha sido rasgado y herido. El alcohol convierte al viejo en un barco borracho que hace esfuerzos tanto para no embarrancar en la arena como en no darse la vuelta y hundirse. Sansón quiere derrumbar todo a su alrededor. Encontrar un arma, una pistola. No dejar sin castigo al

mundo entero.

Francis recuerda la bolsa de deporte y acude hasta donde se hallaba. Abre la cremallera y descubre ropa sucia y, debajo, billetes de cien, quinientos euros pero sin la pistola que Mr. Frankie había aventurado encontrar. Marisol está mirándole al tiempo que observa al viejo que, furioso por no encontrar lo que busca y con los pies torpes, ha caído sobre la cama. Allí está cuando llega Francis.

Marisol busca almohadones y los encuentra cerca de la mesilla de noche. Coge uno y se lanza sobre el hombre. Su objetivo es ponérselo sobre la cara y ahogarle. ¿Por qué no podría morir de una vez y hacerlo todo fácil? Se siente agotada pero sabe que es esa oportunidad o ninguna para seguir viva, para conseguir ganar la partida. El terror y el desespero insuflan energía a sus músculos, que dictan a su cerebro qué hacer a continuación.

El almohadón apenas consigue cubrir la cara del que fuera su amante y protector. Pero es la señal que ha de seguir Francis y lo hace. Salta sobre el cuerpo del viejo y el de la chica. Aplasta a uno y a otro y consigue colocar el almohadón sobre la cara del viejo, que trata con una fuerza descomunal evitar ser ahogado. Francis empieza a contar: uno, dos, tres. Y cuando Damián en un arreón consigue volver a respirar, empieza la cuenta otra vez. Uno, dos, tres. La situación es ridícula. Siente el cuerpecillo menudo de la chica entre él y su víctima. Uno, tres, cinco, diez. Esta es la buena. Escucha ladrar a los perros. Como si alguien estuviera por allá abajo. Mierda. Más problemas. Ha de acabar pronto con aquello. Doce, trece, catorce, quince. Cree que ya lo ha matado pero no es así. El viejo, hábil, ha ladeado su cabeza bajo el almohadón y consigue, no sin dificultad, lograr la mínima respiración que le permitirá seguir con vida y esperar su momento. Mr. Frankie parece ir destensando la fuerza que ejerce contra el almohadón. No es fácil matar a un hombre que no esté vencido por completo. Don Damián lo sabe pero ellos no.

—Déjame salir, Francis, que me ahogo —susurra Marisol. Él se aparta para que ella se pueda marchar. La mujer se retira de rodillas por el otro extremo del lecho, tosiendo, maltrecha.

Ya está.

Muerto.

Ahora han de salir de allá. Ha de conseguir llevarla a casa de Mayka antes de que sea demasiado tarde. Ha de conseguir un trocito de tiempo y un lugar tranquilo y apartado para matarse él. Sería una tragedia que la policía lo detuviera antes. Que le cargaran aquello y lo otro. Que no pudiera armar el pico y reventarse el corazón.

Francis repara en que los perros ya no ladran. Tiene la sensación de que alguien está también en la casa. Trata de salir del comedor cuando el grito de Marisol se lo impide. Cuando se gira, ve a Damián como un tótem enhiesto, con la cara ensangrentada y un brazo rodeando a la chica a la altura de su cuello. El viejo se le

aparece como la bestia ciega y enfurecida que quiere derribar el templo con el mundo dentro. Ha ganado. Es inmortal como los villanos de los cómics. Lo va a conseguir. Francis no tiene fuerzas para mucho más que no sea echar a correr y ser el cobarde del cuento.

—Vete, hijo de puta. Vete y déjala conmigo. Tenemos que hablar ella y yo. Vete y echa correr porque mandaré a buscarte y te encontraré pero hoy no puedo con los dos.

—No.

—Vete.

—Déjala.

Marisol trata de librarse del brazo encallecido y duro del viejo que parece haber concentrado toda su fuerza vital en ese miembro de su cuerpo. Francis mira a un lado y a otro, buscando algo con lo que amenazar a don Damián, pero sabe que el tiempo se le escurre entre los dedos y es más que probable que acabe viendo como su media hermana muere delante de sus ojos.

—Por favor, déjala. Nos vamos sin nada pero no la mates, por favor...

El viejo se siente de lo más sorprendido ante esa súplica. Hubiera aceptado otro intento de agresión. O que se diera a la fuga. Pero después de haber intentado matarle en dos ocasiones que le pida clemencia, casi le hace esbozar una mueca de burla.

—¡Hostia puta!

Francis escucha esa maldición lanzada al aire, a la situación, a la mala suerte del hombre que le desplaza, que despliega su brazo derecho, apestando a sudor y gasolina, y con una pistola en un extremo de ese mismo brazo —«¡hostia puta!»— la acerca a la frente de don Damián y con un chasquido acciona el gatillo y le revienta la cabeza desparramando los sesos por la pared de atrás, la lámpara del techo, el pelo de Marisol y él mismo. El cuerpo de su jefe cae hacia atrás, el de la chica es empujado hacia delante, y es recogido por Xavi con su brazo izquierdo, que en última instancia, cae en los brazos de Francis.

Ahora sí: muerto.

Silencio.

Instantes de nada.

—Largaos de aquí pero ¡ya! Venga. Ya me encargo yo de todo este desastre.

Francis y Marisol obedecen. La chica poco a poco recupera el resuello y el sentido práctico. Lo suficiente como para ir hasta donde está la bolsa y rebuscar. También ella encuentra el dinero entre la ropa sucia. Xavi echa un vistazo a aquella bolsa. Demasiado pronto para ser ya el dinero de la operación de Dit i Fet. Es dinero de otra cosa. De cualquier otra cosa.

Xavi deja pasar a Francis. Al hacerlo, Marisol se le vuelve y le dice:

—Fue él, Xavi. Él me tiró el ácido. Se lo encargó a alguno de vosotros y lo hizo. Supo lo nuestro y se vengó.

Xavi queda impactado por aquello y por no habérselo imaginado en todo este tiempo. Eso del ácido podía perfectamente ser obra de alguno de los colombianos. En su país también hacen esas hijoputeces. El mariconazo de Timón. Quién sabe. El viejo tenía podrido el tuétano del alma. Era un animal más oscuro de lo que pensaba. La chica quiere irse escaleras abajo. Xavi consigue retenerla. Quiere decirle algo pero no sabe muy bien cómo ni tampoco qué.

—Marisol...

La chica le mira a la cara. Ella sí sabe que puede quererle decir. De qué manera quiere lavar su conciencia, despedirse como un héroe.

—Yo...

—Xavi... Vete a la mierda.

Marisol hace el gesto de bajar. Xavi, enfurecido, le suelta el brazo pero agarra un asa de la bolsa. Ella no se gira. Intenta que él no consiga hacer bajar la cremallera. Pero el hombre no es un personaje de honor de una película de la tele. Si la mujer no le perdona, que no le perdone. Pero ese dinero ha de pagar algo de lo suyo. Y mientras mete la mano en la bolsa y saca puñados de billetes, los ojos de Marisol se humedecen. Tiene la misma sensación que cuando se dejaba toquetear por Paco o cuando don Damián le forzaba para metérsela por detrás. El mismo aliento de bestia obstinada y resuelta. El dominio de la violencia, del más fuerte, y la única opción es dejar pasar el tiempo hasta el último estertor, hasta el golpe final y luego intentar olvidar.

Cuando se cansa de cobrar el peaje deja que se marche. No lo ha cogido todo. Algo le ha dejado. Pero eso no es suficiente para ser un héroe. Ella desde debajo de la escalera, le lanza una mirada pero él ya está de espaldas, una máquina de búsqueda y destrucción. Francis abre la puerta y allá están los dos perros, abatidos por la misma pistola que acabó con su dueño. Bendita verbena. Nadie puede escuchar nada con el estruendo de los cohetes. Marisol y Francis se limpian cara y manos con fruición en el agua de la piscina. Mr. Frankie sabe que no podrá llevarla a casa de Mayka. Es demasiado peligroso andar con aquel coche, con dinero aquí y allá, rastros de sangre y trozos de carne, con una oreja desgarrada bajo una toalla de baño y con una papela de heroína en el bolsillo. Con todo aquello. Al venir, ha visto en el pueblo más cercano, una estación de trenes. Y en él, una parada de taxis. Si hay alguno, la dejará allí y que cada uno siga su camino. Los dos ya sin deudas pendientes. El pato Nelson les acompaña hasta la puerta. A Francis le recuerda más que nunca un viejo mayordomo atrapado en una cruel reencarnación.

En el coche, ninguno de los dos dice nada.

—Allí hay un taxi. Cógelo. Te dejo un poco lejos para evitar problemas. Es lo mejor.

Ella obedece. Se baja del coche. Francis espera una muestra de cariño, un

agradecimiento pero no hay nada. Únicamente un zombi deambulando con una bolsa de deporte lleno de calcetines y calzoncillos sucios, algo de dinero, un *tupper* y poco, muy poco más. Su promesa de dejarle algo de dinero ha sido olvidada. Haya lo que haya en esa bolsa, Marisol ha decidido que va a necesitar hasta el último euro. Espera que Francis lo entienda. Él ve cómo se sube la chica al taxi y trata de ubicarse para llegar lo antes posible a Barcelona. Sabe qué ha de hacer y ya ha decidido dónde. Solo necesita un poco más de suerte. Una tonelada más, de hecho.

En el móvil, dos llamadas de Liz y una de su padre.

Es hora de no dejar entrar a nadie y bajar la persiana.

Tiene una papela, un mechero y una jeringa. No necesita nada más para afrontar el resto de lo que le queda.

Francis sabe que todo dependerá de la fortuna que contengan las cartas que le lleguen. Tratará de no ir ni a mucha velocidad ni tampoco tan lento como para levantar suspicacias y no darse de morros con un eventual control. Pero todo eso es nada. Buscan ese coche. Buscan su mala estrella. Podría quedarse en cualquiera de esos caminos, en esas calles de la urbanización, a oscuras y meterse la droga allí mismo. Morirse en el coche de su padre. Acabar ya mismo y no arriesgarse a no poder hacerlo. Pero no lo quiere así. Tensará la cuerda todo lo que pueda. Su objetivo es llegar al barrio. Dejar bien aparcado el coche al viejo. Matarse en el barrio rodeado de sus fantasmas, en su mundo de primeras cosas.

Anda temblando. La ropa, húmeda. El frío le ha calado los huesos. Pone la calefacción al máximo. También la música. Nota el bajo de Kim Deal casi dentro de sus costillas. Esas canciones serán las últimas. No está mal. El móvil se enciende para avisar que su padre llama. Viejo loco. Debe de estar desquiciado con la huida de Marisol. O quizás haya descubierto el cadáver de doña Imma. Ha llegado al final del camino y no sabe si ha querido o no a su padre.

Ha conseguido sortear las vías que prevé conflictivas. Llega a la Meridiana pero se sale de los carriles rápidos y se acerca al barrio por la Trinitat, Nou Barris y la parte de atrás de Virrei Amat. La fortuna le protege. Los recuerdos se le agolpan. No es fácil retener a toda aquella gente que fue importante para él y sacar de ellos uno o dos instantes que conformen su mundo. Nada fácil, no. La oreja duele. No tiene tantos momentos a los que asirse. Todo es un caos en su cabeza. Víctor. Su madre. Su ex, Carol y él, bailando en la cocina de casa aquel día de año nuevo con Stevie Wonder. Roy Orbison encima de los capós de los coches. Mickey Rourke zarandeando a Matt Dillon en blanco y negro. Su hijo diciéndole que él sabía que asistiría al juicio, y cuando se escaparon a ver una de Ben Stiller haciendo campana en el cole, y aquellos ojos de aquellas hembras debajo de las sábanas y aquella chica a la que curó una herida en la muñeca, tiritas, gasas y un beso sobre todo aquello y los Pistols escupiendo su rabia contra el viento sobre el Támesis y la muerte de colegas a los que se traicionó, que se fueron como se irá él esta noche, en calles y portales, casi sin querer molestar, con el insoportable peso de no querer crecer, de no poder ser adulto sin haber retenido a la chica de ayer. Y los Stones de los setenta y Sabino deja a Loquillo y Frusciante a los Peppers y la guitarra de Johnny Marr que parecía una Rickenbacker de doce cuerdas, amor incompleto, imposible, de ángeles

cruelles, gordezuelos y quizás hermosos y Brando en el *Bounty* deseando morir pero no pudiendo porque era un hombre de honor rodeado de hombres de honor y Willy DeVille maullando desde los tejados y John Milner y Thunders y esa mirada que cruzó con él en el escenario, de animal moribundo que reconoce a uno de los suyos solo que con veinte años menos, con toda la ingenuidad intacta. No era una mirada de derrota, ahora lo sabe, sino una señal compasiva, de búsqueda de redención. Y Elvis cantando «Crawfish», y los Clash abriendo las piernas cuando se acercaban a los micros, y las partidas del millón, y las batallas en el Campo de la Bota y en el Martinenc, y la Gibson vibrando entre sus dedos y toda la fuerza de los Marshall detrás, dispuesto a invadir y arrasar el universo y tetas y coños y besos y espaldas y todo y nada, caótico, sin orden, sin causa y efecto, todo a la vez, todo porque sí, sin caras B, sin versiones alternativas.

Consigue llegar al descampado arriba de la Fuente del Cuento y aparca. Se queda Francis dentro del coche. Vuelve a escuchar «Debaser», «Tame», «Monkey gone to Heaven»... mientras se palpa la chaqueta y saca la jeringa y la papela. Mira a un lado y a otro. No hay nadie. Carga la aguja. No va a hacérselo ahí. No como un vagabundo. No. Él fue Johnny Thunders una noche. Así que deja las llaves puestas. Saca la cinta del *Doolittle* y se la lleva consigo. Tiene cinco, diez minutos de bajada hasta la plaza Catalana.

Allí frente al quiosco donde Manolo se dejaba robar sobres de cromos y donde Juan Antonio y él compraron el especial del *Popular 1* de la muerte de Lennon. Allí donde esperaba que llegara Liz a las cinco en punto, con el pelo aún mojado y esa sonrisa recién colgada nada más verle. Allí donde quedaba con Spike y el resto de la banda. Allí donde, de chavales, quedaban para ir hasta los campos de fútbol al lado de la parroquia. Allí. Ha de ser allí.

A esa hora la plaza Catalana está desierta. En el suelo, restos del pan duro que las viejas desmenuzan para las palomas. Francis llora cuando cruza la calzada y pisa el cemento de la plaza. El agua que manaba del monolito central, feo, de piedra, inmutable, siempre fue fresca, buena. Hoy le tienta probarla pero no lo hace.

Se sienta en el suelo con la espalda apoyada contra la fuente. Ha de quemar la droga, meterla e inyectársela. Sin que nadie le vea. Sin que nadie quiera impedirle. No tiene otras opciones que hacerlo rápido. Ha matado a una mujer. Le robó. También a un hombre. Ayudó a matarlo, al menos. No tiene lugar donde esconderse, en el que ser otro y lo sabe. No puede volver a empezar desde ningún sitio.

Lo siento, Liz, no podré arreglarte el tejado ese.

El mechero quema la plata.

Lo siento, Víctor.

La droga sube.

Le tiemblan las manos.

La jeringa chupa la droga como un mosquito de ciencia ficción.

Sigue con suerte. Nadie pasa por ahí. Únicamente un coche ha dado la vuelta completa, ajeno a todo aquello. Le cuesta remangarse la cazadora. Finalmente, en un gesto brusco se la quita. Ahora le resulta de lo más sencillo hacerlo con la manga de la camisa, tantearse una vena e inyectarse. Agujerea la aguja la vena y bombea toda la mierda dentro. Al mismo tiempo busca aquella canción de Víctor en su móvil. Será como morirse en sus brazos. Trata de encontrarla mientras nota cómo la heroína se desboca un poco. Después de tanto tiempo correrá como un caballo loco sobre una playa inmensa, mojada y desierta.

Encuentra la canción.

El título se le asemeja ahora premonitorio.

«Live and die».

Se acerca el móvil a la oreja no dañada y suenan aquellos hermanos. Aquellos chavales con ganas de vivir y amar, de cantar cada noche, con el deseo de hacerlo todo de nuevo porque el mundo empieza para ellos cada día y las mujeres son bonitas, cálidas y dulces cuando te desean, y el sol y la lluvia y todas las estrellas del firmamento están puestas cada día para ti.

¿Cuándo se acaba eso?

¿En qué momento te lo dan, lo pierdes, te lo quitan?

¿A cambio de qué lo entregas?

Mr. Frankie sabe que ya es tarde para casi todo. La muerte se le expande por las venas. Es solo cuestión de saber cuánto aguantará su corazón. Pero de golpe, Francis quiere que eso no suceda. Quiere seguir vivo porque quiere seguir escuchando canciones como esas. Porque su hijo se la grabó junto a otras para él y no las ha podido escuchar y aquella canción es hermosa y él no quiere dejar de escucharlo ni de poder ir mañana a la puerta del instituto y alzar la mano y que él se la devuelva con una sonrisa y tomar una Coca-Cola, y quizás Paco aún no haya roto su guitarra acústica y pueda intentar sacar aquellos acordes y enseñárselos a Víctor y llame, como antes, a Liz por teléfono para cantársela y...

Mr. Frankie le dice que lo deje ya.

Que se rinda.

Que no hay vuelta atrás.

Que nunca la hubo.

Que ¿acaso no nota cómo la droga le está bloqueando el cuerpo?

Y Francis lo nota pero se resiste. Abre los ojos todo lo que puede. La boca de par en par para conseguir llenar los pulmones con todo el oxígeno que hay a su alrededor. Trata de calmar el pulso, tranquilizar su corazón para que resista aquello, para que sobreviva.

Por favor, aguanta una vez más.

Francis se endereza apoyándose en la pila de la fuente pero Mr. Frankie le traba los pies y le hace caer. ¿Por qué, Mr. Frankie? ¿Por qué quieres que muera? Solo quiero poner la cabeza bajo el grifo. Sobrevivir. ¿Qué hay de malo en sobrevivir también esta vez? Volver a escuchar una vez más «Train in vain». Un último buen polvo. Volver a desear a Dalila al precio que sea.

Ya no hay tiempo, dice Mr. Frankie, te lo he dicho antes.

Sí que lo hay.

No.

Pactemos, dice Francis.

¿Qué tienes?

Nada, pero pactemos, hijo de puta, porque quiero vivir.

Se quedan sentados. Uno de los dos vencerá y el otro será derrotado. Los siguientes minutos, en la siguiente hora se decidirá quién es el vencedor. Caen los minutos y los Avett Brothers siguen sonando una y otra vez. Francis sigue queriendo vivir. Mr. Frankie no y espera, callado lo que no acaba de llegar. Mantiene Francis la respiración al compás de aquella melodía, un mantra, y los ojos como bocas abiertas, boqueando como si tuviera escamas.

Pero vivo.

Mutante es un mal *dealer*, un tiburón con buenas entrañas.

Esa mierda no podía matarle.

Alejandro Magno.

Gente que fue hasta el límite del mundo para derrotarlo y perdonarlo.

Son las seis de la mañana y Francis aún sigue vivo.

Putas buena mala suerte.



CARLOS ZANÓN (Barcelona, 1966) es poeta, novelista, guionista, articulista y crítico literario. Publicó sus primeros poemas a principios de los ochenta y ha editado hasta la fecha cinco volúmenes elogiados por la crítica especializada, entre los cuales destacan *Algunas maneras de olvidar a Gengis Khan* (Premio Valencia de Poesía 2004) y la antología *Yo vivía aquí* (1989-2012).

Como novelista, debutó en 2008 con la obra *Nadie ama un hombre bueno*. En 2009 publicó *Tarde, mal y nunca* (Premio Brigada 21 a la Mejor Primera Novela Negra 2010) y en 2012 *No llames a casa* (Premio Valencia Negra a la Mejor Novela del Año). Su obra ha sido traducida y publicada en Estados Unidos, Holanda, Francia, Italia y Alemania.